Rey de Cristal

ANTONIO J. AGUIRRE



REY DE CRISTAL

ANTONIO J. AGUIRRE VICENTE

Para Marcos y Michel, que sois mi mayor orgullo, mi fuerza y mi inspiración constante. Vuestros sueños son la ilusión que guía cada uno de mis pasos.

A mis compañeros del Hospital de Poniente, por su incansable entrega, su fuerza silenciosa y su humanidad inquebrantable.

Este viaje también es vuestro.

ÍNDICE

Agradecimientos
Prólogo

Primera Parte

1. Entre el agua y el recuerdo 4
2. La jugada inicial: peón a E4 12
3. Cambio de guardia 15
4. Jaque al pasado 27
5. La taza rota..... 40
6. Imagine 51
7. La raíz amarga 69
8. Encuentros y heridas 89

Segunda parte

9. Caballo a C3 119

10. . Nada está escrito 123

11. 11. El precio del silencio 156

12. El eco del vacío 177

Tercera Parte

13. Alfil a b5 208

14. Mi verdad 212

15. El valor de una vida 236

16. Hija del silencio 262

17. Donde pisa la bestia 280

Cuarta parte

18. No todos los barrotes son de hierro 316

19. Niños sin infancia: La torre 332

20. La víspera de los monstruos 336

21. Los hijos del olvido 361

22. El primer golpe invisible 376

23. No todos los barrotes son de hierro 381

24. La voz de la asesina 404

25. El peso del deber 418

26. Todas las piezas se guardan en la misma caja 426

Epílogo

PRÓLOGO

Nunca creíste en mí.
Nunca me quisiste.
Nunca deseaste mi vida.
Nunca me diste una oportunidad.
Me condenaste antes de que pudiera respirar.

Sin embargo… aquí estoy.

Siempre he concebido la vida como una partida de ajedrez. Un tablero inmenso desplegado en mi mente, donde muevo piezas contra un enemigo colosal que no busca otra cosa que aniquilarme: la muerte.

Pero no le tengo ningún miedo. Ya no.

Con el tiempo he aprendido que, en esa partida, nuestro éxito o fracaso depende únicamente de nosotros mismos. De las decisiones que tomamos con cada movimiento.

¿Qué es nuestra vida sino eso? Una sucesión de jugadas, unas brillantes, otras desastrosas, que nos arrastran a uno u otro destino. El rival es astuto y nos empujará a situaciones límite, pero incluso en el peor escenario, siempre existe la posibilidad de elaborar una estrategia, de rectificar. La vivencia traumática no es lo que nos define; es la forma en la que la asumimos.

Da igual si juegas con blancas o negras. Da igual la apertura de la partida, incluso si, como en mi caso, fue la más desfavorable que puedas imaginar.

La vida, en esencia, es cambio.

Y en cada cambio, existe la oportunidad de corregir una mala jugada… o una consecución entera de ellas.

Gracias por enseñarme a desconfiar del primer impulso, a calcular mis movimientos, a saber que, una vez lanzada la jugada, no hay marcha atrás. A ser paciente y a mantener la cabeza fría cuando todo a mi alrededor se derrumba.

Ahora soy fuerte. Más de lo que podrías imaginar.

Si no has logrado derrotarme ya, no verás nunca caer la pieza de mi rey. Soy como un gran maestro en este tablero cruel que llamamos vida. Esa vida que me ha tratado siempre con desprecio, repulsa e indiferencia. Una vida que me forjó.

Hoy ya no temo tus trampas.

Hoy soy el jugador que nunca viste venir.

No, querida muerte. Hoy tampoco verás mi rendición. Observa cómo juega el rival más temible al que te has enfrentado y disfruta con el proyecto que te tengo preparado.

Porque esta vez…

Voy a por ti. Voy directo a por tu JAQUE MATE.

Prepárate.

Esta partida solo terminará cuando seas tú quien caiga.

PRIMERA PARTE

La mujer aguarda dentro del coche, abstraída, paseando la mirada por el paisaje árido y montañoso de aquella fría noche. Jamás se hubiera imaginado en esa situación. No era ese su deseo. Al principio había pensado que podría evitarlo, que era una mujer fuerte, que podía con todo. Pero pronto fue consciente de que eso acabaría con su vida, y estuvo a punto de ponerle fin ella misma: abrirse las venas y dormirse para siempre. Quizás habría sido lo mejor para todos.

Su mirada se posó en el asiento del copiloto, donde descansaba una silla de grupo 0 con un bebé que dormía plácidamente arropado en su interior. La mujer estiró la mano —temblorosa, casi vacilante —y rozó con los dedos, suavemente, la piel tersa de la carita del bebé.

—Mi hija —susurró con un nudo en la garganta y una voz apenas audible.

Tal vez fuese la última vez que pronunciara esas palabras. Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla. Por un instante, cruzó su mente la imagen de un hogar cálido, de risas y juegos, de una vida que nunca llegaría a ser.

Sus ojos vidriosos se posaron en el enorme caserón que parecía surgir de la nada en medio de aquel paraje montañoso. Una mole oscura, de ventanas vacías y paredes agrietadas, que parecía observarla en silencio.

—Tal vez aquí tenga una oportunidad. Esa que yo no puedo ofrecerle. Es la mejor solución que he podido encontrar. La única.

Miró el reloj. Era tarde. Cansada, se dejó caer sobre el respaldo del asiento. Apenas había pegado ojo las últimas noches. Volvió a repasar en su mente aquello que, por todos los medios, había intentado eludir, buscando otra alternativa. No la había.

—Vamos, ¿a qué demonios estás esperando? —se reprochó en voz baja.

El cambio de tono hace moverse inquieto al bebé, que a punto está de despertarse. Gira la llave de contacto, apagando el motor. Suspiró largamente y abrió la puerta del conductor.

Notó el viento frío en las orejas, la nariz, el pelo. Subió la cremallera de su chaqueta hasta el cuello y se caló el gorro. Dando la vuelta alrededor del coche, abrió la puerta del copiloto y sacó la silla del grupo 0 con el bebé. Caminó con decisión hacia el caserón en aquel lugar inhóspito y desolador. El bebé, al notar también el frío gélido de aquel mes de diciembre, comenzó a llorar con un sollozo que partía el alma.

Cuando la mujer llegó a la puerta de la casa, dejó la silla a los pies de la entrada. Miró por última vez a su hija y le acomodó la manta de pelo que la cubría para arroparla mejor. Su rostro estaba cubierto de lágrimas.

Adiós, pequeña.

La mujer golpeó la puerta dos veces con el puño cerrado. El sonido resonó en la noche como un trueno.

Sin mirar atrás, salió corriendo, como alma que lleva el diablo, alejándose de allí, de su hija, y de todo lo que alguna vez había soñado.

I

ENTRE EL AGUA Y EL RECUERDO

El día que cumplía su cuadragésimo cuarto cumpleaños, Julián Santana se sentía melancólico y taciturno. Seguía soltero desde que su exmujer y su hijo se alejaran de él, víctimas del deterioro inevitable que el paso del tiempo y su absoluta dedicación al trabajo habían provocado en la relación. No le gustaba cumplir años. Como cada vez que llegaba esa fecha, le recordaba que era un año más viejo, un año más que dormía en soledad cada noche. Un año más llegando a su casa vacía, sin nadie con quien compartir los éxitos, los fracasos o simplemente una conversación trivial sobre cómo había ido el día.

Físicamente aún se sentía joven. Cuidaba su forma física con deporte y buena alimentación, pero el desgaste mental era otro asunto.

Echaba de menos compartir vivencias, por pocas que fueran, con alguien a quien amar, alguien que entendiera su mundo, con quien construir recuerdos para el resto de su vida.

Si echaba la mirada atrás, solo se veía persiguiendo a los malos. Esa había sido toda su vida.

Tantos años entre sangre, sufrimiento y hedor a muerte le habían dejado el alma agotada.

Y, sin embargo, también se sentía reconfortado: sabía que su esfuerzo había cerrado numerosos casos que, sin su participación, habrían terminado en el fondo de un archivo olvidado, dejando más familias rotas, más dolor, más miedo en las calles.

Cada caso cerrado era una victoria, un puzle resuelto, una venganza cumplida. Se lo debía no ya a los familiares, sino a las

víctimas, y eso merecía cada segundo pasado tratando de atraparlos, aunque eso implicara la autodestrucción de su propia vida personal.

La vida de un policía de homicidios como él podría no siempre ser tan larga como cabría esperar, de hecho, habían sido ya algunas las veces que había estado cerca del peligro. Quizás no de la muerte, pero sí de un daño grave e irreparable. Pero eso iba en la profesión, y lo tenía asumido, igual que un bombero asume que puede morir quemado en un incendio o un piloto de avión sabe que cualquier accidente tendría consecuencias fatales.

Así que si le preguntaran si está feliz por cumplir años, la respuesta sería un rotundo ¡Sí! Y piensa tratar de seguir viviendo muchos años de la única forma que sabe hacer, rodeado de su pequeña familia, su equipo.

Por eso, cuando la sargento Laura Guerrero —segunda al mando de la brigada, además de su amiga y uno de los apoyos más importantes que tiene en la vida— propuso que toda la brigada quedara en el fin de semana para hacer una barbacoa por su cumpleaños en uno de los numerosos parajes naturales habilitados para ello en la provincia de Almería, no podía negarse, y se sentía profundamente agradecido por ello.

Guerrero había elegido un merendero en la localidad de Padules. Un municipio situado entre Sierra Nevada y la Sierra de Gádor. Uno de esos pueblos blancos encalados de pura serranía sureña y que resaltan entre verdes parrales. Pero más allá de su encanto tradicional, Padules es famoso por sus canales: un paraje natural protegido y considerado monumento en Andalucía, donde el río Andarax había tallado una garganta de aguas cristalinas, pequeñas cascadas y pozas en las que refugiarse del calor en verano, rodeadas de una vegetación exuberante.

Y es que, existe una Almería más allá de las playas de agua esmeralda y de sus desiertos cinematográficos que hacen cada año las delicias de miles de visitantes.

El plan era sencillo: pasar la mañana haciendo senderismo por los canales.

Santana, siempre precavido, se había equipado con escarpines para caminar por el lecho rocoso del río, un bañador—sabía que en algunos tramos el agua llegaba a la cintura—, protector solar para resistir el implacable sol de mayo, y una mochila ligera con agua y algo de fruta para reponer fuerzas.

Casi todo el equipo había acudido.

Solo faltaban el comisario Alberto Gunea, más amigo de los despachos que del senderismo, y el cabo Guillermo Monroy, apartado definitivamente de la brigada.

Había pasado un año desde el cierre del "Caso Caronte", que terminó con la muerte de Miguel Falcón, el hombre que durante años había sembrado de cadáveres las costas españolas, convencido de estar impartiendo su propia justicia.

Monroy había sido su última víctima potencial y, aunque salvó su vida, los daños fueron profundos. Tras el tiroteo que acabó con la vida de un proxeneta, su estabilidad mental quedó en entredicho. Asuntos Internos investigó su historial, revivió fantasmas de su etapa en el ejército y, finalmente, decidieron retirarle la placa y la pistola.

Una gran pérdida.

A pesar de su carácter difícil, Monroy era un excelente policía y un amigo leal.

Así que allí se encontraban. Después de dos kilómetros de caminata entre saltos de agua por el cañón que discurría el río Andarax. Aquel escenario sorprendió a Santana gratamente, el paso del tiempo había hecho de perfecto escultor, cincelando pacientemente caprichosos recovecos, con cascadas y pozas en las que pudieron bañarse, y que había creado un lienzo que regalaba a sus retinas una verdadera obra de arte natural.

Al final de la ruta, el equipo llegó al área recreativa: un claro entre álamos y fresnos, con mesas de madera dispuestas bajo la sombra.

Aitor Jáuregui y Eva Bayona ya estaban preparando la mesa: tortilla de patatas (con cebolla, como mandan los cánones), ensaladilla rusa, aceitunas, patatas fritas de jamón serrano—las favoritas de Bayona— y embutidos traídos por Jáuregui de un

reciente viaje a Salamanca. La forense del equipo, la siempre enigmática Valeria Nieto, aparecía a lo lejos bajando por una ladera, caminando hacia ellos cargada de ramas secas y trozos pequeños de madera, mientras la sargento Guerrero y Santana conversaban alrededor de una barbacoa que el inspector trataba de encender sin éxito.

—Con esta habilidad que tienes para el fuego no comemos ni para las cinco de la tarde —bromeó Guerrero al ver a Santana, mechero en mano, pelearse entre hojas secas y papeles de periódico para tratar de hacer unas ascuas medianamente decentes.

—Eres tú muy sabiondilla, Laura. No sé cómo no has ido a uno de esos realities de supervivencia a demostrar tus grandes habilidades en estos entornos– rio Santana encajándole la broma.

—Porque me tienes demasiado ocupada correteando detrás de gente que se carga a otra gente—replicó ella, divertida—, pero no descarto pedirme una excedencia y pasarme una temporada en alguna isla perdida del Caribe comiendo cocos y matando mosquitos a palmetazos.

—Apostaría un mes de sueldo a que no aguantas más de una semana.

—Que poco me conoces, Julián. Volvería morenita y delgada, por eso aguanto lo que haga falta. Y, de paso, te pierdo de vista algún tiempo, que de todo tiene una que desconectar.

En ese momento, Valeria llegó junto a ellos, resoplando bajo el peso de las ramas.

—Anda, jefe. Te traigo refuerzos. ¡Que hemos venido a celebrar tu 44 cumpleaños, no el 45! —dijo, dejando la carga en el suelo.

—Justo le decía yo lo mismo —sonrió Bayona.

—Sois todas iguales —gruñó Santana en tono de broma—. Eso me hace recordar por qué sigo soltero. Sois pequeñas víboras.

—Sigues soltero porque no hay quien te aguante —rio Guerrero mientras apilaba las ramas en la barbacoa—. Y porque te has acostumbrado a dormir sin hacer la "cucharita".

—Me gusta dormir a "pata suelta" par de brujas, es cuestión de comodidad.

Santana, en un breve instante, se permitió observar a su equipo: riendo, bromeando, trabajando juntos.
Aquel grupo, dispar y ruidoso, era lo más parecido a una familia que había tenido en mucho tiempo.

Entonces, sonó su móvil. El inconfundible tono de "So Far Away" de Dire Straits rompió la charla. Esa canción siempre le acompañaba, recordándole su infancia: largos viajes en el viejo Seat Toledo rojo de su padre, atravesando Castilla-La Mancha, con la música del grupo londinense sonando en cintas de casete.

Su padre había sido orfebre, un maestro del damasquinado: ese arte milenario que incrustaba hilos de oro y plata sobre acero o hierro pavonado, creando piezas únicas. Un oficio que él nunca quiso continuar, aunque hoy, de algún modo, lo sentía más cercano que nunca. Recordaba aquellos viajes interminables, en carreteras precarias, con la única compañía de la música y el paisaje ondulante.

Santana descolgó.

—¡Santana!

—¡Feliz cumpleaños, papá!

Fernando, el hijo que Santana tenía con su ex mujer, vivía en Granada, dónde ese año estudiaba ya quinto de medicina. Apenas lo veía un par de veces al año y sus conversaciones solían limitarse a simples llamadas rutinarias para comprobar que seguían bien. Su hijo siempre le había hecho sentir responsable de la ruptura de la unidad familiar, algo que nunca llevó muy bien. Y, la verdad es que no le faltaba razón.

¿Cómo explicar a un niño el día de su cumpleaños que su padre se tenía que ir porque a alguien le habían metido una bala en la cabeza?

¿Cómo contarle que no podría asistir a la función de teatro de fin de curso porque tenía varias entrevistas importantes que no podía dejar para mañana?

¿Cómo decirle que no podría ver su primer partido de baloncesto, ese que esperaba con tanta ilusión, porque ese día

estaba previsto el operativo para ir a detener al asesino que llevaban meses buscando?

Definitivamente, tenía todo el derecho a sentir que su padre no había estado a su lado para verlo crecer y ejercer como tal.

—Gracias Fer. Tu padre se va haciendo viejo —bromeó Santana intentando sonar ligero.

—No digas eso. Ahora eres un cuarentón interesante —rio su hijo al otro lado—. Además, por lo que sé, sigues consiguiendo meter a los malos en la cárcel; tus facultades siguen sin verse afectadas.

—Y espero por mi bien que eso dure mucho tiempo. ¿Qué hay de ti?

Fernando vaciló unos instantes, dudando si contar el motivo principal de aquella llamada, además de felicitar el cumpleaños a su padre.

—Todo bien papá. De hecho, también te llamaba por eso, es sólo que me gustaría hablar contigo… en persona. ¿Podría ir a verte?

—¿A verme?

Santana parpadeó, sorprendido. No recordaba la última vez que su hijo había querido visitarlo. Quizá nunca.

—Bueno, si no lo ves adecuado puedo…

—No, no, claro que puedes hijo, cuando quieras, ya sabes que mi casa es también tu casa.

—Gracias, papá. El próximo mes acabo las clases y ya solo me quedará centrarme en los exámenes finales. Podría ir un día a Almería y pasar el día juntos, siempre que el trabajo te lo permita.

—Me encantaría, hijo.

—Perfecto. Hasta el mes que viene, entonces.

La llamada terminó, pero la emoción permaneció unos segundos más latiendo en su pecho. Santana sintió una mezcla de incertidumbre —¿qué querría decirle Fernando? —y una felicidad tan intensa que apenas podía describirla.

Pronto volvería a abrazarlo. A compartir confidencias. A sentirse de nuevo, aunque solo fuera por unas horas, verdaderamente padre. Definitivamente, aquel estaba siendo un cumpleaños inmejorable.

II

PEÓN A E4

Llegó el gran día. Por fin.

Cuánto tiempo he esperado este momento.

Es la primera vez en mi vida que experimento algo cercano a la felicidad.

¿Pero cómo saberlo con seguridad?

No conozco esa sensación. Soy como un diamante que la vida ha ido puliendo con el tiempo. Un diamante formado por cada átomo de los golpes que me ha dado la existencia, uno tras otro y sin compasión, hasta crear lo que soy hoy:

Indeformable e irrompible.

Pero no soy sólo una persona dura como ese material, sino también alguien carente de cualquier tipo de emoción, incapaz de expresar sentimiento alguno ni de empatizar con nada ni nadie de este maldito planeta.

Y sin embargo, esto que siento ahora debe ser lo más parecido a la felicidad.

No me verás sonreír. No lo percibirás en mis ojos, que hace tiempo perdieron el brillo, la alegría y la viveza. Pero lo siento. En algún lugar recóndito de mi cuerpo. Un lugar que sé que no es el corazón, porque ese músculo no es más que una piedra pesada e inservible dentro de mi.

Gracias al peón de mi partida de ajedrez.

Contigo comienza mi proyecto.

Un proyecto que, tal vez, arroje algo de luz entre el Vantablack que ha sido mi vida: la oscuridad más absoluta, la más

inmensa de las nadas.

Este es mi destino.

El sentido de años de crudeza, de convivir con la inmoralidad, de sobrevivir entre la depravación humana y sus caprichos más podridos.

Pero ahora me toca jugar a mí. Siento que cada jugada me pertenece. Que cada paso es mío.

Hoy, por fin, soy el jugador y no la pieza.

Y como en toda partida que se precie…

Peón a E4.

III

CAMBIO DE GUARDIA

Cuando los primeros rayos de sol comenzaban a entrar a través de la ventana del dormitorio de Julián Santana, este ya estaba despierto hacía un buen rato.

Siempre que podía, le gustaba madrugar y aprovechar cada hora de luz diaria: a veces para hacer deporte y comenzar el día con una buena dosis de endorfinas, lo que le hacía sentirse bien y liberar algo de estrés; otras veces, para hacer algo de las labores domésticas que la cantidad de horas que dedicaba a su trabajo y el hecho de vivir solo le impedían hacer con normalidad. Esa mañana, sin embargo, no había madrugado por ninguno de esos motivos. Sentado al borde de su cama, aún recordaba algo tembloroso la pesadilla que lo había desvelado por completo y le había impedido dormir esa hora extra que le quedaba hasta que sonara su despertador. Con un trabajo como el suyo, en el que a diario lidiaba con la muerte y se enfrentaba con imágenes y situaciones de lo más descarnadas y virulentas, no era nada raro que esto le pasara, pero lo que no era frecuente era que ocurriera en momentos en los que no estaban inmersos en ninguna investigación importante.

Desde que acabara el "Caso Caronte" hace un año, la vida en la brigada de homicidios había sido de lo más tranquila, más allá de algunos casos fáciles de resolver de violencia doméstica en el que uno de la pareja se derrumbaba y confesaba rápidamente el hecho que había cometido, unos pocos ajustes de cuentas por asuntos de drogas que acababa con una mano ejecutora entre rejas, y algún caso aislado de racismo que había acabado con un inmigrante muerto. Nada que les llevara más de unos cuantos días en resolver

y, por supuesto, ningún caso de la entidad de un asesino en serie. Por lo que Santana, con la cabeza plenamente despejada, solía tener descansos de 6-7 horas ininterrumpidas de lo más reparadoras por la noche. Pero aquella mañana, las imágenes se agolpaban en su mente y se repetían una y otra vez.

Había soñado con una noche lluviosa, en la que un cadáver ensangrentado e irreconocible por la cantidad de golpes que había recibido y que había deformado su rostro por completo yacía en el suelo, mientras una sombra oscura y borrosa caminaba despacio y se alejaba de allí dejando atrás el cuerpo abandonado en una calle desierta de gente, mientras el agua de la lluvia arrastraba la sangre que brotaba del cadáver y se perdía a través de los sumideros de sistemas de drenaje de agua de las calles. No podía reconocer a la persona que estaba tumbada en el suelo, pero podía sentir que era alguien cercano a él. Alguien de su entorno. Alguien querido. Se había levantado sobresaltado y con la respiración tan agitada que había necesitado de unos minutos para serenarse, identificar las familiares paredes de su dormitorio y reconocer que había sido una pesadilla.

Cuando Santana consiguió, por fin, que su corazón volviera a una frecuencia cardíaca normal, se levantó de la cama, se vistió con su pantalón vaquero y camisa blanca habitual en días de trabajo y fue hasta el baño para lavarse la cara con agua, deteniéndose unos segundos con la mirada fija en el espejo. Un espejo que le devolvía un rostro ajado por los años en los que las arrugas comenzaban a aparecer en su frente y en torno a los ojos, y un pelo castaño aún frondoso y lacio, pero en el que las primeras entradas comenzaban a aparecer sobre sus sienes.

Apoyó los brazos en el lavabo, sin percatarse de que había dejado correr el grifo. La pesadilla seguía rondándole la cabeza.

No solía dar importancia a los sueños. Sabía que, durante los casos más duros, lo onírico se desbordaba. Pero este había sido distinto. Había sentido algo... magnético. Como si su subconsciente supiera más que él.

Recordó un caso antiguo, en el que una mujer soñaba durante años con su imagen en el infierno, donde podía conversar

relajada y tranquila con el mismo satanás. Un satanás que le explicaba que, para poder salir del infierno, debía sustituir su alma por la de otra persona, proponiéndole una y otra vez que esta persona fuese su marido. La mujer, después de muchos meses, debió volverse loca y finalmente mató a su esposo. Incendió su habitación mientras dormía. Cerró la puerta atrancándola desde el otro lado y se sentó en el portal de su casa a esperar, tranquilamente, hasta que los bomberos y la policía fueron informados de lo que ocurría y se la llevaron de allí, con la mirada perdida y sin oponer resistencia, mientras la casa ardía en llamas. Durante el interrogatorio, la mujer relataba lo ocurrido con parsimonia y de forma sosegada, sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento. Refería sentirse liberada. Contaba que esos sueños que al principio la atormentaban, habían dado sentido a su vida. Que todos los sueños tenían un significado y un por qué, sólo había que descubrir qué te querían decir. Como una manifestación de lo inconsciente, que sigue despierto, mientras nuestro consciente descansa. Esa declaración, por supuesto, no la libró de unos buenos años entre rejas. Pero Santana recordaba una frase final que dijo antes de que la llevasen a la cárcel tras finalizar el juicio:

"Así como los libros están escritos en papel , los sueños se escriben con símbolos, y conocer esos símbolos nos ayudarán a descubrir lo que necesitamos".

¿Locura? Tal vez. Pero aquella frase, de pronto, parecía tener más peso que nunca.

Santana salió de su casa en el barrio de "El Zapillo" de la capital almeriense. Un pequeño piso de 80 m2 más que aprovechados, con unas vistas estupendas a la bahía de Almería. No era gran cosa, pero aquel balcón con olor a sal y el murmullo del mar le regalaban paz cuando la necesitaba. Caminaba en dirección al edificio de la brigada de homicidios, situado a 20 minutos a pie del centro de la ciudad. Pero antes, debía hacer una parada obligatoria. Como siempre que trabajaban en fin de semana, era tradición llevar una rueda de churros recién hechos y chocolate para desayunar. Era

su manera de dar las gracias a los miembros del equipo por la dedicación y profesionalidad que derrochaban. No era necesario hacerlo, pero era una de esas costumbres que acaban convirtiéndose en rituales y que ya era imposible dejar de hacer. Esta vez, sin embargo, él no había sido el causante de que se reunieran en un día que, a menos que estuvieran en medio de una investigación importante, sería de descanso. Había sido el comisario Alberto Gunea, y eso solo podía significar algo importante.

Gunea era un hombre de rutinas inquebrantables, de manera que, a Santana, por más que lo había pensado, no se le ocurría el motivo que había hecho que tomara aquella decisión. Los domingos eran para dedicar la mañana a jugar 18 hoyos de golf con unos amigos y almorzar después en un restaurante cercano. Ese era un debate ya mítico en la brigada, que por un lado tenía al comisario Gunea y a la forense Valeria Nieto como sus principales defensores, que consideraban que el golf era un deporte excelente para mantenerse en forma, en el que necesitabas tener resistencia para realizar grandes caminatas, llegar descansado al siguiente golpe para poder transmitir a la bola la potencia y dirección necesaria; fuerza muscular y, lo que ellos llamaban, una gran flexibilidad dinámica, además de que fomentaba la competitividad y la concentración; y por otro lado, a Julián Santana, Eva Bayona y Aitor Jáuregui, como sus detractores, que lo consideraban una actividad física menor, o en todo caso, un deporte que necesitaba de muchas horas para mejorar su salud cardiovascular, y partidarios de deportes de más alta intensidad como el crossfit, el fútbol o las artes marciales. Santana solía recordarles que no hacía tanto, los jugadores de golf bebían cerveza y fumaban mientras competían, se veía cuerpos con condiciones físicas de todo tipo y la vejez no era un problema insalvable para su práctica. Aunque a día de hoy se haya profesionalizado todo mucho más.

Debido al retraso obligado y motivado por la larga cola de la churrería, cuando Santana llegó a las dependencias de la brigada, ya todos habían llegado y caminaban de un lado a otro en diferentes tareas que nada tenían que ver con el trabajo: preparar una

cafetera, encender el televisor para escuchar las noticias de la mañana o abrir las ventanas para airear la estancia.

—¡Churros! —gritó Bayona, quitándole una porra de las manos antes de que pudiera dejarla sobre la mesa el papel de estraza en el que venían.

—Buenos días a ti también, Eva —sonrió Santana—. ¿Ha llegado el comisario?

—Debe de estar al caer. Empiezo a oler la mierda que nos ha traído hasta aquí —respondió con sarcasmo.

—¡Qué bruta eres! Estoy seguro que hay una buena razón.

—Eso espero, he dejado a mi hijo Sergio con Denise, que tiene el cielo ganado conmigo. Pero las horas de domingo no son precisamente baratas. Tal vez, aproveche la mañana para pedirle un aumento al comisario —dijo soltando una carcajada.

Como si lo hubieran invocado, en ese momento el comisario Gunea entraba en la estancia acompañado de un hombre vestido con vaqueros y camisa a cuadros que debía sobrepasar con creces los cincuenta años, moreno, evidente sobrepeso, pelo rizado y con un bigote a lo Salvador Dalí sumamente cuidado y puntiagudo, que a Santana le pareció que ganaría el campeonato mundial de "barbas y bigotes", si existiera.

—Buenos días a todos. Tal vez os estáis preguntando por qué os he reunido hoy —comenzó a decir Gunea.

—Ni se me había pasado por la cabeza, comisario —le respondió Bayona irónica dando un bocado al churro que aún sostenía en su mano.

—Como sabéis, hace unos meses se nos quedó una plaza en el equipo con la marcha de nuestro compañero Guillermo Monroy. Pues bien, os presento al cabo Jorge Blanco —continuó diciendo abriendo la palma de su mano en dirección al hombre que lo acompañaba—. Un policía con muchísima experiencia en homicidios en su León natal, que viene recomendado por el mismísimo intendente, y que estoy seguro vendrá para aportarnos toda su

experiencia y profesionalidad a todo el equipo. Quería que lo conocierais antes de que comenzara la semana y así facilitar su integración lo antes posible.

El comisario Gunea debió notar la cara de sorpresa de todos, que se quedaron petrificados, boquiabiertos y en silencio. Estaban seguros que algún día llegaría el momento de sustituir a su compañero y amigo, pero no esperaban que fuese tan pronto y de forma tan repentina. Echaban de menos a Monroy y todavía no habían terminado de asumir que ya no iban a volver a trabajar codo con codo con él. Y encima Gunea traía a un hombre, que aunque no querían juzgar por la primera impresión, parecía más un granjero cerca de la jubilación que un policía.

—Bienvenido al equipo, Jorge —dijo Santana acercándose para estrecharle la mano—. Soy Julián Santana, el inspector jefe. Espero que te sientas como en casa. Cualquier cosa que necesites para hacer tu adaptación mejor no tienes más que decírmelo. Ellos son la sargento Laura Guerrero, la forense e informática Valeria Nieto y los policías Eva Bayona y Aitor Jáuregui —dijo señalando uno a uno, mientras éstos respondían saludando con la mano.

—Es un placer —respondió Blanco con una voz tan aguda y chirriante, que descolocó a todos y que, si no supieran que es policía hubieran apostado a que era un doblador de dibujos animados. Una voz que parecía en discordancia con su aspecto físico y que a punto estuvo de hacer que a Jáuregui se le escapara una carcajada, que contuvo a duras penas y que disimuló girando sobre sí mismo y agachándose para simular que se ataba los cordones de las zapatillas.

—Ponte cómodo. La sargento Guerrero te enseñará las instalaciones y te pondrá al día de todo. Por suerte, ahora mismo los homicidas nos están dando una tregua en nuestra particular guerra.

—Ven conmigo, Jorge —dijo Guerrero palmeando el hombro de su nuevo compañero—. Te enseñaré nuestro nidito de amor.

Cuando desaparecieron por el pasillo, Gunea se acercó a Santana.

—Trátamelo bien. Sus informes son inmaculados, tiene una carrera policial intachable y…

—Descuida, Alberto. Ya sabes que aquí somos como una familia. Puedes estar tranquilo. No te dejaré en mal lugar con el intendente, si es lo que te preocupa —dijo Santana sonriente.

◆ ◆ ◆

Una vez finalizadas las presentaciones de rigor, no había nada que los retuviera aquella mañana en el edificio de la brigada de homicidios. Santana los citó para la mañana siguiente y comenzar una nueva semana que no esperaban con grandes cambios ni con un volumen excesivo de trabajo. Aunque también es verdad, que los asesinos no suelen tener la decencia de avisarles que van a cometer un homicidio. Eso no estaría nada mal. Pero ellos no tienen por costumbre cuidar esos detalles que les facilitarían un poco su labor.

Así que, libre la tarde, Santana pensó que sería un buen momento para acudir a uno de los gimnasios donde impartían clases de MMA. El "Caso Caronte" lo había dejado varios meses pensativo y dando vueltas a la idea de aprender a defenderse mejor. Su formación en ese sentido no iba más allá de lo básico que le enseñaban en la academia, que consistía fundamentalmente en unos agarres sencillos, unas pocas técnicas de bloqueo, y cómo sobrevivir a un loco con un arma blanca en la mano que te quiere ensartar como a un espeto malagueño. A medida que iba sumando años y casos en la mochila, cada vez tenía más claro la necesidad de mejorar en ese sentido en el peligroso mundo en el que se encontraban, y muy especialmente en un trabajo como el suyo, en constante interacción con personas que te destrozarían la cabeza a martillazos sin pensarlo si tuvieran la más mínima ocasión para hacerlo.

Fue Jáuregui, drogadicto del deporte y reconocido vigoréxico, quién le recomendó ese gimnasio en Almería capital, donde un afamado excampeón de Jiu-Jitsu brasileño impartía clases de artes marciales mixtas, boxeo y otras disciplinas.

—Tú debes ser Julián Santana —lo saludó un hombre mulato de piel tostada y marcado acento portugués con casi dos metros de altura y cuyo cuerpo asombrosamente fibrado podría haber sido elegido por Miguel Ángel como modelo para una de sus esculturas en el renacimiento.

—El mismo.

—Me llamo Adriano Pereira. Aquí te vas a sentir como en casa. Mis clases están llenas de alumnos de cuerpos de seguridad del estado.

—¿Como el emperador?

—Más bien como el futbolista. Mi padre no era tan culto como para saber quién era el emperador Adriano. Yo creo que el muy cabrón lo más cerca que estuvo de la cultura romana fue pensar que todos los que estaban a su alrededor debían de ejercer como sus esclavos. Durante alguna borrachera debía de estar viendo algún partido del jugador y decidió ponerme a mí su nombre.

—Tal como lo pintas, dan ganas de abrazarlo. Parece un padre entrañable.

—Antes abrazaría a un puercoespín —dijo Adriano con un rictus en la cara similar al que hubiese puesto si se hubiera comido una albóndiga de wasabi—. Pero mira… por el lado positivo, gracias a sus golpes e insultos diarios, hoy me dedico a esto.

—No hay mal que por bien no venga, después de todo.

—Eso es. En fin…si vas por ese pasillo —le indicó señalando con el dedo—, darás directamente a la zona de entrenamiento. Continúa recto y llegarás a los vestuarios sin pérdida. Puedes cambiarte, en 10 minutos comenzamos.

Santana se dirigió hacia donde le indicaba con su mochila de deporte colgada del hombro. Al entrar en la sala de entrenamiento, le sorprendió las enormes dimensiones del recinto, a las que no

faltaba el más mínimo detalle si alguien quería ser algún día profesional de aquel deporte. Más de 1000 metros cuadrados de instalaciones que estaban compuestas por un gran tatami, un área de sacos de boxeo, una zona para trabajar la fuerza y el acondicionamiento físico con numerosas bicicletas, elípticas y material para trabajar la musculación de todo tipo. Todo ello alrededor de un gran octógono que presidía majestuoso el centro de la sala, donde unas mastodónticas banderas de España y Brasil engalanaban las paredes de extremo a extremo.

Varias personas entrenaban en su interior con los diferentes profesores que Adriano tenía asociados. Cuando Santana empezó a cruzar la sala en dirección a los vestuarios, le llamó poderosamente la atención una mujer en mallas negras, top que dejaba parte del abdomen al descubierto y pelo recogido en una coleta, que golpeaba con furia un saco de boxeo. La cara le resultaba conocida.

—¿Rosario? —preguntó Santana cuando, por fin, cayó en la cuenta de quién era la mujer que estaba pegando al saco como si estuviera poseída por el espíritu de Muhammad Alí y quisiera vaciar toda la arena que contenía en su interior.

—¡Inspector Santana! ¡Cuánto tiempo sin verte! —contestó tras parar de balancearse de un lado al otro del saco.

—Menuda coincidencia. Pensaba que seguías en Sorbas.

Rosario Ramos era la esposa, y ahora viuda, de la primera víctima del "Caso Caronte". El hombre en cuestión se llamaba Roberto Garza. Un camionero infame que tenía a Rosario y a sus hijos viviendo una vida aciaga, en la que los golpes y los insultos eran constantes cuando estaba en casa, además de un canalla despreciable que violaba a mujeres después de drogarlas con ese fármaco de la sumisión llamada "Burundanga". Una joya cuyos actos hicieron que Caronte pusiese sus ojos en él y acabase con su miembro viril en un bote repleto de formol.

A Santana, desde el día que la conoció, le había parecido una mujer espectacular, que irradiaba elegancia en cada gesto, un físico sumamente cuidado y una personalidad arrolladora que le impactó desde el primer momento. El único defecto que tenía, a criterio de Santana, era su mal ojo para elegir compañeros de vida, ahogando las penas de una vida infernal al lado de Roberto Garza, echándose a los brazos de la persona que mandaba en el infierno. Miguel Falcón, el propio Caronte en persona.

—Después de lo que ocurrió —comenzó a decir Rosario—, y al irse mis dos hijos menores a estudiar el bachillerato a una residencia de estudiantes, no me apetecía seguir un minuto más en aquella casa que sólo me recordaba momentos desagradables y llenos de odio. Así que decidí mudarme a la capital.

—Todos tenemos derecho a empezar una nueva vida y cortar con el pasado de forma que repercuta lo menos posible en nuestro presente.

Rosario Ramos compuso una sonrisa amarga y resignada, que trataba de expresar lo difícil que había sido para ella llegar a esa misma conclusión.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Rosario tras un instante de silencio tenso.

Santana se encogió de hombros.

—Supongo que lo mismo que tú. Tratar de aprender a sobrevivir.

—Desde luego que sí. Si algún otro hombre decide hacerme la vida imposible, seré yo quien lo mate con mis propias manos —bromeó Rosario riendo de forma incontrolada.

Santana le devolvió la sonrisa contagiado por su carcajada. Era la primera vez que la veía reír de esa forma.

—Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Julián.

IV

JAQUE

A Julián Santana, su propia experiencia —y también algunas ajenas que ha tenido ocasión de conocer en profundidad gracias a su trabajo— le han enseñado que la vida tiene una lamentable facilidad para volverse fea e insatisfactoria. A partir de esa verdad inapelable, comprendió que lo que realmente varía es la actitud que cada uno adopta ante ella. Hay quien se pega un tiro en un pie y hay quien prefiere pegárselo a otro, lo que tampoco tiene un efecto real sobre el problema en sí. Hay personas que se sumen en la tristeza más profunda y con una visión pesimista de la vida, y quien se aferra a ella con un optimismo feroz.

Cuando era joven —y con joven quiere decir antes de empezar a levantar cadáveres con cierta frecuencia— Santana era de los segundos, un optimista obstinado y por naturaleza que encaraba la vida como si de un bistec de ternera a punto de ser devorado se tratase. Eso tal vez fue uno de los motivos que lo hizo hacerse policía. Todo eso ha ido cambiando a medida que fue conociendo los desarreglos de la mente humana de algunas personas y empezó a convivir con el desastre que dejaban a su paso. Descubrir cómo había vidas que se truncaban abruptamente por motivos tan irrisorios que se hubieran solucionado de igual forma, si en lugar de meterle una bala entre ceja y ceja, se le hubiera dado un azote en el culo como reprimenda. Todo esto lo había hecho convertirse en un pesimista pragmático, que había ido perdiendo poco a poco la esperanza en la humanidad, y en el que su trabajo consistía básicamente en mantener el equilibrio entre esos mundos.

Había aprendido a disfrutar de los pequeños placeres de la vida, a saborear cada momento que esta te ofrecía sin mirar más allá del día que tenía delante, y sobre todo, a normalizar que en cualquier instante, esos momentos de gozo se vieran interrumpidos debido a esa crueldad humana con la que lidiaba constantemente.

Por este motivo, Santana se encontraba confortablemente sentado en un sillón relax bajo el umbral de la ventana del salón de su casa, recibiendo los primeros rayos de sol de la mañana, mirando a través de la cristalera el mar de la bahía de Almería y con una taza de café en la mano, cuando recibió la llamada del comisario Gunea que alteraría los meses de tranquilidad en los que la brigada se había instaurado.

—Buenos días, comisario —saludó dando un sorbo a su taza.

—Me temo que no son tan buenos. Esta mañana soy como esa novia fastidiosa que aparece en tu vida para ponerla patas arriba, y que trastoca esa paz y calma que conocías hasta ahora.

—Hace mucho que no tengo novia, comisario. La paz como mucho me la trastoca mi vecino de arriba cuando se pone a utilizar el taladro a las siete de la mañana.

—Tengo la sensación de que lo que tengo que decirte te va a robar más horas de tranquilidad que si tu vecino se decidiera a montar la puta Torre Burj Khalifa de Dubái en la terraza de su casa.

Santana apuró de un trago su taza de café y la dejó en el suelo junto al sofá.

—Soy todo oídos. Ya disfrutaré de la tranquilidad cuando en unos años vaya a jugar al ajedrez al club del pensionista.

—Justo de eso iba a hablarte, igual vas a tener que aprender a jugar al ajedrez antes de que te salgan canas hasta en los dedos de los pies. Nos han informado de la aparición de un cadáver en el interior de una casa en el pueblo de Mojácar.

—¿Y qué tiene que ver con el ajedrez?

—Una de las peculiaridades de este caso —y por lo que nos han avisado a nosotros— es que sobre la víctima han encontrado

una pieza de ajedrez. En concreto un peón blanco de cristal.

—¿Un peón de cristal? —repitió, extrañado.

—Un puto y reluciente peón blanco de cristal. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

—¿Puedes avisar al resto? Me pongo en camino. Que no toquen nada hasta que yo llegue. Quiero ver la escena tal cual está ahora mismo.

—Venga, vete cagando leches e infórmame de la situación lo antes posible.

◆ ◆ ◆

Mojácar es considerada por muchos una de las localidades más exóticas y bellas de la provincia de Almería. Un pequeño pueblo construido sobre un cerro próximo al mar, que ha conservado gran parte de la arquitectura y cultura de épocas pasadas. Con gran influencia romana, pero sobre todo árabe, Mojácar posee un gran atractivo turístico que atrae a numerosos visitantes cada año.

Santana y Guerrero llegaron hasta allí en el vehículo de incógnito de la brigada de homicidios, un Ford Kuga Blanco sin ninguna señal de identidad que delatase que se trataba de un coche policial y que era el vehículo más utilizado por ellos. A Santana, la experiencia le decía que el uniforme policial, en muchas ocasiones, producía cierto rechazo en determinados sectores de la población, que de entrada se cerraban en banda y se negaban a colaborar en cuanto los veían aparecer. Por lo que propuso, y al comisario Gunea le pareció bien, que ejercieran su labor diaria con la mayor discreción posible. Nada de uniformes ni vehículos oficiales con sirenas escandalosas que alertaran a todo el mundo. Su identificación como policías se limitaba a una placa con el emblema

de la brigada de homicidios de Almería, una pistola modelo USP Compact de 9 mm debidamente oculta y —a veces— un incómodo chaleco antibalas que él personalmente evitaba siempre que podía.

Santana redujo la velocidad del coche nada más atravesar el cartel que indicaba la entrada a la localidad. Circulaban por una carretera paralela a la costa, flanqueada a los lados por numerosas palmeras que se iban sucediendo cada varios metros, mientras iban dejando atrás todo un conjunto de infraestructuras preparadas para el turismo: supermercados, hoteles, tiendas de souvenirs y restaurantes.

—La última vez que estuve aquí fue en la despedida de soltera de una amiga —dijo Guerrero mientras miraba al paseo marítimo a través de la ventana del copiloto—. Descubrió aquí un mundo nuevo para ella. Un ambiente tan festivo, despreocupado y excitante, que la llevó a pensarse seriamente lo de ligar su vida a la de otro hombre para siempre y anuló la boda al poco de volver, para sorpresa de todos.

—¿Lo dices en serio? Lo que puede cambiarte la vida de un día para otro es alucinante. Desde que llegué a Almería, había oído varias veces de la fama que tiene el mundo de la noche aquí. No sé por qué nunca he venido a comprobarlo.

—No has venido porque eres un carcamal, Julián —bromeó Guerrero con los labios curvados en una sonrisa malévola—. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de fiesta a bailar y beber hasta que veas el sol aparecer en el horizonte?

—Pues no sé… ahora mismo… —titubeó Santana.

—Yo te lo diré. La última vez que saliste de fiesta, la música era una extraña melodía tocada a base de tambores, en la que todos danzabais en taparrabos alrededor de un fuego y bebíais una deliciosa mezcla de cóctel a base de sangre y leche en un cuenco hecho de hueso.

—Muy graciosa, Laura. Nuestro trabajo no nos ha permitido…

—Nuestro trabajo, nuestro trabajo —interrumpió Guerrero —, ya conozco nuestro trabajo y sé lo que te involucras en él. Pero créeme, a ti lo que te hace falta es una noche de lujuria y desenfreno en la que al día siguiente no recuerdes ni dónde has dejado los calcetines.

—¿Y qué me aporta eso que no tenga ya? No creo que se me haya perdido nada en lugares en los que todos se aprietan más que los tornillos de un submarino y se hacinan como sardinas en lata apestando a alcohol y sudor —protestó Santana con vehemencia.

—Mírate, Julián. Desde el respeto y con todo el cariño que te tengo: tienes cuarenta y cuatro años, vistes de una forma horrendamente clásica —que sólo empeorarías al ponerte un pantalón de pana —, estás soltero, la juventud está empezando a abandonar nuestros cuerpos…

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Lo que quiero decir, es que nos pasamos la vida corriendo detrás de un criminal, sin descanso, devorando años uno tras otro sin disfrutar de nuestro propio día a día. Yo no soy ejemplo de nada ni nadie, puesto que mi situación con Sergio me hace vivirla ,tal vez incluso menos que tú. Es sólo que creo que deberíamos buscar, aunque sea muy de vez en cuando, esos momentos que nos llevaremos a la tumba el día de mañana.

Santana se quedó pensativo con la mirada absorta en la carretera ante las palabras de su compañera.

—Deberías haber sido comercial en lugar de policía —dijo finalmente —. Hubieras vendido seguros de vida como rosquillas.

Durante los siguientes minutos no hablaron nada más, cada uno sumergido en sus propios pensamientos mientras comenzaban a acercarse al imponente y majestuoso cerro donde una amalgama de casas blancas, arremolinadas, colgaban de una estribación de Sierra Cabrera. Fue Santana quién finalmente rompió el silencio.

—¿Dónde se supone que han encontrado a nuestra víctima?

—Ahora mismo estamos pasando por Mojácar playa, donde se encuentra el ocio y el turismo vacacional del que hablábamos antes. ¿Ves esa montaña repleta de casas apiñadas, ahí delante? —dijo señalando con el dedo—. Ese es el centro histórico de Mojácar,

donde se encuentra la verdadera esencia de esta localidad. A nuestra víctima la han encontrado en una de esas casas que ves colgando de la colina.

◆ ◆ ◆

Cuando Santana y Guerrero llegaron al pueblo de Mojácar, se encontraron con un conjunto laberíntico de calles estrechas y casas blancas engalanadas con numerosas macetas repletas de flores de intensos colores que colgaban de las fachadas de las casas.

Santana aparcó el Ford Kuga junto a un mirador, que debido al enclave en el que se encontraba Mojácar, servía de vigía y ofrecía una panorámica en alto impresionante a la costa.

—¡Menudas vistas! —exclamó Santana tras un silbido sonoro —. Será mejor que vayamos andando a partir de aquí, no creo que haya muchas posibilidades más de aparcamiento en el interior del pueblo.

—La casa donde han encontrado a la víctima la tenemos a apenas unos minutos.

A medida que ambos caminaban por sus callejuelas empedradas, comenzaban a percibir la influencia que la cultura árabe había dejado, con un estilo muy pintoresco, de sus numerosos años establecidos en la localidad.

—Este pueblo me recuerda mucho a algunos que recorrí con mi exmujer en el norte de Marruecos. Uno de los pocos viajes que hicimos como pareja —comenzó a decir Santana paseando la mirada por las puertas de las casas con sus arcos de medio punto característicos.

—Es normal. Los árabes estuvieron aquí casi 700 años. ¿Quieres que te cuente una anécdota mientras llegamos a la casa? —preguntó Guerrero.

—Claro. No tenemos nada mejor de lo que hablar.

—¿Sabías que, en la época de la Reconquista, durante el avance cristiano, todos los alcaides de la comarca acudieron a rendirse a los Reyes Católicos, excepto uno?

—¿El de Mojácar?

—El mismo. Los Reyes Católicos tuvieron que mandar al capitán Garcilaso de la Vega a negociar con él. Lo dejaron vivir bajo algunas condiciones. Una especie de versión almeriense de la resistencia numantina.

—¿Cómo sabes tú todo eso de Mojácar? —preguntó Santana intrigado.

Guerrero guardó unos instantes de silencio, pensativa.

—Aquí fue donde el padre de Sergio y yo nos conocimos —dijo finalmente—. Mira… ya hemos llegado —continuó diciendo cambiando rápidamente de tema, como siempre hacía cuando tocaban un tema en el que no quería profundizar.

La casa a la que llegaron Santana y Guerrero en nada se diferenciaba del resto. De arquitectura blanca inmaculada, ventanas de marcos de madera y rejas pintadas de color negro escoltadas por dos macetas de hortensias rosas y blancas. La única diferencia era un cordón policial que delimitaba el paso al interior de la vivienda, y la presencia de Jáuregui, con una planta tan imponente como acostumbraba, de brazos cruzados a la entrada de la casa.

—Hola Aitor —le saludó Santana—. ¿Están los demás dentro?

—Hola, jefe. Sabemos que querías ver la escena tal cuál la hemos encontrado, así que estamos iniciando todo ahora. La científica ha comenzado a lanzar fotos como si no hubiera un mañana, Valeria ya está en su mundo, curioseando con su olfato de elefante africano, y poco más.

—Vamos —dijo Santana a Guerrero pasando por debajo de la cinta policial.

—Una cosa.

Santana volvió la cabeza hacia Jáuregui, parado en el umbral de la puerta.

—Espero que no hayáis desayunado. Lo que vais a ver ahí dentro es de una brutalidad como nunca antes había visto en mi

vida. Quién haya hecho eso es un puto salvaje sin escrúpulos —avisó Jáuregui.

Santana asintió y cruzó bajo la cinta.

Nada más entrar a la casa, el olor putrefacto y rancio característico de la muerte los golpeó con la fuerza de una manada de bisontes a la carrera, lo que hizo que Santana compusiera un gesto agrio en el rostro y se tapara la nariz con la manga de la camisa. Valeria se acercó a ellos nada más verlos llegar.

—Será mejor que os pongáis esto —les dijo, como todo saludo, ofreciéndoles una mascarilla azul de esas que se utilizan en los quirófanos para las intervenciones.

El interior de la casa estaba en consonancia con lo que habían visto del exterior del pueblo: paredes blancas de estilo morisco y una decoración minimalista y rural, en la que la madera predominaba como material arquitectónico.

Desde el recibidor, Valeria Nieto los guió por un pasillo largo y estrecho hasta llegar a un gran salón perfectamente iluminado por la luz solar que entraba a través de los amplios ventanales de madera.

La escena era espantosa, había salpicaduras de sangre por todos lados: paredes, mobiliario…pero sobre todo un gran charco de sangre coagulada en el suelo junto a un cuerpo. A pesar de la advertencia de Jáuregui, aquella imagen, que parecía sacada de una escena de una de las películas de la saga "Saw" de James Wan, los dejó sin aliento. Nada más entrar a la estancia, inmediatamente llamaba la atención una palabra escrita en un rojo vivo sobre la pared frontal que decía "JAQUE". Guerrero venció su cuerpo hacia adelante apoyando las manos sobre sus rodillas, conteniendo a duras penas una arcada.

—No preparan para esto en la academia —dijo con dificultad recuperando la postura.

—Si necesitas salir un momento, puedes… —comenzó a decir Santana poniendo una mano sobre el hombro de su

compañera.

—Estoy perfecta —dijo Guerrero tras respirar hondo—. Vamos allá.

Tal y como le había contado Jáuregui, la científica trabajaba a destajo tomando fotografías de cada centímetro de aquella escena. El resto del equipo también estaba allí. Jorge Blanco, sudoroso y con cara de auténtico espanto, comentaba algo en voz baja con Eva Bayona.

Santana se acercó hasta el cuerpo de la víctima. Era incapaz a simple vista de decir si era un hombre o una mujer. La cara era una masa irreconocible. De ahí debía de haber emanado la mayor parte de la sangre que había esparcida por la escena. Esa imagen, le hizo recordar a Santana su pesadilla de la noche anterior. Esa cara ensangrentada y desfigurada a golpes era la misma que aparecía en sus sueños. A Santana le atravesó un rápido escalofrío que partía desde la columna vertebral y le recorría todo el cuerpo poniéndole los pelos de punta. Esa coincidencia, si es que lo era, era cuanto menos curiosa.

Era un cuerpo menudo de pelo enmarañado, largo y apelmazado, mezcla de suciedad y sangre coagulada, vestía con un pantalón vaquero ceñido, camisa blanca de botones, ancha y holgada, que ahora parecía roja, y pies descalzos.

—¿Qué nos puedes contar? —preguntó Santana a Valeria.

—Os presento a la anfitriona de esta casa, bueno… en realidad era la única conviviente. Emma Luque, de 38 años —empezó a decir la forense acomodando sus características gafas de pasta roja sobre la nariz—. Como podéis ver presenta múltiples traumatismo faciales y craneales con algún objeto contundente que no se ha encontrado en la escena del crimen.

—¿Cuánto lleva muerta? —preguntó Santana—. El olor es nauseabundo.

—Necesitaré unos días para ampliar la información, pero por el estado de descomposición en que se encuentra, el leve hinchazón que presenta producido por los gases y la decoloración de la piel, diría que lleva muerta entre tres y cuatro días.

—Muchos días para que nadie notara su ausencia, ¿no?

—Al parecer Emma era soltera y vivía sola. A una amiga del pueblo le extrañó que llevara días sin llamarla. Ella es la que dio la voz de alarma.

Santana señaló la pared frontal con la palabra "JAQUE" escrita con sangre, donde uno de los hombres de la policía científica disparaba fotografías a gran velocidad.

—Nos ha dejado una firma bastante escandalosa.

—Al servicio de limpieza les va a costar borrar eso. Tomaré una muestra para analizarla y saber si es sangre de la víctima.

Una de las cosas positivas que tenía tener un equipo bajo su mando tan cualificado y profesional era esto. Todos sabían perfectamente cuál era su función y cómo actuar ante un caso de homicidio sin que tuviera que darles ninguna indicación. Sabía de sobra que no se les iba a pasar nada por alto, y por supuesto, les dejaba hacer sabiendo que no iban a contaminar en su labor la escena del crimen.

Santana se acuclilló junto a la víctima. En los años que llevaba en la brigada viendo rostros de una persona asesinada había podido observar los diferentes gestos que la cara de una persona adopta ante la muerte. Eso le daba información muy valiosa. Había quién moría con una expresión facial de auténtica sorpresa —lo que podría indicar que el asesino era una persona conocida por la víctima — otras con una sensación de paz —que indicaba lo esperado del momento o incluso alivio— otras, sin embargo, expresaban auténtico miedo. El rostro de Emma Luque era totalmente indescifrable. Su cara había perdido cualquier rasgo que la identificara debido a la cantidad de golpes recibidos y que había hecho que se deformara por completo.

Santana se acercó un poco más. Le había parecido ver algo que sobresalía ligeramente entre los botones de la camisa de la víctima. Valeria Nieto —siempre tan meticulosa con su trabajo— le ofreció unos guantes de látex, que Santana se puso rápidamente. Desabrochó uno de los botones de la camisa.

—¿Qué cojones…? —Santana comenzó a desabotonar la camisa a mayor ritmo al ver lo que allí estaba apareciendo.

Bajo el pecho de Emma Luque había un símbolo tatuado sobre la piel. Era una forma entrelazada de dos figuras. Como si dos nudos se unieran entre sí, sólo que uno de ellos tenía la forma de una serpiente enroscada. Sobre el símbolo, estaba la pieza de ajedrez de la que el comisario le había hablado. Un peón blanco de cristal.

Valeria se agachó para ponerse a la altura de Santana y observar mejor el nuevo hallazgo. Alargó la mano y tomó el peón con los dedos, que tras observarlo unos instantes rotándolo sobre sí mismo, introdujo en una bolsa de pruebas.

—¿Qué mierda es esta? —Santana no salía de su asombro —. ¿Un puto loco aficionado al ajedrez?

Valeria, concentrada como estaba, no contestó. Volvió a alargar la mano y rozó con sus dedos el símbolo que la víctima tenía tatuada bajo su pecho.

—Fuego —dijo únicamente.

—¿Cómo dices?

—El símbolo está grabado con fuego. Debe de haberlo sellado con algún tipo de material incandescente.

—¡Joder! ¿Cómo si estuviera marcando al ganado?

—Quizás esté haciendo justo eso. Marcando al ganado.

V

LA TAZA ROTA

Cada marzo, desde hace más de una década, se celebra el Día Internacional de la Felicidad. Este año, un estudio curioso quiso determinar cuáles eran los pueblos más felices de España teniendo en cuenta factores como el clima, un ritmo de vida tranquilo en un ambiente afectuoso y cordial de sus lugareños, que estén libres de estrés o que disfruten de una buena gastronomía, entre otros parámetros.

Mojácar, quedó a las puertas del top 10 de los pueblos donde reside la verdadera felicidad.

Es por esto, que un suceso como el que acababa de ocurrir no era nada común en un lugar así. El ambiente, generalmente apacible e imperturbable de la localidad, estaba revolucionado y enrarecido desde el hallazgo del cuerpo de Emma Luque, donde en cada círculo, cada habitante comentaba su versión de lo ocurrido. Un asunto que, evidentemente, era la comidilla de cada casa aquel día.

Una vez la juez de guardia abrió diligencias y pudieron levantar el cuerpo de la víctima, y tras pasar horas recorriendo la casa en busca de huellas, tomando muestras, o cualquier otro indicio que les resultara de ayuda, Santana pidió a Jáuregui que se entrevistara con la amiga de Emma, la persona que había informado de su ausencia, y que para ello, se llevara con él a Jorge Blanco, para que el nuevo se fuese adaptando lo antes posible al grupo y a su forma de trabajar.

Jáuregui y Blanco caminaban calle arriba. Todo el mundo conocía en el pueblo quienes eran y qué habían venido a hacer allí. Podían sentir como eran el centro de atención de numerosas miradas curiosas que cuchicheaban en voz baja a su paso.

En el equipo todos aceptaban la llegada de Blanco. Habían prometido procurar que su integración fuera lo más sencilla posible y tratar de hacerle ver que era uno más del grupo desde el principio.

Al fin y al cabo, tal y como había dicho el comisario Gunea, era un buen policía con un gran currículum, y dos buenas manos expertas eran siempre necesarias en el equipo. Pero, una cosa era aceptar algo de cara a los demás, y otra muy distinta sentirlo por dentro.

Jáuregui aún no estaba preparado para que otro pisara el terreno de su viejo amigo Monroy. A veces incluso le molestaba que Blanco hablara con soltura, como si el puesto fuera suyo por derecho.

En el fondo, sentía que permitir que encajara era traicionar un recuerdo que aún no había terminado de despedir. Y esa mezcla de duelo mal digerido y orgullo herido le hacía ver en Blanco una amenaza, aunque se esforzara por disimularlo. Por eso se había mostrado receloso desde un principio a la llegada tan prematura de un nuevo miembro. Sentía que su amigo Monroy no merecía el destino que finalmente había tenido con la expulsión del cuerpo. Que otra persona ocupara su lugar tan pronto era aceptar que ya no volvería a trabajar con él, era sentir que de alguna manera le estaba fallando. A él y a la labor que había llevado a cabo todos estos años en la brigada. Pero, por encima de todo, era conceder la razón a la decisión que habían tomado los que mandaban de apartarlo del equipo. No tenía nada en contra de Jorge Blanco, pero Jáuregui creía que para ocupar ese puesto debía demostrar que merecía estar ahí, a base de trabajo, esfuerzo y capacidad policial.

—Cuando lleguemos a la casa de la amiga de Emma, deja que sea yo quien lleve el peso de la entrevista —comenzó a decir Jáuregui, que, pese a la diferencia de edad y rango, se sentía con el peso de la experiencia en el grupo—. Puedes intervenir cuando consideres necesario, pero quizás sea mejor que utilices esta primera toma de contacto para observar y absorber la forma en que trabajamos —el tono cordial que utilizó no lograba ocultar cierta frialdad.

Blanco notó la ligereza forzada en aquellas palabras. No eran un consejo, sino una advertencia disfrazada de cortesía.

—De acuerdo —respondió, tragándose cualquier réplica por pura diplomacia.

La casa a la que llegaron apenas se diferenciaba en nada en su parte exterior a la que habían estado unos minutos antes. De no ser por el número que había sobre la puerta de entrada, cualquiera hubiera dicho que se encontraban ante la misma vivienda. La casa de Emma se encontraba a unos pocos metros de distancia de la de su amiga.

Jáuregui llamó al timbre. Al poco apareció en el umbral una mujer baja, robusta y corpulenta, de pelo castaño recogido en una coleta que vestía únicamente con un vestido holgado con estampado de flores. Tenía los ojos nerviosos e inquietos de quién sabe que va a enfrentarse a una situación incómoda.

—Ustedes deben ser los policías que quieren hablar conmigo sobre Emma.

—Por favor, puede tutearme —dijo Jáuregui ofreciéndole la mano—. Soy Aitor Jauregui, y él es mi compañero, Jorge Blanco —continuó diciendo señalando al cabo de la policía con la mano que le quedaba libre —. ¿Y su nombre es?

—Podéis tutearme también. Soy Carolina Ruiz. Pero todo el mundo me llama Carol —respondió estrechándola con una mano temblorosa y sin fuerza—. Pasad, por favor —dijo dando la vuelta y echando a andar hacia el interior de la vivienda.

Carol tenía la piel escamada y enrojecida en algunas zonas, con unos pies muy inflamados que hacía que andara de forma lenta y con dificultad.

El interior de la casa, aunque con una distribución similar, sí era muy distinto a lo que habían visto de la casa de Emma Luque. Tenía un aspecto sucio, con mobiliario mucho más viejo y mal cuidado que parecía no tener relación entre sí, como si hubiera ido acumulando muebles de distinto tipo a lo largo del tiempo, componiendo una estética de mal gusto con una decoración sobrecargada.

—Tienes una casa muy bonita —dijo Jáuregui buscando congraciarse.

—Es una mierda de casa, pero es lo único que tengo. La cisterna está jodida y tengo que tirar de la cadena con un cubo. La cocina tampoco funciona, así que solo puedo comer latas y

bocadillos. Si quieren, les doy un vaso de agua, pero del grifo no: eso es veneno.

—No, gracias.

Carol los guió hasta un salón idéntico al que habían encontrado en casa de Emma, sólo que, en cuanto a vistas y luminosidad, este perdía por goleada. Los ventanales daban a la ladera de una montaña. Nada que ver con las impresionantes vistas al mar que habían podido observar anteriormente.

Sobre la mesa, descansaba una taza de cerámica blanca, remendada por varios puntos con un pegamento oscuro que asomaba entre las grietas.

—Emma rompió esta taza un día que estábamos charlando —dijo Carol al ver la mirada de Jáuregui posarse en ella—. Le tenía un cariño especial, no sé por qué. Yo la arreglé como pude. A veces me gusta pensar que esa taza es como ella: llena de heridas, pero aún capaz de contener algo cálido.

Jáuregui bajó la mirada hacia la taza durante unos segundos.

—A veces son esas cosas, las más simples, las que más nos hablan de alguien —dijo finalmente, con un tono bajo, casi para sí mismo—. Y las que más cuesta soltar.

Ella asintió satisfecha.

—Siento no poder ofreceros nada más. La única tienda de comestibles del pueblo está cerrada por la enfermedad de su propietaria, y no he podido bajar a la zona de la playa para hacer la compra —dijo Carol con timidez y un leve enrojecimiento en sus mejillas.

—No te preocupes, estamos bien —dijo Jáuregui restándole importancia—. Eres muy amable.

—Por favor, sentaros —les pidió ofreciéndoles un sofá chaise longue raído y descolorido por el uso—. Aquí en Mojácar le damos mucha importancia a la hospitalidad. Nos gusta que quién nos visite se sienta bien recibido y a gusto recorriendo nuestro entorno.

—Ojalá el motivo que nos hubiera traído hasta aquí fuese ese tiempo de ocio y disfrute. Tenéis un pueblo precioso —dijo

Jáuregui mientras tomaba asiento. Blanco prefirió seguir de pie y acercarse al ventanal para mirar al exterior.

Carol asintió. Comenzó a abrir la boca para empezar a decir algo, pero paró antes de que alguna palabra saliera de su boca. De pronto parecía palidecer y comenzar a desmoronarse. Puso las manos sobre su cara ocultándola de la vista de Jáuregui, que la dejaba hacer sin interrumpirla para no presionarla, permitiendo que se desahogara si lo necesitaba. Cuando apartó las manos tratando de recomponerse, su rostro estaba enrojecido y cubierto de lágrimas. A Jáuregui le sorprendió esa repentina emoción. Carol parecía muy entera hace apenas unos minutos.

—Emma y yo éramos muy amigas —susurró cuando consiguió que las palabras empezaran a brotar de su boca—. Estábamos muy unidas. Esto es un mazazo muy grande para mí, ¿sabes? No sé ni por dónde empezar.

—Te entiendo perfectamente —le dijo Jáuregui comprensivo —. Tómate el tiempo que necesites. Si te parece, podrías empezar a ayudarnos contándonos datos de Emma que nos permita conocerla un poco mejor. Carol se enjugó las lágrimas con las palmas de las manos y se sorbió ruidosamente la nariz. Parecía buscar las palabras adecuadas para comenzar su relato. Las encontró, porque su rostro se tornó con un gesto más decidido.

—Yo era lo más parecido a una familia que Emma tenía aquí. Éramos inseparables. Sus padres… unos hijos de… —Carol se contuvo, tratando de serenarse—. Un matrimonio chapado a la antigua, huraño, de mal carácter y asquerosamente racista. La repudiaron en cuanto empezó una relación con su ex, un maliense llamado Mamadou. Emma no tuvo más remedio que hacer las maletas y venirse a vivir a Mojácar, hace ya más de diez años. Desde entonces, siempre estuvimos juntas.

—Cuando estuvimos en su casa nos dio la impresión de que vivía sola.

—Y así lo hacía desde hace 4 años. La relación con Mamadou comenzó a hacerse de lo más tormentosa y terminaron dejándolo. No lo comprendo, ¿sabes? —Carol comenzó a alzar la voz innecesariamente. A Jáuregui le dio la impresión que Carol estaba

emocionalmente tan inestable, que parecía variar por momentos su estado de ánimo—. Por fin parecía feliz, había conseguido un trabajo estable en una de las discotecas de la playa, vivía sin preocupaciones, disfrutábamos de la vida… ¿Y de pronto esto? ¿Viene un loco y la mata, sin más?

—Desde luego que a veces la vida…

—La vida es una puta mierda —lo interrumpió Carol con vehemencia, cada vez más alterada—. Entiendo que la felicidad no es algo que pueda prometerse en una campaña electoral, que es efímera y, a veces incluso imperceptible, pero tenemos derecho a intentar que sea posible. ¡Joder, nadie debería arrebatarnos eso!

Jáuregui no quería que la exaltación de sentimientos que tenía ahora mismo Carol la desviase de lo realmente importante, que era conocer todos los datos que pudiera obtener acerca de Emma. Intentó reconducir en otra dirección la conversación.

—Dime, Carol… ¿Cuándo notaste la ausencia de Emma? ¿Cómo ocurrió todo?

Jáuregui percibió por el rabillo del ojo como su compañero Blanco sacaba del bolsillo de su pantalón un bloc de notas pequeño y un bolígrafo, lo que le hizo torcer el gesto y suspirar largamente antes de centrar su atención de nuevo en Carol, que daba un sorbo a un vaso de agua.

—Emma y yo nos veíamos casi a diario. Fuí su gran apoyo todos estos años y la quería casi como a una hermana. A veces nos quedábamos tomando café y charlando durante toda la tarde —comenzó a decir Emma con un leve tartamudeo nervioso—. La última vez que la vi, hace cuatro días, la noté… no sé cómo explicarlo… desconectada, como si tuviera la mente en otro sitio.

Se llevó una mano a la sien, como si tratara de rebobinar mentalmente aquella escena.

—Me dijo que necesitaba unas vacaciones, alejarse unos días del pueblo... Pero había algo raro en la forma en que lo dijo. Su voz temblaba, como si no estuviera segura de lo que estaba haciendo, o como si no fuera ella quien lo había decidido realmente.

Carol bajó la mirada.

—Recuerdo que jugaba nerviosamente con el anillo que solía llevar en el dedo índice. Un anillo antiguo, de plata, que le había regalado su abuela. Se lo quitaba y se lo volvía a poner mientras me hablaba. No lo había hecho nunca antes. Cuando le pregunté si pasaba algo, simplemente sonrió, pero fue una sonrisa... vacía. Como de alguien que está despidiéndose sin decirlo.

Carol inspiró profundamente.

—Me dijo que quería irse a algún hotel, uno donde se lo dieran todo hecho, desconectar por completo. Que no tenía fuerzas ni para pensar. Y luego me abrazó. Emma no era de abrazar, ni siquiera a mí. Pero ese día, lo hizo. Fue corto, torpe… pero intenso. Como si necesitara aferrarse a algo por última vez. Y al separarse, se quedó mirándome unos segundos en silencio, como si quisiera decir algo que no se atrevía a pronunciar.

Levantó la cabeza y miró a Jáuregui con los ojos empañados:

—Fue la última vez que la vi. Y ahora me doy cuenta de que se estaba despidiendo de mí. Aunque no tuviera el valor de decirlo en voz alta.

—¿Era raro que saliera del pueblo? —quiso saber Jáuregui.

—Sí. Consideraba Mojácar una especie de refugio de su vida pasada y rara vez lo abandonaba, salvo para ir a trabajar. En este pueblo siempre se había sentido segura. Me extrañó ese cambio repentino, pero más que lo que dijo, fue como lo dijo. Su lenguaje no verbal indicaba que algo la inquietaba.

—¿No le preguntó?

—¡Claro que lo hice! Pero me contestó de forma evasiva, sin entrar en muchos detalles, para terminar diciéndome que se cogería unos días libres en el trabajo y se iría a desconectar a algún hotel donde se lo dieran todo hecho y su mente se despejara por completo.

—¿Te dijo el nombre del hotel?

—No lo recuerdo bien. Algo así como "Redhouse no sé qué".

Jáuregui asintió. Volvió a ver a su compañero tomar notas a una velocidad endiablada.

—¿Y no hablaste con ella desde entonces?

—Traté de respetar esos días que necesitaba de desconexión. Esta mañana cumplía ese plazo. Así que decidí ir a su casa y darle una sorpresa. Ver como estaba y desayunar juntas.

—Y la sorpresa se la llevó usted —intervino por primera vez Jorge Blanco, evitando tutearla. La mirada que le clavó Jáuregui hubiese tumbado de un golpe a un oso polar. No le gustaban las interrupciones, y menos aun las que rompían la empatía del momento.

Blanco pareció no notarlo, o fingió no hacerlo. Sacó su bloc de notas y escribió algo rápidamente, ajeno a la tensión en el aire. Jáuregui suspiró por lo bajo. No se trataba de eficiencia, se trataba de humanidad.

Carol comenzó a sollozar con los ojos inundados de lágrimas. Jáuregui le puso una mano en el hombro tratando de serenarla, y que el comentario de Blanco no le hiciera parar de contar lo que sabía.

—Y la sorpresa me la llevé yo —comenzó a decir cuando consiguió calmarse—. Cuando llegué allí el olor que salía de la puerta era tan repugnante que a punto estuve de marearme. Llamé mil veces, pero nadie abrió. Fue entonces cuando me temí lo peor y llamé a la policía.

—¿Crees que pudo hacerlo Mamadou?

—No he parado de pensar en ello en este tiempo. Ese imbécil es capaz de cualquier cosa. Es una persona machista, celosa, controladora, posesiva si me apuras. Pero… ¿Matar a Emma? ¡Santo Cielo, yo ya no sé ni qué pensar! No le veo con el arrojo para hacer algo así.

Jáuregui continuaba con la mano en el hombro de Carol, inclinó su cuerpo hacia adelante para acortar la distancia entre ellos y buscó con sus ojos los de ella.

—Gracias Carol. Nos has sido de mucha ayuda. Por favor, si recuerdas algo más, llámanos.

Carol sólo hizo un leve gesto de asentimiento. Jáuregui volvió a mirar a Blanco con unos ojos llenos de desaprobación y

ambos policías salieron de allí dejando atrás a una mujer completamente abatida.

VI

IMAGINE

Imagine there's no countries
It isn't hard to do
Nothing to kill or die for
And no religion too
Imagine all the people
Living live in peace

La canción se coló en mitad de los pensamientos de Santana interrumpiéndolos de forma súbita, y nunca antes la letra le había parecido tan acorde al momento. Qué bonita utopía sería un mundo así, un mundo sin nada por lo que matar o morir, sin ninguna circunstancia que condicione que vivamos la vida en paz. Sentía un especial apego por John Lennon. Existe la coincidencia de que murió tan solo unos meses después de que él naciera, y su madre se encargó de que fuera algo más que una casualidad, poniendo su música a todas horas en casa durante su infancia, haciendo que él también lo admirara con el paso del tiempo. Aquel día, más que nunca, deseaba que Lennon tuviera razón. Que existiera una forma de imaginar un mundo sin fronteras ni bandos.

Pero la sangre de Emma Luque en las paredes era la prueba de que no vivíamos en ese mundo.

A veces, las mejores canciones son las que más duelen. Años más tarde, cuando ingresó en la academia, ella le regaló un llavero metálico con la silueta del rostro de Lennon, que él aún conservaba en su manojo de llaves. A veces, sin darse cuenta, lo acariciaba con el pulgar mientras pensaba, como si fuera una forma silenciosa de mantenerse anclado a una parte de sí mismo que no quería perder.

Aquella canción, que en otro momento habría pasado desapercibida, esta vez le golpeó el alma con más fuerza de la esperada.

Desde que salieron de la casa de Emma Luque y cogieron el coche de vuelta a Almería, Santana y Guerrero no habían intercambiado una sola palabra. La brutalidad de la escena que acababan de ver los había sumido en un silencio total, en el que cada uno se había refugiado en sus propias reflexiones. Tanto que ninguno de los dos se había percatado que era el móvil de la sargento Guerrero el que sonaba con la letra de la canción "Imagine" como tono de llamada.

—Comisario —contestó a la llamada Guerrero cuando consiguió orientarse y volver a la tierra—, creo que debe ser la primera vez en todos estos años que recibo una llamada suya, ¿se ha equivocado al marcar? —preguntó tratando de aparentar normalidad y de sacar de su cabeza la imagen de Emma Luque con la cara reventada y su sangre esparcida por las paredes como si se hubieran revestido con gotelé.

—He estado a punto de colgar. ¿No me tienes memorizado en la agenda o qué?

—Pensaba que me llamaban de alguna empresa de telefonía. Es la hora de la siesta, y son unos profesionales en utilizar esa hora para joder un rato. ¿Quería hablar conmigo o con Julián?

—Con Julián. Pero al parecer también ha pensado lo mismo que tú, porque su móvil me aparece apagado.

—Ha debido quedarse sin cobertura en algún momento, en Mojácar estábamos rodeados de montañas. Espere, que le pongo el manos libres.

Guerrero pulsó el botón correspondiente y colocó el móvil en un soporte sobre la rendija de salida del aire acondicionado.

—Hola Alberto, ya vamos de vuelta a Almería.

—¿Qué os ha parecido aquello? ¿Qué puedes contarme?

—Un homicidio claro. Se han ensañado de lo lindo con esa mujer.

—¿Algún perfil de asesino o asesinos?

—Malos. Muy malos. Diría que con un odio fuera de lo común. Además, el crimen cumple las peculiaridades de un asesino frío que ha querido dejarnos su firma de forma planificada. Eso descarta que haya sido un arrebato de violencia.

—¿Has podido hablar con la juez que lleva el caso?

—No directamente, pero ha abierto diligencias sin ningún problema. Ya sabes que algunos prefieren hacerlo fácil con tal de que no se la metan doblada y salir lo más rápidamente posible de allí para continuar con la montaña de asuntos que atascan el juzgado.

—¿Ha cometido algún error del que podamos aprovecharnos a corto plazo para echarle el guante? ¿Cámaras, tal vez?

—Parece que el asesino sabía lo que hacía. Ha montado un buen pifostio ahí adentro sin errores reseñables, a pesar de la violencia con la que ha cometido el crimen. Esa pasión siempre suele dejarnos algo: un pelo que se cae durante la disputa, un dedo que toca donde no debe, una gota de sangre por alguna herida… pero no hay nada de eso. En cuanto a las cámaras, por ahí nada que rascar, Mojácar es un pueblo tranquilo en el que normalmente no ocurren actos tan notables como este. Sus calles son estrechas y a su alrededor no había ningún tipo de establecimiento que requiera de una seguridad así: ni colegios, ni bancos, joyerías… nada.

—De acuerdo. Avísame cuando tengas novedades.

—Descuida, comisario. Nada más llegar, Valeria se pondrá con la autopsia. Nosotros vamos a indagar en la vida de la víctima, y Jáuregui se ha quedado con Blanco interrogando a la amiga de Emma, la persona que ha hecho posible que este apasionante caso sea nuestro —dijo de forma irónica.

—Ya era hora de que trabajéis algo. Feliz vuelta de las vacaciones —dijo el comisario Gunea colgando la llamada.

◆ ◆ ◆

Aunque el comentario del comisario Gunea estaba cargado de socarronería, lo cierto es que no le faltaba razón. Las siguientes horas en la brigada fueron frenéticas tal y como se esperaban. Dedicaron la mayor parte de la tarde a reunir toda la información posible de Emma Luque y corroborar la versión que había dado Carol sobre la vida de su amiga. Todo encajaba más o menos con el relato que de ella se había dado. Emma Luque había pasado su infancia en un pueblo llamado Laujar de Andarax, en la alpujarra almeriense. Allí había vivido con sus padres hasta que se mudó a Mojácar hace diez años, empadronándose en el domicilio en el que la habían encontrado junto a su expareja, Mamadou Salas, que aún aparecía como conviviente y al que no habían conseguido localizar.

La noche se iba cerrando en el cielo de la ciudad de Almería cuando terminaron la jornada laboral y los miembros del equipo fueron abandonado el edificio de la brigada de homicidios, a excepción de Valeria Nieto, que tan eficiente, dedicada y solícita como siempre, había decidido no marcharse hasta terminar la autopsia. Quería tenerla por la mañana cuando todos volvieran de nuevo al trabajo y poder comenzar el día sobre una base firme.

—Estoy totalmente agotada —dijo Guerrero con voz exhausta mientras comenzaba a estirar las piernas al pisar la calle—. Esta noche me voy directa a la cama sin pasar ni tan siquiera por la cocina.

—Pues a mi estos días me excitan de tal forma que luego me cuesta conciliar el sueño. Creo que voy a ir a tomarme un buen gin-tonic que apacigüe tanto estímulo. ¿Alguien se apunta? —preguntó Jáuregui.

—Yo prefiero llegar a casa ya, darme una buena ducha y tumbarme en el sofá viendo una película tan mala y aburrida que me quede dormido cuanto antes —respondió Santana.

—Yo también me voy a ir a casa, Aitor —prosiguió Bayona evitando la mirada de Jáuregui.

Jáuregui siempre se había sentido atraído por su compañera. Desde la primera vez que la vio entrar al edificio de la brigada para formar parte del equipo de homicidios. Una atracción que se fue tornando en un amor silencioso y discreto durante mucho tiempo. Todo cambió durante el transcurso del "Caso Caronte", surgiendo entre ellos la reciprocidad de la que no habían disfrutado hasta ahora, con un amor puro y sincero que permaneció durante varios meses. Una relación que habían llevado con la mayor normalidad, sin que afectase lo más mínimo a su trabajo (requisito indispensable que habían puesto ambos), y de la que habían disfrutado con la pasión de unos quinceañeros que viven la experiencia de su primer amor, pero que había visto cómo iba perdiendo el fuego y la chispa con el paso de los meses hasta verse como buenos amigos y compañeros de trabajo. Como tal seguían queriéndose, pero parecía que ambos tenían claro que ese noviazgo había terminado. Una relación que se había ido tornando cada vez más fría y con una cierta tirantez entre ellos a día de hoy. A pesar de ello, ninguno había decidido rehacer su vida al lado de otra persona.

—¿Y tú qué me dices señor "tengo menos tacto que unos guantes de lana"? —preguntó dirigiéndose al cabo Blanco.

—Yo he tenido suficientes emociones por hoy. Prefiero dedicar un rato más a repasar mis notas y todo lo que comenzamos a saber del caso —respondió Blanco peinando con los dedos su largo bigote, como si por un momento estuviera valorando la propuesta de Jáuregui.

—Nos vemos mañana entonces —dijo despidiéndose de todos con la mano y echando a andar.

◆ ◆ ◆

Aquella noche del mes de mayo en Almería corría una agradable brisa que contrastaba con el sofocante calor que comenzaba a hacer ya durante el día en la provincia.

Jáuregui caminaba en dirección al centro de la ciudad con parsimonia, deleitándose con ese viento suave que acariciaba su rostro y observando el cielo despejado y plagado de estrellas.

A medida que avanzaba, la multitud en las calles crecía de forma repentina, hasta dificultar incluso el paso. El ambiente se fue tornando festivo: las calles se habían cortado al tráfico dejándolas totalmente peatonales para acoger a una marea de personas que cantaban y bailaban la música de algún grupo de rock que debía estar tocando en esos momentos en directo en otro lugar. Numerosos stands se iban sucediendo a un lado y otro de la calzada atrayendo a la gente.

"Hay montada una buena" —pensó Jáuregui deteniéndose a leer los carteles de los diferentes stands—. "¿Qué se estará celebrando hoy?"

Allí había diferentes talleres: creación de pulseras, cocina molecular, un puesto llamado "sabores de Almería" en el que se podía degustar diferentes productos típicos de la provincia, un taller para aprender a crear contenido en TikTok, un grupo de acróbatas que en plena calle deleitaban a los espectadores con un número aéreo…

Jáuregui se detuvo en uno en el que la gente hacía cola para probar los cócteles que allí elaboraban. Más de diez minutos de espera después llegó su turno.

—¿Me pone un mojito, por favor?

—Una gran elección —dijo una voz a su espalda.

Cuando Jáuregui se giró le sorprendió encontrar a una mujer que llamaba poderosamente la atención por su atractivo físico. Una mujer alta de pelo moreno recogido en una trenza cuidadosamente entrelazada que caía sobre su hombro derecho. Vestía con unos pantalones vaqueros blancos ajustados que dejaban al descubierto sus tobillos y un elegante top negro con un pronunciado escote en

forma de V. Jáuregui no pudo evitar detenerse un instante más de la cuenta en él y en su cuerpo atléticamente fibrado. Su cara era de una belleza extraordinaria, tan solo alterada mínimamente por una pequeña cicatriz sobre su sien derecha.

—Ya he tomado un par de ellos y los hacen deliciosos —continuó diciendo la mujer.

—La elaboración de un buen mojito es un arte que no todo el mundo domina, así que lo voy a agradecer. ¿Qué se celebra hoy aquí? No esperaba todo este despliegue festivo.

—¿En serio no sabes qué día es hoy? —preguntó la mujer con una sonrisa malévola que dejaba entrever unos dientes blancos como la nieve—. ¿Has despertado de un coma y has caído aquí por casualidad? —bromeó.

Jáuregui no pudo evitar la carcajada ante lo absurdo de la situación. Hacía apenas unas horas estaba frente a una escena de crimen espantosa, y ahora se encontraba en mitad de una fiesta abarrotada en pleno centro de la ciudad, vestido aún con la misma ropa que había llevado todo el día en la brigada.

—Algo así —dijo finalmente ruborizándose levemente.

—¡Hoy es la "Noche en Blanco"! —exclamó la mujer—. Una fiesta que se celebra cada año para impulsar el comercio y la hostelería de la provincia. Una noche para disfrutar con tu familia y amigos.

—Me temo que no hay una familia con la que vivir estos momentos, y mis amigos… bueno… —titubeó—, ellos tenían cosas más importantes que hacer hoy.

—Ellos se lo pierden. Dentro de un rato empieza el concierto de RVFV, el cantante almeriense. Va a ser algo digno de ver. Yo no me lo perdería por nada del mundo… y tú tampoco deberías —añadió, apartando la mirada con una tímida sonrisa.

"¿Me está invitando a ir con ella al concierto?" —dudó Jáuregui—. "Nunca terminaré de entender a las mujeres y sus supuestas señales. Con lo fácil que sería pedirlo abiertamente y que no tengamos que especular con lo que creemos que estamos percibiendo".

Jáuregui estaba acostumbrado a que las chicas intentaran ligar con él. Era un chico joven, guapo y con un cuerpo que hubiese firmado cualquier gladiador romano de la serie de televisión "Spartacus", pero no era habitual que fueran mujeres tan llamativas como aquella quien se acercase a hablar con él con algún propósito.

"¿Debería sugerirle acompañarla?" —pensó—. "¿Y si simplemente está tratando de ser amable y estoy confundiendo sus intenciones?"

No había estado con ninguna mujer desde que había terminado su relación con Eva Bayona.

"Eva" —su nombre resonó en su mente.

No había pensado en ella en ningún momento. Eso era una buena señal. Tal vez había llegado el momento de darle una nueva oportunidad al amor y tratar de volver a conocer a alguien que llenase ese espacio.

Jáuregui se sentía afortunado y feliz por haber salido aquella noche a tomar algo. Casi se alegraba de que sus compañeros hubieran decidido no acompañarlo. El arrojo y la determinación iban creciendo a buen ritmo en su interior. Comenzaba a despegar sus labios para pedirle acompañarla al concierto cuando fue ella la que habló de nuevo.

—Ahora me tengo que ir. Ha sido un placer hablar contigo —dijo la mujer girándose para marcharse.

"¿En serio? No puedo permitir que se vaya así" —se dijo Jáuregui armándose con el poco valor que le faltaba para decidirse totalmente.

—¿Me dejas que te acompañe a ese concierto? —soltó de forma atropellada finalmente.

La mujer paró bruscamente y volvió a sonreír de espaldas a Jáuregui. Cuando esta se giró de nuevo hacia él, había una mezcla pícara y osada en su rostro.

—No, no te dejo —respondió con una sonrisa. Al ver la expresión de sorpresa de Jáuregui, se sintió obligada a aclarar—. Creo mucho en el destino, ¿sabes? Si algún día volvemos a

encontrarnos, vuelve a pedírmelo. Entonces sabré que es nuestro sino… y aceptaré encantada.

—Pero… —titubeó Jáuregui— dime al menos tu nombre.

No hubo respuesta, ella ya se había girado y había comenzado a salir de allí mezclándose entre el gentío.

Aquello golpeó con fuerza el interior de Jáuregui, que deseaba con todas sus fuerzas que de verdad aquello sucediera alguna vez. Ojalá el destino le permitiera volver a ver a esa enigmática mujer.

Mientras la multitud la engullía, Jáuregui no podía apartar la vista.

No sabía su nombre. No sabía si volvería a verla.

Pero algo en su interior le susurraba que no era la última vez.

◆ ◆ ◆

Cuando la forense, Valeria Nieto, con la sobrecogedora parsimonia de su oficio, comprobaba el funcionamiento de la sierra circular y preparaba el escoplo en "T" que iba a utilizar para abrir y desprender la bóveda del cráneo de Emma Luque, pensaba en lo efímera que podía ser la vida. Siempre que se enfrentaba a la autopsia de un cuerpo joven albergaba la misma sensación. No somos conscientes de lo fugaz que puede ser nuestro paso por este mundo. Vivimos vidas llenas de prisas, ocupaciones y responsabilidades, mientras el tiempo se nos va por momentos.

—Vamos allá —dijo antes de proceder, en un acto totalmente normalizado. Valeria Nieto puso en marcha la sierra y comenzó a seccionar la zona superior del cráneo con mano firme

No. No somos conscientes. Deberíamos ser las experiencias compartidas, las personas encontradas, la felicidad generada, el tiempo invertido en momentos que realmente merezcan la pena.

Valeria miraba esos cincuenta y pico kilos de materia orgánica inerte en que se había convertido aquella mujer que hace días estaba en la plenitud de su vida, sobreponiéndose a la desazón

que le producía la imagen del cuerpo frío y desvalido sobre el que las herramientas de la forense trataban de desentrañar los secretos de aquella muerte.

—Aquí hay un odio y una saña fuera de lo común —dijo en voz baja—. ¿A qué nos estamos enfrentando? —continuó hablando consigo misma tras terminar de destapar la bóveda del cráneo y ver el estado en que había quedado el interior.

Definitivamente vive, mientras tengas vida, vive.

—Me espera una noche muy larga —susurró Valeria resignada.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, todos los miembros fueron llegando al edificio de la brigada, unos con más cara de cansancio que otros. Ahí estaba Jáuregui, al que la escapada nocturna le había dejado un cuerpo resacoso que hacía tiempo no sentía; Santana, que había vuelto a tener un sueño similar al de hace algunas noches y que no le había permitido descansar con normalidad. Pero quién se llevaba la nota más alta era, con gran diferencia, Valeria Nieto, que hacía apenas unos minutos acababa de terminar la autopsia de Emma Luque. Tenía el pelo mal recogido en una coleta, del que se habían ido escapando progresivamente una gran cantidad de mechones, y unas ojeras tan marcadas que hubiera competido con las del personaje Fétido de la Familia Addams.

Mientras todos iban pasando a la modesta habitación que hacía la función de sala de reuniones de la brigada, Valeria Nieto los esperaba con expresión fatigada, sentada sobre la mesa ovalada del centro de la sala, limpiando cuidadosamente los cristales de sus gafas de pasta roja con un expediente sobre su regazo.

Todos fueron tomando asiento en sus lugares habituales en la mesa a la espera de que el inspector Santana, que entraba el último a la sala, comenzara la reunión.

—¿Decís que el gobierno quiere ampliar la edad de jubilación? —apostilló Valeria rompiendo el silencio instaurado mientras bajaba de la mesa de un salto y tomaba ella también asiento—. Si tengo la suerte que algún día me toque la lotería, me vais a tener que buscar en alguna isla perdida de Filipinas.

—¿Qué vas a hacer tú en Filipinas? —preguntó Guerrero sonriendo con sorna—. Allí solo hay sol, cocos y azúcar. Con lo inquieta que eres te aburrirías como una ostra.

—Menudo problema. Ya me buscaría entretenimiento mientras bebo Basi y como Silog tumbada en la arena de alguna de las más de siete mil islas.

—¿Y cambiar esos nombres extraños por jamón y croquetas? —le rebatió Guerrero sonriente mientras negaba con la cabeza—. Definitivamente, el cansancio te está haciendo perder el buen juicio que te caracteriza. Piensa en lo divertido que va a ser tratar de que el pulso te siga acompañando en tus autopsias. Tus incisiones podrían convertirse en arte abstracto.

—Para arte abstracto, como le dejaron la cara a la pobre Emma.

—Ahora vamos con los detalles —intervino Santana—. Primero, dejadme hacer un resumen del caso —añadió mientras se ponía en pie y colgaba en la parte superior de la pizarra móvil una foto de la víctima—. Emma Luque, 38 años, natural de Laujar de Andarax. Vivió allí con sus padres, que aún residen en el pueblo, hasta que se trasladó a Mojácar hace unos diez años, probablemente por desacuerdos con su familia, que no aceptaban a su pareja de entonces: Mamadou Salas. Fue la policía local quien la encontró en su domicilio, después de que su amiga, Carolina Ruiz, alertara de su desaparición. Lo último que sabemos de ella es que había pedido unos días libres en el trabajo para alojarse en un hotel de la zona. No está claro si viajó sola o acompañada.

—¿Sabemos algo de ese tal Mamadou? —preguntó Bayona.

—En paradero desconocido. La policía local está tratando de localizarlo.

—¿Deberíamos considerarlo sospechoso? —volvió a preguntar Bayona.

—Es pronto para afirmarlo. Lo sabremos cuando lo tengamos delante y podamos interrogarlo. Pero el hecho de que no haya dado señales y su pasado con la víctima deberían hacernos estar alerta. También hay que confirmar si Emma se alojó sola en ese hotel… o no.

Mientras Santana hablaba, observó cómo Jorge Blanco tomaba notas a toda velocidad en su ya característica libreta, un gesto que empezaba a ser habitual en él.

—¿Alguna cuestión más? —preguntó Santana, sin darle mayor importancia, mientras se volvía hacia el resto del grupo, que seguía en silencio—. Pues si no hay nada más, pasemos a lo que Valeria tenga que contarnos sobre la autopsia.

La doctora Nieto apiló los folios del informe que había traído con ella dándole unos golpecitos encima de la mesa y se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz en un gesto muy característico suyo.

—Como podréis imaginar, la causa de la muerte fue una hemorragia masiva provocada por numerosos traumatismos craneoencefálicos, producidos por un objeto contundente. La víctima presentaba más de treinta golpes repartidos por toda la cabeza, de los cuales, aproximadamente veinte, fueron infligidos ya post mortem.

—¡Santo cielo! —exclamó Guerrero poniendo la mano sobre su boca—¡Qué animal! ¿Tenemos idea de con que la golpeó?

Valeria asintió.

—He encontrado trazas de barniz en el interior de las hendiduras, probablemente porque la herramienta quedó atrapada en cada impacto. Eso, sumado a la forma, el diámetro y la profundidad de la cavidad, me lleva a pensar con bastante certeza que fue provocada por la cabeza de acero de un martillo de carpintero, o de una herramienta muy similar.

—Toma nota, George —dijo Jáuregui, juntando los dedos índice y pulgar y simulando con ellos el gesto de escribir en dirección a Jorge Blanco—. Martillo de carpintero —repitió con sorna.

Este ni contestó ni levantó la cabeza de sus notas. Desde su llegada a la brigada de homicidios había dado una imagen introvertida y poco elocuente de él mismo. Sin embargo, sí se había mostrado activo y mucho más alerta en cuánto la conversación se encaminaba a lo estrictamente profesional, dando la impresión de que lo que realmente le importaba era el trabajo en sí y no las relaciones sociales que pudiera tener con sus compañeros. Como si pensase que estaba en aquella unidad por error y de forma provisional, y aquello fuese a durar únicamente hasta que terminase aquel caso.

—En cuanto a la marca encontrada sobre el pecho de la víctima, mi suposición el día de la escena era errónea —dijo mientras ponía sobre la mesa una foto ampliada del peculiar tatuaje.

—¿Te refieres a que marcara el pecho de Emma Luque con fuego? —preguntó Santana arrugando el entrecejo y cogiendo la foto para observarla más detenidamente.

—Así es. El símbolo fue sellado con criogenia, un proceso utilizado para marcar el ganado y que consiste básicamente en aplicar presión con un hierro, generalmente cobre, que ha sido sumergido unos minutos en nitrógeno líquido. De ahí que haya dejado esas líneas tan perfectamente marcadas y limpias con una pigmentación blanquecina.

—Curioso. En lugar de aplicar calor como pensábamos, ¿aplicó frío? —trató de confirmar Jáuregui algo desconcertado—. ¿Por qué alguien haría algo así?

—¡Porque está como una puta cabra! —exclamó Bayona encogiéndose de hombros.

—O tal vez se trate de algún tipo de ritual satánico —trató Guerrero de aportar alguna idea.

—¡No! —intervino Jorge Blanco con rotundidad, dejando la libreta sobre la mesa. Todas las miradas se volvieron hacia él, realmente sorprendidos. No era habitual que interviniera, y mucho menos con tanta vehemencia—. La criogenia, a diferencia del fuego,

deja una marca mucho más firme, precisa y duradera. Es menos traumática… y no produce dolor.

—¿De verdad crees que alguien capaz de destrozar una cabeza a martillazos se tomaría tantas molestias con su víctima, sabiondillo? ¿De verdad piensas que le importaba el dolor que pudiera sentir Emma Luque? Tal vez ya estuviera muerta cuando le hizo esa marca —dijo Jáuregui, alzando la voz más de lo necesario. Le costaba cada vez más contener la antipatía que sentía hacia aquel hombre, sentado en el lugar que aún consideraba de Monroy.

Jorge Blanco no hizo caso a los comentarios de Jáuregui y se dirigió al resto para continuar hablando.

—Para nuestro asesino, esa marca es la parte más importante de su obra. Es su firma, su forma de presentarse al mundo. La criogenia le permite un trazo limpio, con bordes nítidos y permanentes. Algo que el fuego no podría ofrecerle. Así logra un símbolo puro, inalterable con el paso del tiempo. Y sobre esa marca, coloca una pieza de ajedrez de cristal. El toque final. La guinda del pastel.

Santana miró a Valeria Nieto, que asintió antes las palabras de Blanco.

—Tiene sentido —confirmó esta.

—¿Cómo sabes tanto de criogenia? —le preguntó directamente Jáuregui, que no le daba tregua.

Esta vez, Jorge Blanco sí giró su cabeza en dirección a Jáuregui. Cuando sus ojos se cruzaron, parecían estar librando una batalla con las miradas, donde la tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo.

—Mi padre era ganadero —le respondió de forma seca.

Jáuregui sostuvo la mirada unos segundos, pero no dijo nada. Apretó los labios, tenso, y desvió la vista hacia la mesa con un gesto que decía más que cualquier palabra.

Santana, que se percató rápido de la tirantez que había entre ellos, trató de centrar la atención en otra cosa rápidamente.

—Y del signo resultante, ¿qué puedes decirnos, Valeria?

—Dos nudos entrelazados entre sí. O más bien, se podría decir que es una serpiente entrelazada con un nudo. Tiene también

un punto blanco aislado alrededor de ese nudo. He intentado buscar información al respecto en internet, pero no he encontrado nada reseñable —explicó mientras sacaba de entre sus folios uno de ellos con la imagen del signo ampliado y lo ponía a la vista de todos nuevamente.

—Es como si dos signos infinitos se cruzaran —apuntó Bayona al ver la foto.

—Más ancho por la base que por la parte alta. A mí me recuerda un buda sentado en la posición de loto —indicó Jáuregui.

Santana se puso de pie tras las últimas palabras de su compañero.

—¡Bien! Tenemos por dónde empezar —comenzó a decir apoyando ambas manos sobre la mesa y mirando alternativamente a todos los miembros—, ese tatuaje puede ser la clave. Jorge, encárgate de preguntar a los mejores tatuadores de la provincia, a ver si conseguimos que alguien conozca algo sobre ese símbolo. Eva, quiero que tú y Jáuregui busquéis en qué hotel se alojó Emma y si pasó sola esos días. Laura y yo iremos a Laujar de Andarax a conocer a sus padres, ¿entendido?

Todos asintieron con la cabeza.

—¡Pues manos a la obra! —dijo, golpeando la mesa con la palma de la mano–. Por cierto… Valeria… gracias.

—¿Por qué, jefe? —respondió con timidez, bajando la mirada al suelo.

—Por un trabajo, una vez más, excelente. Pero, sobre todo, por pasarte la noche en vela para que hoy tengamos algo sólido sobre lo que empezar. Vete a casa y descansa unas horas… te las has ganado.

—Te lo agradezco. Pero prefiero tomarme un par de cafés y quedarme aquí a esperar los resultados de la científica. Nos tienen que llegar los resultados del ADN de la sangre con la que se escribió la palabra "JAQUE" en la pared, información sobre la huella de zapato encontrada y el resto de muestras recogidas. Os mantendré informados en cuanto sepa algo.

Santana se irguió para dar por finalizada aquella reunión.

—¡Atrapemos a ese asesino! —concluyó.

VII

LA RAÍZ AMARGA

Para Santana, a medida que van pasando los años, y ya va camino de la mitad de la cuarentena, hay una ley no escrita acerca de las personas que debería grabarse en los anales de historia de la condición humana: que la vida sea una cruz insoportable, o una aventura curiosa digna de ser recorrida, depende en gran medida de lo bien o lo mal que uno haya podido dormir la noche anterior. Puede que esta evidencia no valga tanto para adolescentes de hormonas revueltas y energía desbordante, y que en adultos jóvenes haya algunas excepciones. Pero duda que por encima de los cuarenta haya muchos casos que se escapen a esta máxima verdad. Si has dormido mal, eres un cadáver andante, que ya puede esperar un día festivo en un catamarán repleto de chicas guapas, que no hará que vuelvas a la vida hasta completar esas horas de sueño. Por el contrario, si has dormido bien, pueden ponerte delante el problema matemático más complicado del mundo o el desafío más increíble al que te has enfrentado nunca, que buscarás la manera de resolverlos.

Esa noche, como le pasaba desde unos días antes de que empezara este nuevo caso, Santana había dormido horriblemente mal. No paraba de recordar aquella pesadilla que tuvo antes de saber siquiera la existencia de Emma Luque, y las similitudes de las vivencias de ese sueño con el caso de la vida real. No paraba de preguntarse por qué había soñado con un cuerpo golpeado hasta morir y abandonado en las calles por una sombra que se alejaba de allí. Pero lo que más le ponía el vello de punta era aquella sensación de familiaridad que sentía por la víctima que yacía en el suelo, como si su cerebro estuviera poniéndolo en alerta para lo que se iba a

enfrentar en los próximos días. Esperaba que fuera una simple coincidencia, pero con los años había aprendido a respetar el poder absoluto de la mente del ser humano, a la que tenía por un arma muy poderosa. Eso, sumado a sus migrañas frecuentes, algo que le ocurría desde hacía muchos años, hacía de aquella mañana un Everest imposible de coronar, a la que además trataba de subir sin botella de oxígeno ni botas de escalada.

Su compañera Guerrero parecía haber dormido mejor, al menos la veía más despejada cuando montó en el asiento del copiloto del Ford Kuga blanco de la brigada. Llevaba un termo en las manos.

—Combustible para comenzar el día —le aclaró—, calentito, como a ti te gusta. Me ha parecido que lo necesitarías.

—Tú siempre sabiendo lo que me hace falta en su momento preciso —le dijo Santana con una sonrisa cómplice—. La verdad es que el aroma que desprende ese café es revitalizante.

—¡Y no sólo eso! He traído para acompañarlo unos papaviejos deliciosos que ha hecho la madre de Denise. Una mujer mayor que es muy fan de desempolvar el recetario tradicional almeriense para evitar que estas caigan en el olvido con las nuevas generaciones. Denise dice que vas a alucinar cuando las pruebes.

—¡Benditas sean las abuelas y su cocina! —dijo tras dar un bocado al rebozado de patata con canela y limón que le ofrecía su compañera—. Debería ser obligatorio que nuestros mayores hicieran aprender a sus hijos sus mejores platos, incluso dejarlo por escrito. Las abuelas tienen en su cocina auténticas joyas cuyo legado se debería preservar para siempre.

—¿La tuya era de esas? Me temo que a ti no te llegó nada de ese legado —dijo con una carcajada Guerrero.

—La mía era la mejor. La reina de la cocina —en la cara que compuso Santana se atisbaba auténtica melancolía—. Todos los domingos, la familia se reunía en su casa para comer. Todavía recuerdo como si fuera ayer el olor de su estofado de cordero manchego, y a ella, con su delantal plagado de manchas, alrededor

de un fuego al que dedicaba paciencia y cariño. Lástima que yo no haya heredado nada de esa habilidad, y mis manos solo sirvan para empuñar un arma.

—Por eso lo decía. Sé que tus conocimientos de cocina son equivalentes a los míos de física cuántica —volvió a sonreír Guerrero, que aprovechaba siempre cualquier mínima oportunidad para atizar con cariño a su compañero—. Pero en algo te tengo que dar la razón, esos ratos en familia son oro puro. Daría lo que fuese por volver atrás en el tiempo.

Al verse pensando en todas estas cosas, Santana se percató de que se estaba dejando resbalar sin ningún decoro por una pendiente de melodrama. Algo que nunca le había ocurrido. Eso debía de ser un achaque de su edad recién estrenada.

—Vamos a ponernos en marcha. Tenemos un buen rato hasta llegar a Laujar.

Una hora después y tras unos penosos últimos kilómetros ascendiendo entre montañas por carreteras convencionales en dirección a las faldas de Sierra Nevada. El Ford Kuga blanco de la brigada comenzaba a llegar a uno de los pueblos emblema de la alpujarra almeriense. Laujar de Andarax tenía un entorno privilegiado de gran riqueza paisajística, en el que una verde arboleda contrastaba con la creencia que se tenía de los escenarios característicos de la provincia de Almería, en los que los paisajes áridos eran una de sus señas de identidad. Santana redujo la velocidad del coche a medida que se iban acercando al pueblo, y bajó la ventanilla del piloto para observar admirado aquel entorno en el que el río que daba nombre al pueblo seguía su curso atravesando el valle.

—¿Sabes una cosa? Cada vez me gustan más este tipo de lugares —dijo Santana embelesado con el escenario que tenía delante de él—. La vida cerca del mar está bien, pero cada día que pasa tengo más claro que quiero estar cerca de algo así.

Guerrero siguió la mirada de su compañero mirando por encima de su hombro. No cabía duda que el lugar era especial, pero

no tenía muy claro que su jefe se fuese a adaptar a la vida alejada de la ciudad.

—¿Tú has visto dónde está esto, Julián? Si te da un brote de migraña de los tuyos, el hospital más cercano lo tienes, ¿a cuánto?, ¿una hora?

—No me refiero exactamente a este pueblo. Pero si con estas características, con esta pureza que se puede hasta oler. Podría acostumbrarme a vivir rodeado de esta naturaleza. Me parece un lugar mucho más íntimo que la ciudad, más tranquilo, más fresco.

—Pues a mí no me aleja de la ciudad ni aunque conociera aquí al mayor buenorro de este mundo. No hay comparación posible en cuanto a los servicios que me puede ofrecer, la felicidad de poder vivir cerca de la playa, estar bien comunicada con cualquier lugar…

—Hay veces que pienso que no necesito todo eso, que viviría mucho más tranquilo y con menos preocupaciones en un pueblo apartado de todo ese bullicio y estrés que se respira en la ciudad.

—A ti, las preocupaciones te las dan los tarados que nos dan de comer, no la ciudad.

—Y en un sitio como este podría pensar en ellos con la mente mucho más clara y despejada. En cualquier caso, es algo que no descarto para el futuro.

Los padres de Emma Luque vivían en una casa adosada de estilo rústico junto a una iglesia parroquial de grandes dimensiones de la época barroca en el centro del pueblo. Pero cuando llamaron a la puerta, un matrimonio joven que paseaba a su hijo en un carro de bebé les informó que, a esa hora, los Luque, debían estar trabajando en la bodega de vinos a las afueras del pueblo de la que eran propietarios.

Santana había oído hablar de la fama de los vinos de Laujar de Andarax. Conocía a varias personas que, como plan de fin de semana, solían alquilar un minibús con amigos para recorrer las distintas bodegas de la zona. Allí degustaban los caldos locales mientras escuchaban las explicaciones del viticultor o del

responsable de cada bodega, sin el temor de que algún compañero policía los empapelen por conducir ebrios.

Así que desandaron el camino recorrido para buscar la bodega siguiendo las indicaciones que la pareja les había dado. No tardaron demasiado en encontrar un cartel que señalaba en dirección a una carretera estrecha y mal asfaltada que decía: "Bodegas Marqués de la Alpujarra".

Entre castaños, encinas y pinos, la bodega del matrimonio Luque aparecía majestuosa unos metros más adelante. Un cartel sobre la puerta de entrada recibía a los visitantes con un ingenioso juego de palabras en el que se podía leer: "Bienbebidos".

Cuando Santana y Guerrero entraron a la bodega les golpeó el delicioso e inconfundible aroma dulce y afrutado de las uvas frescas. Un grupo de hombres charlaban de forma animada alrededor de una mesa de madera mientras bebían en copas de vino y degustaban varios platos en los que se podían ver diferentes embutidos caseros. Uno de ellos se separó del grupo en cuanto se percató de la presencia de Santana y Guerrero. Era un hombre sexagenario, muy bajo y enjuto de pelo y barba completamente gris, que caminaba con pasos muy cortos pero firmes y decididos hacia ellos.

—Bienvenidos a "Marqués de la Alpujarra". Soy Antonio Luque, propietario de esta humilde bodega —comenzó a decir con una mirada afable y jovial en su rostro—. ¿Han venido a la cata de vinos?

—Un placer conocerle. Me llamo Julián Santana, y esta preciosidad —dijo señalando a Guerrero, que le clavó una mirada cargada de inquina—, es mi pareja, Laura. Santana hizo un gesto casi imperceptible con la cara y se encogió de hombros, rogándole a Guerrero con los ojos que le siguiera el juego.

—Mucho gusto.

—No venimos a la cata como tal. Nos casamos el mes que viene, y aquí mi futura esposa, que es de paladar exquisito para el

vino, me ha hablado maravillas de su bodega. Nos gustaría probar alguno de sus tintos y, si nos gusta, poder ofrecerlo a nuestros comensales durante el convite.

—¡Oh, ya veo! —exclamó Luque juntando los dedos de ambas manos—. Han venido al lugar correcto. Aquí elaboramos los mejores vinos de la tierra. ¿Qué les parece si damos un paseo por nuestra bodega? Así podéis conocer mejor cómo trabajamos mientras charlamos.

—Me parece una idea estupenda, ¿verdad cariño? —preguntó Santana a Guerrero con una mirada burlona.

—Claro que sí, pero prométeme que no beberás demasiado, ya sabes lo mal que te sienta a ti el alcohol —respondió Guerrero, que en ese momento hubiera matado a su jefe.

—Vengan conmigo —dijo Antonio Luque dando la vuelta y echando a andar para guiarlos por unas escaleras que descendían a un piso subterráneo.

En el piso inferior, el cambio de temperatura era considerable, mucho más fresco y agradable. Las paredes la formaban muros de mampostería de piedra blanda, unidos mediante una bóveda adintelada de lajas también de piedra, que permitía amortiguar las oscilaciones de temperatura exteriores. Tras avanzar por un pequeño pasillo, dieron a una sala más grande con un techo mucho más alto construido a dos aguas y unos muros laterales que permitía disponer de varias botas superpuestas, de forma que el operario que trabajase pudiera acceder fácilmente a las botas superiores.

—Esta sala es el centro neurálgico de nuestra bodega desde que comenzamos a producir vino en 1991, el lugar donde la uva pasa todos los procesos de elaboración hasta convertirse en el caldo que estaréis deseando degustar. También es el lugar donde almacenamos el vino para su envejecimiento.

—Madre mía, aquí abajo casi se agradece el fresquito. Menuda diferencia con la zona de arriba.

—Por supuesto. Es fundamental que la infraestructura aquí abajo cumpla con unas condiciones óptimas para su producción, sobre todo en cuanto a humedad, ventilación, temperatura, luz. Mi

mujer y yo trabajamos duramente para que estos condicionantes se mantengan estables durante todo el año y la producción no se vea afectada. Por eso nuestros vinos son tan populares, la clave está aquí, en estas instalaciones y en el amor que ponemos en cada una de las fases de la producción del vino.

—¿Qué variedades de uva empleáis en vuestros vinos? —preguntó Guerrero por decir algo, tratando de aparentar que sabía más de vino de lo que realmente sabía—. Las condiciones extremas del clima en Almería no deben de facilitar precisamente su producción.

—Así es —asintió Antonio Luque—. Eso, sumado a las escasas precipitaciones, hace que la variedad de uva ideal —y casi la única que utilizamos— sea el tempranillo para el tinto, y el macabeo para el blanco —explicó mientras cogía una copa de cristal de una estantería de madera. Luego se acercó a una de las barricas, abrió el grifo, la llenó con el vino que guardaba en su interior y se la ofreció a Guerrero en primer lugar.

Guerrero ya había agotado todos los recursos disponibles para hacer parecer que era una entendida en enología. Sus conocimientos no iban más allá de decidir si un vino le parecía que estaba bueno o no. Aun así, recordaba haber visto en varias ocasiones a amigos más entendidos en agitar la copa antes de oler el vino, y le habían contado que servía para intensificar la percepción de aromas.

Con toda la decisión —y naturalidad forzada— que logró reunir, comenzó a girar la copa en círculos y acercó la nariz al borde, aspirando con rapidez como si temiera que alguien descubriera el engaño.

Aquello le parecía que olía igual que cualquier otro.

Dio un sorbo.

Antonio Luque la observaba con una expresión ligeramente escéptica. Era imposible que aquello saliera bien. Estaba segura de que aquel teatrillo iba a ser descubierto y tendrían que explicar cuál era el verdadero motivo de su visita. Casi lo prefería. No era buena actriz y el vino solo le gustaba para hacer las almejas al vapor.

Santana, mientras tanto, la contemplaba divertido, dejando que siguiera con su papel improvisado.

"Esta me la paga"—pensó Guerrero.

—Interesante técnica —comentó Antonio, sin poder evitar una sonrisa—. Aunque normalmente se huele a copa parada antes de agitar, no al revés. Pero cada maestrillo tiene su librillo, ¿no?

—Muy bueno —dijo finalmente. No sabía qué más añadir. Suponía que tenía que hablarle de aspectos como el aroma, el color, los matices… pero no tenía ni idea—. Muy equilibrado —se limitó a decir. Esto debe de ser lo que siente un pingüino en una cata de aceites, pensó.

Hubo unos segundos de silencio tenso que a Guerrero le parecieron horas.

"Hasta aquí ha llegado mi carrera como artista. Si al menos hubiera tenido que hacer la cata de cerveza, me hubiera defendido mucho mejor".

Antonio Luque pareció satisfecho con la respuesta, lo que tranquilizó a Guerrero.

—36 meses de crianza, de los que 12 meses los pasa en esta barrica de roble. Es uno de nuestros mejores caldos.

Santana tomó la copa de las manos de Guerrero, imitando su torpe intento de cata. Entonces reparó en un pequeño grabado en el cristal, una letra "E" tallada con elegancia en la base. No dijo nada. Pero lo apuntó mentalmente. Tal vez no fuera una copa cualquiera.

—Parece mucho trabajo para dos personas —intervino Santana tomando la copa de las manos de Guerrero, para repetir los pasos de cata del vino dados por su compañera y llevársela a los labios—. ¿No tienen a alguien que os ayude? ¿Algún hijo, quizás? —preguntó de forma sosegada aparentando ser una conversación de lo más casual.

El rostro de Antonio Luque se ensombreció por completo. No parecía ocultar que aquella pregunta no le había gustado en absoluto.

—Mi esposa y yo no tenemos hijos —dijo de forma seca y cortante.

—Es una pena. El vino es un arte que hay que cuidar y comprender, y ustedes algún día, no muy lejano, pensarán en jubilarse, después de más de treinta años de dedicación absoluta. Este es de los oficios que gusta transmitir de padres a hijos, para que sigan su legado.

—El día que mi mujer y yo nos jubilemos, "Marqués de la Alpujarra" cerrará sus puertas. Eso es todo. ¿Lo ha entendido? —preguntó algo ofendido por el cariz que estaba teniendo aquella conversación.

—Perfectamente. Discúlpeme si le he molestado. Es sólo que había creído oír en el pueblo que tenía una hija, había pensado que tal vez le gustaría continuar con el negocio familiar y…

—¡Mi hija está muerta! —interrumpió Antonio Luque encolerizado y con el rostro enrojecido por la ira—. ¿Quiénes sois vosotros?

Santana pensó en aquella rotunda frase un momento. Ironías de la vida, Antonio Luque tenía razón, a pesar de que, con seguridad, el significado que él había querido transmitir a la frase sea distinto del que la realidad le iba a proporcionar aquellos días. No pudo evitar sentirse mal por haber ocultado a aquel hombre las verdaderas intenciones que los habían llevado hasta allí. Un hombre, que querida o no, acababa de perder a una hija. Pero había considerado necesario conocer aquel lugar y la fuerte personalidad del padre de Emma de la que Carol les había hablado, antes de transmitirle las malas noticias. Ahora sabía que a aquel hombre había temas que era mejor no tocarle, si no querían hacerle perder los papeles. Había llegado el momento de acabar con aquella representación antes de que aquello se les fuera de las manos. Santana sacó la placa de la policía de homicidios de Almería que guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón.

—Sentimos haber irrumpido así en su lugar de trabajo, Antonio. Espero que nos disculpe. Pero me temo que no traemos buenas noticias. Nos gustaría poder hablar contigo de forma más calmada sobre Emma, y lo que le ha ocurrido. También nos gustaría que su mujer pudiera estar presente.

En ese momento, Antonio Luque pareció envejecer 20 años. Su rostro palideció de forma súbita, su cuerpo daba la impresión que empequeñecía por momentos, y su pecho se movía con una respiración de lo más agitada.

De vuelta al piso superior, los condujo hasta una habitación pequeña que los Luque debían utilizar como despacho. Estaba flanqueada por estanterías repletas de archivadores clasificados por año, una mesa robusta de madera de roble y varios cuadros en blanco y negro: imágenes antiguas del edificio de la bodega, de los viñedos y del matrimonio Luque en su juventud. Por último, en un marco mucho más sofisticado, una medalla de oro con la imagen acuñada de un hombre llevándose una copa de vino a los labios en el que se podía leer: "Catavinum World Wine & Spirit Competition 2022".

Santana paseaba la mirada por la estancia cuando la madre de Emma Luque entró precipitadamente en la sala y cerró la puerta de forma ruda y sonora. Era una mujer algo más joven que su marido —o quizá simplemente mejor conservada—, de pelo rizado recogido en un moño alto, el rostro enrojecido y salpicado de pecas. Vestía un jersey rosa del que asomaba el cuello blanco de una camisa, y unos pantalones vaqueros negros ajustados tipo skinny.

—Mi mujer —confirmó Antonio Luque cabizbajo—. Manuela.

—¡¿Dónde está mi hija?! —vociferó, nerviosa, como peculiar forma de saludo.

Santana no se inmutó ante la brusca entrada de la madre de Emma Luque. Estaba más que acostumbrado a lidiar con este tipo de situaciones. Sabía que, en esos casos, mantener la calma y hablar de forma cercana y tono pausado solía ser siempre la mejor opción.

—¡¿No me oye?! ¡Le he preguntado dónde está mi hija! —insistió levantando un dedo acusador en dirección a Santana.

—Señora Luque —dijo con voz serena, invitándola con un gesto a sentarse—. por favor. Entendemos su angustia, pero necesitamos hablar con ustedes con calma.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos, como si las palabras no hubieran atravesado la barrera de su ansiedad.

Guerrero intervino entonces, con un tono más cercano.

—Sabemos que este momento es muy difícil, pero le prometemos que estamos aquí para ayudarla.

La mujer tragó saliva con fuerza, y tras unos segundos en silencio, bajó la mirada. El temblor de sus manos había cesado levemente, pero sus hombros seguían tensos y la mandíbula apretada. Dio un par de pasos dentro de la estancia, con la mirada perdida en el suelo, como tratando de ordenar sus pensamientos. No se sentó. Aún no. Necesitaba sostenerse de pie, como si mantener la verticalidad le ayudara a no venirse abajo.

—Primero de todo—volvió a tomar la palabra Santana—, siento haber venido de esta forma, sin avisar y con este teatrillo improvisado. Pero lo he visto necesario como forma de conocer el entorno de Emma de forma natural y sin información que la pudiera condicionar.

—¿Decís que sois policías? —preguntó Manuela alargando la terminación más de lo normal—. No os veo uniformados. ¿Podrían enseñarme su placa?

—No solemos llevar uniforme —respondió Santana mientras mostraba su placa de la brigada de homicidios de Almería. La madre de Emma apenas la miró.

—Pues si ya ha disfrutado con el espectáculo —intervino de nuevo Manuela, que desde su llegada llevaba la voz cantante, mientras Antonio Luque permanecía en un segundo plano, alicaído y con la mirada perdida—, tal vez quiera contarnos de una vez por todas el motivo de su visita.

—Se lo contaré enseguida. Créame, no queremos robarles más tiempo del estrictamente necesario. Pero antes, necesito hacerles una pregunta. Antes, su marido nos contó que no tenían hijos, que su hija estaba muerta —Santana hizo una pausa, dejando

que sus palabras calaran—. ¿Por qué? ¿Acaso Emma Luque no es su hija?

—¡Eso no es asunto suyo! —exclamó de forma airada—, lo que nosotros y Emma…

—¡Manuela! —interrumpió Antonio Luque, que de repente tenía los ojos enrojecidos y vidriosos. El padre de Emma asintió en dirección a su mujer. No tuvo que decir nada más para que el duro caparazón defensivo de la madre de Emma se debilitara y esta contestara a la pregunta que Santana le había hecho.

—Lo siento —se rindió Manuela, perdiendo de pronto esa furia con la que había entrado—. Nuestra hija Emma y nosotros no estábamos en el mejor de los momentos. Hacía años que no la veíamos, y apenas habíamos hablado en todo este tiempo.

—Tuvo que ser algo importante para que unos padres y su hija acabaran tan distanciados —dijo Guerrero, con tono suave, tratando de animarla a continuar.

Las miradas del matrimonio se cruzaron un instante. Tal vez para uno de ellos fuese un motivo de mucha más importancia que para el otro.

—Digamos que mi marido y yo no aprobamos el tipo de pareja que quería meter en nuestra casa.

—¿Se refiere a que su novio fuese de raza negra?

Esa pregunta pareció volver a remover algo dentro del apaciguado volcán interior de Manuela, que volvió a entrar en erupción.

—¡¡No se trataba solo de que fuera negro!! —estalló—. ¡Ustedes no lo entienden! ¡Emma era una mujer feliz antes de conocerlo, con principios, estudios y un trabajo estable! ¡Y de pronto aparece ese tal Mamadou, bajando de una de esas lanchas procedente de Dios sabe qué rincón de África, sin oficio ni beneficio, y le da la vuelta a su vida como si nada!

—Entiendo que pudiera no ser la persona ideal que buscabais para vuestra hija, pero… ¿Hasta el punto de echarla de casa?

—Emma cambió por completo. La veíamos cada vez más triste, apagada, como si le faltara algo de vida. Empezamos a notar

que faltaba dinero en casa, desaparecía durante días sin darnos explicación, nos mentía con descaro. Aun así, decidimos apoyarla. Le dijimos que podía contar con nosotros, que la ayudaríamos con ese hijo. Solo le pedimos una cosa: que se alejara de ese parásito que tenía por novio, alguien que, a todas luces, solo quería aprovecharse de ella.

—Y entonces decidió marcharse de casa —dijo Santana, anticipando el resto de la historia que ya imaginaba.

Manuela asintió con un gesto lento.

—Se fue… con una barriga ya considerable y de la mano de él. Desde entonces, apenas hemos sabido nada de ella. Y mucho menos de nuestro nieto. Ni siquiera se despidió, ni nos dijo adónde se iba.

Santana desvió la mirada hacia Guerrero, quien, al instante, comprendió el mensaje. Asintió en silencio y salió de la habitación sin pronunciar palabra.

—Lo que tengo que contarles no es nada fácil.

—¿Qué ha hecho Emma? —preguntó Manuela, exaltada, mientras se pasaba un mechón de pelo tras la oreja—. ¿Robó para darle dinero a ese impresentable que se acuesta con ella? No queremos saber nada relacionado con ese delincuente…

—Su hija ha muerto. Creemos que la han asesinado.

Las piernas de Manuela parecían perder todo el vigor que tenía hasta ese momento y amenazaban con quebrarse como dos mondadientes. Finalmente, con un temblor que le recorría el cuerpo entero, se dejó caer sobre una de las sillas del despacho. Apoyó los antebrazos sobre las rodillas y hundió el rostro entre las manos, como si el peso del mundo hubiera caído de golpe sobre sus hombros.

Antonio, en cambio, ni siquiera levantó la cabeza. Sus labios temblaban ligeramente, como si intentara contener algo que llevaba años acumulando.

—Lo siento mucho —prosiguió Santana—. Es el motivo por el que estamos aquí. Tratar de entender qué ha ocurrido y descubrir quién fue el responsable.

—¡¡Te lo dije!! —aulló Manuela. dirigiéndose a su marido, que seguía con la cabeza gacha, como si buscara respuestas entre las losas del suelo—. ¡Te advertí que si no hacíamos nada acabaría por matarla!

—Disculpe Manuela —la interrumpió Santana, con suavidad, pero firmeza—. ¿Se refiere a Mamadou?

—¡Por supuesto! —exclamó ella incorporándose de un salto —. ¿Acaso no está claro? —añadió mientras alzaba un dedo acusador hacia Santana—. ¡Si ustedes, los policías, hicieran bien su trabajo, no estaríamos perdiendo el tiempo con esta conversación mientras el asesino de mi hija anda por ahí, suelto, disfrutando de nuestro país!

La reacción de Manuela no sorprendió a Santana. Estaba acostumbrado a que la frustración del momento se volcara precisamente sobre quienes iban a dejarse el sueño durante días tratando de esclarecer la verdad.

—Entiendo su dolor, señora Luque —dijo con calma, sin elevar el tono—. Y créame, si hubiera una mínima prueba contra Mamadou, ya estaría entre rejas. Pero aún es pronto para apuntar en esa dirección. Sé que cuesta aceptar ciertas verdades —añadió—. pero no estamos aquí para juzgar, sino para descubrir qué ocurrió en realidad… y por qué.

Manuela bufó con amargura, como si las palabras de Santana le supieran a derrota.

—¿Por qué no toma asiento de nuevo? —le sugirió, señalando con un gesto la silla que Manuela había abandonado—. Les prometo que no estoy aquí para discutir con ustedes. Solo quiero respuestas… y entiendo que ustedes también las merecen.

Manuela dudó un instante, pero su cuerpo ya no parecía tener fuerzas para seguir en pie. Se dejó caer de nuevo en la silla, aunque mantuvo la espalda rígida y el rostro endurecido de orgullo.

—Les hemos dicho todo lo que sabíamos —espetó, pero ya sin gritar.

—Entonces permítanme contarles yo algo —comenzó Santana, con una pausa medida para captar su atención. Su hija, Emma, no murió por culpa de una pelea doméstica ni de una

discusión puntual con su pareja. Lo que estamos descubriendo es algo mucho más complejo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Manuela con los ojos entrecerrados.

—La escena del crimen presentaba elementos que indican una puesta en escena intencionada. No fue un acto impulsivo ni fruto de un arrebato. La forma en que fue hallada… nos hace pensar que alguien quiso enviar un mensaje. Todo estaba dispuesto con una frialdad y una precisión que sugieren una planificación minuciosa.

Manuela se dejó caer hacia atrás en la silla, como si las palabras de Santana le hubieran propinado un empujón en pleno pecho.

—¿Qué clase de mensaje? —preguntó Antonio con un hilo de voz.

Santana bajó el tono, mostrándose más cercano.

—Eso es justo lo que estamos tratando de averiguar. Pero lo que sí podemos decirles es que quien lo hizo no actuó solo por ira. Había calma en la ejecución. Un control absoluto.

Manuela se echó una mano a la boca. Sus ojos se empañaron de golpe y el temblor que recorría su cuerpo volvió a aparecer, como un latigazo.

—Mi niña… —musitó, apenas un suspiro—. ¿Dónde te metiste?

El silencio que se instaló entonces en la sala fue denso. Nadie se atrevió a romperlo. Ni siquiera Santana.

◆ ◆ ◆

De vuelta al Ford Kuga, Santana abrió la puerta del conductor y encontró a Guerrero ya sentada en el asiento del copiloto. Al verlo, levantó el dedo índice en su dirección, pidiéndole un momento mientras terminaba una llamada telefónica.

—Genial. Aham. Sí. Perfecto. Avísame cuando lo tengas.

—¿Reservando la decoración floral de la boda, cariño? —dijo Santana con los labios curvados en una sonrisa y el brazo apoyado sobre la puerta.

—Muy gracioso. Anda, pasa y siéntate.

Santana hizo lo que le pedía su compañera y cerró la puerta del conductor tras él.

—¿Y bien?

—Valeria ha accedido a la base de datos del Registro Civil de nacimientos de la provincia mientras tú seguías ahí dentro hablando con los Shockley.

—¿Quién?

—William Shockley. Ya sabes, el premio nobel de física famoso por proponer esterilizar a las personas de raza negra por razones eugenésicas.

—¿Euge…qué? —trató Santana de repetir—. ¡Laura, por el amor de Dios! ¿Podrías decírmelo en un idioma que comprenda este humilde ignorante? Los acertijos no son mi fuerte.

Guerrero sonrió divertida. De algo tenía que servir la afición que su padre, profesor de historia jubilado en la Universidad de Granada, le hiciera mamar desde pequeña.

—Eu-ge-ne-sia —repitió con lentitud, arrastrando las palabras como si fuera un logopeda enseñándole a un niño a pronunciar—. Es la disciplina que tiene como fin modificar la herencia genética de las personas para mejorar una raza. Si dependiera de los padres de Emma, estoy seguro de que serían fervientes defensores de esta pseudociencia, impidiendo la reproducción de individuos "indignos", creando una raza blanca superior y todas esas mierdas nacionalsocialistas.

—Yo los veo más bien como unos padres preocupados por el futuro de su hija— respondió Santana—. Tal vez, con algunas reticencias raciales, pero si Emma cambió tanto como dicen, desde su punto de vista, podría haber sido algo justificable.

—El caso es que Valeria no ha encontrado ningún nacimiento registrado a nombre de Emma Luque desde entonces.

—Puede que perdiera al bebé antes de nacer, o tal vez algo saliera mal durante el parto —dijo Santana, frunciendo el ceño

mientras trataba de encontrar una explicación—. Aunque por ley, los progenitores están obligados a su registro de igual forma.

—En cualquier caso, trataremos de averiguarlo. Valeria va a empezar a contactar con los diferentes hospitales para que salgamos de dudas. Tanto si llegó a dar a luz como si terminó en un aborto, tuvo que pasar por alguno de ellos, sin más remedio.

—Parece esa una información demasiado relevante como para que una amiga íntima como Carol no la supiera… y lo bastante importante como para que no se le escapara cuando Aitor y Jorge hablaron con ella, ¿no crees?

Guerrero se encogió de hombros.

—Yo a mis amigas les contaba sobre mis parejas hasta si tenía un patrón intestinal adecuado.

Santana se abrochó el cinturón de seguridad y giró la llave de contacto. El Ford Kuga respondió al primer intento, devolviéndoles el suave murmullo de su motor.

—Con un poco de suerte —murmuró—, este hilo no está atado al cuello de alguien más.

VIII

ENCUENTROS Y HERIDAS

Esa misma tarde, Bayona y Jáuregui recorrían de nuevo el trayecto hasta Mojácar por la autovía del Mediterráneo en dirección Murcia en busca del hotel en el que se habría alojado Emma Luque durante sus días de descanso. Estaban sentados uno al lado del otro en uno de los coches de la pequeña flota de vehículos que la brigada había ido adquiriendo estos años, principalmente gracias a la donación altruista de algunos de los narcos detenidos en la provincia. La mayoría de las ocasiones, esos vehículos decomisados acababan en una subasta pública organizada por la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, pero algunas veces, en cambio, habían servido para engordar el muy mermado parque de vehículos de la brigada, que contaba con poco más que el Ford Kuga blanco que solía utilizar el inspector Santana.

En esta ocasión, habían optado por un Mercedes-Benz clase S negro, con los cristales tintados. Una delicia para los amantes de la conducción, con sus más de 300 CV de potencia que, sin embargo, Jáuregui —siempre prudente— manejaba sin explotar sus cualidades deportivas.

Había un silencio tenso entre ambos que, en ocasiones, alguno de ellos rompía con una vaga cuestión trivial, respondida por el otro con apenas unas pocas palabras carentes de ánimo. Era evidente que la ruptura de la relación continuaba en un imparable declive también en lo personal. En varias ocasiones, Bayona le había pedido a Santana que permitiera que otro miembro del equipo la acompañara en las tareas diarias, esas que solían hacerse en parejas, como en el caso actual. Pero la respuesta de Santana

siempre había sido la misma: "En esta brigada somos un equipo. No quiero desprenderme de ninguno de vosotros. Arreglad vuestros problemas como siempre lo habéis hecho y no dejéis que vuestra vida privada interfiera en la investigación. No me pongáis en una situación que ninguno de los tres queremos."

Así que allí estaban, camino de Mojácar, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—¡Para el coche! —exclamó de pronto Bayona, interrumpiendo el silencio que había estado reinando en el vehículo.

—¿Qué? —preguntó Jáuregui, sin comprender.

—¡Que pares el coche, te digo! —insistió ella con firmeza.

Jáuregui, sorprendido, cogió la primera salida de la autovía que apareció y detuvo el flamante Mercedes junto a una gasolinera, en un área de servicios a pocos kilómetros de su destino final.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó, mirando a Bayona con expresión de desconcierto. La autoridad con la que le había pedido que parara le resultaba extraña.

—Ha llegado el momento de que hablemos.

—¿Y no podíamos haberlo hecho antes de salir o cuando terminemos el día? —preguntó Jáuregui, acomodándose en su asiento para enfrentarse a ella—. Si provocas un accidente en la autovía, poco podremos hablar.

Bayona giró su cabeza hacia él, y su mirada estaba cargada de frustración.

—¡No puedo más, Aitor! —su voz se quebró—. Hemos intentado normalizar la situación, pero la realidad es que me duele. Me duele estar sentada aquí contigo, conduciendo casi sin hablar. Me duele que nos crucemos en las dependencias de la brigada y esquivemos la mirada. Me duele verte tan tranquilo, viendo que has pasado página con tanta facilidad…

—¿Y qué podemos hacer? Tenemos que tratar de aceptar que lo nuestro ha terminado, Eva. Nuestros casos necesitan que estemos al 100%. Emma Luque necesita que pasemos página y trabajemos juntos, sin importar lo que pasara entre nosotros.

—¿Y cómo lo haces?

—¿Hacer el qué?

Bayona golpeó con fuerza con la palma de la mano en el salpicadero del coche.

—¡Joder, Aitor! ¡Seguir adelante como si nada hubiera pasado entre nosotros! ¡Alejarse de la persona que has querido como quien aparta una mosca que se está posando en su comida!

Jáuregui se encogió de hombros, sin poder contener un suspiro.

—Supongo que los hombres somos así de simples.

—¡Vete a la mierda! —gritó Bayona enfadada mientras bajaba del coche, cerraba la puerta del copiloto con un sonoro portazo y empezaba a caminar en dirección a la gasolinera.

—¡Pero…Eva! —vociferó Jáuregui, bajando la ventanilla de su lado del coche.

Bayona ya no respondió.

—¡Mierda! —exclamó para sí mismo golpeando con ambas manos el volante. Jáuregui salió del coche apresuradamente y fue tras su compañera, que ya se adentraba en la gasolinera.

Entró pocos segundos después, buscando a Bayona con la mirada entre las estanterías repletas de Snack, bebidas y los típicos souvenirs. Pero lo que vio le borró de un plumazo el gesto serio del rostro, reemplazándolo por uno de completo estupor. Allí, justo frente a él, se encontraba la impresionante chica que había conocido durante la "Noche en Blanco", aquella que no había podido sacarse de la cabeza desde entonces. Iba vestida de forma más deportiva, pero la sensualidad que desprendía seguía siendo inconfundible. Llevaba unas mallas negras que dejaban al descubierto sus tobillos, y un top corto del mismo color que realzaba su abdomen firme y definido. Justo por encima de la cadera izquierda, asomaba el borde de un tatuaje de formas curvas, casi tribal, cuya figura completa quedaba oculta bajo la tela. Jáuregui no pudo evitar que su mirada se posara fugazmente en él, intrigado por aquella marca enigmática. Aquella mujer, cuyo nombre no conocía, se giraba tras coger de una de las neveras una botella de agua. Cuando las miradas de ambos se encontraron, esta le dedicó esa amplia sonrisa de dientes blancos como la nieve que él había deseado con tanta fuerza volver a ver.

—Menuda sorpresa —comenzó a decir ella con total tranquilidad—. El apuesto extraño que cayó por casualidad en una fiesta.

"¿Le había llamado apuesto?"

Jáuregui no podía creer las casualidades que la vida puede tenerte preparado a la vuelta de la esquina. Nunca hubiese imaginado que una discusión con su expareja, a varias decenas de kilómetros de la capital, podría desencadenar en un encuentro casual con la persona en la que había estado pensando todo ese tiempo. Y mucho menos que esa misma persona le hubiera dado esperanzas de que, si volvían a encontrarse, algo podría surgir entre ellos. Si ella creía en el destino, tal y como había dicho, no había prueba más fehaciente que esa.

—Hola —acertó a decir con un leve tartamudeo en su voz.

—¿No habrás estado siguiéndome? —preguntó ella sin perder la sonrisa—. Te advierto que puede resultar aburrida la monotonía de mis ratos libres.

—Con mi trabajo, no hay nada que me venga mejor que algo de aburrimiento —respondió Jáuregui, recuperando la compostura después de la tímida reacción inicial.

—¿Eres juez o algo así? —preguntó ella, intrigada.

—Soy de los que les llevan los paquetes al juez.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Policía? —quiso confirmar.

Jáuregui asintió con la cabeza.

—Nunca lo hubiese adivinado.

—Ni yo pensaba que te volvería a ver.

La sonrisa de aquella mujer se amplió aún más, si es que eso era posible, y sus ojos se entrecerraron, escrutando los de él. Había algo distinto en ella. Algo que Jáuregui no sabía cómo explicar. Una especie de magnetismo que lo atraía, como el aroma a bollos recién hechos al pasar por delante de una panadería.

—Me llamo Rebecca.

—Es un placer conocerte, Rebecca. Yo soy Aitor. Aitor Jáuregui.

Rebecca se dio la vuelta y se acercó a la caja para intercambiar unas palabras con el dependiente. Cuando volvía de

nuevo hacia él, Bayona salió del baño, secándose la última lágrima que caía sin permiso por la mejilla. Levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo Jáuregui y aquella mujer se miraban con una complicidad imposible de fingir.

Rebecca la miró, solo un segundo, pero fue suficiente para que Bayona sintiera un nudo en el estómago, como si algo se hubiese roto por completo dentro de ella. Se quedó inmóvil, con el alma suspendida en mitad del pasillo de la tienda, sin saber si avanzar o desaparecer. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Aitor, él bajó la mirada, y ese gesto dolió más que cualquier palabra.

—Ahora tengo que marcharme —dijo Rebecca con voz suave, mientras le ofrecía la mano con una media sonrisa cargada de intención.

Jáuregui aceptó ese gesto con un ligero temblor en los dedos. Fue un apretón breve, pero en ese breve contacto notó algo: una hoja pequeña, doblada, resbalando hacia su palma con disimulo milimétrico.

No dijo nada. Solo la observó alejarse entre los pasillos de la tienda, sabiendo que acababa de recibir algo más que un número o una dirección. Lo guardó con disimulo en el bolsillo del pantalón justo cuando, al fondo, los ojos de Bayona se clavaban en él como agujas congeladas. Todo había ocurrido ante la petrificada, triste y atenta mirada de Bayona, que pasó por delante de Jáuregui en silencio saliendo de aquella gasolinera de vuelta al coche.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, de vuelta a las dependencias de la brigada de homicidios. Santana tenía que ponerse al día con la parte del proceso de investigación que menos le gustaba: el papeleo necesario para mantener actualizados los atestados, las declaraciones de los testigos, los informes de los progresos realizados y trasladar todo ello a los expedientes oficiales del caso, antes de la reunión que habían programado con todo el equipo a las 10 am.

Se dirigía a su despacho cuando Guerrero lo interceptó.

—¡Lo tenemos!

—¿A quién tenemos?

Guerrero torció el gesto abriendo sus brazos y haciendo patente lo absurda que le parecía esa pregunta por lo evidente de la respuesta.

—¡A Mamadou!

—¿Lo dices en serio?

—Le han echado el guante en la localidad de Vera, muy cerca de Mojácar. Al parecer, después de una persecución de varios kilómetros a la carrera al más puro estilo Hollywoodense. Ya lo traen hacia aquí.

—Perfecto. Prepara el interrogatorio, tú y yo nos encargaremos.

—¿La de siempre? ¿Tú el poli bueno y yo la mala?

—No. Esta vez seré yo el malo —dijo Santana echando a andar hacia su despacho.

Guerrero lanzó un silbido sonoro.

—¡Guau! ¡Ahí va nuestro Harry "El Sucio"! No me gustaría estar en el pellejo de ese tal Mamadou.

Sin embargo, Santana estaba muy alejado de la euforia con la que Guerrero había recibido la noticia de la detención de Mamadou. Una de las trampas más peligrosas en una investigación era la ilusión mental que convertía una posibilidad en probabilidad, y la probabilidad, en certeza. Los antídotos contra esa ilusión eran mucha paciencia y seguir conociendo todos los hechos. Seguía sintiendo que estaban lejos de saber qué había ocurrido realmente. Aun así, confiaba en que el interrogatorio a Mamadou, si no les daba un culpable, al menos les ofreciera pistas clave para seguir avanzando. Santana veía problemas en la hipótesis de que Mamadou fuera el asesino de Emma Luque. Si era culpable, ¿por qué buscar un método tan rebuscado, cuando podría haber conseguido el mismo objetivo simplemente estrangulándola en uno de sus muchos momentos íntimos? Por otra parte, si era inocente, ¿cómo se explica la extraña persecución que obligó a realizar a la policía local para detenerlo?

Santana se preparó una taza de café, analizando las posibilidades mientras pasaba informes al expediente oficial del caso. La puerta de su despacho se abrió, interrumpiendo la concentración y el trabajo que empezaba a conseguir en ese momento. Era Jorge blanco, que desde el umbral de la puerta, lo miraba con ojos decididos esperando que le permitiera pasar.

—Adelante, Jorge. Siéntate —le pidió señalando con la mano una de las sillas frente a la mesa de su despacho—. ¿Qué tal estos primeros días en el equipo? ¿Te tratan como es debido?

—Aún se están adaptando a tenerme por aquí, pero no me quejo —respondió mientras tomaba asiento—, aunque no he venido para hablarte de ello.

—Tú dirás… —le animó a hablar mientras daba un sorbo de la taza de café.

—Ayer estuve recorriéndome los estudios de los mejores tatuadores de Almería en busca de alguien que nos pudiera dar más información acerca del tatuaje en el pecho de Emma Luque.

—¿Conseguiste algo que nos sirva?

Blanco sacó del bolsillo de su pantalón el bloc de notas que siempre lo acompañaba, lo abrió por la página donde había anotado sus últimas observaciones y comenzó a mordisquear distraídamente el bolígrafo mientras releía.

—Un tatuador reconoció la figura, aunque mencionó que está ligeramente modificada —dijo, mientras sacaba dos hojas impresas con una imagen en cada una—. Este de la derecha es el símbolo celta de la maternidad. Representa el vínculo eterno entre madre e hijo. Digamos que viene a simbolizar el amor materno y la conexión duradera entre ambos.

—Pero el que encontramos en Emma Luque… —empezó a decir Santana, al tiempo que examinaba la otra imagen, visiblemente más sombría.

—Exacto —confirmó Blanco, adelantándose a lo que iba a decir Santana—. Uno de los nudos entrelazados ha sido reemplazado por una serpiente. Por lo demás, es casi idéntico, salvo por los puntos blancos: el original está rodeado por muchos más distribuidos en torno a los nudos.

Santana tomó ambas hojas y las observó con detenimiento. Al principio frunció el ceño, como si su mente intentara conectar aquella alteración simbólica con algo más profundo. Pasó el dedo lentamente sobre el contorno de la serpiente, sintiendo una incomodidad que no sabía explicar.

—Esto no es una modificación estética —dijo en voz baja, más para sí mismo que para Blanco—. Es un mensaje. La serpiente… no está ahí por azar. Alguien ha querido transformar el símbolo del vínculo materno en algo… más oscuro. Más amenazante.

Permaneció callado, como si su mente estuviera recorriendo un mapa invisible tratando de encontrar el camino correcto.

—Empiezo a pensar que no estamos solo ante un asesino… sino ante alguien que quiere que entendamos su lógica. Y eso, Jorge… es casi peor.

Blanco mantuvo la mirada fija en el símbolo unos segundos más antes de hablar. Su tono fue bajo, reflexivo, casi como si hablara consigo mismo.

—Una advertencia… o una firma. Pero sea lo que sea, lo deja grabado en la piel —levantó la vista y se cruzó con los ojos de Santana—. Eso significa que no se esconde. Que está orgulloso de lo que hace.

—¿Alguna idea de lo que pueden significar los puntos?

—Eso no está del todo claro, pero por lo que he podido averiguar, parece que cada punto puede corresponder con el número de hijos.

—¡Joder! —exclamó Santana pasándose la mano detrás de su cabeza y rascándose la nuca como si de pronto hubiese sentido que le picaba algún tipo de bicho.

Santana no pudo evitar recordar la conversación con los padres de Emma, su huida embarazada de un hijo cuya existencia aún era incierta. Necesitaba más información para encajar todas las piezas, pero intuía que aquella simbología tatuada en el cuerpo de Emma Luque no era casual.

—Buen trabajo, Jorge. Tengo la sensación de que has dado con algo importante. Este tatuaje tiene que darnos información clave

—dijo Santana mientras se levantaba de la silla—. Es hora de conocer a Mamadou.

En ese instante, la puerta del despacho se abrió de golpe. Bayona irrumpió como una tormenta, con los ojos vidriosos y la voz más tensa de lo habitual, aunque se aferraba con fuerza a una compostura a punto de quebrarse.

—¿Podemos hablar? —preguntó Bayona mirando un momento a Blanco—. A solas

—Yo ya me iba —respondió el cabo, levantándose con serenidad. Recogió su libreta y su bolígrafo, saludó con una leve inclinación de cabeza y salió cerrando la puerta tras de sí.

Santana volvió a sentarse, señalando la silla frente a él para que Bayona lo acompañara.

—Prefiero estar de pie.

—Cuéntame.

—Quiero pedir el traslado, Julián. No puedo seguir aquí.

Santana se incorporó lentamente en la silla. El tono no era solo el de una compañera enfadada. Era el de alguien roto por dentro.

—Eva, ¿qué ha pasado?

—¡Lo que ya sabías que estaba pasando! —exclamó con los ojos fijos en el suelo, sin atreverse a mirar a su jefe—. Llevo días intentando hacer que esto funcione, intentando que todo sea normal. Pero no lo es. No puedo seguir viéndolo cada día como si ya no fuéramos nadie. Y ahora…

Hizo una pausa. Respiró hondo. Pero no pudo frenarlo.

—…Y ahora lo he visto. Con ella. Con otra. Y lo peor no es eso. Lo peor es que lo ha hecho delante de mí y ni siquiera se ha inmutado. Como si nunca hubiera significado nada. Como si todo esto… —se llevó la mano al pecho— no hubiera existido.

Santana agachó la cabeza. Las palabras se le atragantaban; no porque no las tuviera, sino porque sabía que ninguna haría justicia a lo que acababa de oír.

—Me quedaré hasta que cerremos este caso —continuó Bayona, más serena, con un hilo de voz—. La víctima lo merece. Y tú también. Pero en cuanto esto acabe, quiero que hables con

Gunea. Que tramite mi traslado. Me da igual a dónde. Solo… lejos de aquí.

Santana asintió lentamente, dándole tiempo a que se recompusiera.

—De acuerdo —dijo con voz grave y comprensiva—. Nadie debe quedarse en un sitio donde siente que ya no pertenece.

Santana se preguntaba qué había podido ocurrir entre ellos para llegar a ese punto. No era asunto suyo, pero tampoco podía permitir que eso interfiriera en lo verdaderamente importante: descubrir quién había destrozado a golpes la cara de Emma Luque, grabado con criogenia el símbolo celta de la maternidad y dejado como recuerdo un peón de cristal sobre su pecho. Esa era su prioridad en estos momentos.

Nunca había aprobado las relaciones dentro del mismo entorno de trabajo, pero… ¿quién era él para oponerse a lo que dos adultos sintieran? Uno no elige de quién se enamora. Más bien el amor te elige a ti. Inunda el cerebro de dopamina, provoca euforia, dependencia, una falsa estabilidad… como una droga difícil de abandonar. Y cuando se pierde, cuando esa droga desaparece de golpe, el cuerpo entra en retirada. Eso era, probablemente, lo que le pasaba ahora a Bayona. Y eso —pensó Santana con un deje de tristeza— dolía más que cualquier golpe físico.

Santana se mantuvo en silencio unos segundos, viendo cómo su compañera temblaba por dentro, aunque no derramara una lágrima. Luego habló, con suavidad:

—Tal vez lo que necesitas no es irte del todo... sino respirar. Tomarte un par de días, desconectar, pensar sin ruido. A veces, la distancia ayuda a ver las cosas de otro modo.

Bayona negó con la cabeza al instante, sin dudarlo:

—No necesito descansar. Necesito irme. Necesito no verlo más.

—Entendido —dijo Santana, asintiendo con un gesto leve mientras se ponía de pie—. En ese caso, cerremos este caso y después... afrontaremos lo que venga.

—Gracias —murmuró ella, al borde de romperse.

Santana alzó la mano y la posó con delicadeza sobre su hombro.

—¿Qué tal si vamos a ver qué nos cuenta Mamadou.

—¡Mamadou! —exclamó Bayona, llevándose una mano a la frente—. ¡Con todo esto casi lo olvido!

—¿Olvidar qué?

—Aitor y yo, pese a nuestros problemas, terminamos el trabajo que teníamos ayer. Fuimos a Mojácar y buscamos durante todo el día el hotel en el que se había podido alojar Emma.

—¿Y lo encontrasteis?

—Lo encontramos —comenzó a decir Bayona mientras sacaba su teléfono y buscaba la página de una conocida web de reservas de hoteles—. Aunque Carol no nos lo puso nada fácil. Primero, porque no había ningún hotel con el nombre "Redhouse algo", como nos había indicado, y segundo, porque ni siquiera era un hotel. El alojamiento en cuestión se llamaba "Red Crown bed & breakfast", y es una vivienda turística con piscina, gestionada por un particular —continuó, pasando el dedo por la pantalla del móvil para mostrarle a Santana las fotos del lugar.

—¿La persona que gestiona el apartamento turístico reconoció a Emma Luque?

—En cuanto le enseñé la foto. La recordaba perfectamente porque este mes sólo ha tenido dos reservas, y porque Emma estaba algo inquieta, como queriendo pasar rápidamente el trámite del check-in y perderse en la habitación.

—¿Como si se escondiera de algo?

—O de alguien.

—¿Y se alojó sola?

—Sí. Pero al parecer recibió la visita de alguien durante dos de los días. Según palabras textuales del propietario: "Un negro con una gran cicatriz en su pómulo izquierdo, desaliñado y con mal carácter, con el que alternaba gemidos y discusiones a gritos". Se

marchó sola al tercer día, después de pagar la reserva con tarjeta de crédito.ç

—Bien. Pues parece que esa persona puede estar esperándonos en la sala de interrogatorios. No le hagamos esperar.

◆ ◆ ◆

Santana observaba desde la sala contigua donde tenían instalados los equipos de audio y grabación, a través del espejo unidireccional de la sala donde realizaban los interrogatorios. Mamadou se encontraba en el centro de la habitación, sentado y esposado con un tic nervioso en unas largas piernas que se movían de forma repetida e inquieta de arriba hacia abajo. Era una persona alta y de complexión musculosa, con esa genética natural que tienen en algunos países del continente africano. Santana podía entender que a la policía local les costara atraparlo en una persecución a la carrera por las calles de Vera. Mamadou sudaba profusamente; algo que no era de extrañar con el calor que empezaba a hacer ya en Almería en esas fechas, y sobre su pómulo izquierdo tenía esa gran cicatriz de la que le había hablado Bayona. Si por el lenguaje corporal se decidiera la culpabilidad o no de alguien, Mamadou tenía toda la gestualidad del que sabe que ha hecho algo mal y espera a ser castigado. Por suerte para él, Santana no era de los que sacaba conclusiones precipitadas, y se guiaba más por las evidencias que iban encontrando a medida que avanzaba la investigación. Había visto en muchas ocasiones, como otros compañeros, deseosos de cerrar uno de los muchos casos que se les empezaba a acumular en las comisarías, cargaba el muerto al primer sospechoso que encontraban, presentando al juez un caso cogido con pinzas: unos indicios que desmontaría cualquier abogado de oficio sin experiencia y unos elementos en forma de prueba carentes de validez ante cualquier tribunal. Pero para Santana, la prioridad siempre había sido conocer la verdad tal y como ocurrió, sin importar cuánto tiempo le llevase ni quién terminara cargando con la culpa. Esa determinación

le había valido una merecida reputación, no solo dentro del cuerpo policial, sino también entre los magistrados, que sabían que cuando un caso llegaba a sus manos procedente de Santana, podían confiar en que estaría sólidamente construido y sin fisuras en los aspectos más relevantes.

Santana pulsó un botón de uno de los ordenadores y en el interior de la sala de interrogatorios, una cámara colocada en una esquina le devolvió un piloto rojo que indicaba que se comenzaba a grabar y escuchar lo que allí dentro ocurría. Guerrero le hizo un gesto con la cabeza y ambos entraron en la sala.

Santana se colocó a un lado de la habitación, con la espalda apoyada sobre la pared y los brazos cruzados, adoptando un discreto segundo plano. Fue Guerrero quién tomó la iniciativa.

—Hola Mamadou. Soy la sargento Laura Guerrero, de la brigada de homicidios.

—¿Homicidios? ¿Qué hago aquí? ¡Yo no he hecho nada!

A Santana le sorprendió el buen castellano en el que se desenvolvía Mamadou, con un ligero acento francés, pero en definitiva, un castellano más que correcto.

Guerrero se acercó y comenzó a quitarle las esposas. Una vez las manos de Mamadou quedaron libres, se sentó sobre la mesa, junto a él, transmitiendo cercanía. Sacó un chupa chups de su bolsillo, lo desenvolvió con calma y se lo introdujo en la boca ante la mirada atónita de Mamadou. Santana pensó que la sensualidad natural que desprendía siempre su compañera era capaz de ablandar la lengua de cualquiera.

—No se preocupe. Solo queremos hacerle unas preguntas, nada más. Luego podrá marcharse.

—¿No debería tener aquí conmigo a un abogado y todas esas cosas?

Guerrero se acomodó su larga melena, dejándola caer sobre el lado derecho de su pecho.

—No está detenido Mamadou. De hecho, podría irse cuando quiera. Esto es sólo una conversación informal entre amigos. Nada más.

—¿Puedo irme? —preguntó Mamadou, entornando los ojos con desconfianza.

—Claro que puede... Aunque nos haría un gran favor si se quedara un momento y charlamos un poco, dadas las circunstancias.

—¿De qué circunstancias me habla?

—Ya sabe, la muerte de su expareja, Emma.

—¡¿Emma está muerta?! —Santana no pudo evitar pensar que su expresión era de auténtica sorpresa. Aunque, claro… también podría ser un actor de primer nivel.

—Me temo que sí —respondió Guerrero, dando un salto y bajando de la mesa—. ¿Qué me dice? ¿Le puedo ofrecer un café, té o agua para que tengamos esa conversación?

Mamadou pareció pensarlo durante unos segundos, con la mirada fija en sus manos apoyadas sobre la mesa.

—Un té está bien —dijo finalmente sin mirar a Guerrero—. Gracias.

Santana salió de la habitación y, un par de minutos después, regresó con una humeante taza de té que colocó delante de Mamadou sobre la mesa.

—Aquí tiene —dijo con voz neutra, sin adornos.

Guerrero le dedicó una leve sonrisa de complicidad a su jefe mientras Mamadou tomaba la taza con ambas manos. Ella sabía perfectamente lo que significaba aquel gesto: un pequeño detalle que podría servirles en el futuro si era necesario comprobar su ADN. Las investigaciones complejas exigían no desaprovechar ni una sola oportunidad.

Guerrero mientras tanto cogió una silla, la colocó del revés y se sentó a horcajadas frente a él, con los brazos apoyados en el respaldo.

—¿Qué tal si empezamos por el principio? —comenzó a preguntar—. Cuéntenos, ¿cuánto tiempo lleva en España?

—Llegué hace 13 años.

—¿Por mar?

Mamadou asintió.

—¿Cómo conociste a Emma?

—Vino una noche de fiesta a Mojácar. Yo estaba allí con unos amigos. Bailamos, tomamos algo, y luego compartimos nuestras redes sociales. Nada del otro mundo. Ella se fue a su casa y yo a la mía. Poco a poco empezamos a hablar, a vernos y a construir una relación más… digamos seria.

—Pero sus padres no aceptaban esa relación, ¿no es así?

Guerrero pareció notar un destello de odio en los ojos de Mamadou; fue sólo un momento, pero entrenados como estaban sus ojos a aquellas situaciones, no se le pasó por alto. Su respuesta fue todo lo prudente que esperaba de ella.

—Los padres de Emma no me veían como el yerno más adecuado para su hija.

—¿Diría que eran racistas?

La pregunta pareció remover algo en el interior de Mamadou, que contestó algo más enérgico que lo que venía haciéndolo.

—¿Y quién no lo es en este país? ¿No están ustedes mismos siéndolo? —preguntó apoyando ambas manos sobre la mesa e inclinando su cuerpo hacia adelante—. Cuando ocurre algo, siempre el negro es el principal sospechoso, ¿verdad? —preguntó golpeando con las muñecas esposadas la mesa—. Es el blanco más fácil al que cargarle la responsabilidad. El inmigrante sin recursos que no puede defenderse adecuadamente.

—Calma Mamadou —le interrumpió Guerrero—. Nosotros no estamos aquí para hacer juicios de valor. Solamente queremos conocer toda la historia y poder atrapar a quién le hiciera eso, sea quien sea. Nada más.

La respuesta pareció serenar a Mamadou, que volvió a apoyar su espalda sobre el respaldo de la silla.

—Lo preguntaré de otra forma si le parece. ¿Fueron los padres de Emma los responsables de que dejara su casa, en un avanzado mes de gestación y se viniera a vivir a Mojácar?

La pregunta consiguió descolocar a Mamadou, que instintivamente se secó el sudor de su frente con el dorso de la mano.

—No sé nada de ningún embarazo —negó categórico.

—¡Vamos, Mamadou! No nos irá a negar que Emma estaba embarazada de usted.

—Emma tenía muchísimo carácter, se fue por las bravas con una mano delante y otra detrás porque no tenía el apoyo de su familia. Su entorno no me quería en sus vidas, y no le iba a permitir ser libre. Era vivir su vida conmigo, o la de ellos, y decidió luchar por mi.

—¡De acuerdo! —aceptó Guerrero conciliadora—. Admitamos por el momento que Emma no estaba embarazada. ¿Tiene idea de por qué alguien querría matarla? No parece una mujer que pudiera tener grandes enemigos en la vida.

Mamadou lo pensó un momento.

—Yo estoy tan sorprendido como ustedes. Era una buena mujer: trabajadora, cariñosa, no se metía en líos…

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y en el umbral apareció Valeria Nieto, que hacía gestos con la mano a Santana para que saliera.

Guerrero prosiguió como si nada hubiera ocurrido.

—Desde luego, una mujer así no se encuentra tan fácilmente —cabeceó Guerrero afirmativamente—. ¿Por qué dejaron la relación?

—Una gran mujer, sin duda, y muy hermosa. Pero en nuestra cultura, la árabe, tenemos un concepto distinto del ideal de esposa. Emma no reunía esas cualidades.

—Perdone que desconozca la cultura islámica como debería. ¿Podría aclararme qué cualidades son esas que Emma no reunía?

Mamadou suspiró largamente y dio un sorbo a la taza de té antes de responder.

—El Corán recoge que una mujer debe ser obediente, tener un buen carácter que le permita crear un hogar armonioso y seguro para criar a nuestros hijos, ser recogida y respetar en ausencia de su marido lo que Allah quiere que respeten. También debe tener el compromiso religioso que adquirimos desde el nacimiento… —explicó Mamadou—. Yo creía que podía hacer de Emma una buena esposa, pero eso solo nos llevó a muchas discusiones. Fue entonces cuando entendí que no podía cambiarla, y ahí terminó nuestra historia.

—Entiendo… —asintió Guerrero a medida que reflexionaba sobre aquello—. Le pido disculpas, pero hay algo que debo preguntarle. Espero que comprenda que forma parte de nuestro trabajo.

—Pregunte —respondió Mamadou, algo resignado. Ya les estoy contando todo lo que sé.

Guerrero hizo una pausa estudiada, clavando la mirada en los ojos de su interlocutor.

—¿Dónde estuvo el pasado miércoles?

—¡Bismillah! —exclamó alzando las manos al cielo—. ¿Habla en serio? ¿Está insinuando que yo…?

—Es solo una pregunta, Mamadou —interrumpió Guerrero con serenidad—. No le estamos acusando, pero necesitamos confirmar su coartada para ese día.

El tic inquieto en la pierna de Mamadou volvió a aparecer.

—No… no lo sé con exactitud. Imagino que trabajando. Paso muchas horas allí. Supongo que podría hablar con mi jefe, trabajo en una cooperativa de agricultura ecológica, en Vera.

—¿Y después del trabajo fue a casa? ¿No vio a Emma en todo el día?

Mamadou se encogió de hombros.

—No… que yo recuerde.

—Está bien. Pero en toda esta historia, hay algo que convendrá conmigo en que nos puede chirriar bastante.

Mamadou cambió de posición en la silla, incómodo por la pregunta.

—Me refiero, claro está, a que, para poder tener esta conversación con usted, mis compañeros de la policía local tuvieran que demostrar que siguen pasando cada año las pruebas de aptitud física del cuerpo.

—Como le dije anteriormente —replicó Mamadou con un deje de amargura—, en este país hay mucho racismo. Incluso dentro del cuerpo policial. Nunca se busca al negro de turno para hacerle unas preguntas. Lo he vivido en mis propias carnes en otras ocasiones. No me apetecía ser, otra vez, la cabeza de turco de una historia que ni siquiera conozco.

—Vaya, pues con lo que les has hecho sudar, casi deben de agradecer que no se dedicara a correr maratones… aunque si le sirve de consuelo, tengo compañeros que correrían igual detrás de un cruasán recién hecho.

Guerrero se acercó a Mamadou y le dedicó su más amplia y seductora sonrisa.

—Por suerte para usted, aquí somos de respetar la constitución. —le dijo guiñándole un ojo—. Ya sabe, aquello de que todos los ciudadanos son iguales ante la ley y todas esas cosas. Pero le aseguro una cosa, Mamadou: aquí no buscamos cabezas de turco, buscamos verdades. Y a veces, hasta las encontramos, aunque sea después de unas cuantas carreras. Ya hemos terminado, puede marcharse cuando quiera.

—¿Eso es todo? —preguntó entonces, con una mezcla de cansancio y alivio.

—Sí —asintió Guerrero con empatía—. Le diré a mis compañeros que le devuelvan sus pertenencias. Eso sí, necesitaremos que esté localizable por si tuviéramos que volver a hablar con usted.

Mamadou asintió con la mirada clavada en la mesa. Al ponerse de pie, se detuvo un segundo. La voz le salió más suave, casi rota:

—Por favor… atrapen a quien le hizo eso. Emma y yo… bueno, sé que no fue fácil entre nosotros. Éramos como dos piezas que no encajaban. Pero la quise. A mi manera, tal vez, pero la quise de verdad.

—Haremos todo lo posible, se lo aseguro.

Mamadou alzó la vista por última vez, con los ojos empañados, y murmuró con resignación.

—Insha ʻAllah.

Y se marchó sin mirar atrás.

◆ ◆ ◆

Cuando Guerrero salió de la sala de interrogatorios. Todos sus compañeros, incluido el comisario Gunea, se encontraban en la sala principal del edificio de la brigada, donde hacían la mayor parte de su día a día, reunidos en torno a la televisión mientras comentaban algo en voz baja.

Guerrero se acercó curiosa.

—¿Qué estáis mirando?

Santana se volvió hacia ella y le señaló con la cabeza en dirección a la televisión.

—Los periodistas ya se han hecho eco de la noticia. Era cuestión de tiempo. Están entrevistando a Carol, la amiga de Emma.

—¿Cuánto saben?

—No mucho, por el momento. Aunque gracias a Carol conocen lo básico acerca de las circunstancias en que la encontramos.

—Una buena amiga que igual quiere llevarse su parte del pastel de toda esta historia, después de todo —comentó Bayona refiriéndose a Carol.

—Las diligencias con los vecinos pueden dar resultados impredecibles, y no pocas veces desorientadores. Tan pronto pueden decirte que Hitler era un chico dulce que subía la compra a las vecinas, les daba prioridad para entrar en el ascensor y cedía el asiento a las ancianas en el transporte público, como que Mickey Mouse maltrataba sistemáticamente a Minnie y al resto de personajes de Disney.

—Hasta le han puesto nombre y todo —intervino Jáuregui. Lo han bautizado como "El asesino del ajedrez".

—No se han quebrado mucho la mente —dijo Guerrero mientras comenzaba a observar también la televisión—. Estos no serán los mismos que eligen los nombres de algunos pueblos, ¿no?

—¡Bien! —exclamó Gunea mientras apagaba la televisión—. Es crucial que hagamos llegar nada o casi nada a la prensa para evitar que arruinen nuestro trabajo. Canalizaremos ese nada o casi nada a través de mí mismo en coordinación con las oficinas de prensa de la provincia. Los convocaré de vez en cuando para que me

hagan un par de preguntas… que responderé, por supuesto, como buen político. ¿Entendido?

—Todos estamos en esa filosofía —le dijo Santana—. No cifro ninguna expectativa, ni profesional ni de otra índole, en contarle nada a un periodista de una investigación en curso. Al revés, sé cuánto pueden arruinarla con su forma de escribir lo que se les diga. Tampoco suele haber tiempo para perderlo en eso. Respondo de igual forma de todos y cada uno de los miembros del equipo.

—Estamos en sintonía entonces.

Santana se volvió de nuevo hacia Guerrero y le habló en voz alta, de forma que el resto también pudiera oírlo.

—¿Qué tal ha ido ahí adentro con Mamadou?

—Miente —contestó de manera rotunda.

Santana no pudo evitar soltar una carcajada.

—Sabía que hacía bien dejándote a ti el peso de la conversación. Tienes un don especial para detectar estas cosas —dijo, una vez consiguió parar de reír—. Ya sé que está mintiendo, pero ¿por qué no lo compartes con los demás para que estén al tanto?

—Miente en casi todo. Miente cuando dice que no sabía que Emma estaba embarazada, miente cuando cuenta que no la vio el día en que falleció, miente a la hora de dar una explicación a la persecución de la policía local, y tengo la seguridad de que miente hasta en el motivo por el que dejó la relación con ella.

—Impresionante —aceptó Santana cabeceando afirmativamente—. ¿Y todo eso lo has deducido de unos minutos a solas con él?

—Y, además, sin que hayas tenido que hacer de "poli malo" al final. También tenemos su ADN bonitamente sellado en una taza de té por si nos hiciera falta en algún momento de la investigación —le dijo guiñando un ojo a su jefe directo.

—Pero… ¿entonces? ¿Eso quiere decir que sabemos esa parte de la historia? —preguntó Bayona confusa.

Santana miró a Valeria, que ya le había puesto al día sobre las últimas pesquisas que había averiguado, quien interpretó

correctamente la mirada de su jefe y se preparó para compartir lo que sabía con el resto del equipo.

—La policía local nos ha contado que tenía a Mamadou bajo vigilancia desde hace tiempo. Además de su trabajo en la cooperativa de verduras ecológicas, parece estar vinculado con las mafias que trafican con inmigrantes desde África. Actúa como intermediario, ayudando a facilitar los desembarcos y dándoles información sobre los primeros pasos que deben dar en nuestro "acogedor y altruista país."

—Eso explica lo de la persecución —señaló Jáuregui, pensativo.

—Por otro lado, tras hablar con los diferentes hospitales de la provincia, hemos sacado algo importante —continuó Valeria, cuyo tono serio atrajo la atención del grupo.

Todos guardaron silencio expectantes, esperando a que se explicara.

—Emma Luque dio a luz a un varón sano el 15 de octubre de 2015 en el hospital "La Inmaculada" de Huércal-Overa. Fue dada de alta al día siguiente de su nacimiento. Sin embargo, no hay ningún alta oficial registrada, ni en el registro civil de nacimientos, ni en el de defunciones. —Y eso nos lleva a preguntarnos... ¿qué, Jorge? —añadió, alzando una ceja mientras señalaba al recién llegado e invitándolo a mojarse.

—¿Dónde está ese niño? —su respuesta era más bien una afirmación que una nueva pregunta.

—¡Exacto! —asintió Santana con determinación—. Si el niño nació sano, fue dado de alta y no hay nada que indique que haya fallecido después, y si no estaba con Emma, ni con sus padres, ni con Mamadou… ¿Qué demonios ha pasado con ese niño?

Todos se miraron entre ellos, en silencio. Santana sentía que habían dado con algo importante, pero también estaba convencido de que aún faltaban varias piezas del puzle que harían que todo encajara, permitiéndoles darle sentido a toda aquella confusión.

¿Tendría que ver el asesinato de Emma con la desaparición de ese niño?

En cuanto al símbolo celta de la maternidad grabado sobre el pecho de Emma. Santana estaba seguro de que el asesino les estaba intentando transmitir algo, una clave que conectara el crimen con un propósito. Recordó las palabras de Jorge Blanco unos días atrás: "Para nuestro asesino, esta marca es la parte más importante de su obra. Es la firma con la que se presenta al mundo, con la que se da a conocer".

Ese niño debía de ser la clave, pero ¿quién podría tener la respuesta? Con su madre asesinada, solo les quedaba su padre, al que acababan de dejar marchar, tal vez su amiga Carol, y dudaba mucho que los padres de Emma conocieran algo en ese sentido. Si no resolvían esa pregunta, se podrían encontrar atrapados en un callejón sin salida.

—¿Podría ser un ajuste de cuentas con Mamadou de esas mafias que traen inmigrantes a Almería por algún motivo? —preguntó Jáuregui.

Santana, pensativo, negó despacio con la cabeza.

—No lo creo, Mamadou y Emma ya no estaban juntos. Y ese tipo de mafias suelen ir directos al grano. No dejan cabos sueltos ni montan un escenario tan elaborado. Te pegan un balazo, te dejan tirado en cualquier cuneta y fin de la historia. Pero… no vamos a desechar ninguna posibilidad.

El tablero estaba dispuesto. Pero la pieza clave, esa que faltaba entre las sombras, aún no había hecho su jugada.

SEGUNDA PARTE

La niña, con la camiseta hecha jirones y la carita plagada de manchas que la ensuciaban, avanzaba tambaleante recorriendo por las habitaciones del caserón. Aquel lugar de paredes desconchadas y silencio espeso era su hogar, el único que conocía. Se apoyaba en los muebles desgastados mientras se dirigía, fascinada, hacia la luz que se colaba por la ventana.

Tropezó. Cayó con fuerza, golpeándose el brazo contra el suelo. El dolor fue intenso, pero no había nadie allí para consolarla. Apretó los labios para no llorar, pero una lágrima traicionera resbaló por su mejilla. Solo era un golpe, uno más en su pequeño cuerpo cubierto de moratones. Un paso más en su aprendizaje de caminar sin ayuda.

Intentó levantarse, pero sus piernas no eran todavía lo bastante fuertes y volvió a caer de culo. No se rendiría. Apoyó sus manos sobre un sofá rasgado y cubierto de polvo, y volvió a intentarlo, consiguiendo erguirse completamente. De nuevo, dirigió sus ojos verdosos hacia la luz intensa que procedía de la ventana y que tanto la atraía. Primero un pie, luego otro pie. Podía volver a caerse, pero eso no le preocupaba. No tenía miedo. Ya no.

Llegó al cristal empañado por la condensación. Llovía a cántaros afuera. La luz que había visto no era del sol, sino de los relámpagos que desgarraban el cielo con su furia. Nunca había visto algo así, y los contemplaba embelesada. Aquella luz parecía tener un poder que quería entender. A través del cristal sucio, distinguía formas borrosas: árboles que se mecían con el viento, charcos que salpicaban con cada gota. El mundo exterior parecía vivo, en movimiento, lleno de cosas por descubrir. Allí afuera no había barrotes, ni gritos, ni castigos. Solo lluvia. Solo luz. Ella no sabía cómo explicarlo, pero dentro de su corazón algo se movía, algo se despertaba.

¿Cómo sería estar allí afuera?
¿Cómo sería poder caminar entre la lluvia sin ser vista ni castigada?
No lo sabía. Nunca había estado allí.

Se quedó un momento más con la frente apoyada en el cristal, sintiendo el frío de la ventana penetrando a través de su piel, como si así pudiera fundirse con ese otro mundo.

Una voz reconocible a su espalda interrumpió sus pensamientos. Escuchaba sus pasos torpes y furiosos como una estampida de elefantes.

—¿Qué haces aquí, niña? —la voz era dura, rasposa, como el sonido de una piedra frotando contra la arena.

Sabía lo que venía después de aquella pregunta. Cuando se giró, sintió la bofetada en su rostro, haciendo que cayera de nuevo al suelo. El dolor le recorrió la mejilla y, a eso se unió el frío del suelo.

La niña comenzó a sollozar muy bajo, pero lo hizo en silencio. Casi ni se dio cuenta de que lo hacía, era un susurro más que una expresión de dolor. Sabía que no debía llorar. Esa persona no soportaba las lágrimas, las veía como una debilidad.

—¡Vas a volver con los demás! —exclamó aquella figura autoritaria, agarrándola del brazo y levantándola con brusquedad, como si fuera un objeto, una muñeca rota—. ¡No vuelvas a escaparte o te arrepentirás!

La niña no dijo nada. Solo se dejó arrastrar, su cuerpo demasiado agotado para resistir, pero su mente seguía allí, observando mientras se alejaba la luz de los rayos a través de la ventana .

IX

CABALLO A C3

Hace tiempo hubiera soñado con ser una persona corriente. Alguien que tuviera a su lado una familia de la que sentirse orgullosa, unos padres a los que poder admirar y que me acompañaran por el complejo sendero que es la vida, poder disfrutar de una tarde de juego en un parque con mis compañeros de colegio, o simplemente sentir el frescor de las gotas de un día lluvioso que mojase mi cara.

A medida que pasaban los años y mis días no dejaban de ser un penoso e insufrible calvario, pude descubrir que jamás experimentaría ese tipo de sensaciones. La oscuridad que iba creciendo en mi era directamente proporcional al odio que comenzaba a sentir por la especie humana.

Recuerdo que una vez encontré una piedra con forma de corazón. Era pequeña y tenía una veta blanca que la atravesaba de lado a lado. Pensé que era mágica. La guardé como un tesoro y, por primera vez, creí que algo bonito podía pertenecerme. Días después me la quitaron. Dijeron que era una tontería y la tiraron al pozo del patio. Aquella piedra no valía nada. Yo tampoco.

¿Cómo alguien puede desear esa vida atroz para el que ha crecido en el fondo de su ser?

¿No se supone que una madre debe desarrollar un instinto de proteger, cuidar, alimentar y sacrificarse por su hijo desde el momento de la concepción?

Con el tiempo dejé de sentir los golpes, el frío y el calor, el hambre y la sed, aprendí a curar mis propias heridas; tanto las físicas como las psicológicas. Las lágrimas que inundaban mi cara durante las interminables noches del principio, con el tiempo se

convirtieron en unas gotas tan densas y viscosas como el yeso con el que se hace una escultura, y que terminaron por secar mis ojos para siempre. En definitiva, aprendí a sobrevivir en un mundo en el que las emociones eran un signo de debilidad que no me podía permitir porque me costaría la vida. Y no es que me importara morir, muchas veces lo deseaba con todas mis fuerzas, y seguramente hubiera sido lo mejor. Pero cerrar los ojos para siempre sin que nadie de este mundo te recordara o te echara en falta era algo que mi mente consiguió descartar.

Fue entonces cuando en algún lugar dentro de mí, empezó a crecer la semilla de la venganza. Aunque más que venganza, en realidad se trataba de compasión. Compasión e identificación con esos futuros niños que no deberían sufrir los males de personas sin escrúpulos ni conciencia.

Así fue como comenzó el proyecto Rey de Cristal.
Así fue como comenzó esta partida de ajedrez.

Una vez llegó una niña más pequeña que yo. Me miró con ternura y me ofreció un trozo de pan que había escondido. Al día siguiente ya no estaba. Nadie volvió a hablar de ella.

Mi siguiente movimiento será el caballo. Ese caballo que históricamente engrandece al hombre, lo eleva, le da poder, fuerza, seguridad y gallardía. Quien monta un caballo se siente superior frente al hombre que va a pie.

A veces, mientras yacía acurrucada junto a la estufa apagada, observaba un tablero de ajedrez polvoriento sobre una mesa vieja. Las piezas, desordenadas, parecían haber sido abandonadas a mitad de una partida. No entendía su función, pero había algo hipnótico en ellas: los caballos con sus cuellos arqueados, los peones alineados como pequeños soldados. Sin saber por qué, solía fijarme en una pieza rota, un caballo roto en una de las esquinas del tablero. Parecía tan sola como yo.

El caballo, a diferencia de las demás piezas, se mueve de forma imprevisible. Salta por encima de los obstáculos. Así soy yo. No sigo el camino marcado. No avanzo en línea recta. Yo salto. Me

cuelo donde nadie espera. Y hoy os mostraré que ninguna persona debe estar por encima de nadie.

Caballo a C3.

X

NADA ESTÁ ESCRITO

La postura era cualquier cosa menos confortable. El cuerpo estaba boca abajo, con los brazos extendidos en toda su longitud y las muñecas bajo sus muslos. La silueta parecía ser de una mujer con la cara vuelta a la derecha, como si mirara el mar por última vez a través de la zona acantilada, y las piernas dobladas en una postura imposible. Las nalgas se sostenían un poco en alto sobre los talones y entre ellas, sobresalía en pie, un inmaculado caballo blanco de cristal, que brillaba con fuerza en medio de aquella caótica escena donde la mezcla de tierra y sangre parecían cubrir todo el paisaje.

Las manchas de sangre salpicaban el camino de tierra hasta el faro abandonado, donde yacía el cuerpo: un amasijo irreconocible de carne y huesos, golpeado hasta la extenuación. Era prácticamente imposible hacer cualquier tipo de identificación, ni siquiera el color de la ropa, pues parecía una única y uniforme mancha rojiza que cubría todo el cuerpo.

La palabra "JAQUE" aparecía pintada de forma irregular del mismo color rojizo sobre el muro de aquella torre en medio de la nada, que parecía vigilar sobre las alturas toda la línea de costa, alzándose majestuosa a 280 metros sobre el nivel del mar.

Soplaba un fuerte viento de poniente en el "Cerro de los lobos", que era como se llamaba aquel enclave en medio del Parque Natural Cabo de Gata-Níjar, donde aquella atalaya antiguamente utilizada como torre de vigilancia contra los piratas berberiscos se

elevaba imponente entre nubarrones que amenazaban con descargar su fuerte lluvia.

Santana observaba de pie aquella escena junto a Guerrero mientras la científica trabajaba a destajo para tratar de terminar su labor antes de que las nubes decidieran limpiar todo rastro que pudiera servir. Habían sido los primeros en llegar, treinta minutos después de que la policía local descubriera el hallazgo y, tan solo diez minutos antes que el resto del equipo. Una de las cosas buenas que tenía aquella brigada de homicidios es que les permitían con frecuencia llegar en caliente a la escena del crimen. La mayoría de investigadores de homicidios que conocían tenían que conformarse con un puñado de fotografías mejor o peor disparadas y con lo que la policía del lugar en cuestión acertaba a contarles de lo que habían podido observar, por lo que se veían obligados a olfatear con frecuencia rastros fríos. Si algo había aprendido Santana en todos estos años de buscar funestas verdades, es que ninguna impresión de segunda mano puede reemplazar a lo que uno conoce por sí mismo. Que este caso fuese un calco del encontrado en Mojácar con Emma Luque había facilitado mucho la celeridad con la que habían sido informados.

—"El asesino del ajedrez" se ha pasado el juego. Nos ha dejado una escena de lo más macabra y perturbadora —dijo Guerrero, perpleja—. Es como una pintura de Joaquín Sorolla, pero versión gore.

—¿Tú también lo llamas así? —preguntó Santana entrecerrando los ojos mientras reconocía en detalle aquel cuerpo sin vida.

Guerrero se encogió de hombros.

—Es una forma de llamarlo tan buena como otra. Y parece que el gusto por el ajedrez de nuestro violento contrincante no es casual.

—Pues como nuestro violento contrincante siga queriendo que consigamos la colección completa de piezas… estamos jodidos, Lau.

Guerrero giró su cabeza paseando su mirada por aquel paisaje natural mientras se esforzaba en recogerse el pelo en una coleta para que el viento no le incomodara.

—¿Este lugar no está cerca de uno de los cuerpos que encontramos en el "Caso Caronte"?

Santana asintió.

—Este faro está dentro del mismo Parque Natural. A cuarenta minutos en coche de la "Playa de Los Muertos" donde encontramos a Roberto Garza.

—Este lugar parece mucho más desangelado que aquella playa paradisíaca. ¿Qué haría esta persona en un lugar así? —preguntó Guerrero—. Hemos tenido que dejar el coche dos kilómetros más allá. Está alejado de toda civilización y…

—No sabemos si la víctima se encontraba aquí o fue su asesino quien la trajo para simplemente abandonarla y crear su escena —la interrumpió—. Transportar el cuerpo durante dos kilómetros puede ser una tarea dura para ti o para mi, pero… —dijo Santana señalando la cara deformada por los golpes de la víctima— la fuerza no creo que sea algo de lo que carezca la persona que buscamos.

De pronto, Valeria Nieto reclamaba su atención a apenas 200 metros de dónde se encontraban.

—¡Julián, hemos encontrado algo!

Santana y Guerrero se acercaron para que les mostrara el hallazgo.

—Una huella de zapato —confirmó señalando una marca sobre una mancha de sangre en el camino—. El reguero de sangre llega hasta el camino donde hemos dejado los vehículos y se diluye justo donde comienza el asfalto. Ha tenido que cometer el error de pisar la sangre en el arrastre del cuerpo hasta el faro.

Santana se quedó paralizado un momento. Notó ese extraño hormigueo que le recorría el cuerpo cuando creía estar poniendo los pies donde un asesino los había puesto, viendo en buena parte los que él había visto.

—Algo es algo —Santana se acuclilló para poder observar mejor aquella marca—. El pie parece más pequeño de lo que hubiera

imaginado a priori.

—No debe ser más grande que un 38 —confirmó la forense.

A Santana ese hallazgo le llamó poderosamente la atención. Por la brutalidad de los asesinatos, la ferocidad con la que las golpeó y la posibilidad de que haya trasladado el cuerpo de las víctimas hasta el lugar donde se encontraron, se había formado en su cabeza la imagen de alguien mucho más grande y robusto que el poseedor de aquella huella de zapato.

—Ya nos contarás qué zapatos de tacón llevaba Cenicienta el día que decidió comprobar a golpes la dureza de la piel humana.

—O ceniciento, que esto nunca se sabe.

—¿Alguna diferencia con respecto a la muerte de Emma Luque que te haya llamado la atención sobre el terreno?

—Son muchas más las similitudes que las diferencias, desde luego. Víctima mujer, con múltiples traumatismos repartidos por todo el cuerpo, principalmente craneales. El resto parece ir en consonancia, los traumatismos producidos por el arma homicida, la firma con la palabra "JAQUE", la marca del pecho con ese dichoso signo celta de la maternidad. En cuanto a las diferencias, más allá del entorno escogido en esta ocasión, que la pieza de ajedrez escogida es distinta y la postura en que se ha encontrado el cuerpo, no parece que haya nada más antes de que la tenga sobre mi super confortable cama "King Size" de la mesa de autopsia.

Fue lo último que averiguaron, antes de que llegara la juez y con ella su mando directo, el comisario Gunea y toda la parafernalia habitual. La juez, pelirroja y en la cuarentena, tenía un aire triste y distante. Se limitó a confirmar la criminalidad del caso sin mucho interés. Solo mostró un leve atisbo de afectación cuando el policía científico empezó a fotografiar el rostro de la víctima

Una vez que el forense que habían traído completó sus observaciones, comenzaron a introducir el cuerpo en un sudario para

proceder al levantamiento del cadáver. El comisario Gunea llamó entonces a Santana a su presencia.

—Señoría —se dirigió a la juez—, quería presentarle al inspector jefe de nuestra brigada de homicidios. Julián Santana.

—¿Santana? ¿Tiene algo que ver con ese famoso guitarrista mexicano?

—Supongo que se refiere a Carlos Santana. No, que yo sepa. Mi madre jura que no ha estado en México y que mi padre es ese artesano manchego y rechoncho que me cantaba seguidillas para dormir cuando era pequeño.

La juez miró a Santana con prevención, mientras el comisario Gunea abría desproporcionadamente los ojos. Tras unos instantes, debió determinar que su origen le importaba lo mismo que importaría el guion a un actor de cine para adultos. Nada.

—Y bien, Santana. ¿Algún indicio que me haga pensar que dejará a corto plazo de hacer que me traslade hasta lugares así y me llevará al juzgado al responsable de estos crímenes? —preguntó sin hacer ningún esfuerzo por dejar patente su indiferencia hacia ellos.

—Por el momento, poca cosa diferente que podamos sacar en claro con respecto a la primera víctima. Pero avanzamos en buena dirección.

—Está bien —dijo la juez, y en ese mismo instante dejó de verle. Se volvió al comisario Gunea y añadió con escaso énfasis—. Téngame informado.

Unos minutos después y tal y como el cielo amenazaba con hacer durante toda la tarde, la lluvia hizo su presencia de manera torrencial, empapando en segundos a los presentes y borrando cualquier rastro de lo que allí había ocurrido poco antes. El mar se embraveció de pronto, haciendo que el agua golpeara con furia contra las rocas del acantilado.

—Es como si alguien allí arriba estuviera jugando con nosotros diciendo: ¡Lo que no hayáis encontrado, tiempo os he dejado! —exclamó Guerrero sobreactuando con voz grave en su imitación.

—Pues vámonos de aquí, Lau. Bastante tenemos con mortales de carne y hueso como el "Asesino del ajedrez" como para llevarles la contraria a los que están arriba.

—¡Oh! ¿Ahora tú también lo llamas así?

Santana se encogió de hombros.

—Es un nombre tan malo como obvio —dijo mientras echaba a andar por el camino de tierra en dirección al Ford Kuga—. Me gusta.

◆ ◆ ◆

El primer jefe de Santana en una unidad policial, un picoleto viejo, con miles de suelas desgastadas de andar la calle, le regaló unos cuantos consejos, tan sabios como breves. Uno de ellos: nunca metas forraje en los informes; lo que no suma, resta y distrae. Ateniéndose a esa regla, Santana aprendió a valorar la información que era valiosa sobre un caso de la que no lo era, a separar el grano de la paja y a dar la prioridad adecuada a las cosas que debía hacer para optimizar el tiempo de la mejor manera posible, algo básico en una investigación por homicidio. Otro de esos consejos que Santana había grabado a fuego en las aptitudes de su ficha policial fue: mantén una mente abierta y clara en todo momento, valorando todas las opciones como posibles, una actitud disciplinada y, por encima de todo eso, trabaja el autocontrol. Para ello, sólo necesitas un lugar donde pensar en todo lo que conoces, y una botella de orujo.

Santana era prácticamente abstemio, y para llevar a cabo ese consejo, lo que le solía funcionar era calzarse unas zapatillas de deporte y correr por el paseo marítimo de Almería. Al reducir la ansiedad y el estrés que le brindaba una buena dosis de dopamina en su cerebro, solía siempre encontrar algún "clic" que cambiara una investigación que empezaba a enquistarse.

Pero aquella noche, había decidido hacer honor al hombre que le había enseñado todo lo que sabe acerca de ser un madero cazachiflados como él. Tras un agotador día en el "Cerro de los lobos" , junto al conocido como "Faro de la Polacra": —con el hallazgo de una nueva víctima sin identificar, la redacción de los informes oficiales, el registro de pruebas, la infructuosa búsqueda de algún testigo que arrojara algo de luz sobre la historia, y la reunión final con el equipo para informar de la situación y los siguientes pasos a seguir—, Santana decidió hacer caso omiso al cansancio que le entumecía las piernas y visitar uno de los pub de copas del centro de Almería bien entrada la noche. Todos declinaron la irrechazable oferta de Santana de salir a escuchar música a unos decibelios tan altos que harían que sus oídos siguieran retumbando con un latido molesto incluso una vez tumbados en su cama. Tampoco pareció tentarles el increíble plan de ver a jóvenes adolescentes tratando de buscar el reclamo del sexo opuesto como si de un ritual de apareamiento se tratase, bailando con movimientos incomprensiblemente confusos mientras beben alcohol como si acabasen de abolir la "ley seca" en el país. A pesar de lo atractivo que parecía el plan de Santana, todos optaron por acabar el día descansando en el silencioso aislamiento de sus hogares. Todos, excepto Aitor Jáuregui, que les había contado que iba a tener una cita con Rebecca: la joven que parecía haber logrado hechizar con su belleza al yogurín del equipo hasta el punto de no reparar si su comportamiento estaba afectando de alguna manera a Eva Bayona.

Santana no estaba habituado a frecuentar el mundo de la noche, por lo que todos aquellos locales les parecían iguales:

porteros de discoteca regulando la entrada de los distintos pubs, luces llamativas que iluminaban el ancho de cada fachada, relaciones públicas que buscaban que te convirtieras en su cliente ofreciéndote descuentos en copas, y adolescentes de hormonas en plena ebullición caminando de un lugar a otro. Así que la decisión de elegir uno fue sencilla, cualquiera le valía para el objetivo que tenía aquella noche. Tras un "pito pito gorgorito" de manual, seleccionó uno con cartel de luces de LED moradas en el que se podía leer "Kumarah Premium drink & go". Al entrar, lo primero que le llamó la atención fue que el ambiente de aquel local era mucho más relajado del que habría esperado: se escuchaba una animada y agradable música de bachata con un volumen no muy alto que permitía escuchar a los que intentaban mantener una conversación, mientras otras personas se decantaban por bailar agarrados al ritmo de la música en el centro de la pista. Lo siguiente que captó la atención de Santana fue que al mirar alrededor pudo observar que las personas que eligieron aquel local esa noche no debían estar por debajo de los cuarenta años, cosa que agradecía sobremanera.

Santana tomó asiento en uno de los taburetes libres en la barra. El camarero, un joven cubano de pelo con trenzas a lo afro recogidas en línea recta muy cerca del cuero cabelludo, debió de notar la fatiga en su lenguaje corporal. Sin perder el tiempo, se acercó, colocó un posavasos frente a él y le preguntó directamente.

—¿Amaneció con el moño virao?

Santana pensó en aquella pregunta. Cuando esta mañana se levantó para comenzar la jornada laboral, tenía un caso de asesinato brutal demasiado enredado para comprender todas sus aristas en tan corto espacio de tiempo, y un homicida monstruoso, que intuía no se lo iba a poner nada fácil. Pero al terminar el día, esa bola se había hecho más grande: ahora eran dos muertes con las que iba a

tener que batallar. El asunto se le estaba complicando por momentos, y odiaba la idea de que alguien andase por ahí sembrando el caos entre la población, mientras a ellos los ponían en el punto de mira por no lograr detenerlo.

Aunque, por el lado positivo —si es que había algún lado positivo de la muerte de dos personas— estaba la certeza comprobada de que un asesino en serie tenía más posibilidades de cometer un error que dé con sus huesos finalmente en la cárcel a medida que va cometiendo crímenes. Santana solo esperaba que ese tropiezo llegase pronto, o que la pericia de ellos como investigadores lo frenase antes de que hiciera más daño. Por desgracia, estaban lejos de lo primero… y aún más lejos de lo segundo. Y fue ese desasosiego el que lo llevó hasta aquel garito, frente a un camarero cubano que parecía capaz de leer en sus ojos todo lo que llevaba dentro.

—No del todo —respondió Santana—. El día amaneció con el moño todo lo bien que se podía tener. Lo que ha hecho que se vire es el transcurrir del día.

—Terminó como la fiesta del Guatao, ¿no?

—No sé cómo acabó ese Guatao, pero si fue de forma desastrosa, eso podría describir bien mi día, sí.

El cubano hizo una mueca que parecía indicar lo que le compadecía.

—No cojas lucha, hombre. Verás como todo se soluciona. ¿Qué te puedo servir?

—Un orujo, gracias.

—Con amor y aguardiente, nada se siente. ¡Con gusto! —dijo girándose para buscar la botella.

Santana apuró de un solo trago el chupito de orujo, que descendió como fuego líquido encendiendo su estómago al instante, y haciéndole componer un gesto avinagrado en el rostro. El camarero le rellenó el vaso sin decir una palabra más antes de marcharse a atender a otros clientes.

Había muchas preguntas desconcertantes en aquella investigación, pero la que más le preocupaba era la que creía la clave de todo, es decir, cuál era el móvil exacto que tenía el asesino

para matar a sus víctimas. El doble asesinato lo cambiaba todo a su parecer, los asesinos en serie, en sus perturbadas cabezas, siempre tenían una razón poderosa para realizar aquello que hacían. No era lo mismo investigar un asesinato digamos tipo, en el que había móviles mucho más mundanos como podían ser: el amor, los celos, disputas con alguien que te hacía la vida imposible, o el poderoso dinero… que investigar varios casos de un asesino en serie, que siempre tenía una visión distinta para ir parando corazones a su antojo, y en el que podían entrar a jugar factores como: creencias religiosas, una infancia difícil, y un trauma de su vida reciente o pasada. En cualquier caso, siempre se trataba de un plan mucho más elaborado e inteligente, fruto del tiempo y la experiencia que la diferencia de los arrebatos impulsivos de un asesino común, que solía dejar tras de sí un fácil caminito de migas que conducía directamente hasta él.

La pregunta aquí era: ¿Qué era lo que movía a este asesino en serie a poner en marcha su obra?

La marca criogenizada del símbolo celta de la maternidad, unida a la incógnita del paradero del hijo de Emma Luque, empujaban a Santana a seguir esa línea de investigación. Todo apuntaba a que allí podía estar la clave. Pero para avanzar con paso firme, necesitaba algo más: conocer cuanto antes la identidad de la segunda víctima y confirmar si su caso encajaba en esa misma siniestra lógica.

Por otro lado, le fastidiaba enormemente no disponer aún de un rastro material que no admitiera dudas. Eso hacía más necesario su saber, su veteranía, su perspicacia y su profundo conocimiento de la naturaleza humana criminal, que solo los años de oficio pueden otorgar. Estas eran las únicas armas que podía hacer valer en este juego sin unas reglas claras.

Su único sospechoso hasta ahora, Mamadou, no se ajustaba al perfil que pensaban que tenía la persona que buscaban. Y aquella huella de zapato de número pequeño no hacía sino reforzar su intuición. Así que les tocaba seguir escarbando en esa dirección.

Santana bebió otro chupito de orujo, esta vez sin pestañear.

Por otro lado, ¿qué papel jugaban exactamente las piezas de ajedrez en todo aquello?

Resultaba evidente que el asesino asignaba una pieza a cada víctima, como si, en su retorcida lógica, todo esto no fuera más que una partida… una en la que, de momento, las negras iban ganando a las blancas.

Al otro lado del tablero, alguien movía los hilos con una precisión magistral. Alguien que conocía las reglas —al menos las de este juego macabro al que estaban condenados a participar.

¿Estaban las piezas relacionadas entre sí o cada una respondía a un motivo independiente?

¿Y qué quería decirles, exactamente, al grabar con sangre esa palabra en cada escena?

Santana hizo un gesto al camarero para que volviera a llenar su chupito. Aquel orujo, demasiado fuerte para un cuerpo poco habituado a la bebida, empezaba a dejar su huella. Notaba ya el calor extendiéndose por su pecho, la ligera pesadez en los párpados, y ese zumbido sordo en los pensamientos que sólo trae el alcohol de alta graduación.

Por otra parte, le llamaba poderosamente la atención la extrema crueldad con la que se cometían los asesinatos. Una persona que golpea a martillazos hasta la muerte a otra, suele carecer de premeditación, caracterizándose por la impulsividad, la ausencia de control y la fuerte excitación emocional. Sin embargo, esta intensidad no se correspondía con la profesionalidad con la que se había llevado a cabo, como si todos esos estresores psicosociales que afectan al homicida estuvieran perfectamente canalizados y se hubiera planificado con minuciosidad.

Santana estaba a punto de llevarse de nuevo el chupito de orujo a los labios cuando, a través de la neblina que comenzaba a enturbiarle la vista —producto del alcohol y del cansancio acumulado —, distinguió una figura femenina que se movía junto a otro hombre al ritmo de una canción pegadiza de Marc Anthony. Trató de enfocar la mirada, entrecerrando los ojos, estudiándola en detalle. Aquella

mujer era Rosario Ramos, la viuda de Roberto Garza, que desprendía la misma elegancia y sensualidad que siempre que había tenido ocasión de verla. Incluso aquel día en el gimnasio, enfundada en ropa deportiva, mantenía intacto ese porte natural y distinguido que parecía acompañarla en cualquier circunstancia. Siempre había despertado en él un fuerte interés, pero su trabajo, el miedo a volver a sentir algo por una mujer y su firme norma de no implicarse con personas relacionadas en una investigación, le habían frenado siempre a dar el paso que, en el fondo, deseaba.

Llevaba puesto un vestido blanco de manga larga con una abertura alta a la altura de la espalda que la dejaba al descubierto, su cabello era de un castaño lustroso, su piel clara tenía un atisbo de moreno mediterráneo, su boca, preciosa. Era una mujer hermosa, y valiente que se había mezclado siempre con personas turbulentas en las que violadores y asesinos parecían copar su ranking de amores mal seleccionados.

Tras un paso básico de "media vuelta" de salsa, su mirada se cruzó con la de Santana. Rosario Ramos lo reconoció al instante, sonriéndole en la lejanía de esa forma tan seductora como la que Santana recordaba.

Una vez acabó la canción, Rosario se disculpó con el hombre que bailaba y comenzó a caminar de forma decidida hacia Santana, que se acomodó nervioso en el taburete.

—No te hubiera imaginado yo en un lugar como este, inspector —le dijo cuando estuvo a su altura.

—Ni yo en un gimnasio donde dieran clases de artes marciales. La vida tiene estas ironías.

Rosario lo examinó con curiosidad como si lo estuviera viendo por primera vez.

—¿Puedo sentarme?

—¡Claro! —exclamó señalando uno de los taburetes libres a su lado—. Beber solo no es que sea muy divertido. Mentiría si te

dijera que no me viene bien tu compañía y dejar de pensar en todo lo que tengo.

Rosario se sentó en el taburete cruzando sus piernas de forma que solo Marilyn Monroe podría competir con ella. Santana perdió un par de segundos en contemplarla, alzando lentamente la vista hacia su rostro.

—¿Qué bebes? —preguntó Rosario observando el resto de líquido blanquecino que le quedaba en el vaso—. Bah, no importa… invítame a uno.

—¿Estás segura?

—Claro.

Santana levantó dos dedos en dirección al camarero, que asintió sonriente.

—¿Un caso que se ha complicado?

—Este estaba ya complicado desde el principio. A la altura del que tuvimos hace tiempo con Roberto y…—Santana paró bruscamente, había estado torpe hablando de un tema que no debería haber tocado—. Lo siento —se retractó.

—No te preocupes —lo calmó—. Tanto Roberto como Miguel son agua pasada. He aprendido a convivir con mi pasado. Diría que he podido pasar página, dedicarme a mis hijos y a mi, y comenzar de nuevo a ser feliz.

—No esperaba menos, siempre te he visto como una mujer fuerte —dijo con admiración—. No quiero hablar sin conocimiento de causa sobre algo que afecta a lo que pudiste sufrir y cuya intimidad merece respeto, pero… quería que supieras que lamento lo que ocurrió.

—No tengo buen ojo con los hombres, ¿eh? —dijo Rosario con una carcajada.

—Si yo tuviera esa capacidad de selección, me ahorraría mucho tiempo en mi trabajo —rio con ella Santana.

—No he visto a nadie tan diligente como tú en tu trabajo. Lo que sea que te quita el sueño y que te tiene a estas horas bebiendo

algo que serviría para desinfectar una herida, estoy segura que lo terminarás aclarando.

—No sé si me estaría engañando a mí mismo creyéndote.

—Mira Julián, la diferencia entre el autoengaño y la fe es poca. Pero es mejor estar en ese bando. El destino no está escrito, pero tú tienes algo… no sé, una forma de estar en esto que da esperanza.

A Santana le vino a la mente una mítica escena de la película Lawrence de Arabia. En ella, los árabes junto con el inglés terminan de atravesar el desierto, en ese momento se dan cuenta que un árabe se ha quedado atrás. Cuando Lawrence pregunta qué van a hacer, el jefe de los árabes le responde que nada porque morirá. Es su destino. Está escrito. Lawrence hace girar su camello y se mete de nuevo en el desierto, mientras los árabes se van a un oasis a descansar y dar de beber a sus camellos pensando que va a fracasar. Las horas iban pasando y el sol caía inclemente en el desierto. Pero Lawrence termina volviendo con el árabe medio muerto en la grupa de su camello diciendo "nada está escrito", ante los gritos de júbilo de los árabes.

—Supongo que tienes razón.

—Además… si todo estuviera escrito, ¿cómo podríamos juzgar a alguien por sus actos? No tendría sentido.

—¿Y no es entonces el destino lo que nos llevó a coincidir el otro día en el gimnasio y hoy aquí en este bar de copas? —preguntó Santana ruborizándose levemente.

—¡Claro que no! —exclamó Rosario—. Se debe únicamente al camino que recorremos cuando tomamos decisiones. Yo veo la vida como un gran cuadro que vamos a pintar: elegimos el tamaño del lienzo, el dibujo que queremos plasmar, las pinturas que vamos a utilizar y los colores que vamos a mezclar. Cada trazo importa, cada elección cambia el resultado final.

—Me basta con que el cuadro no acabe lleno de tachones.

Rosario cogió el vaso de orujo y lo alzó a la altura de sus ojos.

—Es otra forma de verlo —dijo soltando una carcajada—. ¡Brindemos por eso!

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, Santana se levantó más decidido. El encuentro con Rosario Ramos le había venido bien tanto a su mermada necesidad afectiva con el género femenino, que casi estaba limitado al contacto con las mujeres de su equipo, como a ver el caso de forma más resuelta y optimista. Se levantó muy temprano, teniendo claro por donde debía comenzar. No había podido dejar de pensar en el hijo de Emma Luque desde que supieron de su existencia, y aquella noche no había sido distinta.

Se preparó un café solo que bebió apresuradamente y bajó corriendo las escaleras de su piso en El Zapillo para salir a la calle, donde el Ford Kuga con la siempre solícita sargento Guerrero esperaba ya al volante. Se la veía dispuesta y fresca, como todas las mañanas. Aquel día, además, traía el pelo un poco húmedo. Santana era de los que pensaba que una ducha de buena mañana siempre concebía un aspecto mucho más despejado.

—¡Vamos, Bella Durmiente! ¿No te han enseñado que no debes hacer esperar a una dama?

Apenas comenzaba a amanecer y había poco movimiento en la calle, donde únicamente se veían los primeros coches comenzando a circular en dirección a sus trabajos y algún barrendero que se empleaba a fondo para que Almería comenzara el día lo más limpia posible.

Mientras el café comenzaba a recorrer su cuerpo lubricando sus aún adormilados circuitos neuronales. Santana empezó a trazar la estrategia que iban a seguir aquella mañana. Había dudado si llamar a Carol para avisarla de su visita. Pero, al final, había preferido correr el riesgo de no encontrarla, para preservar el factor sorpresa. La primera vez, fue Jáuregui y Blanco quienes llevaron el peso de aquella entrevista y conocieron de primera mano a la mejor amiga de Emma Luque. Esta vez quería ser él quien estuviera allí cuando Emma abriera la puerta de su casa, y observar su reacción al ver a la pareja de policías esperando al otro lado. Y eso sólo iba a

ser el principio de una sucesión de sensaciones que, si Santana no se equivocaba mucho, habían de ponerla en algún aprieto después de su inapropiado diálogo con los periodistas, y más después de saber que la primera vez les había omitido información a sus compañeros que podía ser fundamental.

Una vez que llegaron al lugar, colocaron el piloto lanza-destellos sobre el techo del vehículo y se dirigieron a la puerta principal. Guerrero llamó con decisión, preparada para lo que fuera que les aguardase al otro lado.

Carol estaba en casa, y en la cara con la que abrió la puerta se podía leer que no esperaba la visita. Incluso se le cayeron las llaves al suelo, solventado con un esfuerzo al agacharse a recogerlas, que Santana y Guerrero presenciaron sin pestañear.

—Ustedes no son los mismos que vinieron a verme la primera vez —dijo con cautela.

—Buenos días, Carolina Ruiz, ¿verdad?

Carol asintió lentamente.

—Soy el inspector Julián Santana, y ella es la sargento Guerrero, sentimos molestarla a estas horas, pero el tiempo empieza a escasear y las tareas se nos acumulan. Espero que nos disculpe, ¿podríamos pasar?

—Sí, naturalmente.

Carol los condujo hasta el salón con vistas a la montaña en el que Jáuregui y Blanco habían estado anteriormente. Tenía tan poca luz y seguía estando tan sucio que daba un aspecto a la casa de lo más sombrío. Mientras se sentaban, Santana observó una bata oscura a cuadros blancos cuidadosamente colocada sobre una silla. Carol debió percibir hacia dónde se dirigía la mirada de Santana, porque no tardó en explicarlo.

—Es mi uniforme de trabajo, iba a vestirme ya para salir.

—¿Dónde trabaja?

—Trabajo en un colegio. Soy maestra de educación infantil.

A Santana le costaba imaginar a aquella mujer con un alto grado de obesidad, piernas inflamadas, caminar lento y emocionalmente inestable, bregando con una clase de 25 niños hiperactivos en edad infantil, pero optó por permanecer callado.

—¿Dónde han quedado los uniformes rosas con dibujitos de animales? —preguntó Guerrero para relajar la tensión.

—Este es un colegio muy tradicional, nada de colores chillones ni estampados de "Dora la exploradora" en los bolsillos —explicó Carol con naturalidad—. ¿Qué les trae hoy por aquí?

Carol había conseguido rehacerse. Preguntaba por el motivo de nuestra visita como quien pregunta por el pronóstico del tiempo. Era hora de poner a prueba esa confianza tan repentina.

—Hemos averiguado que Emma se marchó de casa estando embarazada. Lo que nos preguntamos es si usted sabía ese detalle… y, en caso afirmativo, por qué no lo mencionó la primera vez que hablamos.

Aquello hizo perder visiblemente la compostura de Carol, que se quedó boquiabierta, como un pez fuera del agua.

—No creí que pudiera ser relevante con la investigación. De su embarazo han pasado ya tantos años que…

—Toda información es relevante en un caso así —añadió con firmeza—. ¿Qué fue de ese niño?

—Lo perdió… cuando ya le quedaba poco para dar a luz —respondió Carol bajando la voz—. Estuvo ingresada un par de días en el hospital de Huércal-Overa por ese motivo.

—¿La visitó mientras estuvo hospitalizada?

—No... —dudó un instante antes de continuar—. Emma no hablaba mucho de ese tema. Solo permitió que Mamadou estuviera con ella durante esos días. Yo la vi unos días después de que le dieran el alta.

—¿Y cómo la encontraste después de aquello? —insistió Santana, midiendo sus palabras—. Me refiero a su estado de ánimo… ¿notó algo extraño en ella? ¿Algo distinto?

Carol adoptó un aire pensativo.

—Todo lo abatida y triste que se puede estar cuando alguien pierde a un hijo. Recuerdo que lloró durante días, no podía dormir, no quería comer, nada… pero intentaba disimularlo. Decía que

estaba bien, que solo necesitaba tiempo. Nunca supe si lo decía por convencerse a sí misma o por evitar que yo insistiera.

De pronto, comenzó a sollozar con los puños cerrados sobre sus mejillas y los codos apoyados sobre sus muslos. Su cara enrojeció por momentos a medida que se mordía el labio inferior, tensa. De nuevo aquel vaivén incontrolable en sus emociones del que Jáuregui les había hablado.

—¡Pensad lo que puede ser perder a un hijo que esperas con tanta ansia e ilusión a tan sólo unos pocos días de tenerlo contigo! —exclamó alzando la voz—. Pobre Emma… —murmuró mientras se mordía el labio—. Nadie debería pasar por algo así.

Santana cruzó una mirada con su compañera.

—Nos hacemos una idea.

—¡Lo siento! —Carol carraspeó y se irguió de nuevo recobrando la compostura—. Al trabajar con niños, supongo que me hace especialmente vulnerable a estos temas.

—No se preocupe, nos hacemos cargo. Hay una cosa que necesitamos saber acerca de aquel traumático suceso.

—Díganme —asintió rápidamente y de forma repetida.

—¿Se celebró un funeral por su fallecimiento?

—¡Por supuesto! ¡Yo misma estuve en él! ¡No me separé en ningún momento del lado de Emma! ¡Jamás dejaría que pasara por ese trago ella sola!

—Emma tenía mucha suerte de tener una amiga como tú —intervino Guerrero una vez más tratando de ganarse su confianza—. ¿Dónde fue el sepelio?

—Aquí mismo, en el cementerio de Mojácar.

—Este es un pueblo pequeño, no debe ser un cementerio demasiado extenso, aun así… si nos pudieras indicar cómo encontrarlo…

—Segundo pasillo a la izquierda desde la entrada. Iban a llamar al pequeño Omar, así que lo encontraréis con su inscripción grabada en la lápida: O. Salas Luque, acompañado de una paloma de la paz.

Santana y Guerrero se pusieron de pie casi a la misma vez.

—¿A qué viene ese interés repentino por lo que ocurrió hace tantos años? No imagino qué relación puede tener con lo que le han hecho a Emma.

—No se preocupe, Carol. Sólo tratamos de reunir toda la información posible. Es la única forma de conformarnos una idea más o menos clara. Nos ha sido de mucha ayuda una vez más, se lo agradecemos enormemente —le dijo mientras caminaban hacia la puerta y Carol la abría para que pudieran marcharse. Ya iban a cruzar el umbral cuando Santana se giró de nuevo hacia Carol.

—¡Casi lo olvido! —exclamó golpeándose con la mano la frente fingiendo el despiste—. Nos gustaría pedirle, por favor, que no vuelva a hablar con la prensa sobre este asunto. Estoy seguro que una gran amiga como tú no querría entorpecer involuntariamente el curso de la investigación de su muerte.

Carol enmudeció de repente, y por primera vez desde que la habían conocido, en sus profundos ojos oscuros vieron algo semejante al desprecio y la rabia, aunque no dejó que saliera al exterior con su respuesta.

—No volverá a ocurrir.

—Se lo agradecemos, es por el bien de todos —dijo Santana juntando sus manos a la altura de sus ojos en lo que quería que sonara como un ruego—. Tenemos que cumplir con nuestra obligación, que no es otra que honrar la memoria de Emma para que pueda descansar en paz esclareciendo lo que ocurrió.

◆ ◆ ◆

—¡Menuda zumbada! —exclamó Guerrero, tan pronto como estuvieron los dos sentados en el interior del Ford Kuga, con las puertas cerradas y el motor en marcha.

—No estoy seguro de eso, Lau. A mí me parece una maniobra de distracción para tratar de ablandarnos.

—Pues yo no dejaría a mis hijos con ella en un colegio ni aunque la otra opción fuera que su maestra sea "Cruella de Vil".

Santana sonrió con una malicia infrecuente en él.

—Pues ahora que lo dices, le da un aire.

—A mí me ha recordado más bien a la mujer de esa serie de Netflix que vimos hace poco, la de aquella mujer con una obsesión enfermiza que acosaba a un cómico, ¿cómo se llamaba?

—Mi reno de peluche.

—¡Esa! —exclamó Guerrero haciendo chasquear sus dedos.

—Está bien. Tratemos de ser constructivos. ¿Qué te ha parecido?

—Me parece que estamos en un camino que lleva a alguna parte, no me cabe duda. Espero que ese camino no esté lleno de bifurcaciones ambiguas cuando continuemos escarbando.

—Pues lo vamos a comprobar muy pronto —dijo cogiendo su teléfono para hacer una llamada.

—¿A quién llamas? —preguntó Guerrero extrañada.

—A la única persona que puede hacer que salgamos de dudas.

La jueza que llevaba el caso y a la que Santana conoció el día anterior cogió la llamada al segundo tono, con ese temperamento de Rottweiler enfadado que Santana había podido comprobar por él mismo. No esperaba mucho de aquella llamada, pero tenía que intentarlo.

—¿Quién es? —preguntó de forma seca.

—Buenos días, señoría. Soy el inspector Santana, de homicidios. Disculpe que la llame a estas horas.

—Ya puede ser importante para que no haya esperado ni a que esté en el juzgado. ¿Han encontrado ya al asesino? —preguntó en un tono neutro, como si quisiera mostrar indiferencia.

—No —confesó Santana—. Y me temo que nos costará bastante hacerlo… salvo que usted pueda ayudarnos.

—¿Tiene siempre esa fea costumbre de pedir favores sin haber dado aún algo consistente? Tal vez su reputación como inspector de homicidios esté algo sobrevalorada.

Santana se sacó la daga de las costillas y decidió jugársela a una carta pasando al ataque:

—Por suerte para las víctimas de los casos que he llevado y sus familiares, siempre hemos remado todos en la misma dirección, magistrados incluidos, eso ha facilitado bastante mis habilidades o no como policía.

Un momento de silencio.

—¿Qué necesita?

—Necesitamos exhumar los restos del hijo no nacido de la primera víctima, Emma Luque. Tenemos motivos para pensar que…

Otro pinchazo en hueso.

—¿Se ha vuelto completamente loco? ¿Quiere desenterrar los restos de un feto? ¿Se ha parado a pensar por un momento lo que eso supondría?

—Entiendo sus reticencias, señoría. Pero es muy posible que ese niño no esté muerto, o al menos no muriera el día que se supone que ocurrió.

—¿Es posible dice…? —preguntó alzando la voz—. ¿Quiere que abra un melón que puede suponer un terremoto por un…" Es posible"? ¡Definitivamente se ha vuelto loco! Tendría que darme algo mucho más sólido para que hiciera algo así.

Santana explicó detalladamente lo que habían averiguado acerca del ingreso en el hospital de Emma, de los registros tanto de nacimiento, como de defunciones, la conversación que habían tenido con Carol, la relación que podía haber entre el signo celta de la maternidad encontrado en las víctimas y esos niños. Estaban cada vez más convencidos de que ese podía ser el verdadero motivo por el que el asesino decidía acabar con ellas. En ese instante, la única esperanza para desenmarañar lo ocurrido y descubrir la verdad pasaba por entender qué fue exactamente lo que sucedió con ese hijo.

—¿Tiene hijos, señoría? Estoy seguro de que podrá entender lo que está en juego. Necesitamos su ayuda para evitar que ese

asesino siga causando daño.

Aquella frase fue como la vacuna que calmó el carácter de aquel Rottweiler.

—Tiene que estar muy desesperado para pedirme algo así —dijo con un tono neutro, como si de pronto se sintiera agotada—. Está bien —aceptó finalmente—. Prepararé esa orden de exhumación.

—Se lo agradezco, señoría. No se arrepentirá.

—Eso espero, o el menor de sus problemas será ese asesino que anda suelto. Se lo aseguro.

Nunca una amenaza le había sentado a Santana tan bien, que curvó sus labios en una sonrisa.

—Descuide, me hago cargo —dijo Santana al cortar la llamada.

—¿No me digas que no es buena gente nuestra señoría? —comentó, satisfecho, girándose hacia Guerrero.

—Espero que pienses lo mismo el día que tenga tus huevos en una bandeja de plata.

—Esto es la mili, Lau. Aprendí de nuestro viejo amigo Monroy que a veces hay que tener el cañón de un arma apuntándote al pecho para sacar lo mejor de uno mismo. Además, si estamos en lo cierto, daremos un paso importante en la investigación.

—No creo que seguir los consejos de Monroy sea lo mejor para tu carrera policial. Ya viste cómo acabó.

—Confía, amiga mía —dijo Santana optimista—. Te necesito conmigo en esto.

—Eso siempre. Por cierto, no sé si su señoría será madre, pero lo que le dijiste… parece que le tocó la fibra sensible.

—¿Y a quién no lo haría? Los que lo somos, como tú y como yo sabemos lo especialmente susceptible que te vuelve cualquier caso que tenga que ver con niños, como puede ser el que tenemos entre manos. Por eso jugué esa baza.

—Pues con esa jugada te has marcado un póker —apostilló Guerrero guiñándole un ojo—. Por cierto, ¿cómo está el tema con tu hijo Fernando?

Santana miró por la ventanilla del conductor como si buscara en el horizonte la respuesta a aquella pregunta.

—Bueno, ya sabes que mi misión como padre está especialmente chunga. Me limito a tratar de meter la pata lo menos posible, eso es todo. Pero, el otro día me llamó, creo que quiere venir a verme, estaba ansioso por contarme algo, de modo que estoy algo nervioso por conocer los detalles.

—Seguro que es algo bueno —trató Guerrero de tranquilizarlo—. Y te permitirá pasar algo de tiempo con él.

—Siempre he tratado de poner la excusa de nuestro trabajo para todo, pero después de pensarlo mucho, realmente he llegado a la conclusión de que simplemente no he sabido ejercer mi labor de padre.

—Tampoco hay que hacer un drama de eso, Julián. Es la labor más difícil del mundo después de todo. Los padres ya empezamos mal al traerlos a un mundo lleno de hijos de perra como "Caronte" o el "Asesino del Ajedrez". Tratamos de imponerles una forma de vivir, la que sea, y ninguna parece funcionar: la educación tradicional, la del padre déspota, causa unos estropicios del copón; y la moderna, la del padre enrollado, causa otros, que pueden ser igual de graves.

—Supuestamente hay un justo medio virtuoso, que consiste en joder a tu hijo lo mínimo y proporcionarle las máximas posibilidades de salir al mundo a pelear solo —rebatió Santana.

—Pero ese equilibrio no está tan claro como uno querría. El caso es que todos los padres creen que hacen lo mejor, y todos acaban culpándose de los contratiempos que tengan sus hijos. No se puede evitar. Siempre que uno tenga entrañas, claro.

—¿Y tú cómo lo llevas con Sergio? —preguntó Santana de forma repentina—. A diferencia de la mayoría de nosotros, tu labor como madre es encomiable.

Sergio, el hijo de Laura Guerrero, nació con una encefalitis viral herpética que le causó una parálisis cerebral irreversible. Vivía con un 75 % de discapacidad física y la pérdida total del habla. Solo el empeño incansable de su madre por brindarle una vida digna —a base de entrega, lucha diaria y constancia en los mejores

tratamientos médicos y de fisioterapia— había permitido que lograra pequeños avances que mejoraban, poco a poco, su delicada autonomía. Un amor a prueba de todo era su motor.

A Guerrero la pregunta, contra todo pronóstico para Santana, le hizo sonreír.

—No te he contado los últimos progresos. ¿Recuerdas que el año pasado dio sus primeros pasos sin ayuda?

—Cómo olvidarlo. Incluso salió corriendo unos metros hasta que el esfuerzo le obligó a abrazarse a un árbol para no caerse —sonrió Santana, evocando la escena.

—Así es —asintió Guerrero, con una calidez que no siempre dejaba ver—. Pues desde entonces, no ha hecho más que mejorar. Las muletas quedaron atrás hace meses. Ahora camina solo… e incluso cada mañana sale a trotar un rato con la supervisión de Denise.

—¿En serio? ¡Qué gran noticia! —exclamó, dedicándole una mirada cómplice—. ¿Ves? No todos los padres fracasamos en nuestra labor. Tú eres un ejemplo claro de que se puede hacer bien.

Santana agradecía poder hablar con Guerrero como siempre: con esa naturalidad y confianza que se establece entre quienes se conocen, se aprecian y pueden conversar dando muchas cosas por sobreentendidas. Le gustaba hablar con su compañera, y someter a su crítica los devaneos de su cerebro, porque no solo era inteligente; era sensata y noble de corazón.

◆ ◆ ◆

Aquella noche, después de dar cuenta de una cena sencilla compuesta por tortilla francesa y verduras a la plancha, Santana se fue temprano a la cama. No siempre podía permitirse dormir lo que debía, y sabía que para trabajar con la cabeza —su herramienta más valiosa— no había mejor higiene que regalarse, de vez en cuando, un sueño reparador de al menos ocho horas. O lo que su mente le

permitiera, porque en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, se agolparon los pensamientos del día: repasó cada dato conocido, cada paso dado, cada conversación sostenida, hasta que el cansancio le ganó la partida y cayó rendido en ese agujero negro que, últimamente, eran sus sueños. Allí estuvo, en un duermevela poco reconfortante, hasta que lo sacó del trance la alarma de su teléfono móvil.

Llegó el primero al edificio de la brigada de homicidios, aseado y afeitado como mandan los cánones. El primero, claro está, si no contamos a la doctora Valeria Nieto, a la que rara vez ganarías esa partida.

—Tendría que haber hecho caso a mi padre, que me recomendó que me hiciera anestesista, siempre me decía: "Valeria, no hay trabajo en el mundo en el que vayas a tener más calidad de vida. Mandas a dormir la mona al paciente y a leer un libro en el Kindle hasta que los cirujanos terminen".

—Buenos días, Valeria. Al menos su hija ha conseguido ser doctora, y de las mejores forenses que existen. Es para sentirse orgulloso.

Valeria negó con la cabeza con una sonrisa nostálgica.

—Soy su ojito derecho y su única hija. Mi padre hubiera estado orgulloso de mí aunque hubiera elegido ser youtuber. En fin…

—Si te sirve de consuelo, el mío quería que fuera orfebre y siguiera la tradición familiar. Supongo que los que nos dedicamos a esto tenemos algún cable pelado que nos empuja hacia otras motivaciones... otros ideales.

La verdad era que un caso complejo de asesinato siempre había excitado su atención y su curiosidad como ninguna otra cosa en el mundo. Podría inventar muchas razones para justificarlo: que era una cuestión de querer hacer justicia, de querer defender a aquellos que habían sido cruelmente asesinados, o de un noble afán por descubrir la verdad. Pero, la realidad, era que todo aquello no era más que una pasión por resolver enigmas, un impulso obsesivo-compulsivo por lograr encajar cada pieza suelta. Para él, era un pasatiempo intelectual. Una competición silenciosa entre su mente… y la del asesino.

—No me irás a hablar del riesgo y de la adrenalina que te proporciona este mundo, ¿no? —preguntó frunciendo el ceño—. Porque, para conseguir eso, podría irme a hacer puenting a las cataratas Victoria. Unas vistas preciosas sobre el río Zambeze, ¿sabes? Y obtendría el mismo resultado.

Santana fue hasta una de las ventanas que daban a la calle y la abrió para que entrara aire fresco en aquella estancia, alzando la vista por encima de los edificios y deteniéndose en el cielo despejado de aquella mañana.

—La verdad es que, egoístamente, prefiero aprovechar aquí ese cerebrito que tus padres te han dado antes de que acabe desparramado por el suelo en cualquier montaña de vete tú a saber dónde por un fallo en el arnés.

El resto de miembros del equipo fue llegando progresivamente. La última en aparecer fue Laura Guerrero, que traía una caja repleta de donuts de distintos sabores.

—¿Es que nadie va a hacer café? —preguntó fingiendo estar molesta—. Necesito ese oro líquido para comenzar a funcionar —añadió mientras dejaba la caja encima de la mesa.

Santana se acercó y escogió de entre todos uno con cobertura de chocolate blanco y topping de galleta Oreo.

—¿Os parece que Valeria nos ponga al día mientras desayunamos?

Una vez todos estuvieron sentados alrededor de la mesa, la doctora Nieto comenzó a hablar:

—Katherine Rodríguez es el nombre de nuestra segunda víctima. Tenía 28 años. Natural de Venezuela, emigró a nuestro país hace 5 años. Ningún trabajo estable desde entonces, pero parece que últimamente vivía y había estado trabajando como camarera en un restaurante en la localidad de Rodalquilar, a 15 minutos aproximadamente en coche del lugar donde la encontramos. Aquí tenéis —dijo mostrándoles un folio con la típica foto de carnet ampliada e impresa a color. Era una mujer de piel bronceada, ojos

oscuros, pelo negro rizado, nariz achatada, pómulos prominentes y labios gruesos.

—El asesino va a por mujeres, como ya imaginábamos —dijo Bayona.

—La cuestión no es si Katherine era mujer—apuntó Santana —. La cuestión es si era madre.

—Hasta donde he podido averiguar, vivía con su esposo, Rafael Arvelo—aclaró Valeria—. Denunció su desaparición el día anterior a encontrarla.

—¿Y de la autopsia qué puedes contarnos? —preguntó Santana.

—La mayoría son similitudes con el caso de Emma Luque: la causa de la muerte, el arma utilizada, el ensañamiento… así que si os parece, os contaré las diferencias.

Santana mostró a Valeria un pulgar en alto, dando su consentimiento.

—La primera diferencia, aunque pequeña, está en el símbolo grabado. Aunque es el mismo signo celta de la maternidad, en este caso aparecen tres puntos alrededor, en lugar de uno solo como encontramos en el cuerpo de Emma.

—Si damos por válida la información que nos dieron los tatuadores sobre el símbolo y lo que podrían representar esos puntos… —advirtió Guerrero—, ¿entonces es probable que Katherine tuviera tres hijos?

—Tendremos que comprobarlo –dijo Santana.

—Durante la autopsia —continuó Valeria—, me he encontrado con una pequeña sorpresa en el cuerpo de Katherine, cuanto menos… curiosa.

—¿De qué se trata?

—Katherine Rodríguez tenía una enfermedad llamada cirrosis hepática.

Todos se miraron entre sí, extrañados, sin saber a qué se refería la forense. Valeria parpadeó con impaciencia, inspiró hondo y soltó el aire lentamente antes de continuar:

—Vamos, que tenía el hígado como una pasa. Esto se debe al consumo excesivo de alcohol a lo largo del tiempo de modo que el

hígado deja de funcionar con normalidad. No sé si será relevante, pero he pensado que, si bebía con esa frecuencia, habría muchas posibilidades de que un hijo suyo heredase un trastorno del espectro alcohólico fetal.

Santana reaccionó con un leve gesto de asentimiento.

—¿La cirrosis es irreversible? —preguntó Jáuregui arrugando el entrecejo.

—¡Irreversible como tú! —exclamó Bayona—. Que tienes el cerebro donde los huevos, y los huevos donde el cerebro.

—Pues me estás tocando el cerebro pero bien, ¿por qué no puedes aceptar que lo nuestro…?

—A ver, Sr. y Sra. Smith, dejad las armas verbales. No estamos para telenovelas hoy. Valeria, por favor…

Valeria soltó un suspiro contenido, dejando atrás la tensión del cruce anterior y retomando el tono profesional que la caracterizaba.

—Es una enfermedad crónica, Aitor. Por otro lado, tenemos los resultados de las pruebas que mandamos al laboratorio —comenzó diciendo mientras pasaba las hojas de su informe—. La sangre con que se ha escrito la palabra "JAQUE" es de las víctimas: sangre de Emma, la encontrada en su casa y sangre de Katherine, la encontrada en el Faro de la Polacra.

—Lo esperado entonces en ese sentido.

—Por último, la huella de zapato encontrada en la escena del crimen de Katherine. Hemos podido confirmar que se trata de un número 36 de unas botas de trekking y montaña, de las que venden en cualquier tienda de deportes. Tiene una huella muy característica debido a sus pequeños tacos de 3,5 mm diseñados para facilitar la evacuación del barro durante las rutas de senderismo.

Todos recogieron este dato con verdadero interés.

—¿Confirma esto que estamos ante una asesina? —preguntó Jáuregui más calmado después del roce que acababa de tener con Bayona.

—O ante un hombre diminuto—aclaró Valeria—. Pero teniendo en cuenta las posibilidades de encontrar una opción u

otra… me inclinaría más por la posibilidad de una mujer extremadamente fuerte antes que por un fornido enano del "Señor de los anillos".

—¿Creéis que todas las víctimas serán madres? —preguntó Bayona en voz baja.

Santana no respondió de inmediato. Solo miró las fotos de ambas mujeres, una al lado de la otra sobre la mesa.

—Ya no sería ajedrez. Sería… castigo.

Jorge Blanco, que hasta ahora había permanecido escuchando, se levantó inquieto de la mesa y comenzó a caminar por la sala, con las manos a la espalda y la mirada fija en el suelo.

—¿Ocurre algo, Jorge? —preguntó Santana.

Blanco tardó unos segundos en responder.

—No, nada. Solo trato de conectar todos los datos que vamos conociendo —dijo alzando la vista del suelo—. Estoy deseando echarle el guante a esa asesina de mujeres.

Santana desvió la mirada hacia el suelo unos segundos, notando en su interior una intuición que le revolvía las entrañas:

"Y si no era ella quien estaba detrás de los asesinatos. Y si era solo un peón más en una partida mucho más perversa".

XI

EL PRECIO DEL SILENCIO

El trayecto de 45 minutos desde Almería hasta Rodalquilar transcurría en su mayor parte por carreteras secundarias que serpenteaban a través de un paisaje ondulado de campos repletos de palmitos y chumberas, que a Guerrero le gustaba y a Santana, le encantaba. Observaba el paisaje fascinado por la curiosidad de pasar de atravesar un auténtico mar de invernaderos a un bello paisaje de origen volcánico con afilados riscos que un día se formaron al colisionar el magma con el mar.

Santana estaba completamente abstraído, mientras Guerrero silbaba una melodía que compuso Ennio Morricone para ser el tema principal de la película "La Muerte tenía un precio". Hasta que, a pocos kilómetros de su destino, pasaron por un edificio abandonado en medio de la nada. El entorno no podía ser más sugestivo de aquellos escenarios de película. La casa, de una sola planta y muros encalados ya amarillentos por el paso del tiempo, se alzaba solitaria entre la maleza reseca, con el tejado a medio caer y las contraventanas colgando.

Guerrero adivinó en la mirada de Santana el desconocimiento de aquella edificación en ruinas que, sin embargo, tenía un aire de lo más místico.

—A veces creo que acabas de aterrizar en Almería. No tienes ni puñetera idea de por dónde estamos pasando, ¿verdad? —preguntó Guerrero con socarronería.

—¿Debería conocerlo?

Guerrero sacudió la cabeza de un lado a otro con impaciencia y puso los ojos en blanco.

—Es el "Cortijo del Fraile", un sitio histórico por el suceso que ocurrió en sus inmediaciones hace ya casi un siglo. El llamado "Crimen de Níjar".

—¡Anda, claro! ¿Este no es el sitio en el que se inspiró Federico García Lorca para escribir "Bodas de Sangre"?

—¡Vaya, jefe! Al final va a resultar que no eres tan ignorante como creía —dijo Guerrero con una carcajada.

—Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto.

Santana paseó su mirada por los alrededores. Aquel lugar, devorado por la ruina y la historia, parecía haber quedado atrapado en un instante trágico, detenido en el tiempo. No costaba imaginar, en aquel paraje árido, a una novia huyendo de su destino, ni la sangre derramada sobre las losas del patio.

—Tuvo que ser duro vivir en estas condiciones de vida, en un medio de poca abundancia y aislado de otros núcleos de población. Sobre todo, en aquella época, con trabajos que se saldrían por arriba en la escala de dureza.

—Sí… y, aun así, había quien sacaba adelante a una familia, con lo justo, pero con coraje. Esas vidas marcadas por la necesidad forjan una resistencia que a veces confundimos con frialdad, pero que es pura supervivencia —Santana se detuvo un segundo, mirando por la ventanilla—. Lo que me remueve por dentro es imaginar que, tras tanto sudor, si pasaba algo grave, nadie movía un dedo por esclarecerlo. Resolver un crimen en aquellos tiempos, sin los adelantos que tenemos ahora: análisis de laboratorio, investigación tecnológica, balística, cámara de seguridad…—Santana soltó un resoplido—. ¿Imaginas lo que sería? Tenemos todos los medios a nuestro alcance y aun así, algunos asesinos se nos escurren entre los dedos.

—Tampoco es que los asesinos de antes fueran Rodney Alcala.

—¿Quién?

—¡Rodney Alcala! El asesino en serie más inteligente de la historia, Julián. Tenía un coeficiente intelectual de 160. Ese hubiera sido un hueso duro de roer para un reconocido policía de homicidios como tú —añadió Guerrero dando un golpecito en el hombro a su compañero.

Santana meneó la cabeza gravemente.

—A mi ya me parece suficientemente resbaladizo el que tenemos entre nuestras manos.

Guerrero asintió.

—En todos estos años juntos, he aprendido a ver al asesino a través de tus ojos. Sé cómo piensas. Detectas enseguida sus puntos fuertes y sus debilidades, lo que funciona y lo que no. Seguro que tienes ya alguna idea formada sobre nuestro "Asesino del Ajedrez". Me encantaría oírla.

El comentario de Guerrero le resultaba a Santana tan atractivo como bailar la danza del vientre encima de una mesa. Santana tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Me gustaría considerarme un buscador de la verdad, pero probablemente solo soy un pescador de mentiras. Es lo que ocurre en esta historia, todo el mundo miente.

Guerrero mantenía la mirada fija en su compañero.

—Venga, Julián. No te andes por las ramas.

Santana se tomó un silencio más largo de lo habitual antes de contestar.

—Me preocupa lo que hay dentro de nuestro asesino. Percibo un odio tan profundo que solo puede tener origen en un pasado oscuro… tan oscuro que me pone los vellos de punta. Trata a sus víctimas con un desprecio brutal, como no he visto en toda mi carrera. Pero lo más inquietante es que esa violencia desatada no es impulsiva, va acompañada de un ritual meticuloso, ejecutado sin errores. Eso me hace pensar que, más que un desbordamiento emocional, lo que estamos viendo es la ausencia total de emociones. Y eso… eso es aún más peligroso.

Guerrero lo miró con el ceño fruncido, mordiéndose el labio inferior mientras procesaba sus palabras.

—Una mente así... no mata por impulso, mata por mensaje. Cada víctima es un medio, no un fin. Y eso es lo más aterrador. Porque significa que todavía hay más por venir. Hasta que el mensaje quede completo. Hasta que alguien —o todos— lo entendamos.

Hizo una pausa, respiró hondo y bajó la voz.

—Y cuando alguien deja de sentir… ya no hay límites. Ni para el daño que puede causar, ni para lo lejos que puede llegar.

Aquello dejó sin palabras a Guerrero, que parpadeó varias veces. Santana la escrutó atentamente para observar su reacción.

—¿Satisfecha?

—Acojonadamente satisfecha. Da la impresión que nos estamos sumergiendo en un agujero negro tan grande que podría aspirar hacia él a todos los que estemos a su alrededor.

La concentración en los ojos de Santana dio paso a una sonrisa: cálida, abierta y esperanzada.

—Pero esa persona no sabe que está jugando con la puñetera flor y nata de los atrapachusmas de este país.

◆ ◆ ◆

Rodalquilar se asienta en el corazón de un valle que lleva su mismo nombre, rodeados por colinas que ahora durante el mes de mayo en Almería estaban teñidas de verde, convirtiendo el pueblo en un oasis de árboles, plantas y flores. Una joya escondida entre la aridez habitual del entorno.

Una vez que el Ford Kuga de la brigada avanzó hacia la entrada del pueblo dejando atrás las antiguas minas de oro abandonadas, aparecieron ante ellos las características casas de planta baja y paredes blancas típicas de la arquitectura del pueblo.

Se respiraba un ambiente tranquilo y relajado en aquellas calles, prácticamente desiertas a esa hora de la tarde.

La casa de Katherine Rodríguez se encontraba en una de las calles principales, justo al borde de una rambla seca, donde no corría ni una sola gota de agua. Una vez encontraron aparcamiento, Santana y Guerrero caminaban hacia ella por una calle en la que unas cuantas decenas de artistas exhibían sus pinturas, esculturas y fotografías sobre las fachadas de las casas, en una exposición al aire libre que daba al pueblo un atractivo visual digno de admirar.

La pareja de policías llegó a la puerta principal de la vivienda, que únicamente se diferenciaba del resto por una pequeña parcela de terreno vallada en la que las malas hierbas habían crecido de forma salvaje hasta cubrirlo todo.

Llamaron a la puerta.

Tras un largo minuto, un hombre de pelo corto rubio, piel blanca y con cierto sobrepeso apareció en el umbral. Tenía los ojos totalmente enrojecidos y su cara reflejaba un abatimiento total. A santana le vino a la cabeza de inmediato lo jodidamente cabrona que podía ser la mente y la creación de estereotipos. Cuando había pensado que se iba a encontrar cara a cara con Rafael Arvelo, venezolano de cuna, jamás se había imaginado que se encontraría con una persona tan alejada de los rasgos típicos de un sudamericano. Luego recordó que después de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española emigraron a Venezuela miles de personas procedentes de toda Europa, pero el perjuicio que su cerebro le había provocado ya estaba hecho, y odiaba que esto ocurriera, porque le gustaba conocer a las personas con las que se entrevistaba sin ningún tipo de condicionante.

—¿Rafael Arvelo? —preguntó Santana.

Tras examinarlos de arriba abajo, el hombre respondió:

—¿Puedo ayudarles?

Santana a veces olvidaba que su outfit en nada se diferenciaba a la de cualquier vendedor de seguros que hubiera llamado a la puerta, por lo que no había forma de que aquel hombre supiera quienes eran. Se apresuró a sacar de dudas al marido de Katherine sacando su placa de policía con cierta torpeza.

—Ah, disculpe. Me llamo Julián Santana —dijo mientras Rafael examinaba la placa—. Y ella es mi compañera, la sargento Guerrero, somos policías de homicidios.

Rafael abrió los ojos, de los que empezaron a salir las lágrimas que con seguridad llevaban brotando durante todo el día.

—¡Mi pobre Katherine! —exclamó tapando su cara con ambas manos.

—Lamentamos muchísimo su pérdida —dijo Santana con voz baja, dejando unos segundos de respeto—. ¿Le importaría si pasamos?

Rafael asintió, cabizbajo.

Una vez, el marido de Katherine los acomodó en un salón con un mobiliario de lo más tosco y rural, comenzó a hablar:

—Les esperaba. ¿Qué quieren saber?

Santana tenía que tomar la decisión sobre cuánto iba a revelarle. Había considerado riesgos y beneficios aparejados a cada grado de franqueza. Tenía la sensación de que la sinceridad se vería recompensada con una actitud de colaboración.

—Estamos aquí porque creemos que Katherine ha sido víctima de la misma persona que un caso que estamos investigando. Necesitamos su ayuda para poder entender todo este asunto.

Rafael trató de secarse las lágrimas con la palma de la mano, pero enseguida sus ojos comenzaron de nuevo a humedecerse. Parecía asustado, vulnerable.

—¿Qué clase de ayuda?

—Queremos estar seguros de lo que motivó a ese desalmado para hacer lo que hizo.

—¿Hay algún motivo para que alguien le quite la vida a otra persona?

Santana abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

—Por supuesto que no, pero tratar de entender la mente enferma de un asesino nos puede ayudar a dar con él.

—Está bien —accedió con una voz ronca, grave, casi exhausta—. Pregunten.

Tras contar un poco el resumen acerca de los aspectos del caso que podía contar sin comprometer la investigación, mientras Rafael escuchaba sin apenas parpadear, preguntó:

—¿Llevaban mucho tiempo juntos?

—Prácticamente desde niños —respondió abatido—. Casi no recuerdo la vida sin ella. No sé cómo podré sobreponerme a esto.

Santana le sostuvo la mirada, comprendiendo el abismo que asomaba en sus ojos.

—¿Notó algo extraño en los últimos días? ¿Algún comportamiento inusual, alguna preocupación que le hubiera comentado?

—Nada —respondió con la voz apagada—. Katherine era como siempre… tranquila, cariñosa. Hacía planes. Estaba ilusionada con una exposición que querían montar aquí en el pueblo. Si algo le rondaba por dentro, no me lo mostró. O yo no supe verlo —añadió con tristeza. —¿Llegaron a tener hijos? La mueca amarga en torno a sus labios hizo pensar a Santana que iba por el buen camino.

Rafael asintió lentamente.

—Tenemos dos hijos, pero están en Venezuela. Estábamos tratando de reunir el dinero para un día poder traerlos a España. Pero desde que empezaron sus problemas con… —Rafael se interrumpió de forma súbita.

—Con la bebida —le ayudó Santana a acabar la frase—. No tiene que ocultarnos nada, ya hemos hecho parte de nuestro trabajo.

Rafael cerró los ojos y los apretó con fuerza, como si aquellas palabras de Santana hubieran sido un crochet de boxeo en pleno mentón. Era evidente que aquel hombre había sufrido mucho en los últimos tiempos.

—Kath comenzó a beber a diario, se gastaba todo lo que conseguíamos ahorrar, y traer a nuestros dos hijos empezó a ser una quimera.

Santana hizo una pausa, estudiando el rostro de Rafael. Recordó que en el símbolo celta de la maternidad que el asesino

había grabado sobre el cuerpo de Katherine aparecían tres puntos blancos, que, si sus suposiciones estaban en lo cierto, debían corresponderse con tres hijos. Decidió que tenía que llegar al fondo del asunto si quería encontrar las respuestas adecuadas y poder ver las cosas con algo más de claridad. —¿Aquí no se decidieron a tener alguno más? Rafael pestañeó. En sus ojos se podía observar el peligro que irradiaba aquella pregunta. La curiosidad de Santana, sin embargo, se impuso a la cautela.

—Es muy importante que me responda con sinceridad especialmente en este punto.

—¿Puede prometerme que lo que aquí le cuente no tendrá ninguna repercusión para mí?

—Créame, estamos en el mismo barco. Solo quiero que el que le hizo esto a Katherine pague por ello.

Rafael aún dudó unos segundos más. Tratando de descubrir en la mirada de Santana si debía confiar en aquel afable policía vestido de paisano. Fue Guerrero quien habló para intentar convencerlo de que aquel era el camino correcto.

—Puede confiar en el inspector Santana. Es la mejor persona que conozco, puede estar tranquilo, jamás tratará la información que obtengamos de forma que le perjudique de algún modo.

Rafael sufrió una contracción nerviosa en la mejilla. Sin decir nada, se levantó y comenzó a deambular lentamente por el salón. Santana y Guerrero lo dejaban hacer, dejándole que se tomara su tiempo. Finalmente se detuvo delante de ellos y suspiró largamente. —De acuerdo —accedió, con los músculos de la mandíbula tensos—. Katherine se quedó embarazada hace dos años. No lo estábamos buscando, simplemente ocurrió. Le dije que lo mejor era abortar; ni siquiera habíamos conseguido traer a nuestros hijos desde Venezuela… ¿cómo íbamos a tener otro?, ¿con qué recursos lo mantendríamos? Pero para Kath aquello era impensable. Me dijo que no podría vivir con esa culpa, que no podía quitarle la vida a la personita que crecía

dentro de ella —comenzó, mirando alternativamente a Santana y Guerrero, quien le respondió con un leve gesto de asentimiento, animándole a seguir.

—Fue entonces cuando nos presentaron a un hombre. Nos dijeron que era el presidente de una asociación que ayuda a familias en la adopción y acogimiento de niños. Nos planteó la posibilidad de que Kath diera a luz a ese bebé y darle una nueva oportunidad en otra familia gracias a la asociación. Nos pareció la posibilidad menos mala dentro de las opciones que teníamos. Cuidarían al bebé en un centro de acogida hasta que una familia formalizara los trámites de la adopción

—Entiendo… —dijo Santana mientras pensaba en la cantidad de posibilidades espantosas que se abrían ante ellos—. ¿Cómo fue el proceso?

—Una vez decidimos aceptar su propuesta, nos hicieron firmar un documento de confidencialidad, en el que básicamente nos comprometemos a no intentar buscar ni contactar con ese niño jamás, a olvidarnos del tema para siempre como si aquello nunca hubiera ocurrido. Cuando a Kath le dieron el alta en el hospital, había un coche esperando en la puerta, recogieron al bebé, se marcharon y ahí acabó todo.

Santana notó por el rabillo del ojo como su compañera hacía un esfuerzo sobrehumano por tratar de controlarse a medida que iba escuchando la historia que Rafael estaba contando. Se removía inquieta en el sofá cambiando constantemente de postura. Para una madre que ha sufrido tanto por un hijo desde su nacimiento, aquello debía estar resultando un ejercicio de contención de lo más titánico.

—¿Cobraron por ello?

Hubo un silencio.

—Rafael… —retomó la palabra Santana con voz calmada—. No estoy aquí para juzgarle. Entiendo que hicieron lo que creyeron mejor.

Rafael asintió lentamente, con los ojos bajos.

—Nos dieron una bolsa con dinero en efectivo… lo pactado. ¿Qué habrían hecho ustedes? Con ese dinero podíamos traer por fin a nuestros hijos, empezar de nuevo… Se acababan nuestros problemas. Nos sobraba incluso para vivir con cierta tranquilidad.

Santana lo que tenía claro es lo que no habría hecho, y era no mezclarse bajo ninguna circunstancia con gente que se dedicaba a algo así, pero no dijo nada. Su cabeza enseguida comenzó a pensar en esos niños, en si en realidad esas personas eran quienes decían ser. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en el abanico de opciones que se abría ante ellos: depravados sexuales, mercado negro de órganos…, a su mente acudían imágenes que deseaba desechar por todos los medios. Aquel caso parecía de una dimensión mucho más grande de lo que parecía en un principio.

Necesitaba saber si esos niños estaban vivos y localizables, esa debía ser su prioridad.

Santana se inclinó hacia adelante en el sofá, tratando de recortar la distancia que había entre él y Rafael.

—Es fundamental que nos cuente todo lo que sepa acerca de esa persona con la que contactaron…

Casi sin esperar a que terminara la frase, Rafael comenzó a negar repetidamente con la cabeza.

—¡No lo sé!

—¡Tiene que decírnoslo!

—¡Ustedes no lo entienden! ¡Esa gente es peligrosa! ¡Me matarían si cuento algo! —gritó. Había terror en su cara.

—Escúcheme, por favor. ¿Está dispuesto a cargar en su conciencia con la culpa de que un asesino siga matando mujeres como ha hecho con Katherine por no contarnos todo lo que sabe? ¿O que haya niños que puedan estar en peligro? Nadie va a hacerle daño. Nosotros le protegeremos. Podemos pedir que entre en el programa de protección de testigos y brindarle la seguridad que necesita.

Rafael comenzó de nuevo a moverse inquieto por el salón con las manos detrás de la nuca.

—No puedo —susurró—. ¡No puedo! —repitió alzando la voz.

Guerrero no pudo contenerse más, tenía la cara enrojecida y parecía un volcán a punto de entrar en erupción. Finalmente, explotó:

—¡Reaccione, joder! —exclamó levantándose de un salto—. ¡No me diga que no puede! —añadió, señalándole con un dedo índice tembloroso.

—¡Laura, por favor…! —trató Santana de calmarla, pero enseguida vio que la otra mano de Guerrero estaba abierta hacia él indicándole que lo tenía controlado.

—¿¡Sabe quién no puede, Rafael!? ¡Katherine! Ella ya no podrá contarnos lo que sabía. ¿No te remueve nada por dentro pensar que sus hijos no volverán a verla? ¿Que la persona que la mató sigue ahí fuera, como si nada? Estoy segura de que se avergonzaría al ver cómo su marido se esconde, en lugar de luchar por honrar su memoria.

—¡Laura! —volvió a llamar Santana a su compañera.

—¡Está bien! ¡Está bien, joder! ¡Os lo contaré! —cuando se volvió hacia ellos, las lágrimas habían vuelto a los ojos de Rafael, pero su rostro era más decidido—. Se llamaba Serafín Cortés… o eso nos dijeron, porque nunca llegamos a verle, ni a hablar con él directamente…

Su comentario se vio interrumpido por un repentino y fuerte impacto contra la ventana que daba a la calle, haciendo un agujero considerable en el cristal.

Instintivamente, todos se arrojaron al suelo.

—¿Qué coño ha sido eso?

Santana sacó su arma reglamentaria y apuntó en dirección a la ventana.

El estallido volvió a repetirse: como el trallazo de la punta de un látigo contra el suelo. El cristal terminó de romperse haciéndose añicos. Una piedra aterrizó apenas a un metro de donde estaba Guerrero.

Entre juramentos y maldiciones, la sargento comenzó a reptar por el suelo para tratar de alcanzarla. Había un papel atado a la piedra con un elástico que Guerrero cogió cuando logró llegar hasta ella. Lo desenrolló y comenzó a leer en voz alta:

—"Si rompes nuestro acuerdo. Estás muerto".

—No, no, no —repetía Rafael una y otra vez.

Santana se deslizó hasta la pared, con los sentidos alerta y el corazón golpeándole el pecho como un tambor de guerra. Se incorporó con cuidado, manteniendo la espalda pegada a la pared como si esta pudiera protegerlo. Cada paso hasta la ventana le pareció una eternidad. El arma temblaba apenas en sus manos, no por miedo, sino por la adrenalina que ya corría como pólvora encendida por sus venas.

Cuando llegó hasta la ventana, tomó aire profundamente, lo contuvo durante unos segundos que se estiraron como un chicle y, tras contar mentalmente hasta tres, asomó la cabeza por un instante fugaz. Nada. Solo la quietud del exterior y una brisa leve que movía las hojas secas. No había sombras, ni ruidos, ni señales de que alguien les estuviera observando… pero eso no le tranquilizaba. Cuando estuvo seguro de ello, giró la cabeza hacia los demás. Guerrero había vuelto a ponerse en pie con el ceño fruncido, con la mano aún cerca de su arma reglamentaria. Rafael, pálido, temblaba visiblemente junto al mueble donde se había resguardado.

—Deberíamos dar aviso y perseguir a quien quiera que haya hecho esto —propuso Guerrero, mirando con rabia contenida a su alrededor, como si aún esperara ver al agresor salir de alguna sombra.

—No —la cortó Santana, con la voz baja pero firme—. No sabemos si va armado. Es muy peligroso.

—Joder, joder. ¡Qué rabia! —exclamó Guerrero, dando un golpe en seco con el puño sobre la mesa antes de empezar a caminar en círculos por la estancia, como una leona enjaulada—. Nos estaban espiando, Julián. ¡Sabían que estábamos aquí! Nos lanzan un aviso y… ¿ya? ¿Así, sin más?

—Tranquila —le pidió Santana—. Tenemos que pensar con la cabeza. No podemos darles lo que quieren.

Guerrero apartó la vista un segundo, apretó los labios con fuerza y luego asintió despacio, conteniendo las ganas de estallar.

Entonces, la voz de Rafael los cortó en seco.

—Será mejor que os marchéis de mi casa ahora mismo —dijo, con los ojos como platos y la voz temblorosa, casi suplicante—. No quiero más problemas.

—Lo entiendo, Rafael —dijo finalmente, con tono grave—. Pero si alguien te amenaza de nuevo… llama. No lo dudes.

El hombre asintió, aunque era difícil saber si por convicción o solo por miedo.

◆ ◆ ◆

Santana acompañó a Guerrero hasta su casa. Después de lo que acababa de ocurrir, no se sentiría tranquilo hasta ver a su compañera cruzando el umbral del portal de su casa. Guerrero vivía en un piso de planta baja con una acogedora terraza —con casi más metros que la vivienda principal— en uno de los barrios más tranquilos de Almería capital, apartado del centro y con la autovía a tiro de piedra. La noche era suave y apetecía estar a la intemperie. Santana se sentó en la terraza, bajo una pérgola de madera que bloqueaba casi por completo la luz de la luna. Frente a la casa, las luces de los focos de un campo de fútbol iluminaban tenuemente el cartel de una residencia de ancianos. Soplaba una brisa constante que refrescaba el ambiente y traía consigo una pureza singular, casi terapéutica.

Al poco, Guerrero apareció descalza con dos copas de vino en la mano. Se había cambiado de ropa y puesto más cómoda con unos shorts ajustados y una camiseta sencilla blanca con letras verdes con la leyenda "Very bad girl" sobre el pecho. Las letras,

ligeramente curvadas, insinuaban que lo que había debajo disfrutaba de cierta libertad estructural. En otros tiempos no muy lejanos, Santana hubiera olfateado el peligro y tenido que recurrir a su autocontrol para no quebrar ninguna de las normas que formaban su recto código moral. Pero desde su reencuentro con Rosario Ramos, la compañía de Guerrero la asumía de forma más serena, como lo que era: una amistad fuerte, sin distracciones. Así que, al menos por esta vez, el pequeño rebelde al que tenía custodiado bajo la ropa no pareció tener intención de sublevarse.

—Bonita camiseta, mi sargento.

Guerrero sonrió de forma malévola.

—Me la compré en mi época universitaria, y ha sobrevivido desde entonces. Ahora ya es una cuestión sentimental. No puedo deshacerme de ella con todo lo que hemos vivido.

—Esa camiseta debería estar en un museo, Laura —dijo con media sonrisa—. ¡Muy tuya, sí señor!

Santana hubiera preferido que cuando era el momento, es decir, en su pubertad, los responsables de su educación le hubieran acostumbrado a convivir sin aspavientos con ciertos aspectos de la naturaleza humana, en lugar de vetárselo e inculcarle un malsano pudor ante su exposición. El caso es que no lo hicieron, y ahora le tocaba padecer las limitaciones que su dotación cromosómica le imponía de forma automática, lo que le producía cierto rubor ante determinadas situaciones.

—Sergio acaba de dormirse —dijo mientras le ofrecía una de las copas—. Denise me estaba poniendo al tanto de lo que había dado de sí el día antes de marcharse.

Santana asintió en silencio y dio un sorbo a la copa de vino.

—¿Qué te dice tu instinto?

Santana esperaba que su compañera no se estuviera refiriendo a uno de los instintos más primarios. De lo contrario, su resistencia podría desmoronarse como un castillo de naipes. Decidió apostar por una alternativa rápida.

—Me dice que estoy en una terraza, de noche, con vino y buena compañía... y que, si no tuviéramos un asesino suelto, esto podría confundirse peligrosamente con una cita.

Hizo una pausa, luego bajó la mirada a la copa.

—Pero también me dice que este caso nos va a explotar en la cara si no andamos listos.

Guerrero alzó una ceja y dio un pequeño sorbo al vino antes de responder:

—Vaya, inspector... ¿Eso ha sido un intento de flirteo encubierto o el vino empieza a hacer estragos en tu legendaria templanza?
Sonrió divertida, dejando que el silencio hiciera de guiño.

—Tranquilo, si alguna vez te invito a una cita, no traeré un caso de asesinato como tercer invitado.

Guerrero soltó una leve carcajada y dio otro trago al vino, pero su expresión se fue apagando poco a poco, como si la risa hubiera sido solo una tregua momentánea.

—Bueno… —suspiró, dejando la copa sobre la mesa—. Sé lo que vas a decirme —dijo mientras se sentaba frente a su jefe—, que me he excedido hoy, que no debería haber apretado tanto a Rafael Arvelo, que poner contra las cuerdas de esa forma a una persona clave de la investigación puede hacer que se cierre en banda y no consigamos la información que necesitamos…

Santana pensaba en que su compañera lo conocía demasiado bien. A la gente no le gusta hablar con la policía, especialmente si tiene algo que esconder, porque teme tener que repetir lo que le diga en un lugar tan poco atrayente para el ciudadano medio como el estrado de un tribunal. Si además de eso, le ponemos la espalda contra la pared de un empujón, lo normal es que no consigas sacar de él más que monosílabos que no les iba a proporcionar más que una pérdida valiosísima de tiempo. Él era más partidario de tratar de crear un ambiente de confianza que resquebrajara la coraza defensiva de su interlocutor y se sintiera con la seguridad de estar ante alguien que estaba allí para ayudarle y no para aprovecharse de la información que pudiera sacarle.

—En realidad, iba a decirte que has estado estupenda.

—¿En serio? —preguntó Guerrero frunciendo el ceño.

—Claro —confirmó Santana, encogiéndose de hombros—. Yo lo habría hecho de otra forma, pero... al menos hemos conseguido tirar del hilo un buen tramo, me parece que hoy hemos podido dar un paso muy prometedor. Y es la primera pista que me produce esa sensación.

—Y la más peligrosa también. La persona que lanzó la piedra lo ha amenazado sin contemplaciones aun sabiendo que en esos momentos estaba hablando con la policía. No parece tener miedo a nada, y menos a nosotros.

—Eso parece —dijo Santana, con expresión concentrada.

—¿Te suena el nombre de Serafín Cortés? —preguntó Guerrero—. Llevo toda la tarde dándole vueltas, pero no termino de situarlo.

—Nada de nada. Mañana le daremos el nombre a Valeria, a ver si puede ventilar un poco las sábanas de ese hombre y descubrir qué se esconde entre ellas. Lo que está claro es que, en esta partida de ajedrez que nos propone el asesino, cada vez hay más piezas sobre el tablero.

Decididamente, el epicentro de aquel asunto parecía estar en el mundo neonatal, y aquello removía el interior de Guerrero hasta el punto de que su templanza y control emocional habían resbalado de su cuerpo hacia el sumidero. Santana tenía que tratar de controlar que la deriva que estaba tomando aquella investigación no afectara a su compañera hasta el punto de comprometer la misma.

—¿Estás bien? —se interesó Santana.

—Perfectamente —respondió Guerrero—. Es solo que me cuesta entender cómo hay madres que no se dejan la piel por dar a su hijo un futuro digno. Si no eres capaz de desvivirte por un hijo, ¿qué demonios te queda en la vida?

Guerrero inspiró hondo y alzó el rostro. Tenía los ojos vidriosos, los dientes firmemente apretados y sonreía de un modo extraño. Una mezcla de ironía y dolor que descolocaba.

Santana la observó en silencio. Y como tantas otras veces en que el misterio de un alma femenina lo había desconcertado, sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

A Santana aquello le hizo pensar en su hijo Fernando y en la inminente visita que este le haría en los próximos días. Fuese cual fuese el verdadero motivo que lo impulsaba a buscarlo ahora, deseaba con todas sus fuerzas intentar recuperar el tiempo perdido. Probablemente, ejercer como figura paterna ya no estuviera a su alcance, al menos no del modo en que debería haberlo hecho en su momento. Pero lo que sí podía —y debía— hacer, era demostrarle que seguía ahí, dispuesto a estar a su lado para lo que necesitase.

—A lo mejor no supieron hacerlo mejor. O pensaron que era la única manera de darle una oportunidad. Quizás, el futuro de esos niños no pintara mucho mejor con esos padres.

—¿Peor que lo que ha podido ocurrirles?

Santana se encogió de hombros, apuró su copa de vino de un trago y se levantó de la silla, miró al cielo.

—Está el cielo esta noche precioso.

—Por algo eligieron el "Calar alto" como uno de los puntos de observación astronómica. Dicen que aquí se dan unas condiciones climatológicas, atmosféricas y meteorológicas que lo hacen ideal para instalar telescopios en abundancia.

Santana sonrió ante la cantidad de información que siempre manejaba aquella mente que tenía la suerte de tener por compañera.

Miró su reloj. Eran ya las 10 de la noche.

—Se hace tarde, será mejor que me vaya si quiero que mi cabeza funcione mañana con cierta lucidez.

XII

EL ECO DEL VACÍO

Por una vez, Santana se permitió el lujo de dormir hasta que el cuerpo dijera basta. Era sábado y, salvo por la exhumación del cuerpo del hijo de Emma Luque prevista para la tarde, el día no tenía compromisos urgentes. Aun así, no pudo prolongar su descanso más allá de las nueve de la mañana, y a las diez ya estaba aseado y con un desayuno compuesto por un tazón de leche con cereales y fruta encima de la mesa.

Encendió la televisión y comenzó a pasar canales intentando encontrar algo que le entretuviera mínimamente. Nada. Un programa con tertulianos debatiendo sobre la vida de algún famoso, un telediario plagado de noticias que, en su opinión, no merecerían ni un rincón en la última página del periódico local, o un concurso intergeneracional en el que padre e hijo intentaban hacerse con el bote respondiendo a preguntas absurdas.

Estaba a punto de rendirse cuando, de pronto, un título le llamó la atención: *Who's Your Mammy*. La intro del programa apareció en pantalla con letras grandes y llamativas. Decidió quedarse un momento más.

El presentador explicó la premisa del día mientras la cámara enfocaba a una joven que había sido dada en adopción poco después de nacer, y que buscaba a su madre biológica. Tenía 20 años, y contaba entre lágrimas las dificultades por las que había transitado como adolescente una vez había descubierto su verdadero origen, provocando una crisis de identidad durante esta etapa en el que los interrogantes y cuestionamientos giraban en torno a muchas preguntas en relación a su nacimiento. Santana se quedó

completamente inmóvil cuando la chica contó que el único dato que conocía era que había nacido en Almería. Si aquello era una casualidad, era una casualidad totalmente endiablada. Cuando el programa comenzó a pasar de izquierda a derecha un cartel luminoso en el que dejaban un número de teléfono para contactar en caso de conocer cualquier dato que pudiera servir de ayuda a aquella chica, Santana se apresuró torpemente en buscar bolígrafo y papel para anotarlo.

Marcó el número de teléfono y llamó. Cuando había dado el primer tono, lo interrumpió el timbre de la puerta de su casa. No esperaba a nadie aquella mañana, y después de lo que ocurrió en la casa de Rafael Arvelo, su instinto le apremió para que fuera cauto. Fue hasta el mueble de la entrada, abrió el cajón y sacó de él su pistola reglamentaria. Pegó su cuerpo a la puerta de entrada y trató de escuchar algún sonido procedente del pasillo.

—¿Quién es? —preguntó finalmente.

Nadie respondió al otro lado.

Santana comenzó a sentir la tensión.

¿Y si alguien hubiera conseguido llegar hasta él? ¿Y si su casa ya no era lo segura que debía ser? ¿Y si la persona que amenazó a Rafael Arvelo quería eliminar la posibilidad de que siguiera indagando?

Las preguntas comenzaban a brotar en su cabeza acelerando el ritmo de su corazón. La adrenalina siempre conseguía un efecto positivo en él, inyectándole lucidez y claridad de actuación a pesar de la inquietud que parecía mostrar.

No recordaba la última vez que había disparado su arma. La tenía como un mal necesario de su profesión y prefería siempre agotar cualquier vía antes de plantearse siquiera tener que utilizarla. Era más dado a las palabras, pero aquella situación requería, cuanto menos, tener precaución.

—¿Quién es? —volvió a preguntar.

El timbre volvió a sonar como toda respuesta.

Santana elevó el arma a la altura de sus ojos y con la mano libre comenzó a girar el pomo de la puerta, que fue abriendo despacio. Cuando generó el suficiente espacio como para introducir

el cañón de su arma, abrió de golpe la puerta sin dejar de apuntar hacia el umbral.

Rosario Ramos estaba al otro lado de la puerta. Elegantemente vestida, como siempre, vestía un ceñido vestido negro de cuello cerrado y sin mangas que se adaptaba perfectamente a las formas de su cuerpo. Completaba el conjunto con tacones altos y un recogido impecable, que parecía recién salido de la peluquería.

—No era el recibimiento que esperaba —dijo con fingida timidez.

Santana la veía, esperando, acariciándose despacio sus brazos, tan libre como últimamente y tan bella como siempre, y eso hizo que todo lo demás perdiera importancia. Hacía días que se había saltado a la torera su convicción respecto a la separación entre trabajo y vida privada, pero ahora que lo pensaba, Rosario ya no era parte de ningún caso activo del que tuviera que lamentar algo. Además, aquella mujer le había hecho recordar sensaciones que su memoria guardaba en un doble fondo que parecía olvidado.

—¿Por qué no has respondido? —preguntó—. Podía haber sido peligroso.

—¿Y dónde estaría la gracia? Me habría perdido esa cara de pánfilo que tienes ahora mismo —dijo, dejando que su sonrisa se abriera con calma hasta que los hoyuelos se le clavaron en las mejillas—. Anda, baja ese arma.

Santana bajó el arma despacio y la tensión se evaporó con una lentitud casi teatral. Se hizo a un lado, aún descolocado, y le franqueó la entrada.

—¿He tenido una mala idea? —preguntó, cruzando el umbral. Su perfume lo envolvió todo.

—Has tenido una idea excelente —dijo Santana, aún con la voz algo más grave de lo normal—, pero momentos… los he tenido mejores.

Rosario giró sobre sus tacones, mirándole de frente.

—Si quieres, me voy.

—Ni se te ocurra —la cortó él, dando un paso y abrazándola. Fue un abrazo largo, contenido, como si algo dentro de él aún

luchara por sostener el equilibrio.

Ya en el salón, con dos cafés en la mano, Rosario se sentó en el sofá, cruzando las piernas con elegancia medida.

—¿Qué te tiene tan nervioso, Julián?

—Es este maldito caso que investigamos hace semanas. Me tiene con el alma en vilo.

—¿El del "Asesino del Ajedrez"?

—¿Cómo sabes que…?

—Todo el mundo habla del caso que estáis investigando, tontico. No se oye otra cosa en los medios. Dicen que ese asesino mata a sus víctimas a golpes, que las destroza sin piedad. ¿Es verdad?

Rosario, bien por su pasado tan sufrido, bien por su carácter atrevido, hablaba de aquello con una naturalidad pasmosa. Eso, junto con la carga sensual que irradiaba con cada gesto, con cada inflexión de la voz, hacía que las defensas de Santana en el sentido de la confidencialidad que acostumbraba a tener con sus investigaciones se desmoronaran por completo.

—No parece que las víctimas tuvieran una muerte especialmente rápida ni indolora, desde luego.

Rosario se inclinó hacia él.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede estar matando a esas mujeres?

—Avanzamos despacio —dijo Santana, que era una forma de no faltar a la verdad sin decir demasiado—. Me temo que de momento nos estamos dando una y otra vez cabezazos contra una pared de hormigón.

—No quieres entrar en detalles, ¿eh? —dijo, acercando su cuerpo hasta quedar a apenas unos centímetros de Santana, mientras le sostenía la mirada—. Lo entiendo.

Santana no rehuyó esos ojos.

—Preguntas demasiado.

Ella cambió la sonrisa que tenía hasta ahora por un fingido puchero apenado.

—Me preocupa si estás mal. No por el trabajo. Sino por ti.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos. Luego, Rosario preguntó con voz suave:

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Adelante.

—Tal vez… alguien que fue uno de esos hijos. Uno de los entregados. Y ahora ha encontrado su propia forma de hacer justicia. Una justicia cruel, sí, pero en su mente… lógica.

Santana la miró fijamente. Esa frase hizo clic en su cabeza.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—A veces la rabia viene de las raíces. Del abandono. De un amor que te negaron.

Él se acercó y acarició su mejilla.

—Gracias por venir —dijo bajando la voz.

Rosario no respondió. Solo se inclinó despacio y dejó que sus labios se encontraran, esta vez sin prisa, sin urgencia, como si quisieran saborear el instante.

El móvil de Santana comenzó a sonar. Pero aquella mañana acababa de decidir desatender las obligaciones que le concernían, aunque solo fuera por unas horas. El hecho de que fuera sábado no le descargaba de culpa, no desde el momento en que aceptó un trabajo para el que los horarios y los calendarios que rigen en otros no dejan de ser una simple referencia para él. Durante los siguientes treinta minutos se olvidó de Emma Luque, de Katherine Rodríguez, de los hijos de ambas… y se entregó a sus apetencias más egoístas. Algunas sensaciones son difíciles de expresar, pero para Santana, Rosario Ramos poseía la capacidad de contagiar la sensualidad que desprendía. Y al hacerlo, era generosa y entusiasta como ninguna otra mujer que hubiera conocido. Entonces se dio cuenta que era allí donde quería estar. Quizás no era tarde para darle otra oportunidad al amor.

Una vez que exhaustos y abrazados, comenzaron a respirar con normalidad. Fue Santana quien rompió el silencio que se había establecido. Le contó durante los siguientes minutos todos los detalles de la investigación, en una forma irresponsable de decirle que confiaba ciegamente en ella.

—¿Siempre cuentas secretos de estado después del primer asalto, o solo cuando te pillo con la guardia baja?

—Solo cuando me tumba alguien con vestido negro y argumentos peligrosos —respondió Santana con una sonrisa.

—Vaya, resulta que al final no solo eres un hombre de principios, también de debilidades.

—Soy un clásico. Me pierdo entre mujeres listas y misterios por resolver.

Rosario rió suavemente.

—Y lo peor es que no sé si me hablas como policía o como galán de novela barata.

—¿Y si fuera ambas cosas?

—Entonces tienes más peligro que una caja fuerte sin contraseña.

Santana suspiró, mirándola con ternura.

—A veces creo que contigo podría olvidarme del caso durante horas.

—Eso ya lo estás haciendo. Y créeme, no está mal —dijo, acariciando su mejilla—. Pero sabes que todo esto no acaba aquí.

—¿Lo dices por nosotros… o por la asesina?

Rosario se encogió de hombros con aire enigmático.

—Por ambos. Pero, sobre todo, porque me da que la asesina tiene cuentas pendientes... muy personales.

—¿Crees que lo hace por venganza?

—Creo que lo hace por dolor. Y el dolor no siempre mata… a veces enseña a afilar cuchillos.

Santana se quedó en silencio unos segundos.

—Sabes que me desconciertas más que el caso.

—Es mi superpoder. El tuyo es resistirte a mi encanto… aunque no muy bien, por cierto.

—Estoy cediendo por estrategia —dijo, besándola en la frente—. Para sacar información.

—¿Y lo estás consiguiendo?

—Oh, sí. Me parece que has empezado a contarme cosas sin querer.

Rosario sonrió, cerrando los ojos.

—Tal vez. Pero no subestimes a la chica del vestido negro.

—Cuéntame más —le pidió Santana.

—La verdad es que pone los pelos de punta. Es como si esa persona hubiera desarrollado un odio descomunal contra las mujeres que llevan a cabo ese tipo de "adopciones" —dijo Rosario enfatizando en la última palabra.

Ella se acomodó de lado, apoyando la cabeza en su brazo.

—¿Qué vas a hacer con todo esto?

—Buscar la verdad. Aunque duela. Quiero entender que ha podido llevar al asesino a hacer algo así. Tengo la corazonada de que hay algo muy gordo detrás.

—Tal vez… la persona que está detrás de todo esto no esté tan lejos como creéis. —dijo Rosario con aire distraído mientras acariciaba con los dedos el cuerpo de Santana, una vez que había recuperado las energías, buscando pasar de nuevo al ataque.

Santana la miró sorprendido.

—¿A qué te refieres?

Ella se subió sobre él una vez que notó que el miembro de Santana había recuperado el vigor necesario.

—A que hay heridas tan profundas que no necesitan kilómetros, sino tiempo. Una infancia. Un abandono. Solo digo que si no habéis encontrado nada que indique que esos niños están muertos —dijo mientras con los ojos cerrados se balanceaba sobre él a la vez que se escapaba algún gemido descontrolado—. Es que puede que no lo estén.

—Entonces… ¿De verdad piensas que puede ser alguien que sobrevivió?

—Es solo una intuición. Pero a veces, las intuiciones… son las que nos salvan.

La sonrisa de Santana se ensanchó. Llevó sus manos a la cadera de Rosario para acompañar su movimiento, y se incorporó para besarla.

—Si quieres que me calle, ese es el mejor sistema.

—Ya has dicho todo lo que necesitaba oír —dijo tumbándola con un movimiento brusco y siendo él quien controlase desde arriba ahora la situación.

◆ ◆ ◆

Esa misma tarde, antes siquiera de que Santana pudiera sentarse a analizar la situación y decidir los siguientes pasos a seguir, y a tan solo una hora de la exhumación programada en el cementerio de Mojácar, el comisario Gunea lo llamó a su despacho. Durante las últimas semanas, Santana se había esforzado en mantenerle al corriente de cada uno de sus movimientos, convencido de que a los peces gordos había que alimentarlos progresivamente si no querías acabar siendo el trozo de carne que saciara su hambre. Y la del comisario —por cierto— solía ser de lo más voraz.

No solo seguían teniendo una buena lista de asuntos pendientes, sino que en las últimas horas habían surgido algunos otros de bastante importancia. Entre ellos destacaba conocer quién era Serafín Cortés y qué papel jugaba en toda esta historia, así como una llamada pendiente: la de la mujer del programa que buscaba a su madre biológica.

Alberto Gunea solía reconocer el trabajo de Santana mostrándole su total confianza, además de creer en lo que decía, y eso para alguien cuyo trabajo era caminar sobre un fino alambre de espino era una perspectiva de lo más halagüeña, o al menos era todo cuanto un inspector de homicidios pudiera desear. Gracias a

ello, se había mostrado comprensivo cuando le explicó los motivos que le habían llevado a solicitar a la juez la exhumación del cuerpo del hijo de Emma Luque. Pero Santana sabía que ese no era un estado que se pudiera mantener eternamente, y que necesitaba darle resultados si quería mantenerlo en esa línea.

Gunea no era dado a dar rodeos, y aquella tarde no fue una excepción.

—Bueno, Julián, se os acaba el chollo —dijo—. Siento presionarte, pero quiero resultados inmediatos. Mis superiores están inquietos con todo este asunto y temen que se cree el pánico entre la población con todo este tema de las madres.

—Estamos en el buen camino, Alberto.

—Convénceme.

Santana hizo acopio mental de toda la información que habían ido reuniendo y se esforzó en elaborar con ella una síntesis lo más apañada posible. Gran parte ya la conocía el comisario, pero trató de ensamblarla y darle la coherencia que quizá él no había percibido hasta entonces. Después, pasó a contarle el incidente en la casa de Rafael Arvelo y la información que de él habían obtenido.

Gunea no se dejó impresionar.

—No parece que tengas algún indicio medianamente preciso contra nadie. Buscamos a una asesina, que no se te olvide, y si vas a necesitar otro mes más para detenerla, es posible que las muertes de Emma y Katherine no sean las únicas.

—Aún no tenemos una vía inmediata. Esta mujer es escurridiza, y lo que ha montado es mucho más que una simple cadena de crímenes. Es una estructura, y desmantelarla va a requerir tiempo y precisión.

—La lástima es que nuestros recursos son los que son, y si no obtenemos resultados pronto, podrían quitarnos el caso y dárselo a otros que crean más capacitados. De momento, nuestro historial nos da algo de margen, pero me preocupa que a mis superiores les queme ese par de cadáveres con la cabeza reventada y el pecho criogenizado que algún psicópata ha decidido fabricar en nuestras tierras. No quiero condicionar tu forma de trabajar más de lo debido,

pero en mi opinión deberías apretar a tu gente para que tengamos resultados lo antes posible.

—Lo entiendo. Pero me temo que en este caso no hay un camino recto, y que dar un rodeo puede ser al final lo mejor si no se quiere errar el golpe.

—No vamos a discutir más, Julián. Ahora me toca hacer gala de mi condición de superior, siento el detalle de mal gusto.

—A sus órdenes, comisario —dijo Santana, vencido.

A la salida del despacho del comisario, Guerrero se dirigió hasta él con el ceño fruncido.

—¿Qué mosca le ha picado al comisario? Se oían los gritos desde las escaleras.

—Creo que le han dado una colleja, y por consiguiente, nosotros nos llevamos la patada en el culo. Cosas básicas en una cadena de mando.

—¿Y eso en qué se traduce?

—Se traduce, amiga mía, en que tendremos que hilar fino y rápido si no queremos acabar nuestros días de policías clasificando informes en un despacho mientras nuestras barrigas van creciendo de forma exponencial.

—No creo que a Aitor le haga gracia eso de echar barriga, le tiene mucho cariño a su abdomen.

—Pues ahora nos toca a nosotros ejercer de superiores, aunque nos duela. Que él y Jorge nos acompañen a la exhumación. Después, en cuanto Valeria nos diga dónde encontrarlo, iré a conocer a ese tal Serafín Cortés. Y que Eva mantenga vigilado a Rafael Arvelo. No me fío de lo que pueda decir o hacer después del incidente en su casa.

—En momentos así, me alegra no ser la jefa. Prefiero hacer la tarea y cantársela a los de arriba. Voy a por la vara de madera de castaño que tengo guardada para mejorar la disciplina y a informar al resto.

—Ya te tocará, mi joven padawan. En todo caso, peor lo tenía Espartaco, que fue condenado a trabajar como esclavo en una cantera de yeso hasta que la muerte lo alcanzara, después

luchar a diario por su vida en la arena contra bestiajos perfectamente entrenados que nos destrozarían el lomo de un soplido y, aun así, consiguió la dimensión necesaria para poner en aprietos al imperio más poderoso de ese entonces.

—Visto así… aunque no sé si su final me tranquiliza. Pero lo que está claro, es que yo siempre lucharé a tu lado. Eso supongo que lo tienes presente —dijo Guerrero girándose para marcharse.

—Qué haría sin ti, Lau.

—Nada, deslizarte rápidamente hacia la decadencia.

Santana observó sonriente la espalda de su compañera mientras se alejaba. La "Asesina del Ajedrez" bien podría parecer, si lo extrapolaba a su trabajo, un ejército de 80 mil soldados al que se enfrentaba con unos pocos efectivos ataviados con apenas un escudo y una pica, pero si tenía que ir a la guerra, firmaría siempre ir a ella con el arrojo de su compañera a su lado.

◆ ◆ ◆

Santana, acompañado en el coche por Guerrero, Jáuregui y Blanco, decidió aprovechar la hora de camino hasta Mojácar para llamar al número del programa en el que había salido aquella mujer que buscaba a su madre biológica. Tras lidiar con varias locuciones pregrabadas que lo iban pasando de un departamento a otro como una pelota de tenis —y que por poco le hacen tirar la toalla durante los veinte interminables minutos que estuvo en espera—, finalmente consiguió hablar con alguien que, al menos, parecía de carne y hueso. No sin antes tener que identificarse correctamente y, tras explicar con detalle el motivo de su llamada, logró al fin conseguir su número de teléfono.

La mujer con la que habló Santana se llamaba Fátima Al-Husayni y, tal como había escuchado en el programa, le habló con un melodioso acento árabe en un castellano impecable. Al principio,

Fátima se mostró decidida e ilusionada por la llamada, pero a medida que avanzaba la conversación y comprendía el motivo real del contacto, aquella ilusión fue dando paso a una cautela creciente. Pero finalmente, y tras unos momentos de tensión que amenazaban con dar al traste con la conversación, acordaron que a primera hora de mañana viajaría desde Granada —que era donde residía— para encontrarse con él en la capital almeriense.

—He estado a punto de cagarla —dijo Santana soltando un resoplido aliviado una vez que terminó la llamada.

—Estaba muy nerviosa. Creo que al final has conseguido tranquilizarla bastante bien. No debe de ser fácil estar buscando a tu madre y que, de pronto, te llame un policía para decirte que necesita hablar contigo porque puede tener información clave en un caso de homicidio —comentó Guerrero, tratando de serenarlo mientras daba un trago a una lata de Coca-Cola Zero—. Pero si no eres medio rubia, como yo, sabes que al final lo mejor es colaborar con la justicia.

—Si yo dijera eso, diríais que soy un machista —protestó Jáuregui.

—Claro que lo serías. Por eso lo digo yo.

Santana pensó que, en otra vida, le gustaría tener esa naturalidad femenina para desbaratar de un plumazo la laboriosa lógica masculina.

—Ya veo, ya… Hoy en día hay que tener mucho cuidado con lo que se dice —comentó Jáuregui—. Cualquier palabra sacada de contexto te puede meter en un buen lío.

—Y con lo que se hace —añadió Guerrero, alzando una ceja —. No te olvides.

Jáuregui esperaba la pulla de su compañera y la encajó con deportividad. Al fin y al cabo, había algo casi natural en que dos amigas como Guerrero y Bayona se defendieran del malvado enemigo común: él.

—Si te refieres a lo que creo que te refieres, no entiendo por qué todo el mundo le da tanta importancia. Lo mío con Eva fue, simple y llanamente, una relación que se acabó. Como tantas otras.
Guerrero se giró en el asiento para mirarlo directamente.

—A veces no es lo que se hace, Aitor. Es cómo se hace. Te lo digo con el cariño que te tengo, pero no estaría de más que, de vez en cuando, revisáramos la forma en que hacemos las cosas.

—¿Y cómo lo hubieras hecho tú?

—Creo que deberíamos intentar encarar algunas situaciones con los ojos de la otra persona antes de actuar. Al otro lado siempre hay alguien que puede estar sufriendo con ello. Simplemente trataría de adoptar una actitud previa de diálogo, escucha y respeto —explicó Guerrero, con gesto serio que pronto se tornó en una sonrisa traviesa—. Tal vez, para tu próxima formación, pida a Julián que te mande a uno de esos cursos modernos de deconstrucción de la masculinidad.

—¿Tan mal concepto tienes de mí?

—Ni mucho menos. Creo que eres un buen tío, solo que conozco demasiado bien a los hombres.

– ¡Eh! —protestó Santana—. No todos los hombres estamos en el mismo saco.

—Lo tuyo es distinto, Julián. La última vez que tuviste pareja, los sumerios estaban inventando la escritura.

—Te equivocas, amiga mía. Puede que este lobo solitario esté volviendo a encontrar la ilusión en algo que creía abandonado para siempre.

—¿Rosario Ramos? —preguntó Guerrero, alzando las cejas—. ¿En serio? Vaya, ya era hora de que alguien civilizado pusiera un poco de orden en esa cueva que tienes por casa. La última vez que pasé por allí, tu nevera daba más pena que una película de sobremesa: un par de tuppers congelados y una botella de agua medio vacía. Eso sí, si se te pega, aunque sea un gramo de su elegancia, dame un toque para celebrarlo —soltó con una carcajada —. Ya sabes que, aunque te chinche, siempre quiero lo mejor para ti.

Mientras Santana trataba de defenderse del comentario de su compañera, Guerrero miró por el espejo retrovisor a Jorge Blanco, que había permanecido silencioso y abstraído mirando al exterior a través de la ventana más cercana a su asiento.

—Y de Jorge, no sabría que decirte —dijo una vez Santana se quedó en silencio—. Todavía no nos hemos ganado lo suficiente su confianza para que conozcamos algo de su vida personal.

Blanco se sobresaltó como si lo hubieran sacado de un trance con una bofetada y encontró los ojos de su compañera a través del retrovisor.

—Soy viudo —dijo mientras se peinaba con los dedos el bigote—. Me interesa entre 0 y nada todas esas mierdas acerca de la supuesta masculinidad tóxica de la que hablabas.

—¡Vaya! ¡Lo siento Jorge! Si necesitas…

Guerrero se interrumpió buscando las palabras.

—No necesito nada, te lo agradezco.

Santana le ofreció su gesto más comprensivo.

—No tenemos intención de meternos donde no nos llaman, Jorge, y menos en la vida privada de cada uno. Sólo quiero que sepas, que en este equipo estamos para lo que necesites, no solo a nivel laboral.

Blanco no contestó.

—Pues si mi sargento, aquí presente, ha terminado de desentrañar los cables pelados que tenemos los hombres a causa de nuestra genética —intervino Jáuregui—, y ya que el jefe ha allanado el camino contándonos algo tan personal, me gustaría aprovechar para contaros que lo mío con Rebecca va totalmente en serio.

—¡Caray, hoy el día va de sorpresas! —exclamó Guerrero asombrada—. Me alegro por ti, Aitor. Cuídala… y no la espantes, que estas cosas no se encuentran todos los días.

—De hecho, si la investigación nos lo permite y os parece bien, me gustaría invitaros a comer un día a todos a casa y que podáis conocerla.

—Allí estaremos —dijo Guerrero con una sonrisa maliciosa —. Pero si veo que se le borra la sonrisa en la primera media hora, me la llevo de cañas y tú te quedas fregando.

Santana iba a decir que sería un placer cuando lo interrumpió una llamada a su teléfono móvil. Era un número desconocido.

—Santana —respondió.

—Hola Santana, soy el inspector Salinas, de la Policía Nacional de Almería, ¿me recuerdas? De extranjería y fronteras. Sé que te pillo en un momento muy ocupado pero necesitaba hablar contigo de forma urgente.

Santana recordaba a Salinas perfectamente, habían tenido que colaborar en algún que otro caso debido a la problemática con la inmigración que había en la provincia. La mayor parte del trabajo que llevaba a cabo su comisaría era la de auxiliar a las embarcaciones que iban llegando desde alta mar, recepcionarlas, y dar protección y custodia de los rescatados. Una vez que habían activado el protocolo, comenzaba la tediosa labor de filiar a todos y cada uno de los llegados, informarles de sus derechos y de las diferentes fases por las que iban a ir pasando. Eso, teniendo en cuenta que la mayoría de los inmigrantes carecían de algún tipo de documentación que acreditara quienes eran o su país de origen, hacía que las jornadas se hicieran agotadoras e interminables. Por desgracia, por otro lado, no era algo extraño que la inmigración desmedida y algún asesinato estuvieran relacionados, y es ahí donde Santana y Salinas habían podido unir sus fuerzas para una investigación común.

El inspector Salinas era un hombre que debía rondar los cincuenta, y al que la monotonía de su trabajo le había avinagrado el carácter. En cambio, su seriedad y rectitud eran del agrado de Santana, al que le gustaban los policías que eran capaces de ejercer su trabajo con profesionalidad, rigor y sin perder el tiempo en nimiedades.

—Por supuesto que te recuerdo —contestó Santana—. ¿Cómo va todo por inmigración? ¿Ya te han dado el diploma por contar pateras con prismáticos desde el aire acondicionado de tu despacho?

—Va como siempre— bufó—. Estoy en esa bonita etapa donde los informes se acumulan como churros, pero el reconocimiento se queda atascado en alguna playa de Níjar. Demasiado trabajo, pocos medios y muchos despachos opinando desde muy lejos del puerto.

—Veo que no has perdido la fe en el sistema —añadió Santana.

—Ni tú el sentido del humor —replicó Salinas—. Pero oye, mientras nadie se ahogue y el Excel cuadre, aquí paz y después gloria.

Santana asintió, dejando unos segundos de silencio al otro lado de la línea, como quien sabe que hay cosas que no hace falta adornar con palabras.

—Lo digo en serio, Salinas… vuestro trabajo no está pagado —dijo con verdadera admiración—. Ahora me pillas llegando a Mojácar para un asunto importante relacionado con una investigación. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿La exhumación del hijo de Emma Luque?

Santana se quedó bastante sorprendido, pero antes de que pudiera decir nada, Salinas se adelantó explicando el motivo de su llamada.

—Es justo por eso por lo que te llamaba.

—Tú dirás.

—Llevamos tiempo tratando de desarticular una organización criminal encargada del tráfico de migrantes en colaboración con algunas células matriz en distintos países.

—Suena a dinero sucio a espuertas.

—Ya sabes, los cabecillas cobraban a los migrantes hasta 10 mil euros por barba para el tránsito a nuestro país en embarcaciones rápidas. Por supuesto, embarcaciones desprovistas de cualquier medida de seguridad, agua o comida. Algunas veces incluso usando la violencia contra las personas que llevaban a bordo. En este momento tenemos pruebas más que suficientes para echarles abajo el negocio que tienen montado.

—Entiendo, pero… ¿Tenemos algo que ver nosotros con todo eso?

—No directamente. Pero hay una cosa que he creído que podías necesitar saber. Se trata de la persona que hacía de enlace en España con la organización criminal —Salinas hizo una pausa para que Santana asimilara aquella información. La mente de

sabueso de este no tardó en encajar la pieza en su lugar correspondiente.

—Mamadou Salas —afirmó Santana.

—Efectivamente. Era la persona encargada de recepcionar a los emigrantes cuando llegaban a tierra sin ser detectados por nosotros. Los trasladaba por carretera hasta pisos de seguridad donde se alojaban unos días, y les hablaba de información muy valiosa para ellos aquí: como la forma de obtener la residencia o las ayudas que podían obtener.

—Alguna sospecha teníamos en ese sentido. De hecho, fue un compañero tuyo el que nos lo contó hace ya unos días.

—Pues ahora viene lo más interesante —dijo Salinas—. Para vosotros claro.

La cabeza de Santana trabajaba tratando de adivinar si había alguna información que pudiera serle útil en el momento actual en el que tenían la investigación. Ya lo habían descartado como autor material de las muertes en las que trabajaban. Mamadou podía ser un completo capullo, un machista, un delincuente, una persona violenta si me apuras, pero no un asesino. Es más, a esas alturas estaban bastante convencidos de que el motivo de aquellas muertes tenía que ver no con la inmigración, sino con los hijos que las madres por algún motivo entregaban en adopción y que parecía que removía el pasado de la asesina.

De repente, un destello de lucidez pareció recorrer como un rayo la mente de Santana, dotándolo con la clarividencia necesaria para intuir lo que podía querer decirle Salinas.

—Santana, ¿sigues ahí? —preguntó Salinas al ver el silencio de este.

—Sí, sí, perdona —respondió volviendo a conectar su mente al mundo terrenal—. Sólo pensaba en lo que me decías. ¿Qué era eso que me ibas a contar?

—Hemos tenido pinchada cualquier vía de comunicación de Mamadou. Siempre solía hablar en clave y con números imposibles de rastrear. Pero estamos plenamente convencidos de que había ocasiones en las que volvía a contactar con algunos de esos inmigrantes.

—Continúa —le animó Santana a seguir.

—Por lo que hemos podido deducir de las conversaciones, si alguno de los recién llegados era una mujer embarazada, le ofrecía una buena suma de dinero a cambio de entregar a su bebé al dar a luz, acabando de un plumazo con sus problemas económicos y dándoles la oportunidad de comenzar una vida nueva en España.

—¡Joder! —exclamó Santana llevándose la mano a la boca.

—El caso es que te llamaba, además de para decirte esto, para informarte de que hoy es el día en que vamos a reventar la bomba de nuestro operativo. Tenemos los nombres de los cabecillas de la organización, y por supuesto, el de Mamadou, todo bien cerradito para que pasen un buen tiempo en la trena.

—Entiendo —asintió Santana—. Y os ha llegado que hoy estará presente en la exhumación del cuerpo de su hijo.

—Exacto. Os dejaremos trabajar, y estaremos preparados para cuando termine la exhumación comenzar con las detenciones en diferentes puntos de forma coordinada.

—¡Joder, Salinas! ¡Pero si lo detenéis ahora puede que se nos escape una pieza fundamental de nuestra investigación! ¡No podéis hacerlo todavía! Dame unos días y…

—No te he llamado para pedirte permiso, Santana —le interrumpió de forma seca—. Solo te he llamado por deferencia profesional, por respeto al tiempo que hemos trabajado juntos.

Santana sabía que no tenía salida, que si aquel operativo estaba ya tan avanzado como para que los que mandan hayan decidido hacerlo saltar por los aires en el día de hoy, poco podía hacer él, un simple inspector de homicidios.

—Lo comprendo —aceptó Santana—. Pero al menos, permíteme que tenga una charla con él antes de que esté entre rejas y cierre la boca para siempre.

—No sé si te servirá de algo, pero si quieres intentarlo, por mi que no quede.

—Te lo agradezco.

—Suerte con lo vuestro —le dijo Salinas antes de cortar la llamada.

La exhumación de un cadáver era un procedimiento delicado y sumamente regulado que requería de un despliegue de medios importante; por un lado, una vez pasado el difícil escollo de la aceptación de un juez que la pusiera en funcionamiento, era necesaria una autorización sanitaria expresa para poder cumplir con unas condiciones higiénicas muy claras con el fin de evitar riesgos para la salud pública; por otro lado, la formación de un equipo técnico pericial, que estaba compuesto por un antropólogo forense, un médico forense, que en este caso era Valeria Nieto la que ejercía como tal, miembros de la policía científica y, por supuesto, por encima de todos ellos, la jueza que llevaba el caso para dirigir aquel cotarro. Por si todo esto fuera poco, estaba el cuidado de la parte emocional de la familia, aunque en este caso todo era mucho más sencillo en ese aspecto, pues solo Mamadou iba a acudir a la exhumación como padre de la criatura, ya que los padres de Emma no habían querido saber nada del asunto. Santana creía que más que por el aspecto emocional, Mamadou acudía por las dudas que en él le había generado la sargento Guerrero durante su entrevista, ignorante de que probablemente fuese la última vez que viera la luz del sol en un buen periodo de tiempo.

El cementerio de San Agustín en Mojácar era un gran espacio al aire libre lleno de zonas ajardinadas y parques de arbolado cuidados con esmero y que daban al recinto un aspecto de lo más saneado. Tras entrar por la puerta principal, Santana y los suyos accedieron a una calle de piedra en la que los diferentes módulos repletos de lápidas sencillas se iban sucediendo mientras caminaban. Mientras buscaban el lugar de reunión dentro de aquel recinto, Santana pudo observar como unos operarios trabajaban en tareas de mantenimiento mientras otros parecían realizar algún tipo de construcción.

—Buenas tardes —dijo Santana al pasar por su lado.

—Hola —los saludó uno de ellos tras sacar la cabeza de una abertura en la pared.

—¿Cómo va la jornada de trabajo?

—Ya ve —contestó otro de ellos—. De puta madre. Este cementerio se queda pequeño cada año. Así que nos toca ampliar las habitaciones de hotel.

Santana paseó su mirada por los nichos leyendo algunos de los nombres de las personas que allí descansaban: Frederick Mooney, Win Wells, Henry Higgins, Paul Beckett…

—Toda esta gente no parece muy natural de Mojácar.

—Claro que no —dijo el operario—. La mayor parte son ingleses que eligieron Mojácar como su lugar de disfrute en los años 60. Algunos son celebridades de la época, ¿sabe?

—Pues les estáis dejando un resort de lo más apañado, hacen ustedes muy buen trabajo.

—Muchas gracias —agradeció el operario con una sonrisa a la que faltaban varias piezas dentales—. ¿Están buscando el lugar de la exhumación?

—Sí —cabeceó Santana —. ¿Podría indicarnos dónde es?

—Hace un rato que pasó la comitiva policial con una mujer bien vestida y repeinada que juraba en arameo todo el rato —dijo mientras apretaba los labios y con los dedos de ambas manos se cogía el cuello de la camiseta mientras comenzaba a balancearse de un lado a otro haciendo una imitación de la forma de andar de aquella mujer —. Están al fondo. Supongo que usted es Santana.

—¿Cómo lo sabe?

—Esos juramentos en arameo siempre acababan con su nombre, y es el que faltaba por llegar. Así que solo he tenido que sumar dos más dos.

A la cabeza de Santana le vino enseguida la imagen de la jueza que llevaba el caso. Una mujer de pocas efusiones alegres a la que Santana había puesto aquella tarde una incómoda piedra en el zapato.

—Jefe, no sé qué le has dado, pero la tienes comiendo de tu mano —dijo Jáuregui, guiñándole un ojo.

—Tengo un arte muy pobre para la seducción de jueces. Espero que encontremos lo que buscamos… si no quiero que su señoría acabe usándome de felpudo judicial.

—O, mejor dicho, que no lo encontremos —puntualizó Guerrero.

Cinco minutos después, Santana y los demás se reunieron con el resto del equipo pericial, que permanecía en círculo alrededor de uno de los nichos mientras un trabajador lo rompía a golpe de martillo.

—Llegas tarde —dijo la jueza sin rodeos—. Espero que no le importe a vuecencia que hayamos empezado.

—Disculpe, señoría —respondió Santana, agachando la cabeza avergonzado—. Han surgido avances en el caso que nos han retenido más de lo previsto. Le agradezco enormemente que nos haya permitido hacer esto.

—Más te vale ponerme al día en cuanto terminemos. —replicó ella, y con un leve movimiento de cabeza indicó al sepulturero que continuara con la exhumación.

Santana se acercó a Guerrero y le susurró al oído:

—Clase número 1 de psicología judicial para maderos: Haz que el juez sienta que es el que manda.

Mientras el sepulturero acababa de romper el cerramiento de la lápida en la que se podía leer: Omar Salas Luque, Santana observaba a Mamadou, que nervioso cambiaba continuamente el peso del cuerpo de una pierna a otra sin apartar la mirada ni un momento del supuesto lugar de descanso de su hijo. Por el rabillo del ojo podía ver como algunas personas vestidas de paisano iban tomando posiciones en los alrededores.

Tras el último martillazo, la losa crujió como si se resistiera a desvelar un secreto enterrado. El sepulturero retiró con cuidado el cerramiento y, con la ayuda de un compañero, comenzó a extraer del nicho un pequeño ataúd de madera de pino. La madera era pálida, sin tratar, tosca. Una caja humilde para lo que se suponía era el último hogar de un recién nacido.

El aire parecía detenerse. Nadie hablaba. Nadie respiraba con normalidad.

La jueza hizo un leve gesto con la barbilla. El sepulturero asintió, posó los dedos sobre la tapa del ataúd y, tras un parpadeo casi imperceptible, la abrió lentamente. El chirrido de la madera al ceder sonó como un grito contenido. Todos dieron un paso al frente con el estómago encogido. Santana sintió que su corazón marcaba los segundos como un metrónomo a punto de romperse.

Silencio. Más silencio. Después, una frase que cayó como plomo al suelo:

—Aquí no hay nada —murmuró el sepulturero con la voz rota por la incredulidad—. Está vacío.

Mamadou se echó las manos a la cabeza y se desplomó en el suelo, como si un francotirador le hubiera alcanzado con un disparo certero. Santana lo observó en silencio, dándole vueltas al papel que estaba interpretando. Era imposible que, después de lo que le había contado el inspector Salinas, ese hombre no supiera cuál había sido el destino de su hijo. Más aún, teniendo en cuenta su vinculación con esas mafias, lo más probable era que fuera él mismo quien hubiera sugerido a Emma qué hacer con el bebé que no deseaban.

—Parece que tu corazonada estaba en lo cierto, Santana —le dijo la jueza.

—Con todo respeto, señoría. Las corazonadas para mí son para las telenovelas baratas. Era más bien un razonamiento no demostrado. Yo estaba seguro de que aquí no encontraríamos nada.

—Un razonamiento certero, desde luego. Esto nos sitúa en… prosiguió la jueza, hasta que una voz a su espalda la interrumpió.

—Si hay algo —dijo Blanco rompiendo su silencio.

Atónito, Santana se quedó mirándolo mientras este se acercaba más al féretro

—¿De qué estás hablando? —preguntó la jueza con el ceño fruncido.

Blanco no respondió. Alargó la mano y comenzó a pasar un dedo por la madera en su cara interior, rascando para quitar los restos de tierra allí acumulada.

Allí comenzó a aparecer tallada en la madera unas letras que decía: **"**Enix"**.** Blanco no se detuvo aquí y continuó eliminando tierra y polvo junto a las letras que acababan de aparecer. Un símbolo apareció ante ellos. Era un símbolo con una figura humana con los brazos extendidos y un arco sobre sus manos, o eso parecía, porque en esa figura los brazos estaban sustituidos por dos serpientes. A Santana inmediatamente le vino a la cabeza la similitud de las serpientes con la encontrada en el símbolo celta de la maternidad, aquello no podía estar allí por azar.

—¿De qué me suena este símbolo? —preguntó un Santana todavía sorprendido por el hallazgo.

Guerrero soltó una carcajada a su lado que hizo que todos los presentes depositaran sus miradas en ella. Tal vez no era el momento más adecuado para risas.

—Anda, jefe… que no seas de aquí se entiende, pero lo del "Indalo" es de primero de almeriensismo —le susurró con media sonrisa.

—¿Un qué? —preguntó Santana atónito.

—Un Indalo —repitió—. Es el símbolo más representativo de Almería.

—Pues ya que eres tan docta en esta tierra que no es la que he mamado desde pequeño, supongo que también sabrás decirme que tiene que ver esa palabra con el Indalo.

Guerrero disfrutaba con aquellas pequeñas batallas, pero no era cuestión de dejar en mal lugar a su jefe delante de la jueza y el resto de los presentes, así que puso los brazos en jarra y se encogió de hombros.

—Tal vez Valeria…

La doctora Nieto, que observaba detenidamente el cerramiento del ataúd, captó la intención de Guerrero y no dudó en ayudar a su compañera a salir del paso.

—La relación que puede tener en este caso no sabría decirlo con seguridad —comenzó a decir entornando los ojos

mientras observaba a apenas unos centímetros de distancia con el féretro—. Pero hay dos cosas que sí sé: Enix es un pueblo del poniente almeriense, está dentro de la Sierra de Gádor.

—¿Y la otra cosa? —le animó Santana a continuar.

—Lo otro que sé es que el cerramiento de este ataúd ha sido forzado recientemente.

Tal y como estaba planeado, unos minutos después, el operativo del inspector Salinas se puso en marcha ante las caras de perplejidad y desconcierto de la mayoría de los presentes, que no entendían lo que ocurría. Santana se acercó a la jueza para explicarle en voz baja lo que estaba sucediendo mientras varios policías rodeaban a Mamadou, que aún tumbado boca abajo en el suelo, apenas pudo poner oposición. Del asombro inicial por lo repentino del momento, la actitud de Mamadou dio paso a la exaltación que esperaban, profiriendo gritos e improperios contra todo el mundo mientras uno de los policías, con la rodilla apoyada en la espalda de este, juntaba sus manos para ponerle las esposas.

TERCERA PARTE

La niña ha estado enferma. Un resfriado que le había provocado fiebre y la ha dejado postrada en la cama sin que nadie se ocupe de ella. Es muy posible que todo viniera del frío que había pasado hace unos días atrás. La habían obligado a pasar la noche a la intemperie únicamente vestida con un pijama andrajoso que ya le quedaba rabicorto de mangas. Había sido una noche espantosa. Cuando sucumbía rendida por la fiebre y entraba en un duermevela ligero, aún podía oír los gritos y llantos de los otros trebejos, así los llamaban, entremezclados con los ruidos de los jabalíes que bajaban por la montaña a buscar comida en la oscuridad de la noche. Algunos no aguantaron. No conocía el nombre de ninguno de ellos. A madre no le gustaba que intentara intercambiar con ellos una sola palabra, y jamás había osado llevarle la contraria, ni siquiera cuando le obligaba a pelear contra los demás. Sabía lo que le ocurría a los que lo hacían y el pánico que le inspiraba era enorme. No eran pocos los niños que ese hombre de máscara plateada que venía de vez en cuando se llevaba para siempre. Ese hombre daba auténtico miedo, mucho más que todo lo que le había tocado vivir allí.

Las reglas que madre imponía eran claras y una sobresalía por encima del resto: Sobrevive.

No conocía otra vida, había crecido entre las paredes de aquel caserón en medio de la nada, entre gritos, golpes y miedo, sobre todo miedo. Pero ese miedo también le infundía valor, y aunque ahora se sintiera débil por la fiebre, eso estaba haciendo que cada día que conseguía ver la luz del sol fuera una victoria que la hacía un poco más fuerte. Eso era bueno, porque había muchos momentos en que había pensado que, si alguna vez enfermaba de verdad, moriría sin siquiera haber tenido la oportunidad de que la visite un médico. Es por eso que hacía todo lo que madre le decía. Había días que necesitaba descargar la rabia que acumulaba en su interior, y explotaba contra todo lo que la rodeaba. Madre sonreía al verla hacerlo y siempre repetía las mismas palabras:

"Vas a ser una reina estupenda, eres mi mayor esperanza".

La niña no sabe lo que quiere decir, pero si hacer feliz a madre podía hacer que algún día acabara todo ese sufrimiento, iba a hacer lo que fuera necesario, porque más allá del dolor, del hambre, la sed o el frío, lo peor era perder la esperanza en que algún día su suerte cambiara y le permitieran salir de allí. Los había oído hablar en ocasiones acerca de la posibilidad de estar preparados para abandonar aquel caserón que era lo único que conocía, y pensaba agarrarse a esa

posibilidad con uñas y dientes, aunque para ello tuviera que ser la más fuerte entre todos los trebejos. Esa esperanza en su corazón carente ya de emociones era lo que la mantenía con vida.

La niña se levantó con esfuerzo de la cama, le dolía todo el cuerpo, pero especialmente el bajo vientre, como un calambre pulsátil que se extendía hasta sus piernas. Miró a través de la ventana de su habitación, esa que al igual que la puerta, siempre estaba cerrada con candado. Era de noche, el reflejo de la ventana le devolvía una imagen que apenas reconocía, tenía el pómulo ligeramente hinchado y de él había emanado un fino hilo de sangre que había manchado el cuello de su pijama.

—¿Cuándo conseguiré ser esa reina de la que madre habla? —murmuró en voz baja.

El dolor volvió como una descarga eléctrica que le hizo retorcerse durante unos segundos.

A veces había deseado que su corazón pudiera sentir cualquier otra cosa que no fuera odio, rabia o agresividad. Intentar ser una niña normal. Pero, ¿cómo iba a ser normal una niña en una casa en la que la mayor muestra de cariño era que te felicitaran por haber cosido a golpes a uno de los otros trebejos?

De repente se sintió húmeda.

¿Acaso estaba tan enferma que no podía controlar siquiera sus esfínteres?

Fue hasta el baño y bajó su ropa interior para asearse, pero allí no había orina alguna. Le sorprendió encontrar su braguita manchada de sangre.

Aquella niña no sabía que en ese momento había dejado de serlo.

XIII

ALFIL A B5

Estaba siendo demasiado fácil.

Un plan de la magnitud de "Rey de Cristal" debería estar siendo mucho más complicado. Al fin y al cabo, estaba consiguiendo un logro jamás visto en España. Limpiar este país de aquellos que se hacen llamar padres y madres por el simple hecho de haber conseguido que un óvulo y un espermatozoide se unan.

Cuando acabe mi proyecto, este mundo será mucho mejor a como es ahora, y desde luego, infinitamente mejor a como yo lo encontré cuando nací.

Que nadie lo hubiera hecho antes, indicaba que el mundo estaba mucho más podrido de lo que parecía. Mucha gente calla las atrocidades que se cometen por un interés propio: ya sea por dinero, por seguir ascendiendo en su trabajo, porque hablar te hace impopular ante otros o, simplemente porque no hablar te beneficia por cualquier otra razón. Hacer que actos oscuros de esa magnitud puedan salir a la luz me estimulaba como una bebida energética. Tal vez, para otras personas de un intelecto inferior al mío o menor capacidad de concentración, mi proyecto podría resultar arduo y desalentador, pero no para mí, no con la claridad y la lucidez que he podido desarrollar todos estos años. No con todo lo que me ha tocado vivir.

A veces me pregunto si alguien más habría sido capaz de ver lo que yo he visto. De sostener la mirada ante la verdad sin apartarse, sin huir. Pero la mayoría vive con una venda atada con lazos de miedo, de hipocresía, de normas huecas. No me sorprende que me persigan; lo haría cualquiera que no entienda el valor de

enfrentarse a la podredumbre con las manos manchadas de determinación.

Sí, es cierto que están esos policías que buscan encontrarme, pero eso es algo que esperaba y que me anima a la confrontación. Hacer chocar nuestras mentes en una nueva batalla, una más entre tantas que he librado en esta vida, no es algo que vaya a tratar de rehuir. No espero que puedan entender la importancia de lo que hago, eso sería pedir demasiado, pero nada ni nadie podrá impedir que culmine este proyecto. Aunque este maldito mundo dista mucho de ser perfecto, siempre habrá pros y contras. Pero son las ventajas las que me impulsan con todas mis fuerzas a desear que llegue el momento de volver a actuar. Esa es la realidad. Hoy daremos un nuevo paso de mi plan.

Cada vez que limpio mi martillo, recuerdo la primera vez que lo empuñé. No fue sobre una víctima, aún no. Fue en aquel sótano, golpeando la pared hasta que mis nudillos sangraron, buscando abrir un hueco por donde escapar. Aquel martillo no era un arma, era una promesa. Ahora, es justicia

Así que, como siempre hago, lo limpiaré; utilizaré una lima de molino para refinar los bordes, lo untaré de una fina capa de barniz para proteger la madera y conservar su resistencia a largo plazo; prepararé el nitrógeno líquido para que la marca sea lo más limpia y pura posible… y me dispondré a hacer caer el alfil en esta partida de ajedrez. Tranquilo, mi querido alfil, Ningún hueso se quiebra con tanto dolor como lo hiciste tú, con aquella que creció dentro de ti.

Por eso eres merecedora de ser mi alfil. Hay ajedrecistas que relativizan su importancia y que incluso están dispuestos a sacrificarlos como parte de su estrategia, pero para mi no eres una figura menor, sino que tu forma de vida puede hacer que seas un arma muy potente que continúe atacando y amenazando desde la distancia la existencia en este mundo como yo la entiendo. Es por eso que veo necesario despejar ese camino diagonal que recorres eliminando tu pieza, porque al igual que el alfil, siempre te mueves en el mismo color y seguirás haciéndolo si no pongo remedio.

Siempre en diagonal, como quien nunca da la cara. Como quien hiere de forma sesgada, sin asumir del todo las consecuencias. Ese es tu trayecto, alfil. Siempre lo ha sido. Una existencia que corta sin hacerse notar, pero que deja cicatrices invisibles en quien se atreve a mirarte de frente.

Alfil a B5.

XIV

MI VERDAD

El lugar que propuso Fátima Al-Husayni para llevar a cabo la conversación con Santana fue un inmenso parque en Almería capital. Un amplio espacio recreativo y de ocio de carácter infantil y familiar en el que había distintas áreas de juegos infantiles como principal pieza de su composición.

Santana aparcó el coche junto a un restaurante de amplias cristaleras que conducía a la entrada del parque. Él y Guerrero bajaron del coche y de inmediato notó un aroma en el aire. Mientras pugnaba por definirlo, vio como una mujer llamaba su atención con el brazo en alto desde el otro lado del parque.

Caminaron hacia ella atravesando una zona destinada al cine. Varios niños se divertían escalando en el rocódromo y en varios juegos destinados al séptimo arte y a las películas del Oeste que tanto habían marcado esta ciudad.

Fátima Al-Husayni se encontraba sentada en un banco en una zona del parque totalmente distinta. La que representaba Cabo de Gata y el Mar Mediterráneo. Un barco enorme presidía aquella área, con su faro y su red de pescadores que hacían las delicias de los más pequeños.

Fátima tenía un aspecto mucho más descuidado y alicaído de lo que recordaba del programa de televisión. Estaba sumamente delgada e iba vestida con ropa de campo: un pantalón de chándal plagado de manchas y un forro polar que no parecía ir en consonancia con la temperatura en aquella época del año.

—¿Habéis visto todos esos niños que juegan despreocupados ante la atenta mirada de sus padres? —dijo. Su voz

era calmada, sosegada y tan agradable como le había parecido por teléfono.

—Te agradezco que hayas venido desde Granada hasta aquí para hablar con nosotros.

Fátima continuó hablando con la mirada fija en un suelo ondulado que simulaba las olas del mar, como si no hubiera escuchado ni una sola palabra de lo que Santana le había dicho:

—Todos tienen unos padres que se preocupan por ellos, que acuden a su ayuda si se caen y se hacen daño, que están pendientes de que no se salgan de este recinto o que algún desalmado venga y pueda llevárselos.

Hubo un largo silencio que rompió Santana.

—Has elegido este sitio porque te recuerda esa infancia que te hubiera gustado tener, ¿verdad?

Fátima miró un instante a Santana, pero rehuyó rápidamente su mirada y se volvió a concentrar en los niños que descendían por la proa del barco deslizándose a través de un tubo de acero.

—Mis padres adoptivos hicieron lo que pudieron. Era una familia pudiente y acomodada que no escatimó en recursos para brindarme el abanico de posibilidades que su dinero podía ofrecerme.

—Supongo dadas las circunstancias que el dinero por sí solo no fue suficiente.

Esta vez, Fátima sostuvo la mirada de Santana.

—El dinero no te arropa cuando lloras por las noches, ni te cura la fiebre, ni te dice "todo irá bien" cuando se te rompe el alma en el colegio. —Fátima negó con vehemencia con la cabeza—. ¡No! El dinero no da el cariño que hace que un niño se sienta querido. Solo eso puede cambiar una infancia.

—¿Es por eso que buscas a tus padres biológicos?

Fátima seguía negando repetidamente con la cabeza.

—Eso vino mucho después. Después de sentir durante años que no estaba en el lugar correcto, de convivir con la crueldad de que los niños me consideraran un bicho raro, de crecer en una casa en la que la mayor preocupación era si ese día habían subido las

acciones en la bolsa, sin siquiera molestarse unos minutos al día para conocer cómo estaba su hija.

—No puedo ni imaginar el dolor por el que tuviste que pasar —intervino Guerrero con voz suave—. Tu infancia… tuvo que ser un auténtico infierno. Pero no puedo evitar preguntarme… ¿por qué ahora? ¿Por qué no lo hiciste años atrás, cuando supiste que eras adoptada?

—Por muchas razones… pero sobre todo por miedo. Miedo a lo que pudiera encontrar. Mi padre adoptivo se encargó de dejar claro que indagar era estúpido, peligroso… y que si lo hacía, estaría sola. Por otro lado, al principio tampoco tenía claro que quisiera conocer a las personas que un día decidieron que no me querían y me entregaran a esa puñetera familia como el que dona una bolsa de ropa que ya no necesita —explicaba Fátima mientras una lágrima descendía por su rostro hasta finalmente caer al suelo—. ¿Os hacéis una idea de lo duro que es vivir con eso?

Santana se acercó hasta ella y se sentó a su lado, fijando su mirada en el mismo punto del parque en el que los ojos de Fátima apuntaban.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso.

—Hum.

—¿Qué ha cambiado para que estés buscando a tus padres biológicos?

En el rostro de Fátima, una ola de determinación había reemplazado al aspecto frágil y cansado que presentaba.

—Quiero respuestas —dijo de forma tajante—. Necesito saber que pudo motivarlos a hacer algo así. No quiero vivir en una continua e ignorante vida de mentira.

Santana hizo una pausa, aguardó unos instantes mirando a Guerrero, calibrando en los ojos de esta la elección de las palabras adecuadas.

—No quiero darte falsas esperanzas ni generar unas expectativas que probablemente no podamos cumplir —empezó a decir—. Pero si me he reunido hoy contigo es porque tu pasado nos interesa mucho en relación a un caso que investigamos.

—Ya.

—Es por eso que necesitamos saber todo lo que puedas recordar de tus años antes de ser adoptada, cualquier detalle podría ser importante—volvió a intervenir Guerrero—. Tal vez al final de nuestro caso estemos en disposición de darte las respuestas que buscas.

Fátima se humedeció los labios con la punta de la lengua, luego se frotó con el pulgar y el índice como para secárselos otra vez. Su vista pasó de los niños del parque a la cara de Guerrero.

—Era demasiado pequeña, apenas tengo recuerdo de nada.

—¿Nada de nada?

—Con el poco tiempo que estuve y lo bebé que era, mis padres adoptivos estaban seguros que sería algo que al poco olvidaría y sería un episodio anecdótico en mi vida. Haríamos una vida normal y sería la hija que siempre habían deseado.

—Sin embargo, hay algún recuerdo que no se ha ido de tu cabeza como se esperaba, ¿verdad?

Fátima se retiró con el dedo índice una nueva lágrima que comenzaba a brotar de uno de sus ojos.

—Por alguna razón, mi mente no ha conseguido desprenderse de algunas imágenes —Fátima hizo una pausa para respirar hondo—. Tengo un vago recuerdo de estar en una casa grande y vieja rodeada de montañas. Al principio pensaba que solo era producto de mi imaginación. Imágenes que mi mente había creado por sí sola. Pero un día, mi madre adoptiva —harta de verme siempre triste— me confesó la verdad a espaldas de mi padre: era adoptada. Y entonces, aquellas imágenes comenzaron a cobrar sentido. Fue ella quien me dijo que, si quería respuestas, debía buscarlas en Almería. Pero también me advirtió que era demasiado peligroso. Que debía olvidarme de todo, y tratar de ser feliz con la familia que me había criado.

Guerrero se pasó una mano por la frente, con los ojos clavados en el suelo ondulado que simulaba las olas del mar.

—A veces el mayor miedo no es descubrir la verdad —dijo en voz baja—, sino tener que aceptar que siempre estuvo ahí, y que nadie la quiso mirar.

Fátima cerró los ojos mientras lo relataba, probablemente aquellas imágenes se estaban viviendo de forma nítida en su cabeza en esos momentos.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo Santana con una sonrisa sincera y un leve asentimiento—, nos estás siendo de muchísima ayuda.

Guerrero asintió en silencio, pero luego dijo con firmeza:

—Estás más cerca de la verdad de lo que piensas, Fátima. Y a veces, la verdad es lo único que nos devuelve el control.

Su cara se había transformado ya en un mar de lágrimas y los rasgos de su rostro parecían una condena sin fin de dolor que necesitaba que alguien apaciguara.

—¿Te dijo tu madre adoptiva por qué era peligroso que supieras tu pasado?

Fátima negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero eso no me piensa detener. No tengo miedo de nadie. Es como si fuera un paciente con un cáncer terminal que necesita ser extirpado. Que más me da que sea peligroso si voy a morir igualmente si no lo hago.

Aquella frase lapidaria hizo que a Santana le recorriera un escalofrío por el cuerpo.

¿Qué demonios le hacían donde quiera que estuvieran antes de ser adoptados para que no haya conseguido apartar su pasado en todos estos años?

—¿Hay algo más que recuerdes? —preguntó Guerrero—. Cualquier cosa que nos cuentes, por pequeña que sea, puede ser fundamental para nosotros.

Fátima lo pensó un momento.

—Gritos —concluyó—. Solo recuerdo que siempre había gritos y…

Guerrero la miró en silencio y la animó a continuar con un gesto de su cabeza. Cuando ella volvió a hablar, su tono era de cansancio.

—No estoy segura de ello. Puede que no sea relevante y mi mente simplemente haya llenado el vacío con alguna imagen que no sea real. Todos lo hacemos, ¿verdad? Tener vívidos recuerdos de

cosas que en realidad no has visto, simplemente porque lo has imaginado.

Santana asintió.

—Podría ser, pero no te preocupes por eso —le dijo Guerrero—. Aquí mi compañero es todo un especialista en clasificar qué información es valiosa y cuál no.

Guerrero añadió entonces, con un matiz distinto en la voz:

Y a veces la mente no inventa recuerdos…solo protege. Lo que tienes ahí dentro, aunque borroso, puede ser real. Y puede ser importante.

Fátima pareció pensarlo un momento más.

—Un símbolo.

—¿Cómo dices?

—Recuerdo que en algún lugar de aquel sitio había un símbolo.

—¿Recuerdas cómo era?

—Llevo toda la vida recordándolo —le respondió mientras sacaba del bolsillo de su forro polar un papel arrugado y doblado por la mitad.

Santana cogió el papel, vio la imagen que Fátima había dibujado en él y sin decir nada se lo pasó a Guerrero.

—Un Indalo —confirmó su compañera.

En el corto trayecto de vuelta hasta el edificio de la brigada de homicidios. Santana condujo en silencio repasando mentalmente lo que había dado de sí el día: la detención de Mamadou y su relación con una organización que se dedicaba a comprar bebés de familias desestructuradas o en problemas económicos; la exhumación del cuerpo del hijo de Emma Luque, que les confirmaba que a algunos de esos bebés se les simulaba un entierro para hacer creer que habían fallecido. Pero, sin lugar a dudas, de entre toda aquella información, la más importante parecía ser ese Indalo que habían encontrado en el interior del féretro durante la exhumación junto a la palabra "Enix". El mismo símbolo que Fátima recordaba del lugar en el que había estado antes de ser adoptada.

Santana no paraba de darle vueltas a varias preguntas:

"¿Quién ha abierto el féretro?"

"¿Quién ha tallado allí esos símbolos?"

"¿Había alguna posibilidad de que la persona que abriera el féretro se hubiera llevado los restos para que lo encontraran vacío y posteriormente dejarles allí ese señuelo?"

No tenía una respuesta totalmente segura, pero que el Indalo contuviera la imagen de una serpiente de la misma forma que aparecía en el símbolo celta de la maternidad criogenizado en el cuerpo de las víctimas elevaba el porcentaje de posibilidades de un nombre.

El propio "Asesino del Ajedrez".

Otra de las cosas de las que Santana comenzaba a estar seguro era que quien quiera que hubiera abierto el cerramiento del féretro del hijo de Emma Luque querían que encontraran aquella inscripción.

Pensó en pedirle a Fátima que le permitiera hablar con sus padres adoptivos, con la esperanza de obtener alguna información sobre el proceso por el que pasaron para adoptarla. Sin embargo, dudaba que lograra gran cosa: le habían dejado claro a Fátima que debía olvidar ese asunto, y, además, si aquellas personas eran tan peligrosas como parecían, incluso podría estar poniéndolos en riesgo al hacer que hablaran. Sus pensamientos lo dejaron exhausto.

Mientras metía el coche en el garaje de la brigada de homicidios vio un CD que sobresalía del reproductor de música. Lo metió con la esperanza de distraerse. Enseguida sonó una música que reconoció al instante: un par de voces inconfundibles, acompañadas de guitarra eléctrica, batería y una armónica.

De todas las canciones que tenía el grupo musical "Maná", aquella que se llamaba "Mi verdad" y que cantaba en colaboración con "Shakira" era de sus favoritas. Recordaba perfectamente cómo su exmujer le había regalado ese CD intentando convencerlo para que lo acompañara a uno de sus conciertos. Nunca llegó a hacerlo,

pero desde entonces el grupo se convirtió en uno de los pocos que realmente disfrutaba escuchar.

Hay engaños que por años

Ocultaron la verdad
Haciendo mucho daño
Ay, yo me voy a refugiar
A la tierra de tu amor (Mi verdad)

Tu eres mi amor, mi alegría
La verdad de mi vida
Mi bebé que me salta a los brazos de prisa
Tú eres mi refugio y mi verdad.

Santana escuchó la letra con atención lamentando no haberse parado a oírla más detenidamente antes. Le hizo preguntarse si habría más niños que en ese preciso momento estuvieran pasando por ese dolor del que hablaba Fátima. Si había más bebés que mientras él escuchaba esa canción estuvieran siendo entregados a esa organización mafiosa que podía estar comerciando con ellos.

Necesitaba encontrar ese sitio en Enix y necesitaba hacerlo urgentemente.

Puede que estén a tiempo de salvar la vida de Dios sabe cuántos niños.

Mientras Guerrero tarareaba el estribillo de la canción, el móvil de Santana sonó mezclando ambas melodías. El identificador de llamada decía "Eva Bayona".

—Dime, Eva.

—¡Julián! —la voz de Bayona sonaba desesperada—. ¡Se lo han cargado! ¡Joder, se lo han…!

—¡Un momento, Eva! —Santana tardó un momento en centrarse en lo que acababa de oír—. ¿A quién se han cargado?

—¿A quién va a ser? ¡A Rafael Arvelo!

Santana trató de tragar saliva, pero el nudo que se le acababa de formar en la garganta le impedía el paso.

—¡Mierda! ¿Pero cómo…?

—Vine a vigilar a Rafael tal y como me pediste. Esperé dentro del coche en la calle de enfrente durante varias horas, pero en esa casa no había movimiento alguno, lo que me extrañó muchísimo, porque su coche estaba en la puerta y la mañana estaba avanzada. ¿Quién no sale ni siquiera a comprar o…?

—¡Alto! ¡Alto, Eva! ¡No te desvíes! —la interrumpió Santana —. No había movimiento. ¿Qué ocurrió después?

—Aquello no me daba buena espina, jefe. Bajé del coche y me acerqué a la fachada de la casa. Las ventanas estaban cerradas y no pude ver nada del interior, así que fui hasta la entrada y pegué el oído, pero no oí nada.

—No parece que haya nada extraño en lo que cuentas, Eva. Cualquiera puede quedarse una mañana en la cama, y más después del desagradable episodio que vivió ayer.

—Lo sé, pero a mi seguía sin gustarme aquello. Estaba a punto de llamarte para informarte y preguntar si podíamos conseguir una orden para entrar en la casa, o al menos cerciorarme de si querías que continuara con la vigilancia. Pero entonces vi una pequeña mancha de sangre que sobresalía por debajo de la puerta.

Santana no pestañeaba mientras escuchaba el relato de su compañera.

—Supongo que eso cambió tu intención de llamarnos. Debiste hacerlo, podía haber sido peligroso.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Esperar a que llegarais? A Rafael se le podía estar escapando la vida mientras yo decidía si llamaros o no.

—De acuerdo, Eva. Asumo entonces que abriste la puerta. ¿Qué encontraste?

Un momento de silencio tenso.

—Rafael estaba allí tirado en el suelo. Muerto.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿No me irás a decir que se ha convertido en otra puñetera pieza de ajedrez? Eso no nos cuadra en absoluto.

—Nada de eso, jefe. Tan simple como un disparo en la frente.

—La amenaza del día anterior no era un farol —musitó con gesto serio.

Santana pensaba en el miedo que tenía Rafael Arvelo mientras les relataba la historia que acabó con la entrega de su hijo y lo reacio que era a dar información alguna acerca de aquella organización que lo recibió. Hubiera necesitado que les contase todo lo que sabía. Ahora ya era tarde. Por suerte les dio un nombre antes de morir, Serafín Cortés. Encontrar a esa persona se acababa de convertir en su prioridad. Por otro lado, la advertencia que la madre de Fátima le hizo acerca del peligro de buscar respuestas a su pasado y la negativa de esta a obedecer, la ponía con una diana en la cabeza ante las mismas personas que acababan de matar a Rafael. No podían permitirse seguir coleccionando muertes. No estaban solo ante un asesino en serie que les estaba complicando las cosas de una forma demencial, sino que encima ahora tenían que lidiar con una mafia que no dudaba en plantarle una bala en la cabeza a cualquiera que osara contar cualquier cosa que tuviera que ver con ellos.

—No te muevas de allí, Eva. Vamos enseguida.

◆ ◆ ◆

Una vez que terminaron el procedimiento habitual en casa de Rafael Arvelo, aguantaron el sermón del comisario Gunea que parecía estar al borde de perder la paciencia con ellos y pudieron levantar el cuerpo, Santana llegó a casa totalmente agotado.

Rosario lo estaba esperando con la cena hecha, pero Santana no estaba con ánimo para comer nada, se metió en la ducha y se fue directo a la cama.

Conciliar el sueño le resultó difícil. Cuando la mente de Santana estaba conectada después de medianoche, no resultaba fácil apagarla. Podía tardar horas en desprenderse de su obsesión por los problemas del día.

Llevaba al menos cuarenta y cinco minutos en la cama sin que las imágenes y preguntas del día le dieran tregua, cuando

Rosario se deslizó en silencio entre las sábanas para tumbarse a su lado. Quería hablar con ella… o al menos eso creía. No lo tenía claro.

¿Cómo contarle que su ineficacia estaba costando vidas a medida que avanzaban los días?

De repente, se dio cuenta de que quería su consejo, su orientación para salir del pantano en el cuál se estaba enfangando: un pantano compuesto por demasiadas historias que acababan mal. Quería su consejo, pero no estaba seguro de cómo pedírselo.

Ella se adelantó a Santana hablándole con la suavidad y dulzura que siempre le reconfortaba.

—No estás pudiendo pegar ojo, ¿verdad?

Santana volvió la cabeza hacia Rosario en la almohada, pero la oscuridad de la habitación hizo que esta no pudiera distinguir su expresión.

—Nada.

—Tenemos que hablar, hay algo que necesito contarte.

"Tenemos que hablar" —repitió el inspector en su mente, esa es la frase que uno nunca desearía escuchar de boca de su médico ni de su novia.

Santana se incorporó un poco en la cama para escucharla con más atención.

—Claro, lo que quieras.

Rosario se tomó un momento para elegir las palabras adecuadas.

—No estoy tan recuperada como te he hecho ver todo este tiempo —comenzó a contarle con cierta dificultad—. Después de la vida que me ha tocado vivir. Quiero decir… Durante años he estado al lado de alguien que hacía de mi vida un infierno, alguien que violaba mujeres, que me golpeaba por diversión, que me hacía sentir la peor persona del mundo. Si por si eso fuera poco, después de su muerte comencé una relación al lado de alguien que asesinaba personas por sus ideales sin que yo siquiera me percatara de ello…

Santana rodeó con su brazo a Rosario y la atrajo hacia él.

—Todo eso es pasado.

—Lo es, gracias a ti. Que me has hecho ver la vida de otra manera. Pero…—se interrumpió un momento.

—Dime.

—Lo que estoy tratando de decirte es que después de tantos años conviviendo con el mal, tengo la sensación de que hay algo dentro de mí que todavía no he conseguido borrar. Algo oscuro que aún late dentro de mí y del que no consigo deshacerme del todo. Tengo miedo, Julián, tengo miedo de no poder ofrecerte la mejor versión de mí. Ser la persona que te mereces.

—¿De qué oscuridad estás hablando?

—No sé cómo explicarlo. Es como si la parte de mi interior que ha luchado todos estos años contra ese mal se hubiera podrido en esa disputa. Durante meses ha estado ahí tratando de salir al exterior, de controlarme. Pero cuando te conocí todo eso cambió, ese enfermo está tratando de recuperarse, y va por buen camino.

—Soy consciente de ello y me hago cargo. Pero…Tú misma me dijiste que tienes derecho a vivir una nueva vida, a comenzar de nuevo a ser feliz, a vivir momentos al lado de alguien al que quieras. Y yo he llegado a tu vida para ser esa persona. Lo lograremos. Tú y yo lo haremos.

Rosario comenzó a acariciarle con el dedo índice jugando a enroscar los pelos de su pecho.

—Sólo quería que lo supieras —dijo sonriendo en la oscuridad—. Intenta descansar. Los malos seguirán ahí mañana cuando te despiertes.

—Ojalá fuera tan fácil como apagar un interruptor. Este maldito caso enfermizo me está llevando al límite de mi capacidad. Y cada día que pasa sin que consigamos resolverlo, la investigación se enreda más, sigue creciendo como una gran bola de nieve y una nueva víctima se suma a las que ya tenemos.

—Hacéis lo que podéis.

—Pues no es suficiente.

Rosario se aclaró la garganta con suavidad.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando investigabas el caso "Caronte"? ¿Cuando investigabas… —a Rosario le costaba terminar aquella frase— a mi marido?

—No sabría decirte.

—Me contaste que hacía tiempo que habías descubierto que tu labor no implicaba únicamente resolver crímenes. Si no que entre tus tareas también estaba brindar apoyo a las víctimas y sus familias. Recuerda que esto no lo haces únicamente por cazar al asesino, sino por honrar la memoria de la víctima. A mí me ayudaste enormemente mucho antes de que acabarais con Caronte. Me ofreciste la paz y la tranquilidad que necesitaba incluso cuando en mi casa estaba el propio asesino.

—Lo sé, pero es muy complicado mantener la coraza y la frialdad cuando el tiempo pasa y ves que muere otra persona, cuando ves que hay niños inocentes que pueden estar en peligro mientras trato de resolver los enigmas. A eso nadie te enseña. Esto no es una novela de ficción en la que los buenos siempre ganan, es la vida real. El infierno en estado puro, y lo más duro de todo esto es intentar que mis decisiones no afecten a una situación que ya de por sí está muy jodida.

Rosario se abrazó con más fuerza a Santana.

—Sé lo difícil que tiene que ser bajar a las cloacas y enfrentarse cara a cara con lo peor de la especie humana. Pero si hay alguien que puede hacerlo… eres tú. ¿Cuántos casos has resuelto en todos estos años?

—Dieciséis.

—Dieciséis —confirmó Rosario—. Pues este será el número diecisiete, estoy convencida.

—No sé cómo puedes estar tan segura.

—Porque tú mismo me dijiste una vez que el crimen perfecto es prácticamente imposible que ocurra —le dijo Rosario mientras se acercaba a darle un beso en la mejilla—. Encontrarás la manera.

"El crimen perfecto es imposible. Encontrarás la manera"

Con aquellas palabras, por fin, consiguió sumergirse en un sueño profundo.

Al poco, en aquel sueño se fueron conformando imágenes que se adueñaron de su mente.

La lluvia durante la noche volvió a aparecer. Santana caminaba por un camino de tierra empapándose completamente de agua. No había nada alrededor, solo montañas, tierra y grava. De pronto, ante él apareció la imagen de una persona vestida de negro con capucha. Golpeaba sin parar con un martillo de carpintero a un cuerpo que no lograba ver. La persona que golpeaba se alzó sin volverse al notar la presencia de Santana y echó a correr. Él también corrió. Corrió todo lo deprisa que pudo para tratar de alcanzarle. A pesar de ello, sus piernas parecían ir mucho más lento que las del agresor. Rebasó a la carrera el cuerpo desfigurado y ensangrentado de alguien. Un caserón antiguo apareció delante de sus ojos. No podía permitir que escapara. Corrió más deprisa para intentar evitar que el asesino consiguiera entrar dentro de esa casa. Por fin, parecía que lo iba a conseguir, recortaba la distancia que los separaba hasta casi estar al alcance de la mano. Santana estiró el brazo y agarró al agresor por el hombro. Consiguió voltearlo para verle la cara.

<< ¡No! ¡No puede ser verdad! ¡Rosario! ¡Tú no!>>

Rosario Ramos le golpeó en la cara con el martillo de carpintero dejándolo desconcertado, herido y tumbado en el suelo mientras miraba perplejo al cielo y la lluvia le cubría el rostro. Rosario se perdió entre las paredes de aquel caserón.

—¡Noooo! —gritó Santana sudoroso volviendo a la vida real e incorporándose de forma súbita en la cama.

—¡Julián! ¡Tranquilo! —trató Rosario de calmarlo acariciándole el rostro—. Solo ha sido una pesadilla. Estoy aquí, contigo, estás a salvo.

Santana se apartó las sábanas empapadas de sudor, aún temblando. Al volver la vista, notó que Rosario llevaba una tirita en el dorso de la mano derecha.

—¿Te has hecho daño? —preguntó con voz ronca.

Rosario bajó la mirada un instante.

—Nada. Me corté cocinando.

Santana asintió, pero no pudo evitar que algo en su interior se encogiera.

◆ ◆ ◆

Teniendo en cuenta que la acción es el mejor antídoto para la ansiedad y que la información es el único remedio para combatir la incertidumbre, cuando Santana se levantó a la mañana siguiente, sabía que tenía un cometido. Al mismo tiempo, le invadía una sensación de urgencia, fruto de los riesgos crecientes y de las peculiaridades del caso.

Mientras se ponía sus pantalones vaqueros no pudo evitar mirar hacia su cama, donde Rosario Ramos dormía plácidamente, como venía haciendo desde hacía semanas. El sueño de la noche anterior lo había dejado con una sensación amarga en la garganta.

¿Cómo de probable era que una persona que había sufrido tanto en la vida cambiara hasta el punto de volverse como ellos? ¿De tomarse la justicia por su cuenta?

Recordó que cuando se encontraron en el gimnasio donde fue a dar clases de MMA le dijo textualmente a modo de broma que: "si algún hombre volvía a hacerle la vida imposible sería ella misma quién lo mataría con sus propias manos".

¿Tan cegado había estado?

De pronto se fijó en la estatura, Rosario Ramos era bajita, estaba bastante en forma y su pie…

<<No, no, no —pensó tratando de quitarse la idea de la cabeza —no tendría ninguna lógica, nada de lo que esa asesina está haciendo encaja con nada que tenga que ver con ella. Olvídalo. El sueño te ha jugado una mala pasada>>

Su teléfono móvil sonó ayudándole a apartar de su mente aquellos pensamientos. Lo cogió sin siquiera prestar atención al identificador de llamada.

Miró el reloj. Era más temprano de lo que pensaba: 06.30.

—Santana.

—Buenos días, Julián.

A Santana le costó reconocer todavía durante unos instantes la voz de la doctora Nieto.

—¡Oh, Valeria! —exclamó finalmente—. Perdona, me acabo de levantar y mi cabeza aún no ha conectado los cables con su color correspondiente para empezar a funcionar.

—Estarás pensando que es un poco pronto para una llamada, pero hoy va a hacer un calor que derrite las piedras. No aguantaba un segundo más en la cama y he pensado en despertarte también a ti.

—Tú siempre tan atenta, doctora. ¿No descansas?

—Últimamente estoy en modo Jirafa, jefe.

—¿En modo jirafa? ¿De qué hablas?

—¡La jirafa! —exclamó Valeria con algo de impaciencia, como si fuese algo que debería saber—. Es un ejemplo claro de animal que no se puede permitir un descanso prolongado. Apenas duermen en periodos de diez minutos, y aun esos diez minutos se trata únicamente de un sueño ligero, para evitar que en la sabana le ataquen las hienas y los leones. Es así como actúa mi cuerpo en medio de una investigación. En cuanto huele el peligro, ¡zas!, se acabó eso de las horas recomendadas de sueño.

—Muy interesante, doctora. Eres un pozo de sabiduría. ¿Qué tienes para mí?

—Unos pocos chismes que he descubierto.

—Soy todo oídos.

—Chisme número uno. Serafín Cortés. Un empresario que amasó algo de dinero durante los años de la crisis con varias tiendas de compra y venta de oro en la capital, aunque no parece que esa fuese su fuente de ingresos principal. Hace unos cinco años, las fuerzas del bien tenían al amigo Serafín cogido por los cataplines por algún tipo de negocio oscuro paralelo. Al bueno de Serafín estaban a punto de meterle veinte años en la mierda de prisión de "El Acebuche", a menos que señalara a uno de los peces gordos. Ya sabes, si lo señalaba, le pondrían un programa de protección de testigos, en lugar de mandarlo a ese encantador resort sin salida y con menú penitenciario diario. ¿Quieres adivinar qué hizo?

—Supongo que lo que no hizo fue hacerle una oferta a la policía con el precio del gramo de oro. Ve al grano, Valeria, por el amor de Dios.

—Podría ser, pero no. Lo que hizo Serafín, evidentemente, fue cerrar el pico. Le dejó los negocios a su hija, Tamara Cortés, y él acabó en el talego. Ahí sigue desde entonces.

Aquello desconcertó a Santana. El nombre que le había dado Rafael Arvelo estaba en la cárcel. Por lo tanto, parecía difícil que pudiera ser el cabecilla principal de aquella mafia, ni el responsable directo de las amenazas a Rafael y su posterior muerte, aunque también existía la posibilidad de que manejara los hilos desde la cárcel, algo difícil de gestionar salvo que seas una persona pudiente e importante.

—Vaya, doctora. La jirafa ha hecho muy bien los deberes.

—Gracias, Sherlock. Aunque aún tengo para ti el chisme número dos. ¿Estás preparado? ¿No tienes que ir a lavarte la cara, ni a mear ni nada?

—Preparado.

—Te voy a ahorrar un viaje a la comisaría para hablar con Mamadou Salas, ya me lo agradecerás.

—¿Y eso por qué?

—Los compañeros te contaron toda la información que habían reunido de su teléfono pinchado si no me equivoco.

—Así es.

—Bueno, aquí tu forense y hacker estrella ha ido un poco más allá. No me voy a alargar en las explicaciones, pero a través de entrar en sus redes sociales conseguí su dirección de email. De ahí a conseguir acceder a ese correo ha sido un juego de niños.

A Santana siempre le había sorprendido que el comisario Gunea consiguiera años atrás que una mente tan brillante, y con tantas habilidades, no sólo forenses, si no en el campo de la informática, acabase en su equipo en lugar de en otros de más prestigio y más acorde a sus capacidades como la INTERPOL o el CNI. En eso había que reconocerle a Gunea un mérito incuestionable, y él estaba encantado de poder aprovecharse de esas aptitudes.

—¿Y cuál es ese chisme que has hurgado en el correo de Mamadou?

—Pues bien. El señor Mamadou Salas se ha estado enviado correos con cierta frecuencia con otra dirección de correo electrónico. No hay nombre del destinatario, pero sí te puedo decir que se dirigía a la persona con el nombre de "madre". ¿Qué me dices? ¿He conseguido despertar tu curiosidad?

—Es un chisme prometedor.

—Prometedor es un adjetivo para esto algo corto. En el correo, igual que en los mensajes de móvil, habla con precaución y en clave, pero no hay que ser un erudito para leer entre líneas que le hablaba a "madre", entre otras cosas, de la llegada de otros niños.

—¿Algún lugar?

—Nada concreto. Siempre lo llama "el lugar habitual", pero sigo trabajando en ello. Podría intentar acceder al ordenador de Mamadou en remoto, aunque tendría que estar encendido… y ahora mismo no parece muy disponible. Además, estoy intentando rastrear la IP del destinatario de esos correos. Si lo consigo, podríamos tener por fin la ubicación de la nominada a "madre del año".

—Eso nos ahorraría un tiempo precioso del que no vamos sobrados precisamente. El sitio que buscamos en Enix podría estar en cualquier parte de la Sierra de Gádor. Sigue por ahí.

—Voy a ver qué consigo. Nos vemos luego, jefe.

—¡Y Valeria! —exclamó Santana como si de repente hubiera recordado algo—. Intenta dormir algo. Es posible que, por esta vez, sea la jirafa la que vaya en busca de la hiena.

Después de colgar, Santana bajó hasta el paseo marítimo y se sentó en el muro con la libreta en la que tenía todas las anotaciones del caso abierto sobre su regazo, mirando el mar. El nivel del agua era más bajo de lo habitual y en la orilla se habían acumulado gran cantidad de algas que había arrastrado la corriente.

El mes de junio había entrado con la fuerza habitual en Almería. Eso provocaba que hubiera gente que, a pesar de las horas tan tempranas, aprovechase para pasear por la arena, evitando las horas de calor más fuertes, con el marco incomparable del sonido

inconfundible de las olas del mar y el cielo ofreciendo unas tonalidades anaranjadas de lo más vistosas. Santana miraba el cielo recordando que su abuela siempre le decía cuando el cielo tenía esa luz intensa de tonos anaranjados y rojizos, que era porque la virgen María se encontraba planchando en ese preciso momento. Sin embargo, su amigo Guillermo Monroy, se refería a ese cielo como "El fin del mundo", y aunque en realidad no fuese a llegar el apocalipsis como tal, en cualquier caso, lo veía como un mal augurio del día que estaba por venir. Aquello desató en él un recuerdo escalofriante de sus primeros años en el cuerpo. Un niño. Desnudo. Inerte. Su cuerpecito había sido arrastrado por el agua hasta un saliente de piedra en el pantano de Pálmaces de Jadraque. No tendría más de cinco años. El motivo: una venganza entre bandas de narcotraficantes. Un mensaje. El niño era solo eso para ellos: un mensaje. Santana jamás pudo borrar aquella imagen. Ni el color azulado de su piel, ni el temblor de sus propias manos al levantarlo de entre las algas. Ese día entendió que el mal no tiene límites…y que, si no luchaba contra él, no podría mirarse al espejo jamás.

Por eso, esta vez, no fallaría. No con otros niños en juego. No mientras tuviera fuerzas para impedirlo.

No era un recuerdo en el que quisiera recrearse. Cogió su libreta, donde tenía anotado los aspectos más importantes del caso y los repasó una vez más.

Se sentía frustrado consigo mismo, frustrado por no haber conseguido un progreso más tangible, frustrado por todos los signos de interrogación, frustrado por no haber podido evitar todas aquellas muertes.

Pero dentro de toda aquella frustración, parecía que estaban caminando en una dirección bastante esperanzadora. Si conseguían encontrar aquel lugar en Enix, tal vez todo se desarrollara de forma más rápida.

Aunque, por otro lado, ¿y si aquello simplemente era una trampa? ¿Una trampa que el propio asesino les había tendido tallando en el interior del féretro del hijo de Emma Luque ese lugar para que ellos lo encontraran? ¿Y si simplemente los estaba allí

esperando? Desde luego, después de lo de Rafael Arvelo debían dar sus pasos firmes, pero con cautela.

A Santana le pareció que mientras Valeria conseguía dar con algún lugar o no, lo mejor que podía hacer en aquellos momentos era ir a visitar a Serafín Cortés a la cárcel. Tal vez aquello era el siguiente paso más lógico.

Santana abrió la capucha de su bolígrafo con los dientes, marcó con un tic en la libreta donde ponía "Serafín Cortés- El Acebuche", y se levantó del muro del paseo marítimo echando un último vistazo a las olas que rompían en la orilla de la playa.

Si las respuestas estaban allí, las sacaría a la luz. Aunque para ello tuviera que entrar en la madriguera del lobo…y mirarlo a los ojos.

Santana echó un último vistazo a las olas que rompían en las orillas de la playa. Las mismas olas que, años atrás, le devolvieron el cadáver de un niño. Hoy, le señalaban el camino hacia las respuestas.

XV

EL VALOR DE UNA VIDA

Llevaba días buscando a aquella mujer. Se llama Rocío Aguilera y pronto se convertiría en el Alfil del proyecto Rey de Cristal.

Antes de irme de casa de "madre" conocí a su hijo, y si hubiera podido expresar algún tipo de sentimiento habría podido conmoverme. Rocío Aguilera era drogadicta desde hace muchos años. Una mujer que vendía su cuerpo para poder conseguir un pico que meterse. Como resultado de esa prostitución, llegó un embarazo no deseado.

¿Qué clase de persona sigue drogándose aun estando embarazada?

Ese niño nació con varias afectaciones. Nació sordo y con un síndrome de abstinencia que lo tenía todo el día temblando y gritando. Madre se apiadó de él, le dio un nombre, Abel (que en hebreo significa "aliento") y se lo llevó a casa, le dio la oportunidad de hacerse fuerte, de vivir, como lo haría con su propio hijo. La última vez que estuve en el caserón, Abel tenía ya cinco años y jugaba con una pelota en el patio mientras dos niños se peleaban para conseguir ascender a Alfil en aquel escalafón tan particular. Desde entonces, no lo he vuelto a ver, pero madre siempre ha sido hábil para conservar lo que considera valioso. Su presencia siempre me recordaba a todos esos hijos que hay personas que nunca deberían traer al mundo, y a los que sus madres jamás verán. Poco a poco, dejó de llorar y fue entendiendo las reglas que regían aquella casa, las reglas de madre. Un lugar en el que no había muros que los retuvieran, no hacía falta.

Historias como las de Abel, el niño sordo rechazado por su madre me hace reafirmarme aún más en este proyecto. En hacer desaparecer de este mundo a seres tan infames cuyos embarazos nunca se deberían haber dado. Para mi no hay distinciones: toda madre que abandona a un hijo después de haberlo parido debe tener el mismo final, pasar por la cabeza de mi martillo. Sus vidas no tienen ningún valor para mi. Mujeres que se quedan embarazadas y nueve meses más tarde, lo dan al primero que pasa por un puñado de billetes, sin importar el destino de la vida que ha criado en su vientre, y siguiendo con sus miserables vidas como si nada hubiera ocurrido.

Todo hijo merece que una familia ría y llore con sus logros, con sus primeros pasos, sus primeras palabras. Un hijo no es un muñeco que puedas comprar en una tienda de juguetes y deshacerte de él cuando no te sirve.

No creo que jamás vaya a ser madre, mi corazón es inservible para esta tarea que defiendo. Preferiría morir que traer al mundo a un niño al que no pudiera ofrecerle ese hogar cálido que necesita.

Desde que conocí a Abel, he estado buscando la forma de encontrar a su madre biológica, y por fin, lo he conseguido. Tengo a Rocío Aguilera delante de mis ojos, saliendo de su casa en el pueblo de Níjar. A pesar de que se hace de noche, puedo ver que está raquítica, parece que las drogas están mermando su cuerpo. La veo caminar nerviosa por una cuesta muy pronunciada entre casas blancas y comienza a ascender una montaña por un camino de piedra que lleva hasta la cima, donde una Atalaya se alza majestuosa contemplando el resto del pueblo. Compruebo que llevo el martillo de carpintero y que la mochila con el recipiente aislado Dewars donde transporto el líquido de criogenia está bien colocado sobre mi espalda. Rocío llega a la Atalaya, ha llegado el

momento, el sitio es perfecto, apartado de cualquier posibilidad de que alguien pueda descubrirme. Hay unas vistas impresionantes del pueblo, donde una iglesia sobresale por encima del resto de casas. Cuando me decido a salir a su encuentro veo que un hombre llega por el otro lado de la montaña y se encuentra con ella. Tengo que esperar detrás de un arbusto mientras ese hombre mantiene apresuradamente relaciones con Rocío. El gesto de su cara es de auténtica indiferencia y apatía, como una rutina que repite de forma sistemática. Hubiera deseado salir en esos momentos y reventar la cabeza de ambos a golpes, pero al fin y al cabo, ese hombre no tiene la culpa de lo que aquella mujer hace, y a mi tampoco me importa. Solo me importa lo que puede germinar en el interior debido a esas acciones. No volverá a haber un nuevo Abel.

Me quito la mochila tratando de no hacer ruido y la dejo a mi lado, entre dos arbustos. Recorro agazapada la poca distancia que hay hasta la parte trasera de la Atalaya y espero. Después de un último bramido mucho más intenso, los gemidos de ese hombre remiten y lo veo irse sin decir una palabra. Me acerco sigilosamente pegada a la pared y el martillo en mi mano derecha. Rocío está en cuclillas de espaldas a mí recogiendo el dinero que ese hombre ha esparcido por el suelo antes de irse. No experimento ningún tipo de sentimiento. Mi corazón no pasa de los cuarenta y cinco latidos por minuto habituales. Simplemente la calma y la satisfacción de cumplir con lo que hay que hacer.

El primer martillazo impacta de lleno. El cráneo cede con un sonido hueco, quebrado, como la madera seca que se parte en dos. Rocío cae sin un grito, solo un leve bufido al desplomarse sobre el suelo de piedra. El charco que empieza a formarse no me dice nada. No siento prisa. No siento nada. El resto de los golpes caen sobre un cuerpo ya inmóvil, pero no por eso son menos necesarios. Golpeo porque me repugna. Golpeo porque su rostro aún existe. Golpeo

hasta que no quede nada que mirar. La sangre me cubre las manos. Está tibia, pero no me quema. Solo mancha. Y aun así, dejo que el mango del martillo se impregne de ella, como si ese gesto pudiera sellar el castigo con más firmeza que cualquier palabra. No quiero que nunca nadie más pueda mirarte a la cara.

Vuelvo sobre mis pasos para coger la mochila y sellar el símbolo que toda madre tendría que tener grabado sobre su cuerpo. Un símbolo que representa una unión que jamás debería romperse, y menos de la forma que mujeres cómo Rocío lo han hecho. Es por eso que modifiqué el símbolo, sustituyendo uno de los nudos por una serpiente. Eso es lo que son, poco más que eso.

Saco de mi bolsillo una bolsita de plástico donde mi brillante pieza de alfil blanca reluce en mitad de la noche. Verla me hace curvar la boca lo más parecido que puedo a lo que sería una sonrisa. Me agacho y la introduzco entre sus pechos. No voy a descubrirlo yo, hay una conexión profunda entre el sexo y la muerte, explorada a lo largo de los siglos por cientos de pintores, poetas y filósofos. Esa conexión se hacía explícita con mi alfil, en aquella exhibición sexual de un cuerpo que en unos días se pudriría en un nicho del cementerio local.

Cuando me incorporo, estoy cubierta de sangre, unto el mango de mi martillo en las diferentes heridas, impregnándolo con ella, y comienzo a escribir la palabra "Jaque" en los muros de aquella Atalaya. Solo es un nuevo aviso, un nuevo movimiento de lo que está por venir. El final de la partida está cada vez más cerca.

◆ ◆ ◆

La prisión provincial de Almería, también conocida como "El Acebuche" estaba ubicada a las afueras de la capital, en una extensión de terreno despoblada y alejada de la civilización. Se trataba de una cárcel de género mixto en la que sus reclusos se repartían entre sus más de 500 celdas.

Una vez que Santana consiguió que el director de la cárcel le concediera el permiso necesario para visitar a Serafín Cortés, Santana fue hasta allí para entrevistarse con él.

Santana observaba desde fuera la fachada de aquella construcción. En su carrera había visitado cárceles de todo tipo: desde centros de máxima seguridad con la mayor gama de sofisticación en sistemas de control de última generación, hasta prisiones en las que cientos de reclusos se hacinaban en habitaciones de apenas unos metros cuadrados y en condiciones inhumanas de salubridad. "El Acebuche", a simple vista, no parecía pertenecer al segundo grupo, pero distaba mucho de acercarse al primero. Estaba en plena remodelación —se veían obras activas de nuevos módulos que buscaban paliar la evidente falta de espacio—, pero aun así, el edificio transmitía una imagen de absoluta sencillez: torres con guardias, paredes de cuatro metros coronadas con una alambrada de púas que rodeaban la prisión, y algunas cámaras de seguridad. Santana pensó que, sin duda, algún día la tecnología debería dejar obsoletas aquellas alambradas. Pero, por ahora, esa era la sutil diferencia entre el adentro y el afuera.

Cuando Santana entró al interior, la impresión no cambió. Se parecía, en lo esencial, a la mayor parte de los centros de encarcelamientos que había visitado. Porque, al final, toda cárcel podía resumirse en una sola idea.

Era una jaula.

Una jaula con muchos cerrojos, puntos de control y trámites burocráticos destinados a asegurar que nadie entraba o salía sin contar con las pruebas fehacientes para hacerlo.

Después de identificarse y pasar por el detector de metales, un guardia comprobó que Santana se encontraba en la lista de visitantes autorizados para aquel día, y lo dejaron pasar sin mayor dificultad.

La sala de visitas era como se había podido imaginar. Una sala rectangular y sin ventanas en la que lo primordial era el grueso cristal que partía la estancia en dos secciones: la de los internos y la de los visitantes, con sillas a ambos lados y guardias en cada extremo de la sala.

Santana aguardaba sentado cuando la puerta del otro extremo se abrió. Por ella apareció un hombre corpulento de pelo largo y rizado, bigote en herradura con forma de U invertida y patillas gruesas. Estaba esposado de manos e iba custodiado por dos guardias que lo custodiaron hasta la silla frente a Santana. Una vez allí, retrocedieron unos pasos, lo justo para ofrecer cierta privacidad a la conversación que estaban a punto de mantener.

Serafín Cortés observaba a Santana con una mirada dura en unos ojos oscuros cargados de duda. La sostuvo durante unos segundos más, inmóvil, hasta que finalmente accedió a sentarse y coger el telefonillo que lo comunicaba con el otro lado. Santana hizo lo propio.

—¿Quién eres tú? —preguntó con auténtica desconfianza y una voz ronca que parecía crónica—. Cuando me dijeron que tenía visita creía que sería mi hija.

—¿Te refieres a tu hija Tamara?

Serafín se puso de pie de un salto al escuchar el nombre de su hija y acercó su rostro al cristal tratando de intimidar a Santana, que no se inmutó. Los guardias fueron a intervenir, pero Santana los paró con un gesto de la mano.

—Ya me puedes estar diciendo de qué conoces a mi hija y quien coño eres o esto se acaba aquí.

—Tranquilo, Serafín. Solo he venido a hablar.

—Eso no responde a ninguna de mis dos preguntas.

Santana esbozó una vaga sonrisa.

—Veo que eres un hombre de los que prefiere ir al grano. Quieres saber exactamente quien soy, por qué conozco el nombre de tu hija y qué hago aquí. Muy bien, eso facilita las cosas. Me llamo Julián Santana y soy inspector de policía.

—¡Yo no hablo con policías! —le interrumpió con brusquedad—. ¡Así que ya puedes marcharte por donde has venido!

En las palabras de Serafín había auténtica rabia. Santana respiró hondo.

—Ya sé que no te gustan los policías. Ya tuviste tu ración de malas experiencias con nosotros. Lo comprendo.

—¡Cinco años! —exclamó—. ¡Cinco malditos años llevo aquí encerrado por vuestra culpa!

—¿Así que, según tú, estás aquí por culpa de la policía? ¿Ni siquiera crees que hubiera motivos?

—Me metieron aquí porque no os di una mierda. ¡Que os jodan! —exclamó, salpicando de saliva el cristal.

—No me negarás que algo tendrías para que acabaras aquí. A nadie lo encierran por no hablar, Serafín.

—Lo sabes perfectamente. Cuatro trapicheos en los que no hubierais metido las narices de tratarse de cualquier otra persona.

—Si te refieres a que pudieras tener relación con una mafia con negocios vamos a llamarlos… de dudosa reputación, la verdad que a mi no me parece que sea algo menor —trató Santana de probar suerte.

La mirada de Serafín se oscureció por completo.

—No sé de qué me hablas.

Santana paseó su mirada por la sala. Era una estancia fría y sin vida. Sus ojos se detuvieron en un cartel colgado sobre la pared con una imagen de un atardecer en el que una silueta de un hombre de rodillas parecía orar ante la cruz y que decía: "¿Fallaste? Dios te perdona".

—¿Te gusta este sitio? —preguntó Santana sin volver a mirarle a la cara—. En mi carrera las he visto de todos los colores. Cárceles en las que realmente se pasa canutas. Esta no parece de las peores, he visto que tenéis un campo de fútbol bastante decente, gimnasio, y el director me contó que podíais trabajar para ganar vuestro propio dinerillo, incluso estudiar.

—¿Qué cojones sabes tú de vivir en una cárcel? ¿Acaso has estado alguna vez dentro? —preguntó todavía exaltado—. No, no tienes ni puta idea de lo que es pasar veinticuatro horas aquí metido. Una cárcel es una cárcel… señor policía —dijo poniendo especial énfasis en la última palabra.

—Sí, puede que tengas razón. No, no he estado nunca en prisión, pero he visto las suficientes para saber que nadie quiere

pasar aquí más tiempo del necesario, y que la vida dentro puede ser mala, muy mala, o un infierno, según el caso.

Serafín se volvió a sentar en la silla.

—Si vas a decirme que si hablo puedo mejorar mi calidad de vida dentro o que me vais a reducir la condena, pierdes el tiempo. Ya lo intentaron los gilipollas de tus compañeros y… ya ves, aquí estoy.

—Yo no puedo hacer eso, Serafín. No está en mi mano —dijo mientras hacía una pausa estudiada y cambiaba de postura en la silla—. Lo que sí puedo hacer es influir para conseguir que estos años sean mucho más penosos para ti. No sé exactamente por qué te condenaron, pero he averiguado lo suficiente sobre ti —mintió con firmeza—. Créeme, hay prisiones donde tienen cierta… sensibilidad especial con según qué perfiles. Podría gestionar un traslado a Soto del Real o Morón de la Frontera. Y con un pequeño empujón, filtrar cierta información sobre tus "aficiones".

—Mira, inspectorcillo como te llames —gruñó Serafín incorporándose—. Difícil lo tienes para joderme más de lo que ya estoy, así que te puedes ir con tu amenaza a la mierda. Me largo. Ahora tengo un curso de jardinería muy útil para cuando termine de cumplir mi condena.

Santana no se movió. Permaneció impasible en la silla, como si el comentario de Serafín ni siquiera hubiera arañado su calma.

Antes de que te vayas —dijo con tono sosegado, clavando la mirada en él—, déjame contarte una última cosa. Solo te robará un par de minutos más.

Serafín ya había dado la espalda, pero algo en la voz del inspector lo hizo detenerse. Se giró lentamente, sin ocultar el desdén, aunque ahora con una chispa de interés en los ojos.

—Te lo voy a explicar con la esperanza de que lo entiendas. Y, sobre todo, con la confianza de que comprendas que lo único que me mueve es encontrar al responsable de llenar de cadáveres la provincia de Almería —dijo Santana con firmeza—. Vamos a remover cielo y tierra para dar con él, caiga quien caiga en el proceso. Lo estamos haciendo ya. Preguntaremos en cada rincón, revisaremos antecedentes penales, rastrearemos a todos los que hayan tenido

vínculos con esa mafia. Vamos a cruzar grabaciones de cámaras de seguridad, analizar llamadas y mensajes en móviles de implicados o sospechosos, aquí o en Pekín, si hace falta. No vamos a escatimar recursos, eso te lo garantizo. La única razón por la que estoy aquí es porque todas esas vías son laboriosas y llevan mucho tiempo. Un tiempo que puede ayudarnos a evitar más muertes. Por eso me veo en la necesidad de pedirte que me cuentes lo que sepas.

Santana se arrepintió al momento de su alegato, y más aún al reparar en el gesto incrédulo de Serafín Cortés. Ambos se mantuvieron la mirada durante unos segundos, pero éste le correspondió finalmente con la perplejidad del que escucha a otra persona en un idioma desconocido para él. Serafín Cortés bajó los ojos, se dio la vuelta y murmuró antes de marcharse:

—Tal vez si descubres lo que buscas hubieras preferido no haberlo hecho nunca.

Santana dio un respingo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, alzando la voz.

—Ten cuidado, señor inspector —le advirtió, casi en un susurro—. A veces, cuanto más cerca estás de la verdad… más peligrosa se vuelve.

Santana se quedó unos segundos inmóvil.

No sabía si le hablaba de una amenaza real o de un abismo que no estaba preparado para mirar. Pero algo en su mirada... algo en su voz rasgada le revolvió las tripas. No era miedo. Era ese tipo de verdad que uno presiente sin querer descubrir. Ese tipo de verdad que nunca llega sola.

◆ ◆ ◆

A un investigador de homicidios le conviene ser capaz de reconocer el odio cuando se lo encuentra. No sólo porque el odio es uno de los motores que impulsan a las personas a acabar con la vida

de otras personas, sino también porque su presencia delata un entorno en el que la muerte ha podido abrirse paso. Allí donde habita el odio, anida la inhumanidad. A veces como causa de una situación o de una conducta, a veces como su consecuencia. En la práctica, da igual qué vino antes, si el huevo o la gallina: cuando se abre la bombona que contiene ese gas letal llamado odio, la catástrofe es inevitable.

A los pocos segundos de escuchar hablar a Serafín Cortés, Santana tuvo la certeza de que había aterrizado en esa atmósfera densa, cargada, irrespirable, que sólo genera el odio verdadero. El mismo odio que también había percibido en la forma brutal con la que el "Asesino del Ajedrez" trataba a sus víctimas.

Mientras Santana conducía hacia su domicilio no podía dejar de pensar en la pobre pero inquietante conversación que acababa de tener.

¿Qué había querido decir con que, si consigue descubrir la verdad, puede que prefiriera no haberlo descubierto nunca?

El atardecer empezaba a dar paso a la noche. Mientras aparcaba el Ford Kuga junto a la puerta de su casa repasó mentalmente una vez más la conversación con Serafín Cortés, sus ojos llenos de rencor y desprecio, sus nulas ganas de hablar y su reacción al nombrar a su hija Tamara. Calculaba que había tantas posibilidades de que hablara en relación a ese supuesto entramado criminal como de que Adolf Hitler protagonizara una campaña de la UNESCO para la paz mundial. Tal vez su hija podría arrojar algo de la luz que él se había encargado de tapar.

Se apeó del coche y al entrar en su casa percibió ese silencio peculiar que parecía inundarla cuando Rosario había salido. Habían empezado a convivir de forma tan natural a como había empezado su relación. Simplemente había ocurrido, sin más, sin que ninguno tuviera que proponérselo al otro, sino como consecuencia de lo que había comenzado a aflorar entre ellos. Rosario había sido todo este tiempo ese apoyo constante tanto a nivel personal como profesional que tanto había necesitado. Había una nota en la puerta de la nevera:

Si aún no has cenado, te he preparado una ensalada de gulas, nueces y jamón serrano, como a ti te gusta. Supongo que volveré alrededor de las diez. Espérame despierto, tengo una serie buenísima para que empecemos a ver.

Un beso enorme

Rosario

La nota le hizo sonreír. Rosario tenía la virtud de situar en perspectiva, al menos por un momento, el resto de su vida.

Fue hasta el baño, se lavó las manos y la cara, se quitó los zapatos para ponerse unas zapatillas de casa, cuando le pareció escuchar un ruido extraño que provenía del salón.

Santana se lamentó por no haber tomado más precauciones en su casa, especialmente desde que habían descubierto lo peligroso de aquel caso y más aún si cabe desde que estaba viviendo con Rosario. Aquello le había despertado un fuerte instinto de protección. Sacó su arma reglamentaria y salió del baño con sigilo, cuidando de no hacer ruido al pisar. Otro sonido. No cabía duda: había alguien en su casa. Pegó la espalda a la pared y avanzó por el pasillo con el arma empuñada, apuntando a la altura de los ojos. Tenía la entrada al salón enfrente de él, tan solo a unos tres metros, continuó avanzando, dos metros, uno…

—¡Alto, policía! —vociferó Santana, apuntando hacia el interior con el arma por delante.

La figura en su salón estaba de espaldas, revolviendo los cajones de una cómoda junto al televisor. Al escuchar el grito, se giró lentamente con las manos en alto.

Santana palideció.

—¡¿Fer?! ¿¡Pero qué demonios haces aquí!? ¡Podría haberte disparado! —exclamó con la voz temblorosa y el labio inferior vibrando por la tensión.

—¡Hola, papá! —saludó su hijo con una sonrisa inocente—. Perdona por el susto, quería darte una sorpresa. ¿Dónde escondes el mando de la tele?

Santana recordó entonces que su hijo le había contado semanas atrás que iría a visitarlo y que necesitaba hablar con él. Con todo el ajetreo del caso, lo había olvidado por completo. Santana se acercó hasta su hijo y se abrazaron con fuerza. Durante un instante, le costó soltarlo. Lo sostuvo como si en ese gesto pudiera enmendar años de ausencia, como si apretarlo contra el pecho bastara para borrar todas las noches en que no estuvo.

Aquel abrazo le recordó al niño que se quedaba dormido en el sofá esperando una palabra suya.

—¿Cómo has entrado? —preguntó al fin, cuando el nudo en la garganta le permitió hablar.

—Llamé al timbre y como no había nadie, supuse que seguías guardando una llave debajo del felpudo de la entrada como siempre hacías. No me equivoqué —dijo ensanchando aún más su sonrisa—. He pensado que no te importaría que te esperase dentro.

Santana observó que a su espalda había una pequeña maleta de viaje.

—Me alegro de verte, ha pasado mucho tiempo —le dijo Santana separándose del abrazo de su hijo y mirándole a los ojos.

—Y que lo digas —asintió Fernando.

—¿Has cenado? ¿Qué tal si compartimos una ensalada de gulas y me cuentas eso de lo que me querías hablar?

Santana pareció percibir algo de duda en su mirada, pero su hijo volvió a asentir. Fue hasta la cocina y, al poco, regresó con el cuenco en el que Rosario había preparado la cena y dos tenedores. Estuvieron un rato hablando de banalidades, riendo y recordando anécdotas mientras daban cuenta de la ensalada de gulas.

—¿Qué tal va tu caso?

—Bueno… buscamos a una cabronceta que nos está poniendo el punto sobre la i. Una chalada lista y despiadada que quiere plantear batalla a la policía. Tenemos dos homicidios más otro circunstancial y un buen puñado de indicios criminógenos de manual. Nada solvente todavía, lo que nos está colocando en un peligroso círculo vicioso que amenaza con poner patas arriba Almería entera.

—¿A qué te refieres con otro circunstancial?

—Un homicidio que, por cómo ha ocurrido, no parece obra de la persona que buscamos, sino de una organización criminal que podría estar relacionada con el caso.

—Suena turbio... pero tienes que confiar en tu instinto y en la experiencia que llevas a tus espaldas.

—A veces incluso eso flaquea. Este mundo puede ser desolador. ¿Sabes? Una de las razones por las que acepté la propuesta del comisario Gunea de hacerme cargo de la brigada de homicidios era que estaba harto de mafias, drogas y toda esa mugre con la que lidiaba en Guadalajara. Vulgares delincuentes cuya vida se explica en torno a un único instinto: la codicia.

—¿No ocurre lo mismo en otros ámbitos como la política o los banqueros?

—Desde luego, pero con la notable diferencia que estos, en teoría, no rompen piernas, pinchan barrigas y agujerean cabezas a tiros.

—Para mí no hay tanta diferencia. Usan otro tipo de violencia, sí, legal si quieres, pero no deja de ser violencia. Todo gira en torno al puto dinero y a la red de pasiones miserables que se tejen a su alrededor.

—Puede que tengas razón. El caso es que vine aquí cansado de esa ambición que envenena a la gente, y resulta que estoy ante un caso que lo mueve exactamente la misma miseria, en el que lo único que lo distingue es que una mujer que me tengo que encargar de atrapar, ha decidido acabar con eso por su cuenta y riesgo, o al menos con las personas que se encargan de alimentar ese tipo de negocios. Desentrañar dos muertes en este contexto es algo tan fascinante como ver un documental sobre animales a la hora de la siesta.

—Los animales al menos meten una dentellada o una cornada por un motivo mucho más noble y natural.

Santana asintió.

—Esa fue una de las razones por las que no pasé contigo el tiempo que debía cuando eras niño —se sinceró—. Quería mantenerte lejos de ese mundo, de la basura en la que puede convertirse la vida si no estás espabilado. Saber que tu madre se

esforzaba en darte una buena base moral, para que salieras al mundo con al menos un paraguas frente a la lluvia que, seguro, te iba a caer encima... me daba cierta tranquilidad.

—No parece que os fuese mal del todo.

Santana sonrió a su hijo con ojos llenos de orgullo.

—¿Y bien? ¿Qué era eso tan importante que querías contarme cuando hablamos por teléfono y que preferías hacer en persona?

Santana volvió a notar esa sombra de duda en los ojos de Fernando, que se levantó del sofá y comenzó a caminar nervioso por el salón.

—No sé cómo pedirte esto.

—Tranquilo, puedes contarme lo que sea.

Fernando no terminaba de decidirse.

—Quizá haya sido un error. No debería haber venido… yo…

—¡Fer! —lo interrumpió Santana, incorporándose también. Le cogió del hombro con firmeza cuando vio que se dirigía hacia la puerta—. Soy tu padre. Si hay algo que pueda hacer por ti, lo haré. No lo dudes ni un segundo.

Fernando aún vaciló unos segundos.

—Está bien —se rindió al fin—. Quiero venir a vivir contigo —soltó de pronto.

—¿A vivir conmigo? —preguntó Santana, desconcertado.

—Mamá se ha echado un nuevo novio. Un imbécil con dinero que solo tiene ojos para ella. Me desprecia, y no hace lo más mínimo por ocultarlo. Mamá no se da cuenta, siempre pone su mejor sonrisa y palabrería delante de ella, pero en cuanto se queda a solas conmigo, se le cae la máscara y deja salir todo el veneno que lleva dentro.

Santana lo escuchaba con el ceño fruncido, intentando asimilar lo que oía.

—La situación se está haciendo insostenible y temo que algún día lleguemos a las manos. No soporto estar un minuto más bajo su mismo techo.

—Está bien —dijo Santana finalmente—. Pero… ¿y tu madre?

—Mamá está ciega. Cree que todo son imaginaciones mías. Le advertí que pediría el traslado a la Universidad de Almería y que vendría a vivir contigo, pero ni siquiera eso la hizo reaccionar. Así que… aquí estoy.

Santana se había visto así mismo durante todos estos años como un ermitaño que había elegido llevar una vida solitaria y en el que sus únicos contactos de vida privada estaban acotados a las relaciones sociales con sus compañeros. De un día para otro, ese estilo de vida se estaba viendo abocado a la extinción, primero con la llegada de Rosario, y ahora con la petición de su hijo, al que no podía negar algo así. Ya había fallado suficientes veces a Fernando a lo largo de su vida como para darle la espalda a una nueva oportunidad de hacer las cosas bien. Sin embargo, ahora no vivía solo y era algo que debía contarle antes de tomar la decisión definitivamente.

—Pensaba que nunca volvería a escucharte pedirme algo así.

—¿Eso es un sí?

—Pues claro. Pero hay algo que yo también tengo que decirte.

—Si vas a decirme que roncas como el motor de un tractor… es algo que recuerdo bien, papá. No te preocupes, podré superarlo.

Santana meneó la cabeza.

—No, hijo. Duermo tan poco que casi no tendrás que preocuparte por los ronquidos. Lo que quiero decirte es que yo también estoy viviendo con alguien.

Aquello pareció sorprender de verdad a Fernando, que por un momento se quedó inmóvil sin saber qué decir. De repente, su hijo estalló en una carcajada.

—¡Qué bueno, papá! ¡He estado a punto de creérmelo!

—Fer…

—Un momento… ¡Estás hablando en serio! Ahora entiendo por qué tienes la casa tan limpia y ordenada.

—¡Eh! —protestó Santana, fingiendo indignación.

—Ya en serio. Me alegro por ti, papá. Por mi no te preocupes, no puede ser peor que el novio de mamá.

—Se llama Rosario.

—Mientras no sea la asesina que buscas creo que podré soportarlo.

A Santana esa frase le hizo recordar su sueño de la noche anterior, lo que le provocó una contracción en el estómago.

—Pues si lo fuera, esa ensalada de gulas ha sido obra suya —trató de recomponerse con naturalidad.

—A la porra mis ilusiones de que hubieras aprendido algo más que hacer una tortilla.

—Hay cosas que nunca cambian, Fer. Como mi puntería con el zapato —dijo Santana uniéndose a la carcajada de su hijo— ¡Anda, ven! Te enseñaré dónde está tu cuarto.

Mientras caminaban al dormitorio, a Santana no se le escapó el brillo en los ojos de su hijo, y eso le hizo completamente feliz.

◆ ◆ ◆

Santana intuía que aquella noche le iba a costar una vez más conciliar el sueño. Si sumaba el estrés propio del caso con la acumulación de emociones propias del día, la noche solo podía dar como resultado una aplastante derrota por goleada ante el insomnio.

Se levantó con gran esfuerzo, sus músculos ya no se recuperaban igual que hacía años. Comenzó a caminar de forma pesada observando de reojo la figura semidesnuda de Rosario que dormía plácidamente en su cama. Se duchó, se vistió y fue hasta la cocina para prepararse una taza de café que lo sacara de su abotargamiento. Estaba introduciendo una cápsula en la cafetera cuando su teléfono móvil sonó surtiendo el efecto deseado y haciendo que su mente de animal depredador se pusiera en alerta instintivamente.

—¡Santana!

—Soy Tamara Cortés, la hija de Serafín. ¿Es usted el inspector que fue a sacar información a mi padre a la cárcel?

—Es una manera de decirlo. En realidad, solo soy el inspector que investiga un caso con varios homicidios necesitados de algunas respuestas.

—Bien. Tenemos que hablar.

—¿Tiene alguna información que darme?

—Es una manera de decirlo —dijo Tamara imitando voluntariamente la respuesta de Santana—. ¿Cuánto rato necesita para venir a mi casa?

Santana miró la hora en el reloj de la cocina. Eran las 08:07.

—Puedo intentar estar ahí en una hora y media

—Bien.

Con esa respuesta cortante, y tras recitar rápidamente una dirección que Santana se apresuró a anotar, Tamara colgó.

Se disponía a salir de su casa cuando vio la figura de Rosario que lo observaba sin pijama desde la puerta de la cocina.

—Ahora que vamos a ser tres por aquí, tal vez sería conveniente que te pusieras algo para estar por casa —le dijo Santana con ojos lascivos.

—Fernando es universitario en Granada, no creo que descubra nada que no esté cansado de ver ya.

—Aun así…

—¿Crees que irá a darte la confesión que no te ha querido dar Serafín? —dijo señalando con la cabeza su móvil, que había dejado sobre la encimera.

—Dudo mucho que vaya a darme algo que vaya a perjudicar a su padre.

—No me seas derrotista —le reprendió—. Te toca intentarlo, de todos modos.

—Ya me conoces, no me doy por vencido.

Rosario le dedicó una sonrisa llena de aprobación.

—Pues nada, al toro —bostezó—. Nadie es mejor que tú en eso —dijo girando para volver a la cama. Caminó por el pasillo con paso lento, como quien arrastra con más peso del que está dispuesto a confesar.

Antes de que Santana se presentara en la casa de Tamara Cortés, se fue directo al edificio de la brigada, donde sus compañeros lo esperaban ya con algunas novedades.

—Esto es una pesadilla, jefe —le dijo Guerrero abalanzándose sobre él en cuanto entró por la puerta—. Acabamos de recibir otra puta llamada.

—¿De qué hablas?

—Una nueva pieza de ajedrez.

Santana compuso una mueca de disgusto.

—¡Mierda! ¿Dónde?

—En Níjar. Nos acaba de avisar la policía local del hallazgo.

—¿Dónde la han encontrado?

—Junto a una torre en la cima de una montaña, aunque tenía un nombre. ¿Cómo se llamaba, Jorge? —preguntó la sargento dirigiéndose a su compañero.

—"La Atalaya" —respondió este.

—¿Está informado el comisario Gunea? No ha debido de recibir con mucho entusiasmo la noticia.

—¡Ni yo ni a Almería entera! —vociferó una voz a su espalda.

El comisario Gunea avanzó con paso firme hasta Santana con la cara medio enrojecida de ira, pero cuando estaba a la altura del inspector, lo rebasó sin apartar la vista de sus ojos, fue hasta el televisor y lo encendió.

En ella aparecía un reportero dando la noticia desde una de las calles principales del pueblo acompañado de numerosas personas curiosas que se arremolinaban alrededor de él . La Atalaya parecía vislumbrarse al fondo de la imagen y un cartel luminoso pasaba de derecha a izquierda mientras el reportero daba la noticia. Un cartel que resumía el caos en que se podía convertir aquello y que decía:

"Terror en Níjar por una nueva víctima del Asesino del Ajedrez"

—Los periódicos del día traen ya la noticia, también la radio la repite con insistencia, y la televisión, ya podéis verlo por vosotros mismos —dijo Gunea.

El reportero describía el lugar donde habían encontrado a la víctima, con la marca del pecho criogenizada y la aparición de la pieza de ajedrez que confirmaba el modus operandi del asesino.

—¿Por qué todo el mundo sabe la noticia, sin embargo, yo me acabo de enterar? —preguntó Santana también enfurecido.

—La policía local ha encontrado el cuerpo a primera hora de la mañana y nos han avisado de inmediato, pero la velocidad de información ha llegado todavía con más rapidez a los diferentes medios. La gente está asustada y empieza a cuestionar si realmente somos capaces de atraparlo.

—Una olla a punto de estallar, jefe —dijo Guerrero con una de esas frases lapidarias—. La tensión está al límite. No descarto que la gente acabe saliendo a la calle para exigir más medios y efectivos que consigan detenerlo de una vez.

—Me suena esa historia, esos periodistas pueden ser mentirosos profesionales, bufones de los informativos tratando de convencer al mundo de que la vida en Almería se está convirtiendo en una especie de película de terror —intervino Jáuregui.

Santana se dejó caer abatido sobre una de las sillas situada frente a la televisión.

—Pero en esta ocasión no están exagerando ni contando historias disparatadas en los medios —dijo Gunea—. La imagen de Almería y, por supuesto, la nuestra se puede ir al garete. En un rato tengo una reunión con mis superiores para determinar si deben ceder el caso —y quizás con buen criterio— a otro grupo que trate de dar solución a lo que nosotros no estamos consiguiendo.

—No lo permitas, comisario —suplicó Santana—. Te lo ruego, confía en mí. Lo atraparemos, estamos cerca.

Gunea meneó la cabeza.

—Haré lo que pueda, Julián. Pero me temo que ya no depende tanto de mí.

Bayona soltó un resoplido.

—Sabía que era probable que este crimen generara el interés de los medios, pero con tanto muerto ya podemos borrar eso. Puede convertirse en el crimen del año, quizás el asesino de la década.

Todos los elementos de este puñetero caso son un imán para los medios.

Santana se inclinó hacia delante en la silla y se pasó ambas manos por el cuello.

—Tenemos que controlar el flujo de información —musitó en voz baja—, de lo contrario todo nuestro esfuerzo no servirá de nada y…

—Y avanzar —lo interrumpió Gunea—. Si seguimos con el caso tenemos que avanzar con rapidez.

Santana encomendó a Guerrero ponerse al frente del equipo para el reconocimiento del lugar del crimen en Níjar. Por su parte, y con el objetivo de optimizar el escaso tiempo y recursos de los que disponían, se incorporaría en cuanto terminara su reunión con Tamara Cortés. Además, había pedido expresamente a Valeria que lo mantuviera informado ante cualquier novedad, especialmente si lograban localizar ese punto en Enix que podría ser clave para resolver todas las incógnitas pendientes. Pero eso sería más adelante. Lo urgente ahora era identificar el nuevo cadáver y examinar minuciosamente la escena del crimen.

Esa reunión con Tamara Cortés fue lo que lo llevó aquella mañana al barrio de pescadería en Almería. Un barrio popular y pintoresco de la ciudad situado entre el puerto de Almería y el conjunto monumental de "La Alcazaba", y en la que vivían varias de las familias de etnia gitana más importantes de la ciudad.

Santana caminaba por las calles, que aún conservaban rasgos de la época musulmana en Almería, buscando la dirección que la hija de Serafín Cortés le había indicado. A las puertas de un supermercado, un mendigo acompañado de un perro pequeño de raza chihuahua, pedía limosna bajo un cartel de cartón escrito de forma atropellada y con varias faltas de ortografía.

—¿Tienes un euro para una barra de pan, amigo?

Santana miró un momento al hombre, que desaliñado y sucio le ofrecía un pequeño cuenco de barro en el que echar el donativo. Santana miró sus brazos, que tenían señales de múltiples pinchazos. Era más que probable que esa moneda no tuviera el destino que

decía esa persona, pero Santana prefirió darle la oportunidad de que pudiera saciar su hambre aquel día si de verdad lo necesitaba. El cartel decía que había perdido su trabajo y que tenía dos hijos que alimentar, así que sacó un billete de diez euros de su cartera y lo depositó en el cuenco. La cara del mendigo era de auténtica sorpresa. No debía de estar acostumbrado a que alguien mostrara algo de generosidad.

—Gra…gracias —tartamudeó—. Que Dios te tenga en su gloria y te ayude en todo lo que necesites.

Santana no era muy creyente, de hecho, era más bien ateo. Como en su vida policial, era de los que creían en las evidencias científicas, y pensaba que la existencia de Dios no se respaldaba por estas ni por evidencias históricas, por lo que veía ilógico creer que una divinidad estuviera ahí con todas las desgracias que ocurrían en el mundo, aunque en esos momentos no le importaba lo más mínimo cualquier ayuda que pudiera provenir de cualquier ámbito, incluido el religioso.

—Ahora que lo mencionas, algo de ayuda si que necesito. ¿Sabrías decirme dónde vive Tamara Cortés?

El mendigo abrió los ojos de par en par y comenzó a mirar nervioso a un lado y a otro de la calle.

—¡No, no, no, toma! —dijo devolviéndole el billete de diez euros—. No los necesito.

—Pero…

—¡Vete, por favor! ¡No conozco de quién me hablas!

Santana pensaba en si se había aventurado demasiado al acudir solo a aquella reunión con Tamara. Si la familia Cortés provocaba esa reacción en la gente podría estar metiéndose en un lugar que supusiera un riesgo para su integridad. Sopesó llamar a Tamara y pedirle verse en una de las cafeterías de la zona, de forma que pudiera estar a la vista de la gente. Pero tras valorar las ventajas y los inconvenientes, y tras unos minutos en los que no terminaba de decidirse, resolvió que no quería poner en alerta y a la defensiva a Tamara con una petición así que la hiciera desconfiar. Al fin y al cabo, si esa familia es lo que parecía, igual daría estar en su

casa que en un lugar público en el que todo el mundo callaría si le ocurriera algo.

Santana continuó caminando por la calle, escudriñando ambos lados de la calzada mientras trataba de seguir las indicaciones que Tamara le había dado para llegar a su casa. Empezó a sentir que alguien lo seguía. No podía asegurarlo aún, pero había algo en sus pasos, en la cadencia constante a varios metros detrás de él, que le ponía en alerta. Quizá fueran solo imaginaciones, fruto del estrés acumulado… pero prefirió no fiarse. Giró la primera esquina. Luego otra. Caminó unos metros más y se detuvo en seco. Se giró lentamente, con la mirada fija en la calle por la que acababa de doblar. Deslizó los dedos por debajo de su camiseta para asegurarse de que su arma seguía en su sitio y dejó la mano allí, lista. Pero lo que sintió fue algo muy distinto: una mano firme que le cubría la boca y la nariz con un pañuelo húmedo. Todo se volvió confuso al instante. El olor fuerte. El vértigo. Y luego, la oscuridad.

Era un olor dulzón, penetrante, que le arañó la garganta. Sintió la lengua pesada y un sabor metálico en la boca. El mundo se volvió denso, como si lo cubriera una manta de plomo.

Trató de girarse, de enfocar la vista, pero solo alcanzó a distinguir unos zapatos de piel marrón.

Entonces, nada.

Solo un zumbido lejano en los oídos y la certeza de que había caído en la trampa.

XVI

HIJA DEL SILENCIO

La Villa de Níjar, pueblo ubicado a las faldas de Sierra Alhamilla estaba incluido en la lista de los pueblos más bonitos de España. Una localidad en la que el paso del tiempo y las diversas culturas habían dejado una huella indeleble en el trazado de sus calles, arquitectura y gastronomía que la dotaba de un encanto especial.

Hasta allí llegó el equipo de la brigada que, nada más comenzar a subir por una de sus calles principales pudo observar en la lejanía esa "Atalaya" que buscaban y que habían visto en la televisión. Un torreón sobre una montaña en el punto más alto del pueblo que debía tener unas vistas panorámicas inmejorables del lugar donde se encontraban.

Laura Guerrero había quedado con el jefe de policía en verse en el parque que había junto a la comisaría. Desde ahí subirían juntos hasta el lugar de los hechos y tendrían tiempo de ponerlos en antecedentes.

—¿El Parque Natural Cabo de Gata-Níjar que conocemos pertenece a esta localidad? —preguntó Jáuregui.

—Sí, Aitor —respondió Guerrero—. Este es únicamente el pueblo principal y el que da nombre al municipio. Pero, si te parece pequeño, que sepas que su extensión total, contando el resto de localidades que engloba, es de casi 600 km cuadrados. Uno de los mayores de España.

—¡Joder!

—Incluido el Parque Natural, por supuesto, y 62 kilómetros de playas, algunas de las cuales ya conocemos también.

—¡Eh, Jorge! —lo llamó Jáuregui alzando la voz—. Esto casi le hace sombra a tu León natal, ¿no?

Blanco soltó un bufido apenas audible como toda respuesta y que parecía una queja.

—Ni que tú hubieras estado en León, cateto —le contestó Bayona dejando claro que su enfado seguía patente—. No has pasado de Despeñaperros. Deja en paz a Jorge.

—Bueno, bueno, no te piques —dijo Jáuregui de forma seca —. ¿Dónde dices que hemos quedado, Laura?

—Aquí —dijo señalando con el dedo una placa de mármol sobre una columna a la entrada del parque.

Jáuregui se acercó para leer la inscripción:

—A la memoria de Juan Aguirre Hernández, ejemplo de dedicación, esfuerzo y amistad en su vida profesional y personal. La huella de su persona perdurará en el municipio de Níjar —leyó.

Por un instante, ninguno de los presentes dijo nada. El silencio se llenó de respeto, como si hasta el bullicio del pueblo se hubiera contenido un segundo para honrar el recuerdo de aquel nombre. Guerrero bajó la mirada, sin poder evitar que se le escapara un pensamiento: ojalá todos los hombres que vistieron uniforme dejaran esa huella.

—¿Quién será?

—Fue una gran persona, además de mi compañero —dijo una voz a su espalda con un deje de orgullo y nostalgia—. Aquí todos lo conocíamos. Siempre decía que servir a Níjar era un privilegio, no una obligación.

Todos se giraron y vieron a un policía perfectamente uniformado. Se trataba de un hombre de cara afable y pelo y barba completamente canosos cuya creciente barriga indicaba que los tiempos en los que su puesto precisó de un estado de forma distinto eran cosa del pasado.

—Soy Santiago, jefe de la policía de Níjar, un placer conoceros.

—Lo mismo digo. Yo soy la sargento Laura Guerrero —aclaró mientras le ofrecía la mano, que Santiago no dudó en estrechar—. Y

ellos son el resto del equipo: Aitor, Eva, Valeria y Jorge —añadió, señalándolos uno a uno.

—¿Eres la que está al mando? Hablé con un inspector por teléfono.

Guerrero asintió.

—El inspector Santana se incorporará un poco más tarde.

—Bien, pongámonos en marcha entonces.

El grupo comenzó a caminar por el pueblo, siempre en ascenso, dejando atrás diferentes tiendas de artesanía: telares de toda la vida donde vendían jarapas, cerámica e incluso objetos hechos con esparto; atravesaron la iglesia y se sumergieron en un conjunto laberíntico de calles estrechas y casas blancas adornadas con coloridas macetas que componían su casco antiguo. Por el camino, para aprovechar el tiempo y también ir rompiendo el hielo entre unos y otros, el jefe de la policía de Níjar comenzó a recitar todos aquellos pormenores del hallazgo del cuerpo que habían conocido.

—La fallecida se llamaba Rocío Aguilera —comenzó a contarles Santiago—. Una mujer de aquí del pueblo. Me gustaría contaros las bondades de la difunta, pero me temo que no es el caso, espero que no penséis que el resto de nijareños somos así.

—Descuida.

—Aquí somos gente acogedora y humilde, un pueblo de los de toda la vida. El caso es que Rocío Aguilera estaba en discordancia con el resto. Una especie de oveja negra dentro de nuestra localidad.

—¿A qué se debía esa discordancia?

—Drogas —contestó Santiago—. Rocío era adicta hasta las trancas, su estado era ya lamentable. Eso la arrastró también a la prostitución para poder costearse el vicio, y ya saben… la pescadilla que se muerde la cola. Entró en un círculo vicioso del que no podía salir.

Guerrero escuchaba en silencio. Otra mujer más que no supo —o no quiso— proteger al hijo que llevaba dentro. Un patrón que empezaba a repetirse con demasiada frecuencia. Pensó en su hijo, en lo que habría sido de él si su historia hubiera empezado de otro

modo. Y pensó también —aunque no supiera muy bien por qué— en un niño sin nombre, nacido sordo, que una vez jugó con una pelota en un patio sin muros.

—Entiendo —asintió Guerrero—. ¿Vivía sola?

El calor empezaba a apretar y, al subir, el grupo dejó atrás el eco sordo de los telares y los talleres de cerámica que salpicaban las calles más bajas del pueblo. El aire dejó de oler a polvo caliente, a barro cocido y a esparto cuando comenzaron a subir por una calle empinada y estrecha. La torre se veía ya muy cerca.

Santiago asintió y señaló con el dedo una casa de planta baja cuya fachada se veía mucho más deteriorada en relación con lo cuidadas que estaban las que la rodeaban.

—Esta era su casa.

—Parece que cuidaba su casa de la misma forma que su cuerpo —apuntó Jáuregui, para el que el culto al físico era casi una religión.

—La vi crecer en estas calles, ¿sabe? A veces me pregunto qué podríamos haber hecho distinto —dijo Santiago—. Uno supone que estas cosas siempre les suceden a los demás, pero la realidad es que está a la orden del día en la sociedad.

—¿Sabemos qué hacía Rocío esta madrugada en la cima de esa montaña? —preguntó Guerrero señalando con la cabeza.

—Trabajar —respondió de forma breve—. A unos metros hemos encontrado un preservativo usado y junto al cuerpo había unos cuantos billetes tirados en el suelo.

Guerrero miró alrededor, era una zona con poca iluminación y apartada del centro del pueblo. Sería difícil que alguien hubiera visto algo, pero tenía que completar toda la información:

—¿Algún testigo que viera algo?

—Nada de nada.

A partir de ahí, comenzaron la subida de gran pendiente al promontorio que daba acceso a "La Atalaya" a través de un sendero de piedra que parecía de reciente construcción.

—Lo que vais a encontrar allí arriba imagino que ya os lo imagináis, he visto vuestro caso en los medios y es igual.

Guerrero no respondió. El sendero que llevaban recorriendo parecía estrecharse a medida que se acercaban a la cima, como si el propio camino supiera que lo que aguardaba arriba no podía ser compartido a campo abierto. No era la primera vez que subía a una escena de ese tipo, pero cada paso se le hacía más pesado. En su cabeza se mezclaban las imágenes anteriores —Emma, Katherine— con lo que aún no había visto. Y sin embargo, sabía que volvería a ser brutal, que nada la preparaba del todo para la forma en que la muerte se instalaba allí, en medio del paisaje más bello.

En ese instante, empezó a sonar desde el bolsillo de su pantalón los acordes de violín de la canción "Lo mejor para ti" de Ara Malikian que hacía unos días había puesto como tono de llamada de su móvil.

Guerrero tenía especial predilección por ese virtuoso músico. Una persona que se había tenido que enfrentar a una vida llena de adversidades y desafíos desde que nació. Sus primeros años de vida tuvieron que transcurrir en un Líbano en plena guerra civil, donde vivió días sombríos entre bombardeos, ocultándose en los sótanos de los edificios y enfrentándose a la pérdida de seres queridos. La música lo salvó de ese oscuro escenario cuando su padre le puso un violín debajo de la barbilla. Esa historia de superación le recordaba especialmente a su hijo que con una historia de superación distinta luchaba desde el nacimiento contra la parálisis cerebral que lo había tenido durante años postrado en una silla. Al igual que Malikian con la música, su hijo, pasito a pasito y con mucha paciencia, había conseguido lo impensable y había mejorado de tal forma en la marcha que incluso se estaba permitiendo poder corretear algún kilómetro por los alrededores de casa. El deporte probablemente le había salvado también la vida, proporcionándole la alegría de vivir que necesitaba.

Guerrero se separó del grupo excusándose para atender la llamada:

—¡Laura! ¿Dónde demonios se mete Julián? —tronó la voz del comisario Gunea al otro lado de la línea—. No sé si llamarle o

encargar un chamán que me lo invoque.

—Hola comisario, debe de estar ahora mismo reunido con Tamara Cortés —respondió Guerrero sin perder el pulso—. Tal vez esté en trance y no haya visto la llamada. Ya sabe, cosas del más allá. Mientras tanto, nosotros nos hemos adelantado y estamos a punto de reconocer a la nueva víctima.

—¡Por Dios, Laura! Entre tú y Julián me vais a quitar el poco pelo que me queda. Si está en trance, que no se olvide de volver, que lo necesito con los pies bien puestos en la tierra.

—Le aseguro que, si no lo traen los espíritus, lo traigo yo de la oreja— contestó con una media sonrisa—. Si le parece, le iré informando puntualmente de lo que averigüemos por aquí.

—Hazlo, por favor. Y dile que me llame y que me debe una, o dos. Y si esto se nos desmadra, va a tener que invitarme a cenar… y a beber.

—Queda apuntado, comisario —concluyó Guerrero—. Pero le advierto que, desde que visitó la bodega de los Luque, a Julián le ha dado por ponerse exquisito. Ahora el vino tiene que tener cuerpo, alma y nombre de abuela manchega.

—¡Nombre de abuela manchega dice…! —refunfuño Gunea —. Como empiece a dar catas de vino entre cadáver y cadáver, lo jubilo y lo mando a hacer visitas en la bodega de los Luque. Total, ya tiene experiencia en hacer el paripé.

—Tomo nota, jefe. ¿Quiere que le diga algo más si consigo hablar con él? —añadió Guerrero, con una ceja en alto y el móvil ya lejos del oído, anticipando el tono de la respuesta.

—Sí. Que os he conseguido algo de tiempo. No sé cuánto, pero lo suficiente para calmar las ganas de cortar cabezas de los verdugos de arriba. Le había llamado para decírselo… y recordarle que si me falla, seré yo quien le corte los huevos y los cuelgue de un árbol en la "Plaza Vieja" como si fueran farolillos de feria.

—Le haré llegar el mensaje, comisario.

—Ya me lo agradecerá. Por otro lado, en cuanto he visto que este caso se ponía cuesta arriba, me he apresurado a tomar alguna medida por mi cuenta. He llamado al juzgado para pedir que

intervenga los correos y teléfonos de todos los implicados en el caso —comenzó a explicar—. Es hora de jugar fuerte.

—¿Y su señoría ha aceptado?

—Pues esto os va a interesar. Vamos a cambiar de señoría.

—¿Qué? —preguntó Guerrero, sorprendida.

—La jueza que llevaba el caso al parecer había solicitado el traslado, se lo han concedido, y hoy mismo se ha incorporado su sustituto.

—Que Dios nos coja confesados —murmuró Guerrero—. Ahora que Julián le había cogido el ritmo a la anterior, nos encontramos con un sustituto.

—No me seas dramática, los sustitutos no siempre son tan malos.

—No, si no digo que vaya a ser malo. Digo que va a llevar el asunto alguien que se lo encuentra empezado, y que a nada que sea un poco picajoso o desconfiado, o se sienta inseguro, nos lo va a complicar.

—Pues, de momento lo que ha hecho ha sido aceptar la diligencia que le he pedido. Deberías tener el placer de conocerlo a pie de víctima en cuanto llegues.

—Me siento eufórica por eso, comisario.

—Al lío, que no se diga que en esta brigada el sueldo que os pago no está justificado.

◆ ◆ ◆

Cuando Santana abrió los ojos sentía un fuerte dolor de cabeza. El tiempo en que estuvo inconsciente le había provocado un brote de migraña insoportable. Sentía los ojos adormecidos y la cabeza tan pesada como si alguien hubiera sustituido su cerebro por una mancuerna de veinte kilos. Una vez su visión, todavía borrosa, se empezaba a aclimatar a la luz, Santana empezó a ser de nuevo consciente de la situación en la que se encontraba. Estaba sentado en un sillón de cuero con los pies y manos atados entre sí. La

hemorragia que emanaba de su nariz le hizo comenzar a recordar la forma en la que había llegado hasta allí. Aquel exceso de confianza con ese error de principiante podría costarle caro, y no paraba de darle vueltas a la situación culpándose por haber sido tan torpe.

—No es el momento de recriminarte nada, imbécil —masculló en voz baja.

Santana paseó su vista por la estancia, tratando de identificar algo que fuera reconocible para intentar saber algo acerca de donde se encontraba o que pudiera servirle de ayuda para salir de allí.

Se trataba de un salón lujoso decorado de forma minimalista, aunque cuidado al detalle, como si la persona que hubiera elegido aquella organización hubiera tratado de evitar la ostentación de ese lujo. Las paredes estaban pintadas de colores oscuros, aunque la gran iluminación que había no solo no le quitaba un ápice de luz, sino que le daba un toque de lo más elegante. Mobiliario en su mayoría hecho en vidrio o madera, plantas naturales repartidas por la estancia, alfombras, cojines y una gran chimenea de diseño que parecía tener un rol esencial dentro de la decoración.

"Ni una sola ventana" —pensó Santana.

Trató de deshacerse con fuerza de las sujeciones que le tenían atado, pero las bridas que lo tenían inmovilizado hacían su función a la perfección. Pensó en dislocarse la muñeca para intentar sacar la mano, pero sería inútil, e incluso consiguiéndolo no podría defenderse de quién le había llevado hasta allí.

La puerta del salón se abrió y una mujer joven, semidesnuda, apareció en el umbral. Esbozó una sonrisa antes de adentrarse con naturalidad en la estancia. Llevaba únicamente dos prendas diminutas, diseñadas a todas luces para realzar lo que en teoría ocultaban: una camiseta recortada que apenas le cubría los pechos y unos shorts blancos que no cubrían prácticamente nada. El pelo, de un color negro azabache que le llegaba a los hombros, lo llevaba desarreglado y húmedo, como si acabara de salir de la ducha. Sus ojos, pintados con un pronunciado delineado de gato y tan negros como el pelo, destilaban decisión mientras caminaba descalza de forma resuelta hacia él, como si en una pasarela de

modelos se encontrara. Tras ella, entró un fornido hombre trajeado que cerró la puerta y se colocó a un lado, en un segundo plano. Santana lo identificó sin dificultad como la persona que lo había asaltado en la calle pues llevaba los zapatos marrones que había conseguido ver antes de quedar inconsciente.

Cuando llegó a su altura, se detuvo y le dio el mismo tipo de repaso visual que él le había dado.

—Es un placer conocerte —le dijo mientras tomaba asiento frente a él en un sofá de diseño italiano de alta calidad—. Primero me gustaría pedirte disculpas por la forma en que te he traído hasta aquí — continuó hablando mientras cruzaba una pierna sobre la otra con un gesto de lo más refinado. Su voz decidida denotaba que era una mujer habituada a hacerse escuchar, además sonaba mucho más seductora de lo que había advertido por teléfono—. Espero que entiendas que no podía arriesgarme a que conocieras este sitio. Poca gente sabe dónde vivo y me gustaría seguir manteniendo esa discreción —dijo, con los ojos brillando, limpios y luminosos. A Santana le pareció que centelleaban con el poder cegador de la ambición.

—¿No te parece demasiada desconfianza? —preguntó Santana.

Tamara Cortés compuso una sonrisa alegre y maliciosa, pero no contestó. Sus labios se entreabrieron ligeramente, mostrando una hilera de dientes perfectos.

—No sabes el error que estás cometiendo —dijo Santana con fingida suficiencia—. Estás secuestrando a un policía, ¿eres consciente de eso?

—¡Oh, Sasha! ¿Has oído eso? —dijo, mirando al musculoso hombre que custodiaba la puerta de entrada al salón—. Deja que este buen hombre vuelva a su casa y dale diez mil euros como compensación por las molestias.

Sasha soltó una carcajada.

—No, inspector. No estás secuestrado. Solo quiero asegurarme de cuál es tu intención.

—¿Mi intención? Estoy aquí porque me has llamado.

—Me refiero a qué buscas en mi familia. Quiero saber si tú y yo estamos en sintonía. Después de que lleguemos a un acuerdo volverás al calor de tu hogar con tu nueva novia y tu hijo Fernando.

¿Le estaba amenazando de forma sutil? En cualquier caso, Tamara Cortés había hurgado en su vida y parecía conocerla bien.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó Santana—. ¿No te parece que no estoy en disposición de llegar a muchos acuerdos dadas las circunstancias? —dijo moviendo sus manos atadas de un lado a otro.

Tamara no perdía la sonrisa, parecía disfrutar de la situación. Se levantó del sofá de forma estudiadamente lenta y comenzó a andar en dirección a él con ese atractivo contoneo con el que se movía. Santana la siguió con la mirada, pensando que nunca había visto una combinación tan notable de sexualidad desaforada y veneno puro. Cuando estaba a tan solo un par de pasos de distancia de él, comenzó a introducir despacio su mano en el interior de su camiseta, entre sus pechos, recreándose en el movimiento y sin apartar la vista de un Santana que miraba atónito sin saber qué estaba haciendo. Extrajo una navaja tipo mariposa, que abrió con un juego de manos de forma tan ágil que consiguió impresionar a Santana, aunque se cuidó mucho de que no se le notase. Tamara la alzó a la altura de los ojos de Santana, como queriendo demostrar quién mandaba en esa situación y fue acercando la punta a su cara mientras lo rodeaba.

—¿Ese es tu acuerdo? —preguntó un Santana algo inquieto —. ¿Vas a matarme?

Tamara se acercó al oído de Santana para decirle algo en voz baja, sin embargo, con un movimiento rápido hacia arriba cortó las bridas que unían sus manos. Entonces se aproximó aún más y le susurró con una voz tremendamente melódica y sensual.

—Nadie va a matarte —susurró mientras apoyaba ambas manos sobre sus hombros—. Siempre que no hagas ninguna tontería, claro.

Dicho esto, se giró hacia el hombre de la entrada.

—Sasha, déjanos a solas un momento.

Este cabeceó afirmativamente, giró sobre sus talones, y salió del salón cerrando la puerta tras de él.

—Bien, pongámonos cómodos —invitó con un gesto de la mano—. El sofá es cómodo y mullido. Me encanta su contacto en las piernas —dijo mientras se sentaba en el centro del sofá y le indicaba con aire sugerente el almohadón contiguo al suyo.

Santana escogió un sillón de una plaza separado de ella por una mesita de café. Tamara compuso una cara de disgusto, pero no dijo nada.

—¿Quieres beber algo?

Él negó con la cabeza.

—¿Cerveza?

—No

—¿Champán?

—No, gracias.

—¿Un Martini, tal vez?

—Nada

Otra vez la cara de disgusto.

—¿No bebes?

—No cuando estoy de servicio.

— Te noto bastante tenso —dijo, suavemente, mientras palmeaba el centro de su pecho—. Puedo sentir esta tensión en el aire. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte a relajarte?

—Quizá ayudaría que te vistieras.

—¿Que me vista? Estoy vestida.

—No se nota.

Los labios de Tamara se entreabrieron en una lenta sonrisa.

—Eres muy gracioso.

—Muy bien, Tamara. Ya basta. Vamos al grano. ¿Por qué querías verme?

Ella cambió la sonrisa por un puchero apenado.

—Quiero entender qué es lo que está pasando, y de paso ayudarte a comprender que te equivocas al remover entre nuestros asuntos —respondió con seriedad, como si ya con eso lo aclarase todo.

—Está bien —aceptó Santana—. ¿Empezamos por la explicación de por qué me equivoco?

—No sé si has podido informarte acerca de nuestra familia.

—Preferiría escucharlo por ti misma.

—Mi padre ha trabajado incansablemente para levantar esto —dijo, alzando las manos con las palmas hacia arriba—, a través de varios negocios de compra y venta de oro que funcionaron a la perfección durante los años de la crisis.

—Imagino que la suculenta fortuna de tu progenitor, tras su encarcelamiento, te ha despejado convenientemente el camino.

Tamara compuso una mueca resignada.

—No ha sido nada fácil. Era prácticamente una niña que tuvo que convertirse a marchas forzadas en una experta en finanzas y en habilidades empresariales.

—¿Por qué tu padre te cedió a ti todos sus negocios? ¿No hay otro hermano o hermana Cortés?

Su silencio fue suficiente respuesta. Tamara, y esto sorprendió a Santana, era la única hija de Serafín Cortés y, por tanto, la heredera universal de todos los bienes y derechos que este había ido juntando.

—¿Por qué encerraron a tu padre?

—Esa respuesta ya la conoces. La policía pensó que tenía alguna relación con algún tipo de mafia. Alguien dio su nombre en una conversación que no debía y ya no lo dejaron en paz. Lo presionaron de todas las formas posibles para que les diera algo que mi padre no conocía, así que le cargaron el muerto hartos de sus silencios.

—¿Así que alguien lo delató?

Santana pensaba en quién podría estar tan interesado como para beneficiarse de que Serafín estuviera en la cárcel, alguien que no lo odiara tanto como para verlo muerto pero que saliera muy favorecido de su salida de circulación. Intuía quién podría ser esa persona.

—Es lo que se rumorea —se encogió Tamara de hombros.

—Ayúdame a comprender una cosa. Si todos los negocios de tu padre, y ahora tuyos, eran legales, ¿por qué tanta seguridad?,

¿por qué ese matón en la puerta?, ¿por qué ese secretismo con este lugar?

Tamara se apartó un mechón de pelo de la cara y se lo acomodó detrás de la oreja.

—Porque detrás de cualquier fortuna, siempre hay alguien codicioso dispuesto a que eso deje de ser así. Cuando alguien se hace rico, los peligros se multiplican, simplemente hemos tratado de cubrirnos las espaldas. Deberías saber que el dinero es lo que mueve este mundo, por lo que su poder va aparejado siempre de riesgos en forma de inseguridad.

—Entiendo…

—¿Me dirás ahora que buscabas en la cárcel el otro día cuando fuiste a ver a mi padre?

Santana buscaba en su mente las palabras adecuadas para no ponerse en peligro allí, contentar a Tamara, y a su vez no comprometer a la investigación.

—Está bien —aceptó—. Investigamos un caso de asesinato. La cuestión es que uno de los hombres que hemos detenido por una supuesta relación con el caso que investigamos nos ha contado que hay familias de Almería muy poderosas detrás. Simplemente hemos hecho un listado de las más pudientes y hemos ido a tachar a la familia Cortés de ella —mintió con sorprendente facilidad—. Pero tu padre no quiso contarnos nada.

—Bueno… en ese caso creo que tras nuestra conversación de hoy ha debido de quedar claro que debes buscar en otro lado.

Santana parpadeó.

—Clarísimo. ¿Entonces, puedo irme?

Antes de que Tamara pudiera contestar, en algún lugar sonó un móvil. Santana pudo reconocer los acordes de la canción de Dire Straits de su tono de llamada.

—¿Es ese mi móvil? ¿Me lo devuelves? Mis compañeros deben de estar preocupados.

Ella cogió el móvil que estaba guardado entre los almohadones, lo estudió, cortó la llamada y se lo introdujo por dentro de su ropa interior.

Él frunció el ceño, inquieto.

—Ven a buscarlo.

Santana adoptó una expresión desconcertada.

—Debería irme…

Tamara bostezó, como si no hubiese nada más aburrido en el mundo que un hombre haciéndose el duro. Luego arqueó la espalda, y ese movimiento alzó lo poco que quedaba de su camiseta, dejando a la vista la base de sus pechos.

—¿No piensas venir a recuperarlo?

Santana pensó en que aquello era una tentación ofrecida por el mismo diablo venido del infierno en persona. Se acordó de Rosario, de su cuerpo junto al marco de la puerta de la cocina aquella mañana para darle ánimo y despedirse de él.

Se levantó del sillón y estiró la mano con la palma hacia arriba.

—Mi móvil, por favor.

Tamara lo escrutó un momento con los ojos entornados.

Finalmente lo sacó con lentitud del lugar donde se encontraba y se lo entregó justo cuando el móvil volvía a sonar. Santana se dirigió a la puerta sin mirar el identificador de llamada.

—Un momento —dijo Tamara, poniéndose también de pie —. Como comprenderás, debes irte como volviste. Ya sabes… por seguridad.

Santana asintió sin volverse a mirarla.

—¡Sasha! —vociferó.

El enorme y musculoso hombre volvió a entrar, lo envolvió con su brazo por detrás sin que a Santana le diera tiempo a reaccionar y este volvió a sumergirse en un sueño profundo casi al instante.

Una vez que Tamara Cortés se quedó a solas en el salón, fue hasta el minibar que tenía junto a la chimenea, lo abrió y se sirvió un par de dedos de una de las botellas de whisky que allí tenía. Mientras apuraba el vaso de un trago, una imagen emergió de entre las sombras. A medida que se fue acercando a la luz, esa imagen oscura dio paso a un hombre que portaba una máscara plateada.

—¿Crees que dejará de meter las narices en nuestros asuntos? —preguntó Tamara al recién llegado sin siquiera girarse para mirarlo.

—Más le vale —contestó con voz grave el hombre de la máscara plateada—. O correrá la misma suerte que Rafael Arvelo.

XVII

DONDE PISA LA BESTIA

Cuando Guerrero terminó de hablar con el comisario Gunea, volvió a intentar llamar a Santana. Nada. Guardó su móvil en el bolsillo trasero de su pantalón y comenzó a subir, junto con el jefe de la policía de Níjar y el resto de su equipo, por el camino pronunciado y serpenteante que daba acceso al punto más alto del pueblo.

Desde allí se desplegaba una vista imponente. Se alcanzaba a ver parte de ese "mar de plástico" que caracteriza a la Comarca de Níjar por su dedicación agrícola. También se divisaban tramos de la costa y del Parque Natural de Cabo de Gata, un terreno que ya conocían bien.

Tras subir los últimos peldaños, se toparon de lleno con el dispositivo policial montado a los pies del torreón vigía, una estructura de reminiscencia árabe.

Allí los esperaba un joven policía local, de no más de veinticinco años, sumamente delgado y de aspecto endeble, que los miraba con ojos inquietos. Se cuadró con energía frente a ellos y comenzó a hablar con un leve tartamudeo en la voz:

—A… a sus órdenes, mi… mi sargento —les dio la bienvenida con marcialidad, llevándose la mano a la visera de su gorra en un primer tiempo de saludo.

—Tranquilo —lo calmó Guerrero, animándolo a bajar la mano —. Nosotros somos de disciplina castrense relajada.

—De… de acuerdo, mi sargento.

—¿Qué nos puedes contar? ¿Quién encontró el cuerpo?

A Guerrero no se le escapó la mirada inquisitiva que el joven policía intercambió con su jefe antes de contestar.

—Bueno… nosotros mismos fuimos los que hallamos el cuerpo de la víctima.

—¿Aquí arriba?

—Seguíamos desde hace tiempo al hombre con el que se encontró la señorita Aguilera. Creíamos que podía ser el camello que le pasaba la droga. Caminábamos por la zona, después de atender una llamada por una trifulca doméstica, cuando ya estaba anocheciendo. Lo vimos bajar de la montaña a la carrera; parecía llevar prisa. Lo paramos e interrogamos sobre dónde venía y a dónde iba. Nadie viene a un lugar tan apartado a esas horas si no es para hacer algo que no debe. Así que lo retuvimos hasta comprobar que la señorita Aguilera estuviera bien. Pasamos por su casa, llamamos, pero no respondió nadie. Fue entonces cuando subimos hasta aquí y nos encontramos con su cuerpo… tal y como está allí—. Terminó de explicar, señalando con el dedo un bulto bajo una sábana, a espaldas de La Atalaya.

—¿Disteis vosotros el aviso, entonces?

Otra mirada inquisitiva del policía a su jefe, que asintió de manera imperceptible.

—Al llegar aquí a pie me percaté de que me había dejado el walkie en el coche policial, así que… —vaciló— con los nervios… —volvió a titubear— tuve la horrible idea de utilizar el móvil de la víctima para informar a mis compañeros. ¡Lo siento, sé que la he cagado!

Guerrero suspiró.

—De acuerdo, no te preocupes. Todos hemos sido nuevos alguna vez. Gracias por contárnoslo.

—Gracias, mi sargento.

—Pero como vuelvas a llamarme *mi sargento*, te juro que no respondo —le recordó—. Necesitaremos ese móvil y ver al hombre con el que se encontró Rocío Aguilera.

—A la orden.

Guerrero puso los ojos en blanco, resignada, y se dirigió a sus compañeros.

—Vamos allá —dijo, cruzando por debajo de la cinta policial.

Pese a todo, la costumbre de bregar con muertos te endurece. En otros tiempos, a Guerrero se le habría descompuesto el cuerpo al divisar aquel bulto en el suelo, cubierto con una sábana manchada de sangre. Es más, incluso podría haberse desmayado al levantarla y ver aquel rostro de mujer despedazado a golpes, cubierto de sangre y congelado en una mueca de dolor.

Ni siquiera lo hizo cuando apareció ante sus ojos su pecho, con el signo celta de la maternidad perfectamente sellado y el alfil de cristal blanco entre ambos senos.

Sin embargo, y pese a que ya era el tercer caso que encontraban en las mismas circunstancias, percibió por el rabillo del ojo cómo su compañero, el cabo Blanco, se apartaba de la escena del crimen e intentaba contener una arcada que finalmente no logró retener.

Guerrero dejó a Valeria Nieto y al resto del equipo trabajando sobre el cuerpo de la víctima y se dirigió a un pequeño grupo de personas que conversaban en voz baja. Entre ellos debía de estar el nuevo juez del que le había hablado el comisario Gunea.

—Hola, soy la sargento Guerrero. Estoy a cargo de la investigación hasta que llegue el inspector Santana.

—¿El inspector no ha sacado tiempo para reunirse con nosotros en un momento así? —preguntó una figura que destacaba por su tono autoritario.

Era un hombre de casi sesenta años, pequeño en estatura y complexión, completamente calvo y con gafas de montura fina. Su mirada decidida contrastaba con su físico, y su voz, enérgica, no dejaba lugar a dudas sobre su carácter.

—Soy Valentín Romero, el juez que, a partir de ahora, llevará el caso de las muertes de Emma Luque, Katherine Rodríguez y, desde hoy, también la de Rocío Aguilera —anunció con la cordialidad seca de un lagarto somnoliento.

—Un placer señoría. El inspector Santana se incorporará lo antes posible, seguía esta mañana una pista importante que no podía retrasar.

El juez miró a Guerrero y su boca se extendió en una mueca sin emoción.

—¿Puedo hablar con usted un momento en privado? —le dijo llevándose a Guerrero y apartándola del resto del grupo.

—Verá, por lo que he hablado con mi predecesor, el caso cuya investigación llevan ustedes es de largo el más delicado que pende ante el juzgado. Los demás no es que no los valore, pero puedo asumirlos con más calma y no espero tanta presión como sin duda hay en éste. Por eso quiero tomar las riendas desde el principio y tenerlo controlado en todo momento.

—Lo comprendo.

—He estado revisando todas las diligencias practicadas y las peticiones que han hecho hasta ahora. Sobre el papel veo que tenemos algunos indicios prometedores. Lo que me gustaría es que me pusiera al día de lo que los papeles no me cuentan, de cuánto, cómo y por dónde han avanzado en las pesquisas.

Había leído todos los informes, evaluado los indicios, y ahora quería la versión sin filtros. Era un juez aplicado, metódico. Guerrero no sabía si eso era lo que más les convenía en ese momento. A veces, lo que más ayuda es un juez que firme sin preguntar. Pero Romero no parecía de esos. O exigía cada diligencia al milímetro… o estaba jugando a otro juego.

Le hizo un resumen minucioso de lo que sabían hasta la fecha. Omitió las conjeturas más arriesgadas y detalles aún en fase de comprobación. Le habló de Mamadou y la red de tráfico de menores, de la posible conexión con Serafín Cortés, del lugar en Enix donde podrían estar llevando a los niños, de la conversación con una de las supervivientes, del perfil del asesino, su modus operandi, y de las pruebas electrónicas: correos, llamadas, mensajes.

Cuando terminó, el juez se llevó los dedos al labio inferior. Permaneció unos segundos en silencio, meditando.

—¿Se dan cuenta de una cosa? —preguntó al fin.

—¿De qué, señoría?

—De que saben mucho más sobre la red criminal que del propio asesino del ajedrez.

—Lo entendemos, pero creemos que la historia es un todo —respondió Guerrero—. Comprender el contexto es clave para llegar al

fondo.

—Puedo entenderlo —concedió Romero—, pero ¿qué saben, más allá de que podría ser una mujer, su número de pie y su forma de matar? ¿Tienen algo que les acerque a ella como persona?

Hizo una pausa antes de rematar:

—No olviden cuál es su trabajo. Su obligación es identificar, localizar y detener al asesino. Todo lo demás es secundario.

Eso llamó la atención de Guerrero. Un juez que parecía tan escrupuloso como aplicado en un caso que él mismo había definido como el más delicado que tenía en el juzgado, debería desear que le presentaran una historia lo más completa posible. Aquel consejo que el juez les estaba dando estaba segura que chocaría con la forma de pensar de un Santana para el que entregar un expediente que no hiciera aguas desde ningún punto de vista era casi una religión. Por otro lado, no estaba de acuerdo con el juez en que no sabían nada acerca de la asesina que buscaban: Sabían que era inteligente, que no le afectaba la presión y que evitaba cualquier tipo de riesgo. Concienzuda en su planificación, meticulosa en su ejecución. Era absolutamente indiferente a la vida humana y estaba decidida a impedir a toda costa que más niños se quedaran huérfanos de padres por un puñado de billetes. Conocían el arma que utilizaba, su género, el número de su pie, su puesta en escena y que había buscado lugares ideales para perpetrar sus ataques, alejados de cualquier posibilidad de que alguien la viera. Guerrero reflexionó un momento. Eso ocurría en los casos de Katherine Rodríguez y de Rocío Aguilera, pero en el de Emma Luque se había arriesgado a matarla en su casa.

Eso planteaba una cuestión interesante: al menos para ella, ¿por qué?

La explicación podría estar en que, al ser su primera víctima, se sintiera más segura, con más confianza y mayor capacidad de sorpresa. Tal vez podría ser que fuera alguien tan cercano a ella que no necesitase de un lugar apartado para llevarlo a cabo. Puede también que haya ido puliendo y mejorando su forma de asesinar con el paso del tiempo. En cualquier caso, era algo para que lo estudiaran más detenidamente.

Decidió valorar hasta qué punto el juez facilitaría las cosas o no en ese sentido. Aquella decisión le correspondía a Santana, pero las circunstancias exigían actuar con rapidez. Inspiró hondo y se lanzó.

—Así se lo haré saber al inspector Santana —dijo, intentando sonar segura—. Pero, ya que está aquí, señoría, me gustaría hacerle una petición.

Romero asintió con un leve gesto de cabeza.

—Le escucho.

—Necesitaríamos su autorización para intervenir los teléfonos móviles de las víctimas. Rastrear sus ubicaciones, acceder a mensajes, llamadas... todo lo que pueda ayudarnos a encontrar un vínculo entre ellas. O, con suerte, con el asesino.

El juez parpadeó despacio, sin cambiar su expresión impasible.

—Su comisario me pidió esta mañana algo al respecto. Envíenme mañana a primera hora un listado con los números que desean intervenir. No tengo objeción. No pienso convertirme en un obstáculo burocrático. Solo les pido que, si obtienen algo con valor incriminatorio, me lo comuniquen de inmediato. Quiero que todo esté formalizado.

—Lo tendremos en cuenta, señoría.

—Entonces, le dejo con su trabajo. No quiero retrasarla más. A partir de hoy, estamos en esto juntos, sargento.

Guerrero intentaba asimilar lo ocurrido cuando se dirigía al lugar donde se encontraba la víctima. Acababa de conseguir que el juez aceptara sin rechistar la intervención de los móviles de las víctimas, eso debería ser una buena noticia, de no ser por el comentario previo acerca de centrarse exclusivamente en el asesino que la había dejado algo descolocada. Además, aquella voz templada y firme, invitaba a pensar en una autoridad sobre la cual no sería conveniente ir en contra.

Cuando llegó hasta el cuerpo de Rocío Aguilera, encontró a sus compañeros eufóricos.

—¿Qué tal con el nuevo juez de instrucción? —preguntó Valeria sin ocultar una alegría en su rostro.

—Sorprendente. Para empezar, mañana tendrás autorización para intervenir los móviles de todas las víctimas.

—Bueno, eso no es malo. ¿Y qué más?

—Que habrá que afinar. Tengo la sensación de que nos exigirá tanto como nos apoye.

—A mi me parece un trato justo —observó la forense.

—Ya veremos, Valeria. Con la autoridad judicial hay que cuidarse siempre.

—Del amo y del mulo, cuanto más lejos más seguro, como dicen en mi pueblo.

—En fin… ¿Qué os tiene aquí tan sonrientes? —inquirió—. Parece que hubierais encontrado la solución a la "hipótesis de Riemann".

—Mucho mejor que eso —dijo Valeria mientras su sonrisa se hacía más pronunciada—. ¡La tenemos! —exclamó.

—¿A la "Asesina del ajedrez"? —quiso confirmar.

Valeria asintió.

—Esto está lleno de ADN. Me temo que voy a tener que cancelar la clase magistral online que tenía prevista esta tarde sobre aprender a hacer unos deliciosos "gurullos con conejo". Hemos recogido material para tenerme entretenida el resto del día: varios pelos, muestras de sangre, esperma en los genitales de la víctima, pero, sobre todo, hemos conseguido levantar una huella dactilar en muy buen estado.

—Pero, ¿por qué pensáis que es de la asesina? —preguntó Guerrero arrugando el entrecejo—. Olvidáis que la víctima tuvo un encuentro sexual con un hombre un poco antes de morir.

—Y, muy posiblemente, los análisis de laboratorio lo confirmen, pero… la huella dactilar estoy segura de que es de nuestra asesina. La hemos encontrado impresa en la sangre en una de las heridas que presenta en el rostro.

—Bien, espero que haya cometido el error de su vida.

La siguiente hora, Guerrero se dedicó a interrogar a la persona que había contratado los servicios de Rocío Aguilera poco antes de morir. El hombre en cuestión se llamaba Ernesto y estaba

tan acojonado que hubieran podido sacarle una confesión y cargarle cualquier muerto si hubieran sospechado que era la persona que buscaban. Además de que, según lo que les pudo contar Santiago, el jefe de la policía local de Níjar, tenía un historial suficiente para que se le hubiera retorcido el colmillo. Por suerte para él, su cuento tenía cierta consistencia.

En resumen, conocía a Rocío Aguilera del pueblo, como todo ciudadano que vive en una localidad de pocos habitantes. Le había pasado coca alguna que otra vez, naturalmente fruto de la creciente amistad, y la otra se había ido aficionando al asunto. Cuando la adicción de Rocío fue subiendo de nivel, la situación se tornó más peligrosa. A menudo le demandaba que compartiera un tirito con ella, a veces incluso, cuando la necesidad apremiaba, bajo palabras malsonantes y subidas de tono que les costó alguna fuerte discusión. El amigo Ernesto, encontró la solución a esos problemas, según sus propias palabras, intercambiando una rayita de coca por una buena follada. Ese día había acudido a la cita como acostumbraba, tuvo sexo con Rocío durante no más de diez minutos, pagó lo acordado en billetes y se marchó de allí. Insistió en que eso era todo lo que podía contarles. Guerrero le recordó que ya había sido detenido en alguna ocasión, y que si no cantaba todo lo que sabía, podía comerse un nuevo marrón. Él aseguró que no tenía nada más que añadir y que si le venía algo más a la cabeza que pudiera interesarles los llamaría inmediatamente, faltaría más.

Iba a terminar la conversación con él, cuando a Guerrero se le ocurrió otra pregunta:

—¿Utilizabas protección para tener relaciones con ella?

—¿Te refieres a un preservativo? —vaciló—. ¡Bah! —exclamó con desdén.

—¿No te importaba contagiarte con alguna enfermedad de transmisión sexual o que ella quedara embarazada?

—¿Por qué cojones te tendría que interesar eso, señora agente?

Guerrero respiró hondo tratando de que aquel hombre no le hiciera perder la paciencia. Podía no ser el asesino que estaban

buscando, pero le sacaba de sus casillas y ella últimamente tenía la mecha demasiado corta como para aguantar gilipollas.

—Pues resulta que me interesa, especialmente —le dijo dando un paso decidido hacia adelante y recortando la distancia que había entre ambos—. ¿O prefieres que la policía local profundice con la investigación acerca de la cantidad de droga que podrías manejar y determinar si es para un uso propio o algo más? Por no hablar de la solicitud de servicios sexuales en un lugar público, que podría ser tratado como una infracción grave. Si te parece, podríamos añadir obstrucción a la justicia y…

—¡Está bien! ¡Está bien, joder! —se rindió finalmente—. ¡No usaba nunca un puto condón con esa zorra! ¿Contenta?

—Todavía no —volvió Guerrero a la carga—. Estoy segura de que sabrías decirme si alguna vez Rocío quedó embarazada fruto de ese amor apasionado que ambos teníais.

—¿Y yo qué mierda se?

—¡Ernesto! —exclamó alargando deliberadamente la vocal final de su nombre—. No te lo voy a volver a advertir —le dijo con voz mucho más calmada.

El hombre empezó a caminar nervioso de un lado al otro, sudando profusamente y con las manos sobre la cabeza, posiblemente valorando si tenía alguna otra salida que no fuera darle a aquella entrometida policía lo que pedía. No la encontró.

—Sí, lo estuvo —admitió derrotado.

—Bien, en ese caso me vas a contar despacito y paso a paso qué pasó después de que se quedara embarazada. Te juro que como descubra una sola mentira en cualquier parte de la historia, seré inflexible contigo, puedes estar seguro —le recordó con una frialdad que hubiera helado el desierto de Atacama.

Ernesto no tuvo más remedio que ceder y contar todo. Contó que los problemas de Rocío con las drogas fueron creciendo a la misma velocidad que su barriga, hasta el punto de que ya no solo le pillaba la coca a él, sino que buscaba otras personas que pudieran satisfacer su alta demanda. Las deudas con esos otros camellos fueron en aumento y la situación se estaba haciendo tan insostenible que incluso vio peligrar su vida. Fue entonces cuando, tras un

encuentro, le contó exultante que había conocido a, palabras textuales, un moro que solucionaría todos sus problemas, que le pagaría por ese bebé que llevaba dentro una suma de dinero escandalosa. A él se la traía floja lo que ocurriera con ese bebé que no era fruto del amor, siempre y cuando le diera una parte del pastel, y ella salvaría el cuello por un tiempo, o tal vez para siempre, dada la suma que le ofrecían, así que aceptaron sin pestañear. Una vez que dio a luz y pudo estar en su casa, vino a verla una mujer tremendamente buenorra que se encargó de todo, se llevó al bebé, pagó lo acordado y ahí acabó todo.

—¿Una mujer dices? —preguntó Guerrero cuando este acabó el relato—. ¿Os dijo su nombre?

—No nos lo dijo.

Guerrero hizo una mueca de disgusto, había estado cerca.

—Pero… lo sé —afirmó Ernesto con rotundidad.

—¿Cómo?

—La oí en la calle hablando por teléfono con otra persona. Se identificó y acordó reunirse esa tarde con la persona que había al otro lado del teléfono, a la que llamó "madre", para entregarle al bebé. Por la autoridad con la que hablaba, diría que era la jefa de todo aquello.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¡Su nombre, Ernesto!

—Tamara —dijo sin dudar—. Esa mujer dijo llamarse Tamara Cortés.

Aquella revelación fue como si a Guerrero le hubieran tirado una jarra de agua helada para despertarla en una mañana invernal en plena Antártida. Dio un par de pasos hacia atrás, de forma inconsciente, y estuvo a punto de trastabillar. Recordó que Santana seguía incomunicado, que no solo no habían logrado contactar con él, sino que ya debería haber llegado, y que la persona con la que iba a reunirse probablemente era la jefa de una de las organizaciones criminales con menos escrúpulos que había conocido en su carrera. Notó cómo un mareo súbito recorría su cuerpo y amenazaba con hacerla caer, y lo habría hecho de no ser por el cabo

Jorge Blanco, que, desde la distancia, no había quitado ojo a la conversación y se apresuró a ayudarla a mantener el equilibrio.

—¿Se encuentra bien?

—De escándalo —acertó a decir, esforzándose por recobrar la compostura—. Tenemos que dar con Julián de inmediato. Avisa al resto: que Valeria se quede hasta que el juez autorice a levantar el cuerpo. Los demás, nos vamos.

—¿Qué hacemos con él? —dijo señalando a Ernesto con un movimiento de su cabeza.

A pesar de que aquel hombre le provocaba acidez de estómago, Guerrero no podía obviar que había colaborado. Sus valores le impedían abandonarlo a su suerte, y menos aún después de lo que le ocurrió a Rafael Arvelo.

—Este hombre a partir de ahora es un testigo protegido, avisa a Gunea para que lo ponga en marcha, no está de más que lo tengamos controlado.

—De acuerdo.

Eran casi las dos de la tarde. El día estaba cundiendo. No solo habían conseguido tener acceso a los teléfonos de las víctimas, sino que habían conseguido el nombre de la persona que podía estar al frente de aquellos delincuentes y, lo que era más importante, también habían conseguido una huella en el lugar del crimen que podía revelarles quién era la asesina. Aquello marchaba. Tan solo la duda de si Santana se encontraba a salvo cruzaba por su mente como una tormenta eléctrica en medio de un día soleado.

—Jorge, ¿te gusta el pescaito?

—Pues no especialmente.

Guerrero le tiró las llaves del coche.

—Toma, conduces tú. Vamos a probar como lo hacen los de León.

—Me explicará por qué, me imagino.

—Mientras vamos para allá. Y siempre y cuando dejes de una vez por todas de tratarme de usted.

En Almería, hay veces que el tráfico en la autovía resulta insufrible. Si sumamos que la mayoría de los hogares medios españoles tienen entre uno y dos coches, que las infraestructuras viales de la provincia distan mucho de ser todo lo amplias que deberían, y a eso le sumamos algún accidente de tráfico, el panorama puede complicarse hasta la pesadilla, con retenciones insoportables.

Mientras padecían el atasco por unas obras en la autovía a la altura de una estación de servicio con el nombre de "El 21", Guerrero expuso al resto lo que había sacado de la conversación con Ernesto.

—La historia de una mujer terriblemente desdichada —opinó Jáuregui.

—Las que nos tocan en este asunto tienen que serlo, por definición —observó Guerrero.

—Sí, pero unas más que otras. Si todo es como suponemos, me parece una razón realmente estúpida y una forma demasiado macabra por la que morir, y así llevamos ya tres jodidas piezas de ajedrez.

—¿Y cuál es la forma inteligente de hacerlo?

—De viejo, digo yo.

—Sí, amargado por todo lo que ya no tienes, sorprendiendo de reojo el odio de tu nuera, el cansancio de tu hijo, y los achaques propios de la edad, que no te dejan ni descansar.

Jáuregui arrugó la nariz.

—Bueno, hay quien no tiene hijos.

—Tampoco mejora eso mucho las perspectivas. Menudo sueño: acabar en una residencia, jugando al parchís con viejos a los que ni habrías saludado, de tropezártelos veinte años antes.

Jáuregui se rió con ganas.

—Creo que tú serás una viejita más feliz que todo eso.

—Vaya, no sé si es un halago o es que crees que el Alzheimer me reducirá a una idiotez reconfortante.

—Es un halago. Bueno, más o menos.

Pasaron el atasco y recorrieron algo más de veinte kilómetros por la autovía del Mediterráneo, en dirección a Málaga,

hasta llegar a la salida que los conduciría a la capital, la más cercana al barrio de Pescadería. Todo estaba en obras. Al parecer, se debía a la llegada del AVE a la provincia: el mundo, que seguía progresando, ajeno a la muerte de tres mujeres y a una asesina en serie suelta por la provincia, con la que Santana y los suyos tenían que bregar.

Perdieron las siguientes horas en preguntar por el barrio donde vivía la familia Cortés. Nadie, ya fuera por miedo, porque no conocía la respuesta o porque era un barrio en el que ser un chivato no estaba demasiado bien visto, dijo saber absolutamente nada. La preocupación iba en aumento a medida que el tiempo pasaba. Aquel laberinto de callejuelas empedradas podía haberse convertido en la tumba de Santana y no encontrarían a ni una sola persona que hubiera visto a nadie con la descripción del inspector.

Derrotados y exhaustos, quisieron agotar todas las posibilidades acudiendo a la casa de Santana, por si se encontrara allí y, por algún motivo, no hubiera podido ponerse en contacto con ellos. Cuando llegaron, nadie les abrió la puerta, a pesar de que Jáuregui parecía querer tirarla abajo por la intensidad con la que la aporreaba. Ya estaban a punto de marcharse cuando Rosario Ramos apareció subiendo por las escaleras desde el piso inferior. Iba vestida con ropa informal: mallas deportivas, zapatillas y sudadera, además de unas gafas de visión y un libro bajo la axila que Guerrero identificó de inmediato: *El arte de la guerra*, de Sun Tzu.

Rosario parecía estar en su propio mundo.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañada.

—No sabemos nada de Julián desde hace horas —contestó Guerrero—. Pensamos que, tal vez, había decidido venir a casa.

—¿Qué? —Su expresión era una mezcla de preocupación y desconcierto—. ¿Cómo que no sabéis nada de él? ¿Le ha podido ocurrir algo?

Los compañeros se observaron de reojo dudando qué responder.

—Esta mañana se marchó temprano —dijo mientras introducía la llave en la cerradura de la puerta—. Vamos dentro, lo llamaremos desde mi móvil.

Entraron y comenzaron a seguirla por el pasillo en dirección al pequeño salón de la casa.

—"Conoce al adversario y, sobre todo, conócete a ti mismo, y serás invencible" —recitó Bayona en voz alta.

—¿Cómo?

Bayona le señaló con el dedo el libro que llevaba bajo la axila.

—"El arte de la Guerra" —se explicó—. Es uno de mis favoritos.

—Una frase que se debería aplicar como una ley universal a nuestro trabajo —intervino Guerrero.

—¡Oh, desde luego! Aunque yo prefiero esta: "Quien sabe resolver las dificultades, las resuelve antes de que surjan" —dijo Rosario—. El maestro Tzu siempre… —iba a continuar hablando pero se interrumpió cuando entraron al salón y los golpeó una imagen visual que los dejó completamente paralizados. Sobre una de las inmaculadas paredes blancas de la habitación alguien había escrito algo de un color rojo vivo que ocupaba el ancho de la pared de punta a punta.

—¿Qué coño…?

—"NO PROTEJÁIS AL REY DE CRISTAL" —leyó Jáuregui casi en un susurro.

—¿La puta asesina no sabe mandar Whatssap? —preguntó Guerrero con ironía, mientras Blanco se acercaba al mensaje en la pared y deslizaba un dedo por una de las letras—. ¡Es sangre! Todavía está fresca —confirmó.

Producía un penoso y amargo desagrado ver que un día que había empezado mal y se había enderezado más o menos bien, se volvía a torcer, y más cuando eso no se debía a la falta de diligencia o demérito de ellos. Aquella advertencia de una asesina que sabían que carecía de cualquier tipo de escrúpulos hizo que Rosario se estremeciera. El cuerpo del cabo Blanco también comenzó a agitarse con un leve temblor nervioso, que no pasó desapercibido para Guerrero.

—¿Todo bien, Jorge?

Este asintió sin responder.

—¡Vamos George! ¿No me irás a decir que te asusta un poco de sangre? —le afeó Jáuregui—. Nuestro antiguo compañero, el cabo Monroy, se hubiera pintado unas marcas de guerra en la cara al más puro estilo indio al pasar el dedo por la pared.

—¿Cuánto tiempo ha estado la casa sola? —preguntó Guerrero dirigiéndose a Rosario.

—Fernando se fue temprano a la universidad. Yo he estado aquí toda la mañana hasta hace un par de horas, quizás algo más. Me fui a hacer algún recado y luego bajé a la playa a leer un poco.

Había una cuestión más importante que aquella y que nadie se atrevía a formular. Fue Rosario quién no sin un esfuerzo considerable, consiguió finalmente poner en palabras lo que todos se estaban preguntando:

—¿No será sangre de Julián, verdad? —Aquella pregunta era más un ruego desesperado que buscaba que alguien negara—. ¡Decidme que no es sangre de Julián! —exclamó, alzando los brazos por encima de su cabeza.

Nadie se atrevió a responder.

Guerrero cogió su teléfono y marcó el número de la central solicitando refuerzo de la policía científica para que se hiciera cargo de la situación, tomara las muestras pertinentes y buscara algo que se hubiera podido dejar allí la persona que había escrito aquella rotunda advertencia: alguna huella olvidada, algún pelo caído… lo que sea.

◆ ◆ ◆

Santana abrió los ojos. No veía nada. Palpó su rostro, tratando de encontrar el motivo por el que había perdido la visión. La causa era un saco que le cubría la cabeza. Estaba tumbado sobre la acera, de regreso a la calle donde había sido atacado. Mientras sus ojos se adaptaban de nuevo a la luz del día, veía a la gente caminar de un lado a otro. A nadie parecía importarle ese hombre tirado en el suelo, con la cabeza cubierta por un saco, lo que no

hacía más que confirmar su teoría: en aquel barrio jamás conseguiría que alguien incriminara a la familia Cortés.

¿Cuánto tiempo había dormido?

Un coche pasó a toda velocidad a su lado con la música a todo volumen. Era una de esas canciones de reguetón moderno que a Santana le provocaban arcadas, interpretada por algún grupo latino cuyo nombre desconocía por completo, y que berreaba la letra con un tono plano y carente de calidad. Nunca había llegado a comprender cómo podían tener éxito grupos musicales que contenían mensajes de violencia, que normalizaban el consumo de drogas, cosificaban y sexualizaban a la mujer, y que, para él, promovían una visión hedonista y vacía de la vida.

El coche se alejó como el zumbido de un abejorro nervioso, acelerado. Trató de concentrarse en otra cosa. Sus pensamientos se enredaban, veloces y chillones, como la percusión de aquel estilo musical que acababa de oír y que detestaba.

Desde que despertó, Santana sentía un malestar físico que no lo abandonaba. No sabía con seguridad si era efecto del cloroformo que Sasha debía de haber utilizado, o si estaba somatizando los nervios acumulados durante la investigación. De lo que sí estaba convencido era de que pronto entrarían en un punto de no retorno, en el que las semillas que habían ido sembrando con su trabajo, poco a poco, debían empezar a dar sus frutos… y ofrecerles las respuestas que tanto necesitaban.

Un hombre lo observaba desde la acera de enfrente con indiferencia, pero desvió la mirada en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Santana y se agachó a recoger una caca de su perro con una bolsita de plástico.

En ese momento, Santana recordó que había recibido varias llamadas en casa de Tamara y que no había podido contestar. Sacó el teléfono: tenía varias llamadas perdidas de Guerrero.

—Mierda —masculló en voz baja—. La nueva víctima.

"¿Qué hora es?"

Miró su reloj.

Las 17:02.

Sus compañeros debían de estar muy preocupados por no haber llegado a tiempo para que él pudiera reconocer a la nueva víctima que se había sumado al caso. Jamás se perdía algo así. Siempre había creído que, si se quería obtener la mejor información posible, debían ser sus ojos —entrenados y precisos— los que recorrieran cada centímetro del lugar del crimen. Confiaba plenamente en sus compañeros, sí, pero sabía que podían escaparse esos pequeños detalles que, por alguna razón, él parecía tener un don para percibir.

Guerrero le había dejado un mensaje tras no conseguir contactar con él. Lo abrió y comenzó a leer:

<< ¿Dónde te metes? Menudo pifostio hay aquí montado. Llámame cuando lo veas. Por cierto… TEN MUCHÍSIMO CUIDADO CON TAMARA CORTÉS, no es trigo limpio>>

—A buenas horas… —dijo tras un leve carraspeo.

Por otro lado, tenía una llamada perdida del comisario Gunea, y como este estaba en la cúspide de la cadena alimentaria, vio sensato devolver la llamada en primer lugar al depredador por excelencia, no vaya a ser que por no hacerlo le diera por revolverse e ir directo a morder su yugular. No era normal que el gran jefe mostrara tantísima preocupación por el devenir de un caso como lo estaba teniendo con este. Quizá, encontrar al "Asesino del ajedrez" había entrado a funcionar como moneda de cambio en alguna de esas cuentas corrientes de favores y contrafavores que mantienen los grandes pájaros en las alturas en que se mueven ellos.

—Hola Comisario —le saludó en cuanto Gunea descolgó el teléfono—. Siento no haber podido coger su llamada antes.

—¿Has terminado ya de tomar café y donuts con Tamara Cortés? Luego te quejarás de que te sale flotador.

—Descuida, le he puesto sacarina al café.

—Peor me lo pones. Grasas y edulcorantes artificiales cancerígenos. ¿Qué se cuenta la Elon Musk de Aliexpress del barrio de pescadería?

—Puf —suspiró Santana—. Digamos que tiene una forma muy particular de pedir que mire para otro lado.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—Ha tratado de ser lo suficientemente convincente e insistente como para que pongamos una diana en ella. Es una mujer con poder, con autoridad para hablar y que, a juzgar por la casa donde vive, los negocios le van francamente bien. No podría asegurarte en qué grado está involucrada, pero me jugaría el sueldo que religiosamente me pagas cada mes a que forma parte de esa mafia.

—En ese caso, tal vez debamos vigilar su casa más de cerca, incluso si tenemos los indicios necesarios, podemos solicitar hacer un registro en su interior.

—Bueno… ese va a ser un pequeño problema, comisario.

—¿Por qué?

—No sé dónde se encuentra su casa.

—¿De qué hablas? Acabas de venir de estar reunido con ella.

—Es una larga historia.

Al otro lado de la línea se escuchó un largo suspiro de resignación.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no aflojes la mano de la presa. Como le dije a Guerrero, os he conseguido algo de tiempo, espero que me correspondas con novedades y una historia completita, como a los jueces y a nosotros nos gustan.

—Hablando de jueces. ¿Sabe qué tal le ha ido a Guerrero con la jueza en el nuevo lugar del crimen? Aún no he podido hablar con ella y me temo que a su señoría no ha debido de gustarle demasiado mi ausencia.

—Juez —aclaró Gunea.

—¿Cómo dice?

—Habla con Guerrero, tendrá muchas cosas que contarte. Ahora me voy, tengo una reunión en media hora. Lo dejo todo en tus manos —dijo dando por finalizada la conversación.

Lo haría pronto. Pero el malestar físico seguía ahí. Necesitaba llegar primero a su casa y darse una ducha revitalizante que le permitiera afrontar lo que quedaba de tarde con entereza.

Su móvil volvió a sonar. Era un nuevo mensaje de Guerrero:

<< Julián, por el amor de Dios, ¿dónde te metes? Estoy en tu casa. Deberías venir lo más rápido que puedas. Te necesito aquí>>

¿Había dicho en mi casa?

Santana contuvo el aliento y volvió a leer el mensaje con urgencia. Tras esas palabras de su compañera, una señal roja de alarma se encendió en alguna parte de su cabeza y a su mente le vino rápidamente Rosario.

—¡No! —exclamó.

Su casa estaba a más de media hora andando desde donde se encontraba. Por suerte, el footing mañanero que acostumbraba a realizar lo tenía en una forma más que decente. Olvidando su malestar y poniendo a prueba la capacidad de su estómago para retener la poca comida que había dentro, echó a correr como alma que lleva el diablo por la calle en dirección al barrio de "El Zapillo" donde estaba su casa.

Doce minutos después, se encontraba jadeante a las puertas de su bloque de pisos. Obvió el ascensor y comenzó a subir los escalones de dos en dos hasta alcanzar la quinta planta, donde vivía.

Una vez arriba, el trasiego de gente de un lado a otro le hizo temerse lo peor. Varias personas de la policía científica pasaban a su lado con prisas. Justo cuando iban a rebasarlo, tomó del brazo a uno de ellos con firmeza.

—¡Rosario Ramos! —gritó—. ¡Decidme que está bien!

El policía, que no sabía quién era Santana, debía de estar preguntándose quién era ese chiflado que vociferaba e interrumpía su labor allí. Se zafó de su agarre con brusquedad y continuó caminando escaleras abajo sin responder.

Al verlo irrumpir en la casa, jadeante y algo descompuesto, Guerrero se percató de que, tal vez debía de haberle mandado un audio explicándole la situación y tranquilizándolo un poco. No tardó en descubrir por sí solo de qué se trataba, pues aquella frase en la pared resaltaba por encima de todo lo demás. Con voz neutra y los ojos como platos, preguntó:

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace una hora.

Su cara de tensión se transformó en alivio cuando vio aparecer a Rosario procedente de la cocina. Mientras recuperaba el resuello, Guerrero lo fue poniendo al día acerca de lo mucho que habían descubierto aquel día y lo que había acontecido después, una vez que llegaron allí a su casa. Jorge Blanco, desde una esquina del salón, observaba la escena sin mover un solo músculo, como si su cuerpo hubiera reaccionado a aquella situación aturdiéndolo y paralizándolo de puro miedo.

—Así que ese tal Ernesto señaló a Tamara Cortés, de la misma forma que Rafael Arvelo lo hizo con Serafín…

—Parecen gente peligrosa, Julián, es por eso que temía que te hubiera ocurrido algo.

Santana le guiñó un ojo y dejó asomar la punta de la lengua.

—No tienes que preocuparte. Desde pequeño he sido un niño muy duro. Ni siquiera lloraba con El principito.

—Eso no hay quien se lo crea, jefe. En cualquier caso, esto todavía apunta más hacia el mismo objetivo.

Santana asintió.

—Que todo el mundo insista en que nos centremos únicamente en la asesina solo me anima aún más a seguir esa pista. Estoy convencido de que, si llegamos a comprender todo el entramado, también entenderemos mejor cómo dar con la "Asesina del Ajedrez". Pero hay que tener cuidado con cada paso: tengo la sensación de que caminamos sobre un campo minado. Un solo error… y todo puede irse al traste.

Jorge Blanco seguía como paralizado. Santana arrugó la nariz.

—Bueno… ¿y vosotros? ¿Cómo lo veis? ¿Alguna teoría sobre eso? —preguntó, mirando alternativamente a Blanco y Jáuregui mientras señalaba la frase escrita en sangre en la pared.

Blanco parecía dudar, pero no abrió la boca. Sí lo hizo Jáuregui.

—Quiere que nos pongamos nerviosos, que nos comamos las uñas y nos quebremos la cabeza intentando descifrar a quién se refiere. En cualquier caso, el hecho de que haya entrado aquí ya es una advertencia. Y muy seria, diría yo.

En eso coincidía plenamente con su compañero. Su casa ya no era un lugar seguro. Tenía que hablar con su hijo y con Rosario, apartarlos de la investigación. Demasiados frentes abiertos como para sumar la preocupación constante de que les ocurriera algo a las dos personas que más quería en este mundo. La decisión era dura, justo ahora que había logrado una cierta estabilidad familiar. Pero tenía que hacerlo: era lo más seguro para todos. Solo esperaba que Fernando no lo interpretara como otro abandono, como una nueva ocasión en la que su padre elegía su trabajo por encima de todo.

Fue entonces cuando Fernando entró por la puerta, con una mochila colgando del hombro derecho.

—¿Qué ha pasado, papá? —preguntó con cara de preocupación.

—Todavía estamos tratando de averiguarlo. ¿Te parece si hablamos más tarde?

Fernando asintió y cambió su rictus inquieto por una sonrisa amplia.

—Seguramente no sea el mejor momento, pero te he traído un regalo.

—¿Un regalo?

Fernando se descolgó la mochila del hombro y abrió la cremallera de uno de los bolsillos laterales del que sacó una pulsera artesanal de macramé con un pequeño símbolo de plata que Santana reconoció al instante.

—Quería darte las gracias por dejar que me quedara contigo. Y bueno… ya que nos hemos vuelto a reencontrar en Almería, pensé que…

—¿Dónde has comprado esto? —preguntó con más brusquedad de la necesaria, tomando la pulsera de la mano de Fernando. A simple vista, habría sido un regalo conmovedor, uno que podría haber emocionado a Santana. Pero bastó con fijarse en el

detalle: una serpiente sustituyendo el arco del Indalo, ese símbolo ancestral. Y entonces, todo cambió.

—Pues… —tartamudeó Fernando sorprendido por la reacción de su padre.

—¡Fer!

—Un vendedor ambulante me lo ofreció justo antes de subir.

—¿Cómo era?

—¡No lo sé! ¡No la vi bien! Tenía, tenía… —de pronto pareció darse cuenta del error que acababa de cometer— algo que le cubría la cara. Se marchó corriendo antes de que pudiera pagarle y fijarme bien.

—¿Algo que cubría su cara? Intenta recordar todo lo que puedas, cualquier detalle.

—No lo sé, papá. Llevaba una sudadera con capucha que le tapaba casi toda la cara, pero debajo había algo que parecía… parecía brillar. O eso creo.

—¿Una máscara?

—¡No lo sé! —alzó Fernando la voz—. Pasó todo muy rápido y…

Guerrero se acercó a Fernando, intercambió antes una mirada compasiva con Santana y posó una mano en el hombro del chico, en un gesto de cercanía y comprensión.

—No te preocupes, Fernando —le dijo con la mayor de las sonrisas—. Lo has hecho genial. Vete a descansar.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, Santana se despertó con una pesada resaca emocional.

Inquieto, su descanso había sido superficial e irregular, incapaz de cumplir su función de ordenar los pensamientos. Aún no se había desprendido de todo lo vivido el día anterior, lo que hacía aún más difícil centrarse en el presente. No fue hasta que se duchó, se vistió, tomó su café y se unió a Rosario y a Fernando en la mesa

del desayuno, cuando se dio cuenta que hacía un día brillante y sin nubes.

Pero ni siquiera eso le calmó.

Fernando, mucho más despreocupado —o quizá simplemente ajeno a la gravedad de la situación—, había puesto música en Spotify, algo de hip hop. Santana odiaba la música por la mañana y, con el mal humor que arrastraba y el estilo elegido, aquella mezcla le resultaba sencillamente insoportable.

Rosario lo miró por encima del libro "El Arte de la Guerra" que seguía leyendo y que tenía apoyado delante de ella.

—¿Qué pasa?

—Estoy preocupado.

Rosario bajó el libro unos cinco centímetros.

—¿Es por esa frase en la pared, verdad?

—Sobre todo eso… supongo.

—¿Qué ocurre?

Santana inspiró profundamente. Había llegado el momento de decirlo y no sabía si estaba preparado para ello.

—Creo que sería mejor que Fernando y tú os instalarais en otro sitio. Será solo hasta que acabe la investigación.

Fernando levantó por primera vez sus ojos del tazón con cereales del que daba buena cuenta.

—¿Irnos? ¿A dónde? —preguntó Rosario—. No vamos a dejarte solo aquí. Tú eres ahora nuestra familia.

—Nuestra casa ya no es segura.

—¿Y qué lugar lo es? ¿Acaso crees que a alguien que ha llegado hasta aquí, que ha entrado en tu salón y ha pintado la pared con sangre, le costaría lo más mínimo encontrarnos si quisiera hacernos daño?

—No es solo que crea que estaríais más seguros en otro lugar, que también. Es por mí. Necesito concentrarme en cazar de una vez por todas a esa mujer que sigue matando brutalmente delante de nuestras narices. No puedo hacerlo si en cada paso pienso que este caso os pone en peligro.

Rosario cerró el libro.

—Osea que te estorbamos.

Santana estiró su mano para posarla encima de la de Rosario.

—Si os digo esto no es porque me estorbéis. Es porque sois lo más importante de mi vida, y no soportaría que os ocurriera nada malo. Confía en mí. Serán solo unos días… unas semanas, tal vez. Aprovecha para visitar a tus hijos, pasar tiempo con ellos.

Rosario le sostuvo la mirada. Su mente no parecía funcionar con esa lógica. Parecía ansiosa, confundida.

—¿Y tú? Si el peligro está aumentando como dices, hay posibilidades de que pueda venir a por ti.

—Eso es lo que estoy tratando de evitar. Tengo que llegar hasta ella antes de que ella llegue a mi. Llevo toda la vida lidiando con peligrosos homicidas. Los conozco bien. Me las apañaré.

La expresión de Rosario seguía siendo de indecisión.

—Mi padre tiene razón —intervino Fernando—. Debemos irnos. Esta vez no es solo él. Tiene gente a su lado a la que quiere. No podemos crearle esa debilidad.

Rosario negó con la cabeza de un modo que parecía un estremecimiento.

—Solo ante el peligro. El asesino y tú. Como siempre.

Santana no dijo nada.

Rosario continuó ante su silencio.

—Siempre se reduce a eso, ¿verdad? Siempre lo ves como tu batalla, tu deber, un duelo entre el asesino y tú. Te hiciste policía de homicidios por esto, por la incertidumbre, por este deseo de lograr que tu mente sea más poderosa que la del criminal.

Santana escuchó lo que su pareja le estaba diciendo. Quizá tuviera razón. La sensación que su cuerpo experimentaba cuando comenzaba a encajar las piezas del puzle no era comparable a nada

de lo que podía llegar a sentir en ninguna otra circunstancia. Enfrentarse a un asesino colosal solo hacía incrementar esa adrenalina que era como su combustible diario.

—La verdad es que quiero acabar con esa asesina yo mismo. Lo reconozco. Quizá soy un temerario. Pero, ¿sabes qué? No hay nada en este mundo que me guste más que enfrentar mi mente con la de un oponente realmente listo, y luego pisarle las pelotas, o los ovarios dado el caso.

—¿Disfrutas realmente con esto?

—Cuando era un niño —comenzó a decir Santana—, mi padre siempre me decía que la clave para tener una vida feliz —concretamente para ser feliz en tu profesión— era encontrar una actividad con la que disfrutes lo suficiente como para estar dispuesto a hacerla sin que te paguen, y luego conseguir que alguien esté dispuesto a pagarte por hacerla. Bueno, no mucha gente lo consigue —añadió, levantándose de la silla y acercándose a Rosario para darle un beso en la frente. Esto es lo que soy. Lo que sé hacer. Encierro criminales, y no quiero arrastraros conmigo a esta vida. Nos vemos en unas semanas.

Santana no sabía si esa promesa se cumpliría. Pero tenía que intentarlo.

CUARTA PARTE

La niña hacía tiempo que había dejado de serlo. En aquel caserón que era su hogar era imposible llevar el control del tiempo, por lo que conocer su edad se antojaba imposible, pero lo podía notar no solo en su cuerpo sino en las miradas lascivas que los hombres que trabajaban allí y que ayudaban a madre le dedicaban. Jamás se atreverían a intentar nada con ella, les quebraría todos los huesos de su cuerpo si intentaran siquiera tocarla, de manera que rehuían su mirada cuando se cruzaban con ella. Su dominio de la lucha había experimentado una mejoría notable, y su rabia y agresividad había crecido exponencialmente a la misma velocidad que su capacidad para canalizarla. Hacía tiempo que su mente no percibía ningún tipo de sensación, era incapaz de sentir miedo, compasión, afecto, ni ninguna otra emoción, y su cuerpo se había vuelto insensible a cualquiera de los estímulos que había padecido cuando era niña: ni dolor, ni frío, ni hambre, nada… a veces pensaba que era como una especie de robot, un autómata que de forma sistemática hacía lo que le decían sin preguntarse nada más. Simplemente cumplía con su deber y, de paso, tenía a madre contenta, que la recompensaba por ello. Hacía unos meses que madre la había ascendido a torre, y sus condiciones de vida allí habían mejorado desde entonces. Aunque eso ya había dejado de importarle, madre había dejado de someterla a sesiones interminables para acostumbrarla a esos elementos como el dolor o el frío que al principio le parecían una tortura. Ahora le dedicaba más tiempo a los otros trebejos, pero siempre la oía decir que ninguno está preparado para llegar hasta donde lo está haciendo ella. Eran unos débiles que morirían en el mundo real en apenas unos días. A pesar de eso, siguen siendo muchos los que llegan, y unos pocos los que se van. Ocurre cuando el hombre de la máscara plateada, que es la única persona a la que madre tiene un gran respeto y consideración así lo decide. Otros se marchan ya más crecidos, cuando piensan que están preparados para salir de aquel caserón. Sin embargo, ella permanece allí, inalterable, ajena al tiempo y a ese ir y venir de trebejos.

Aquel día había amanecido con la rutina habitual. Un aseo rápido y vestirse para ir a desayunar. Uno de esos privilegios de ser torre. Fue allí donde madre le dijo que tenía un cometido para ella. Se acercó a su oído para decirle que tendría que poner a prueba la capacidad de otro trebejo para ascender a caballo. Ella ya sabía a lo que se refería, lo había hecho decenas de veces anteriormente. Sin pestañear ante la noticia, se apuró el vaso de leche sola, sin

azúcar, que era su desayuno diario, le dio un mordisco a una de las manzanas que había en un frutero y se dispuso a salir de la casa, decidida, a prepararse para cumplir con su cometido.

Salió a la calle. El día estaba nublado y unas gotas de lluvia comenzaron a mojarle el rostro. Ese día, algo en el ambiente le hizo pensar que no sería una jornada como las demás. El movimiento de gente de un lado a otro para disponerlo todo era el habitual. Habían preparado una especie de ring con una gruesa cuerda unida a cuatro postes formando un improvisado cuadrilátero, alrededor del cual, otros trebejos se arremolinaban para ver el espectáculo. En el interior del ring, un chico de piel tostada al que había visto en varias ocasiones por el caserón la miraba desde la distancia con ojos cargados de ira y una agresividad contenida. Parecía más joven que ella, pero eso no se reflejaba en su constitución, pues era mucho más alto y había conseguido desarrollar unos músculos definidos y fuertes, a pesar de las circunstancias. Se llamaba Omar Salas, y conseguiría ascender a caballo si la derrotaba. Pero eso no ocurriría nunca, no si había tenido la mala suerte de enfrentarse a ella. Caminaba despacio, las manos en los bolsillos de su pantalón, decidida, en dirección al ring, cuando madre la interceptó:

—Te he elegido para esto porque sé que no tendrás piedad, y Omar se merece una prueba acorde a su evolución. Pero no seas muy dura con él, es un buen chico.

La mujer asintió en silencio y la rebasó sin mirarla. Todos sus sentidos estaban plenamente centrados ya en el trebejo que se movía inquieto de un lado como si de un león enjaulado se tratase, esperando el momento para abalanzarse contra su víctima.

La lluvia comenzó a hacerse más intensa, mojando a todos los presentes. Pasó por debajo de la cuerda entrando al interior del ring, que no era más que el propio terreno: compuesto por tierra, grava, piedras y algún matorral. Se descalzó con parsimonia, sintiendo el barro húmedo colarse entre sus dedos. Se remangó los pantalones por encima de los tobillos mientras las gotas frías le corrían por la espalda. Le gustaba aquella sensación de poder moverse libre pisando con su piel desnuda aquella tierra.

Alguien hizo sonar un silbato y Omar se lanzó como un jabalí que se ha visto acorralado y que se ve en la obligación de proteger a sus crías. Dispuesto a embestir como si le fuera la vida en ello. La mujer no se movió. Ni un solo músculo. Fijó su mirada en Omar como un depredador midiendo el momento exacto para saltar. Justo cuando parecía que se la iba a llevar por delante, ella se desplazó con agilidad y una velocidad sorprendente apartándose del camino de su rival y haciéndole trastabillar al no encontrar la oposición esperada en su cuerpo. Omar se recompuso rápidamente y alzó sus brazos dispuesto a luchar, aquella era su oportunidad de progresar allí, de mejorar su vida y, tal vez, algún día conseguir salir de aquel lugar al que odiaba con todas sus fuerzas. No pensaba

desaprovecharla. Volvió a la carga acortando la distancia con la mujer y lanzando puñetazos buscando golpear en su rostro. Esta no se movió esta vez El puño de Omar le dio de lleno en el pómulo y su cabeza giró violentamente con el golpe. Un chasquido seco acompañó el impacto. El público contuvo el aliento. Se oyeron exclamaciones entre los espectadores: poca gente resistiría un golpe de aquellas características. Giró la cabeza lentamente, una sonrisa torcida deformándole el rostro ensangrentado. La sangre se mezclaba con la lluvia, pero sus ojos, fijos en Omar, brillaban con una mezcla de furia y placer. Aquello no era dolor. Era un desafío. Sus ojos tenían una determinación que hicieron que Omar diera un paso hacia atrás de forma inconsciente. Pero solo fue un instante, pues volvió a intentarlo, si aquella dura adversaria necesitaba más de un golpe para caer, lo haría sin dudarlo. Volvió a cargar su brazo, pero cuando lo alargó tratando de encontrar de nuevo su rostro, ella se agachó, rauda, golpeando con fuerza el abdomen de Omar, justo donde debía encontrarse el hígado, que le hizo retorcerse con una mueca de dolor terrible y caer finalmente de rodillas al suelo. Sin tiempo para recuperarse, una patada seca sobre su espalda le hizo desplomarse sobre uno de los charcos de barro que se empezaban a formar. Esta se tumbó sobre su espalda, introduciendo el antebrazo rodeando el cuello mientras el otro brazo lo pasaba por la nuca, buscando cortar el flujo de sangre y aire. Sentía que las fuerzas lo abandonaban y su cuerpo le pedía sumergirse en un sueño profundo. La mujer giró un instante la cabeza hacia madre, que negó de forma imperceptible. Comenzó a aflojar el agarre, sintiendo como su cara volvía poco a poco a recobrar el color habitual. Cuando Omar pudo recuperar el aliento y su boca pudo articular alguna palabra, murmuró una frase que, por primera vez, hizo que ella se estremeciera levemente.

—Sé… sé… quién es… tu verdadera madre.

Por un instante, la mujer sintió algo que no supo identificar. Como si su cuerpo —ya ajeno al frío, al hambre o al dolor— recordara, en lo más hondo, una voz antigua. Un nombre que no sabía que había olvidado.

La mujer le pidió que continuara hablando, pero este ya había perdido el conocimiento.

Durante un segundo, apenas perceptible, su respiración se alteró. Nadie lo vio. Nadie lo oyó.

¿Una madre?

No recordaba haber tenido una. Madre —la única que conocía— siempre le había dicho que no había nada antes del caserón. Pero aquella frase, traída por los labios de un derrotado, le había dejado una astilla clavada en la mente.

No tardaría en arrancarle esa respuesta.

XVIII

TERRITORIO DE CAZA

La doctora Valeria Nieto, sentada en la pequeña habitación que formaba su laboratorio, junto a la sala contigua donde realizaba las autopsias, trabajaba con varios de sus ordenadores encendidos y funcionando de forma simultánea, tecleando en uno de ellos de forma enérgica caracteres ininteligibles para la mayoría de los mortales. Llevaba varias horas trabajando en los teléfonos móviles de cada una de las víctimas del caso del "Asesino del Ajedrez", junto a una manchada que había pedido para llevar en un bar de reciente apertura a las puertas del edificio de la brigada.

Dio un sorbo largo al café, que hizo que arrugara la nariz y compusiera un gesto de desagrado en su cara.

Mientras repasaba las últimas localizaciones de los móviles de las víctimas antes de apagarse, pensaba en ese café que le habían preparado y que confirmaba su teoría de que uno de los síntomas más notorios de la decadencia de occidente es la cantidad de gente que se ofrece a proveer cosas que no tienen la menor idea de producir. Aquella camarera sabía de preparar un café manchado poco más o menos que lo mismo que ella de reparar cableado de una nave espacial. Le había puesto demasiado café, estaba frío y la leche que había utilizado le daba un sabor a leche en polvo similar al que te pueden ofrecer en un avión o en una máquina expendedora. No es que le importara demasiado, pues acostumbrada como estaba a tomar tantos cafés diarios, casi lo hacía más por pura rutina y para aliviar el sueño que por el gusto de tomarlo, pero era un ejemplo más de la desidia que imperaba por todas partes, como le había ocurrido meses atrás con aquellos pintores que le habían cobrado un

capital por dejarle la casa repleta de brochazos desiguales, como si hubieran dejado sueltos a varios niños decididos a plasmar ese derroche de imaginación y energía en aquellas paredes.

Los resultados que esperaba fueron apareciendo en la pantalla de su ordenador. Valeria entrecerró los ojos y se ajustó la posición de las gafas sobre su nariz. Aquello era interesante.

Emma Luque, Katherine Rodríguez y Rocío Aguilera. Tres mujeres. Las habían elegido como objetivos, habían sido asignadas con una pieza de ajedrez, las habían sellado como ovejas un símbolo extraño con una técnica de marcado criogénico y las habían apaleado tan repetidamente y con tanta fuerza que les habían desfigurado el rostro. Sus pecados para engendrar una venganza tan macabra estaban claros: entregar a sus bebés a cambio de una remuneración económica.

Había varias piezas del puzle que comenzaban a esclarecerse. La teoría que más sentido parecía tener era la siguiente: Mamadou detectaba mujeres con problemas económicos, les ofrecía una gran suma de dinero a cambio de ese niño siguiendo las órdenes de una organización en la que faltaba por definir el papel de Serafín Cortés y su hija Tamara, aunque todo lo que iban conociendo hacía pensar en ellos como un papel protagonista dentro de ese entramado. La pregunta que había que hacerse a partir de ahí era:

¿Dónde llevaban a esos niños y qué hacían con ellos?

¿A quién se los entregaban?

¿Quién era la "madre" que aparecía en los correos que escribía Mamadou?

La respuesta comenzaba a aparecer delante de sus narices. Todas las víctimas tenían en común una localización como uno de los lugares visitados los días previos a su muerte, y era una ubicación que conocían. Marcó el teléfono de Santana, que cogió al momento.

—Hola, jefe. ¿Recuerdas que nos dieron vía libre para intervenir los teléfonos de las víctimas?

—No estoy tan senil, Valeria. Lo recuerdo.

—Pues para poner la guinda a este maravilloso pastel, tenemos geolocalizados todos ellos en los días anteriores a que nuestra asesina decidiera que eran tan malas madres como para no merecer un lugar en nuestro mundo.

—Deduzco que lo que tienen en común no es que fueran a la misma clase de recuperación postparto, ¿no?

—Tan sagaz e intuitivo como siempre —dijo con socarronería—. Carol —sentenció—. Carolina Ruíz —confirmó sin más preámbulos.

—¿Estás segura?

—Tan segura como una carrera de patinetes eléctricos —dijo irónica—. ¿Cuándo te he fallado yo?

—¿Cuenta la vez que pediste las pizzas con piña?

—Ahí tampoco te fallé —trató de aclarar tras una carcajada —. Es solo que vuestro paladar no está preparado para valorar esa exquisitez.

—No voy a discutir contigo esa ofensa a nuestra gastronomía, tengo que llamar al comisario para que nos agilice poder entrar en la casa de la amiga perfecta y maestra del año.

—¿Crees que ella es la asesina que buscamos?

Santana se tomó un momento para considerar cómo le sentaría a Carolina Ruiz el traje de asesina.

—Parece que cumple con lo que sabemos: mujer, de baja estatura, fue una de las últimas personas en ver a las víctimas antes de morir y, por su constitución, podría tener la fuerza necesaria para llevarlo a cabo. Además, su condición de maestra, tal vez demuestra su apego por la defensa de los niños y la búsqueda de la venganza.

—De hecho, a su amiga Emma la tenía a tiro de piedra. ¿Quién dice que no estaba esperando a que llegase de sus días de descanso en el hotel para empezar su proyecto? Además, esa mujer nos ha mentido en varias ocasiones.

—Solo hay una cosa que no me termina de cuadrar…

—¿Qué?

—Las veces que hemos visto a Carol nos ha mostrado una mujer con una fluctuación en sus emociones evidente. La asesina que buscamos es todo lo contrario a eso. Aunque, tal vez está

haciendo el papel de su vida. Por cierto, ¿sabemos algo de la huella que encontramos en el cuerpo de Rocío Aguilera?

—Aún seguimos esperando los resultados acerca de eso y de la sangre encontrada tanto en la escena del crimen… como en tu casa. En cuanto a la localización a través de la dirección IP de la persona que se mandaba correos con Mamadou, de momento nada. Se ha tomado muchas molestias en blindar a esa dirección un sistema de seguridad más grande que la que genera la guardia suiza del Vaticano. Muy difícil, incluso para mí.

—Todo eso nos daría un empujoncito en un sentido u otro, sigue intentándolo, por favor.

—Siempre a tus órdenes, inspector, te mantengo informado.

◆ ◆ ◆

A Santana no le gustaba tomar decisiones rápidas. Generalmente prefería dejar reposar sus ideas y ver si tenían sentido a la luz de un nuevo día.

Pero no había tiempo para eso.

Con su casa en completo silencio desde que Rosario y Fernando hicieran las maletas, llamó a Gunea para contarle las novedades y explicarle su plan, que consistía básicamente en conseguir una orden de registro en la casa de Carol y tener todo preparado para, en función de lo que encontraran allí, proceder a su detención.

Una hora más tarde estaban ya preparados y dispuestos para salir en dirección a Mojácar, a la espera de la orden del juez para entrar en la casa de Carol, que esta vez no se había mostrado tan resolutivo y había expuesto sus reticencias a aceptar esa orden de registro. Aun así, decidieron jugársela y comenzar a conducir en dirección al pueblo con la esperanza de que el nuevo togado les mandara el regalo que esperaban de camino.

—¿Creéis que esto acaba hoy? —preguntó Bayona mientras abrochaba su cinturón de seguridad.

—Esa mujer me dio repelús desde que la vi por primera vez —respondió Jáuregui conteniendo un escalofrío—. Tiene que serlo, estoy convencido.

—Yo no estaría tan seguro —trató Santana de calmar su euforia—. Tan solo hemos descubierto que todas las víctimas fueron a su casa antes de morir, no quiere decir que las matara.

—¿Cuál es tu teoría, jefe?

—Todavía estoy dándole forma.

—Pues yo lo tengo claro: Mamadou capta madres en apuros, muchas procedentes de la inmigración, contacta con Serafín y Tamara, como jefazos del imperio Cortés dedicado al lucrativo, infame e ilegal negocio de la compra y venta de niños en adopción. Carol podría haber crecido en uno de esos hogares, descubre el pastel y planea una venganza. Blanco y en botella.

—¿Y por qué dirías que iban a visitarla? ¿Cómo conseguía Carol que lo hicieran?

—Tal vez los persuadió de alguna forma, ofreciéndoles más dinero. como si hablara en nombre de los Cortés.

—¿Y los deja irse? ¿Por qué no matarlos en ese momento?

—Es una mujer lista y paciente, si todo es parte de un proyecto de venganza, solo puede ser de esa forma. Tal vez, solo fuera un primer contacto para conocer de primera mano que eran las personas que se merecían pasar por su martillo de carpintero, y esperar el momento adecuado.

—No lo veo, Aitor, me chirría bastante. No digo que no pueda ser, pero a esa teoría le veo algunas lagunas. Todo lo que rodea al ‘asesino del ajedrez’ trasciende una simple vendetta. Su método, la puesta en escena, la marca criogenizada, las piezas, el ‘jaque’ trazado con sangre... Todo sugiere un propósito más profundo. Algo estructurado, casi ritual. Como si la asesina tratara de romper definitivamente con esa vida de padecimiento anterior.

—¿Qué opinas tú, Jorge? —preguntó Guerrero ante el mutismo que ya era habitual en él.

—Conocí a Carol el día que comenzó todo, con el asesinato de Emma Luque. Yo estuve allí, en su casa, con Aitor. La estudié. Lo hice con cada palabra, cada gesto, cada movimiento… —comenzó a explicar mirando al horizonte a través de la ventana—, y no me encaja en absoluto con lo que sabemos de la personalidad del "asesino del ajedrez". Carolina Ruiz no da ese perfil de psicopatía llena de odio y carente de emociones que le presuponemos a la asesina.

—Pues yo creo que está como un cencerro, y podría ser capaz de eso y de más —trató Jáuregui de continuar dando validez a su teoría.

—No nos falta mucho para descubrirlo —dijo Santana mientras pisaba a fondo el acelerador al salir a la autovía.

◆ ◆ ◆

La mujer se secaba la cara con una toalla. Estaba completamente empapada después de la pelea que había hecho que Omar Salas acabara en la enfermería. Aquellas últimas palabras que le susurró antes de perder el conocimiento la habían dejado con una sensación extraña y desconocida para ella.

¿Quién era?

Llevaba toda una vida tratando de encontrar las palabras que definieran su identidad. Una pregunta sencilla para cualquiera, pero que en su caso era un verdadero acertijo.

A medida que iba pasando el tiempo y su carácter se iba forjando en esa casa, esa duda desapareció, y la pregunta fue evolucionando a ¿Qué era?

Una vez hace años le hizo esa pregunta a madre. Después de azotarla hasta que el dolor en su mano la hizo parar, le respondió que no volviera a hacer una pregunta así, que era un peón, eso era todo lo que era. Jamás se lo volvió a plantear hasta hoy, hasta las palabras de Omar, que habían aparecido como si, de pronto, alguien hubiera encendido una luz en una habitación a oscuras. Tenía que conseguir la forma de entrar en la enfermería y hablar con él para que le contara lo que sabía.

—¿Quién eres? —preguntó una voz a su espalda que reconoció al instante. ¿Podía "madre" leer sus pensamientos? Esperaba que no. Ella no contestó.

Escuchaba sus pasos acercándose por la espalda, con ese andar tan firme y característico que tenía.

—¿Quién eres? —volvió a repetir.

—Soy una Torre. Nada más.

Sintió la mano de madre sobre su hombro derecho, parecía un gesto comprensivo, casi cariñoso.

—Mírame.

La mujer se giró y buscó con sus ojos los de la persona que la había convertido en todo lo que era. Pensaba que, tras haber tardado en responder más de lo que debería, ahora tocaría el bofetón correspondiente para corregirla y que la próxima vez no dudara ni un instante. No le importaba, al menos no por el dolor físico, que apenas lo percibiría. Si acaso le importaba algo, era por no defraudarla. Cerró los ojos, esperando recibir el impacto de la mano sobre su mejilla, pero no llegó.

—No.

La mujer volvió a abrir los ojos, extrañada y expectante.

—No eres una torre —continuó diciendo. Creyó percibir una leve curvatura en sus labios que parecía asemejarse a lo que debía ser una sonrisa—. ¡Eres una reina! La reina de este sitio —dijo señalando un símbolo extraño con una serpiente enroscada que era el emblema de aquel caserón y que una vez había escuchado que lo llamaban indalo—. ¡Te lo has ganado! Tú eres quien da sentido a todo nuestro trabajo aquí. Eres mi mayor satisfacción.

—Gracias.

—Te diría que estás preparada para salir al mundo exterior. Pero para ti tengo otros planes… —comenzó a decir, esta vez, acentuando mucho más la sonrisa—. Quiero que continues mi legado cuando yo no esté. Aquí —continuó abriendo las manos con las palmas hacia arriba para referirse a aquel lugar—. Serás la madre de todos.

Ella dudó un instante, atrapada entre el eco de las palabras de Omar y el peso de la lealtad a madre. Finalmente, asintió en silencio.

Pero algo dentro de ella había cambiado. Las palabras de Omar volvían a retornar a su mente. En algún lugar recóndito de su interior comenzaba a crecer ese deseo de saber de dónde venía, como un virus dormido en lo más profundo de su sangre, activado ahora por el simple roce de unas palabras.

Aquella misma tarde, recostada en la cama de su pequeña habitación con los ojos fijos en el techo, pensaba en aquellos trebejos que, como ella, habían llegado un día a aquel caserón. Un día en el que sus padres habían hecho que sus vidas saltaran por los aires.

¿Podrían vivir con la conciencia tranquila?

Seguramente algunos trataran de no culparse, de perdonarse y no buscar el error en ninguno de ellos. Pero lo más probable es que no lo consigan y aquello

les acompañe el resto de sus vidas. Le costaba creer que unos padres pudieran vivir felices después de marcar el destino de sus hijos haciéndoles cargar a sus espaldas con aquella vida de desgracia. Podía revivir en su cabeza los gritos desgarradores durante las noches de los trebejos que llegaban allí como voces que le martilleaban su cerebro. Tal vez, lo que necesitaran esos monstruos que se hacen llamar padres fuese justo eso, que sintieran el poder de un martillo golpeando su cabeza. Sólo así sentirían un dolor similar al que viven sus hijos cada día.

¿Y qué hay de ella? ¿Qué llevó a sus padres a tomar una decisión así?

Necesitaba saberlo. Pensar en su madre no le provocaba ninguna sensación, pero si iba a vivir esa vida necesitaba saber por qué.

Se levantó de la cama de forma lenta y decidida, dirigiéndose al pequeño aseo que tenía dentro de la habitación. Se detuvo a mirar su reflejo en el espejo, que le devolvía la imagen de la mujer que había crecido allí entre aquellas paredes, con un rostro marcado por el padecimiento de todos estos años y unos ojos desprovistos de cualquier signo de vida.

La ira y el odio comenzaron a subir por su cuerpo como si de un reflujo proveniente de su estómago se tratase.

No pudo soportar ver su reflejo un segundo más. Un grito gutural salió de lo más profundo de sus entrañas y se abalanzó con la cabeza golpeando el espejo y haciéndolo añicos al instante. Cuando se incorporó, volvió a mirar el espejo, ya no podía ver su cara. Notó como su propia sangre descendía por su rostro desde la frente y entraba en uno de sus ojos.

—Es hora de ver a Omar en la enfermería —murmuró.

◆ ◆ ◆

Nada más llegar a Mojácar, mientras cruzaban de nuevo el paseo marítimo antes de iniciar la subida al pueblo, comenzaron a atravesar una neblina espesa que reducía la visión y que les hacía llegar el inconfundible olor a humo. Podían ver a través de las ventanas del coche cómo numerosas personas comenzaban a congregarse en grupos en la playa. Algunos apilaban palets de madera en montañas improvisadas, otros portaban neveras o cargaban bolsas repletas de cosas, y otros simplemente charlaban entre ellos con una cerveza en la mano.

El mes de junio había llegado a Almería casi sin que se dieran cuenta, y con ello la noche de San Juan que marcaba el inicio del verano.

—No me puedo creer que ya sea 23 de junio —comenzó a decir Jáuregui mientras observaba a un grupo de personas entretenidas en montar una tienda de campaña sobre la arena—. Hubo una época en la que no me perdía esta noche por nada del mundo.

—Una noche mágica —apuntó Guerrero—. Justo aquí, en estas playas, alrededor de una hoguera como aquellas, conocí al padre de Sergio. Me conquistó con su palique mientras cocinaba sin camiseta junto a la barbacoa —dijo con un tono nostálgico, que enseguida sustituyó por una carcajada—. Lástima que unos años después saliera corriendo de nuestras vidas al más puro estilo Usain Bolt.

—¡Eh, jefe! Si todo esto acaba hoy, deberíamos celebrarlo bajando esta noche a mojarnos los pies en el agua.

—Si todo esto acaba hoy, yo mismo te lavaré los pies. Con masaje incluido, si quieres. Aunque tengo mis dudas de que eso vaya a ocurrir.

—Estaría bien sacar algo de tiempo entre toda esta porquería para hacer algo nosotros. Hace tiempo que os dije que quería invitaros a comer a casa y no ha habido oportunidad. Una barbacoa en la playa tampoco estaría mal.

—Lo haremos cuando tengamos a la "asesina del ajedrez" durmiendo en "El acebuche" a la espera de juicio. Te lo prometo.

—Me has dado tu palabra —dijo Jáuregui sonriente.

Contra lo que cree no poca gente, incluidos unos cuantos guionistas de series y más de un novelista, los policías españoles no pueden entrar con carácter general en una vivienda sin mandamiento judicial previo y sin que esté presente el secretario del juzgado, para certificar, entre otros extremos, que los efectos que los policías dicen intervenir en la casa en cuestión estaban realmente allí y no fueron colocados de forma injusta por los agentes de la autoridad. Hay entre los policías quienes sienten como un

menosprecio esa especie de desconfianza sistemática hacia ellos, pero Santana no era ajeno a las malas artes que algunos de sus compañeros de gremio ejercían cuando querían terminar de empaquetar un caso que entregar al juez. Por eso, él era de los que preferían que los que manejaban la porra y los que certificaban este tipo de cuestiones fueran de distinta especie, así vivía más tranquilo y sin la sombra de la sospecha bajo su persona. Una de las excepciones legales por las que se les facultaba para entrar en una vivienda sin orden judicial era que hubiera confirmación fehaciente de que Carol hubiera cometido un delito flagrante en aquel inmueble con consideración de domicilio. Circunstancia que no se daba en aquel caso, aunque tuvieran una alta sospecha de que así fuera. Por suerte para ellos, recibieron la orden de registro cuando caminaban por las calles empedradas de Mojácar y estaban a pocos metros de su casa.

Mientras se aproximaban a ella, Santana pensaba que, si allí no encontraban algo que incriminara a Carol de alguna forma, la cagada era mayúscula, tanto ante el juez como ante el comisario Gunea, al que ponían a los pies de los caballos. Pero en todos estos años de trabajo codo con codo con la doctora Nieto, si algo había aprendido era confiar de forma ciega en su intuición y en sus muchas y buenas habilidades detectivescas, lo que le daba algo de tranquilidad ante aquel registro.

Santana asistió a la operación en segundo plano, lo que le permitía observarla mejor. En estas cosas no solía ocupar la vanguardia (cuando uno lleva a guerrilleros como Jáuregui o Bayona es por algo, cada cosa tiene su arte y para abrirse paso ellos están mucho mejor entrenados), por lo que podía quedarse atrás sin remordimiento. Desde esa posición admiró a placer la estudiada coreografía de la pareja de desenamorados, que se dividieron en dos justo en el momento en que echaron la puerta abajo, irrumpiendo en la casa y tratando de controlar todas las salidas, seguidos unos pasos por detrás de la sargento Guerrero y el cabo Blanco, armas en alto, por si hubiera algún comportamiento hostil que precisara de una respuesta contundente. El silencio en el interior de la casa era total. Santana aguardó junto a la puerta, conteniendo el aliento. Ni

un paso, ni un murmullo, ni un crujido de madera. Tan solo ese vacío espeso, denso, como si la casa misma esperara algo.

Entonces, por el comunicador, la voz de Jáuregui rompió el hechizo:

—Todo despejado. La casa está vacía y es segura para el registro.

—Vamos allá —dijo el inspector, como el cantante que se disponía a entrar a un escenario donde le esperaban miles de asistentes ruidosos.

La casa de Carol, a pesar de que la conocían de anteriores visitas, no estaba como la recordaban, el desorden y la suciedad que habían conocido había dado paso a una impoluta limpieza y disposición de todo el mobiliario. Recorrieron con tranquilidad cada estancia, abriendo cajones, revolviendo armarios o buscando cualquier cosa que estuviera fuera de lugar. Nada allí parecía indicar que estuvieran ante alguien conectado con aquella organización, mucho menos ante la asesina que buscaban, si no fuera por la sensación de que aquella casa había sido sometida recientemente a una exhaustiva limpieza.

Una hora más tarde, cansados y abatidos por no encontrar nada, comenzaron a salir uno por uno de la casa.

—Parece que hemos errado el tiro —dijo Jáuregui mostrando su decepción.

—O eso o alguien la ha avisado de que veníamos —intervino Santana—. ¿Has visto cómo de limpia estaba la casa?

—Alguna vez tenía que hacerlo, ¿no? Esa casa parecía una pocilga.

—No existen los arrebatos de ablutomanía en una persona poco aficionada a la pulcritud —opinó Guerrero—. ¿Te ha ocurrido a ti alguna vez?

—Doy fe de que no —contestó Bayona con aire burlón.

—En cualquier caso, seguimos con las manos vacías.

Esa afirmación cargada de realidad les hizo quedar en silencio durante unos segundos.

—Puede que aún haya una posibilidad —dijo de pronto Jorge Blanco.

—¿De qué hablas, George? —preguntó Jáuregui con real interés.

Este, parco en palabras como era habitual en él, no respondió, sino que señaló con la cabeza unos metros más arriba de donde ellos se encontraban.

—¿Qué pasa? —preguntó Santana.

—Mira ahí.

Se dio la vuelta. Por fin un golpe de suerte. Un cajero automático. Había pasado desapercibido anteriormente porque estaba algo alejado de la casa de Emma Luque cuando buscaron este tipo de cosas, y que se encontraba varias decenas de metros más abajo. Tampoco ayudó que un enorme árbol tapara parte del letrero y la cristalera de la sucursal.

—Ya podéis ir llamando a vuestros novios y novias, hoy hacemos noche en Mojácar, mañana a primera hora visitaremos la sucursal para conseguir las grabaciones de las cámaras. Hasta entonces, tenéis la tarde libre, tal vez os apetezca hacer esa barbacoa de la que hablaba Jáuregui antes.

—¡Los dioses de la juerga, los placeres, la fiesta y los excesos han escuchado mis plegarias! —exclamó este.

—Nada de excesos, mañana os quiero frescos. Algo tranquilo disfrutando de la festividad de la noche de San Juan. No hagas que me arrepienta.

—¿Puedo llamar a Rebecca para que se una?

Bayona arrugó el entrecejo. Aitor nunca cambiaría. El poco tacto y consideración era algo que iba implícito en su forma de ser. Estaba cansada de sus desplantes, pero tal vez tenía razón en una cosa, era hora de pasar página.

—Si todos están de acuerdo… —empezó a decir Santana.

—Que venga —interrumpió Bayona.

—Bien, yo también llamaré a Rosario y Fernando. Llevo días sin verlos, y así Rebecca no sentirá ese retraimiento de verse la novedad en el grupo.

—Gracias, boss —dijo Jáuregui tras guiñar un ojo a su superior.

Santana sonrió de medio lado. Miró hacia el cajero con la sensación de que, si esto fuera una novela negra, ya habría una silueta entre las sombras apuntándoles con un revólver.

XIX

NIÑOS SIN INFANCIA: LA TORRE

En este mes de junio llegarán los días en que la mayoría de los niños salen de las aulas para dar comienzo al esperado verano después de un año más de desarrollo personal. Como casi todo lo que ocurre en la infancia, cada acontecimiento vivido marca al adulto, para bien o para mal.

Por eso, después de todo el infierno que me ha tocado vivir, abrí los ojos y comencé a odiar esta sociedad donde proliferan los niños sin infancia.

Porque, si un niño pierde su infancia, lo pierde todo: la fe en el mundo, la confianza en sí mismo y la esperanza en el futuro. ¿Qué puede quedar de un ser humano al que le roban esos primeros sueños? Solo vacío. Solo rabia.

El proyecto Rey de Cristal va contra todo eso: contra esa demente casa que gobierna el hombre de la máscara plateada, que recoge niños indefensos para adoctrinarlos en soldados, víctimas de esas lacras que "madre" defendía, argumentando que los preparaba como futuros "ganadores" de una sociedad excesivamente competitiva y utilitarista. Es posible que alguno logre triunfar en la vida adulta, pero jamás se liberarán del trauma ni del vacío de una infancia que les fue robada: la de la fantasía, los sueños, la ilusión y la esperanza.

No tengo nada en contra de “madre”; sus métodos, aunque cuestionables, consiguieron fortalecerme ante este dantesco mundo. Pero sí guardo odio contra esas legítimas progenitoras, aquellas que provocan con su menosprecio a la vida la desaparición de esta etapa tan necesaria para cualquier niño.

Ellas, que deberían ser escudo y refugio, eligieron ser verdugos silenciosos. No solo nos abandonaron: nos condenaron desde el primer aliento.

Ellas son las que merecen vivir —aunque solo sea en un pequeño porcentaje— ese suplicio de dolor y pérdida de identidad que hemos sufrido todos los que pasamos por ese caserón. Yo me encargo de que no lo olviden. Mi martillo se encarga de recordárselo. Que nunca escapen al sufrimiento que su falta de responsabilidad nos ha hecho vivir. Y si eso no bastara, el símbolo de la maternidad grabado en su pecho perpetuará para siempre el vínculo que deberían haber honrado desde su nacimiento.

No puedo permitir que siga ocurriendo. Me repugna la deshumanización de las personas, esa falta de valores que permite que alguien entregue, sin pestañear, al bebé que ha crecido en su vientre durante nueve meses, abandonándolo a su suerte en un caserón que más que hogar parece un campo de concentración disfrazado. Nadie les explica qué está ocurriendo. Un limbo de olvido y desesperanza, donde cada niño aprende que su vida, para el mundo, apenas vale el precio de una firma y un billete manchado. Después solo queda una larga espera de padecimiento, con la única esperanza de que una pareja desesperada venga en busca de aquello que no pudieron lograr por otros medios, pagando por ello una buena suma de dinero. Pero nada podrá ya devolverles la infancia rota. Son niños sin niñez.

Es por eso, que ahora que me acerco a la recta final de mi proyecto, en algún lugar lejano dentro de mí, comienzo a percibir una pequeña sensación de bienestar, que será completa cuando consiga evitar que otros niños pierdan su libertad, dignidad y seguridad. Eso ocurrirá cuando logre que todas las piezas de ajedrez estén dentro de su caja.

Hoy le toca el turno a la torre: pieza de gran alcance y movimiento rectilíneo, que controla un amplio radio de acción y supone una amenaza constante. Una de las piezas más poderosas de este juego y una fuerza estratégica fundamental para los tuyos, que no sólo ha cometido la misma cruel y monstruosa acción que el resto, sino que ha dejado que todo ocurra con su aprobación,

moviendo los hilos para que más almas inocentes acaben abandonadas a su suerte.

Hoy acabarán tus ataques sorpresivos desde la distancia, en la sombra. Hoy acabaré con tu gran defensa. Esa a la que todo el mundo le tiene miedo. Todos menos yo.

Ha llegado la hora de sacrificar tu pieza por un bien mayor.

Tu caída será el principio del fin.

Torre a F1.

XX

LA VÍSPERA DE LOS MONSTRUOS

No hay nada como una reunión social en la playa entre cervezas frías y olores a carne a la brasa para fortalecer la unidad y el vínculo de cualquier grupo, y el de la brigada de homicidios no era distinto. Desde que comenzaran el caso del "Asesino del ajedrez" apenas habían tenido lugar para desatender sus quehaceres, inmersos como estaban en una investigación que no terminaban de culminar. Es por eso que una barbacoa en este punto del caso, aunque parecía estar fuera de lugar, al grupo le pareció un plan imbatible. En algunos países, hacer un buen asado era casi una religión, un ritual social en el que se representa la cultura gastronómica del lugar, donde había espacio para compartir momentos de convivencia, para los negocios, las risas o, como podría ser esta ocasión, debatir sobre lo que tenían por delante en un ambiente relajado.

Allí comenzó a llegar todo el equipo, con sus respectivos invitados, mientras Jáuregui comenzaba a apilar carbón en pequeñas chimeneas bajo las rejas de la barbacoa. Santana ya estaba allí, sin Fernando, que estaba con uno de sus últimos exámenes y no había podido venir, acompañado de Rosario, que parecía mantener una conversación de lo más divertida con Rebecca. Mientras Bayona conectaba un altavoz inalámbrico, y la música pop comenzaba a flotar en el aire, Laura Guerrero apareció sobre la pasarela de madera de la playa seguida por una mujer y un chico sentado en una silla de ruedas impulsándose con las manos enguantadas. Llevaba una chaqueta de un equipo de baloncesto de la NBA y una gorra de béisbol. Una bandera a cuadros negra y blanca de las que

solían utilizar en automovilismo para dar la salida en las carreras colgaba de la parte trasera de la silla.

—¡Ey, Sergio! ¡Estás hecho un tiarrón ya! —exclamó Bayona al verlos llegar.

—Hola a todos —saludó Guerrero—. A mi hijo le encanta la playa, no podía desaprovechar la ocasión.

Bayona se acercó sonriente hasta Sergio y le puso la mano en el hombro.

—¡Dice tu madre que va todo genial! ¡Que incluso ya empiezas a poder correr!

Sergio asintió devolviéndole una sonrisa pícara e inocente.

Las palabras de Bayona provocaron una pequeña ovación espontánea entre los presentes. Alguno silbó entre risas, otros aplaudieron con entusiasmo, y Sergio, tímido pero radiante, respondió con una sonrisa aún más amplia.

—Todos los días hace sus buenos treinta minutos —explicó Guerrero orgullosa—. Esperamos que pronto podamos mandar a paseo esa silla.

—Eso es más de lo que aguanto yo ya —intervino Jáuregui —. Desde que empezó el caso estoy perdiendo la forma física.

—Desde luego que sí —aceptó Bayona—. Estás echando barriga cervecera —dijo con esa mezcla en sus palabras de veneno y socarronería que acostumbraban últimamente a tener en su relación.

—Sí, un barril de Cerveza. ¿Te digo dónde tengo el grifo?

—¡Eh! ¡Par de dos! ¡Que haya paz! —exclamó Santana—. ¿Qué impresión le vais a dar a nuestros invitados?

—Y ella debe ser Denise, el ángel de la guarda de Sergio de la que tanto nos has hablado —volvió a hablar Bayona.

Guerrero asintió.

—Denise, ellos son: Julián, Rosario, Aitor, Rebecca, Eva y Jorge.

—Mucho gusto —dijo con un gran acento latino.

—Nos faltaría Valeria, ¿va a venir?

—En un rato, quería dejar algo terminado antes de venir.

Las horas se fueron sucediendo con el hechizo del fuego de las hogueras que algunos grupos comenzaban a hacer, el embrujo de la música y el sonido de las olas del mar, que hizo que el ambiente fuera idílico para dar lugar a conversaciones casuales, despreocupadas y bromas cómplices. Hay que decir que también ayudó las latas de cerveza que se fueron sucediendo una tras otra y que ayudó a que el momento fuera mucho más distendido.

Jáuregui, con una sonrisa de oreja a oreja, no se esforzaba en ocultar las muestras de afecto que evidenciaban su nueva historia de amor. Bayona, que no les había podido quitar ojo, decidió que era hora de coger el toro por los cuernos y acabar con aquella desagradable situación. Apuró de un trago lo que le quedaba de su lata de cerveza y se dirigió hasta donde se encontraban.

—Hola.

Rebecca, que rodeaba con los brazos por la espalda al policía, la miró un momento y deshizo el abrazo. Jáuregui tensó todos sus músculos percibiendo al instante el peligro que podía venir a continuación. Fue a hablar, pero Bayona se le adelantó.

—Vengo en son de paz. Solo quería saludar a Rebecca.

Ella no dice nada. Solo observa y espera a que continúe.

—Mira… no te conozco. Ni ganas tenía de hacerlo, sinceramente. Pero todo esto no es culpa tuya. He sido una idiota. Creía que él era "mi historia", ¿sabes? Como si uno pudiera apropiarse de alguien solo porque compartieron algo de vida juntos.

Rebecca no movía ni un músculo.

—Y entonces llegas tú, toda perfecta. Y claro, ¿Qué hice yo? Te convertí en mi enemiga.

—Él eligió. No porque tú fallaras. Sino porque estas cosas simplemente pasan. Tal vez, al no trabajar juntos, yo no represento un riesgo emocional para él.

—Sea como sea… solo quería deciros que por mi parte no hay ni habrá ningún problema. Se os ve feliz y os deseo lo mejor de corazón.

Rebecca asiente muy levemente. No hay agradecimiento, ni sonrisa, ni gesto alguno de cercanía. Solo aceptación.

Dicho esto, Bayona se gira para volver con el grupo, pero antes de alejarse, lanza una última mirada a ella.

—Cuídalo.

Y sin esperar respuesta, se alejó caminando descalza por la arena.

Jorge Blanco, como de costumbre, se encontraba en un discreto segundo plano, sin participar demasiado de todo ese despliegue de júbilo de sus compañeros, sentado sobre la arena, con la mirada fija en el mar y fumando un cigarro. Santana fue hasta él y se sentó a su lado.

—¿En qué piensas?

Este dio una profunda calada y exhaló el humo lentamente, mientras se dejaba caer hacia atrás y se tumbaba en la arena.

Un déja vu instantáneo le trajo a Santana la imagen de esos sueños que se habían sucedido en varias ocasiones durante el curso de la investigación y que aún no había podido borrar de su mente. Ese cuerpo asesinado y abandonado en la calle mientras la lluvia caía inclemente sobre su cuerpo. Aquello le produjo un escalofrío que recorrió su cuerpo y que contuvo a duras penas. Esa visión le recordó que en su mundo, un descuido emocional podía ser tan letal como una bala.

—Vamos Jorge, sé que algo te inquieta. Desde que te uniste al equipo he visto lo difícil que ha sido para ti adaptarte. Como si no quisieras involucrarte emocionalmente del todo en el grupo.

Blanco se incorporó de nuevo, volvió a dar una larga calada al cigarro, arrojó la colilla a la arena y la aplastó con saña, como si fuera una avispa que acabara de picarle, sosteniendo durante unos segundos la mirada del inspector.

—¿Qué te preocupa realmente? —preguntó.

—Vosotros sois mi gente. Me preocupa no saber cómo estás. Si algo va mal, necesito saberlo.

El cabo de la policía pareció ceder.

—A decir verdad, es este caso el que desde el principio me tiene nervioso. No puedo parar de darle vueltas. Me está costando entender el proceso mental de la asesina.

—A mí me resulta útil ponerme en el lugar del criminal. Mirar el mundo desde su punto de vista. Y lo hago estudiando todo lo que ha hecho. Me sumerjo en sus preparativos, en la ejecución de su plan, en sus probables pasos posteriores. Eso me da una idea de cómo piensa, de cómo toma decisiones.

—Pero eso no está funcionado esta vez.

—¿Por qué?

—La mitad de los actos contradice a la otra mitad. La asesina es tan cuidadosa como negligente. Fíjate en ella. Tomó precauciones para no dejar huellas en ninguna de sus víctimas, ni en Emma, ni en Katherine, pero dejó una huella perfecta en Rocío Aguilera. Utiliza ubicaciones cuidadosamente planeadas y alejadas de peligro, pero a Emma la asesina en su propia casa y con la cámara de vigilancia de un cajero automático unas calles más arriba. Presenta una escena meticulosamente profesional, pero sin embargo revienta a golpes los rostros de sus víctimas.

Santana observaba el mar en silencio, dejando que las palabras de Blanco calaran en él.

—Me inquieta que todo encaje... salvo cuando ella quiere que no encaje —añadió finalmente Blanco, como si esa revelación le pesara.

—¿Acaso esperas que esos asesinos chiflados sean completamente lógicos?

Blanco suspiró con frustración.

—No. Solo pienso en si hay algún posible significado para esas incoherencias. Quiero atrapar a esa asesina, cueste lo que cueste.

—Mañana a ver si nos acompaña la fortuna. No vaya a ser que por una vez tuviera lleno el depósito.

—Cruzaremos los dedos. Si sale bien, sería la primera vez que tendríamos suerte en esta historia. Ya nos lo vamos mereciendo.

—No digas eso, que es una forma de espantarla.

—También es verdad. Este caso es importante para ti, ¿no?

Blanco no contestó. En cambió se quedó mirando a un grupo de jóvenes temerarios que desafiaban al peligro saltando descalzos

por encima de una hoguera entre los gritos de euforia del resto de espectadores.

Sus labios se despegaron para hablar, pero en ese momento se escuchó un grito a su espalda. Ambos se giraron a la vez. Era Valeria Nieto, que corría hacia ellos saludándolos con un sobre en alto.

—Detesto llegar tarde a la fiesta, espero que me hayáis dejado al menos un par de morcillitas picantes, no podía dejar esto a medias —dijo, comenzando a abrir el sobre y sacando una hoja de su interior.

Todos los presentes, policías o no, comenzaron a arremolinarse en torno a la forense experta en entradas melodramáticas. Se subió las gafas, que tendían a resbalar por el puente de la nariz, y echó un vistazo a la hoja que acababa de traer. Su mirada se detuvo un instante en Santana, con la duda de si compartir la información delante de toda aquella gente. Este asintió.

—Tenemos los resultados de la huella encontrada en la escena del crimen de Rocío Aguilera.

—¿Sabemos quién es?

Valeria negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. La huella encontrada no está registrada en ninguna de nuestras bases de datos. Me temo que estamos buscando un fantasma, jefe.

—¿Cómo puede ser eso? Puede que en la base de datos de delitos anteriores no aparezca, pero… ¿ni siquiera cotejándolo con los datos biométricos de los documentos nacionales de identidad?

—No es raro —se aventuró Blanco.

Todas las miradas se dirigieron al cabo.

—No es raro si has vivido durante toda tu vida clandestinamente en el infierno.

Santana pensó que tenía razón, aquello solo venía a confirmar lo que ya intuían, que la asesina que buscaban era uno de aquellos niños abandonados que pasó su infancia en aquel lugar de Enix y que había decidido vengarse de toda aquella vida de sufrimiento.

—La única persona que conocemos seguro que haya podido pasar por ese lugar es Fátima Al-Husayni. ¿Podría ser ella? —se le ocurrió a Bayona.

—¿Por qué mostrarte en público en un programa de televisión si fuera así? —mostró Guerrero sus dudas—. En cualquier caso, no podemos obviarlo.

—Yo sigo apostando por Carol —dijo Jáuregui convencido—. Espero que mañana sea la confirmación de esa hipótesis.

A Valeria se la notaba algo ansiosa. Movía los pies jugando a enterrar uno de ellos echándole tierra por encima con el otro, como si estuviera impaciente por continuar hablando.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Santana en cuanto se percató.

—Hay algo más.

—Dispara. Las malas noticias no son vino, no mejoran con el tiempo.

—Esto no va a gustarte. Ha llegado el resultado de la muestra de ADN de la sangre con la que pintaron aquella advertencia en tu casa.

—¿Y?

—Es de Tamara Cortés.

—¿Cómo dices? —preguntó realmente sorprendido– —. ¡Eso es imposible! Yo mismo estuve con Tamara el día que encontramos aquella pintada en mi casa. ¡No puede ser de ella! —exclamó Santana mientras su cabeza trataba de encontrar una explicación para eso—. A no ser que…

—¿Qué? —preguntó Guerrero tratando de que compartiera con ellos lo que le estaba pasando por la cabeza.

Santana recordó que había estado varias horas fuera de juego por el somnífero que Sasha le había administrado después de su reunión con Tamara Cortés. Le había ocultado a sus compañeros parte de lo que allí ocurrió y, sobre todo, la forma en que despertó en medio de la calle, con la cabeza cubierta por un saco. No quería que hicieran un drama especial de aquello y, para él, era mucho más importante dejarlos hacer y ver si Tamara y los suyos daban algún paso en falso que los llevara hasta su organización. Además de la humillación que supondría para él que un policía fuese vejado de

aquella forma. No pudo evitar recordar su encuentro con ella: su pelo negro azabache, su voz seductora, la tentación que irradiaba cada curva de su cuerpo… Trató de ser práctico sin contar toda la verdad sobre aquel episodio.

—Desde que me reuní con Tamara pasaron varias horas hasta que recibí el mensaje de Laura. Tal vez, durante ese tiempo…

—Un momento —lo interrumpió Jáuregui—. ¿Estáis queriendo decir que es posible que la supuesta jefa de esa mafia podría ser una nueva víctima y que aún no la hayamos encontrado?

El silencio se hizo entre todos los presentes.

—Si se cumple tal y como ha venido ocurriendo en las escenas del crimen de cada víctima, es bastante probable. Cada palabra "Jaque" fue escrita con la sangre de su pieza de ajedrez. No veo de qué otra forma podría haber llegado la sangre de Tamara hasta allí.

—¡Joder!

—Enfrentarse a esa organización sería tan peligroso como pasear por la costa de los esqueletos de Namibia en una piragua —opinó Guerrero, que no dejaba pasar la oportunidad de demostrar sus conocimientos de geografía—. Aquello es un cementerio de barcos. La verdad es que hay que reconocerle a la "Asesina del Ajedrez" un par de ovarios bien grandes.

—No me gusta como pinta esto —admitió Santana—. Voy a avisar al comisario Gunea, que ponga a la gente a funcionar, necesitamos saber si tenemos una torre de cristal que añadir a nuestra desastrosa colección —apuró lo que le quedaba de su lata de cerveza—. Se acabó la fiesta. Mañana nos espera un día duro.

A lo lejos, alguien lanza una bengala al cielo que estalla en verde.

◆ ◆ ◆

De camino a la enfermería, la mujer tuvo tiempo para trazar un plan con el que poder hablar con Omar, lo cual no dejaba de ser un arma de doble filo a aquella hora del día, cerca del anochecer, pues era entonces cuando sus

preocupaciones parecían intensificarse. Su interés en que le revelara lo que sabía y, sobre todo, por qué lo sabía, había ido en aumento desde que le propinara aquella paliza en el patio y su rival le soltara esa frase que retumbaba en su mente al ritmo de un tambor en una tribu india. Omar llevaba allí desde que era un bebé.

¿Cómo habría podido conseguir esa información?

No dejaba de hacerse esa pregunta, pero había otra que copaba su particular lista de cuestiones sin respuesta.

¿Por qué se lo había contado?

Tendría que ir con mucha cautela. Si alguien allí dentro descubría la información que poseía y las intenciones de ella por conocerla, los dos estarían en una situación más que comprometida.

La entrada a la enfermería estaba protegida por un trabajador de pelo engominado peinado hacia atrás y gafas de sol oscuras, que la miraba de arriba abajo mientras se acercaba. Su cara era la viva imagen de la más férrea determinación.

—¿Qué quieres? —le preguntó sin más preámbulos.

—Necesito que me vean esta herida —le respondió señalando el corte de su frente con la sangre seca y coagulada por las horas que habían pasado.

El guardia se subió las gafas de sol hasta situarlas encima de su cabeza para observar más detenidamente.

—Es un rasguño. Una reina no acude a la enfermería por eso– dijo de forma seca y arisca.

Llevaba razón. En todos estos años jamás había visitado esa instalación. Ni siquiera siendo un simple trebejo. Si con el nivel de tortura que había tenido que aguantar desde entonces no lo había hecho, era lógico que ese guardia tuviera sus dudas acerca de su propósito allí. Tendría que mostrarse convincente si quería entrar.

—Solo ha sido un pequeño accidente con un espejo. Lo cosería yo misma con aguja e hilo, como he hecho siempre, pero antes quiero asegurarme de que no me ha quedado dentro ningún fragmento de cristal. Luego me iré.

El guardia frunció el ceño. Apretaba la mandíbula como si la decisión de permitirle el paso fuese una batalla interna que estuviera librando en silencio.

Parecía dudar.

—¿Cuántos años llevo en esta casa? ¿Alguna vez me has visto utilizar esto? No me siento orgullosa de estar aquí. Me repugna cuando veo a un trebejo venir por cualquier chorrada. Pero ahora soy reina, y tengo que velar por ellos, no puedo permitirme enfermar por una herida mal curada. Solo será un momento.

Aquello pareció convencerlo. Se volvió a ajustar las gafas sobre el puente de la nariz y se hizo a un lado para que pasara.

La mujer entró en aquella habitación dentro de la casa. El interior era bastante más grande de lo que cabría esperar, estaba decorado con una

concepción tradicional y un mobiliario anticuado que le daba un aspecto de lo más sombrío. Tampoco ayudaba a causar otra impresión la ausencia de ventanas y las luces atenuadas de color naranja que restaba iluminación a la sala. Había un pequeño mostrador de "Bienvenida" ligeramente curvado atendido por una mujer de cierta edad. Después de explicarle el motivo de su visita y tras observarla con interés, la pasó a uno de los boxes compuestos únicamente por una mesita de noche y una camilla, y separados del resto por una cortina blanca raída y mugrienta. Tras indicarle que esperara a ser atendida, la recepcionista se marchó y la dejó de pie analizando con detenimiento el entorno y tratando de imaginar dónde podría estar Omar. Debía de encontrarse detrás de una de las otras cortinas, y ya que había llegado hasta allí, no tenía más remedio que continuar la búsqueda. Salió de la zona que le habían asignado y comenzó a descorrer cortinas tratando de hacer el menor ruido posible.

—¿Omar? —susurraba una y otra vez.

Un ruido seco de cerrojos metálicos que se abrían sonó en la lejanía y la dejaron momentáneamente inmóvil, dudando si volver sobre sus pasos. No tenía ninguna gana de que la pillaran, y no era por miedo, si no por mero instinto de supervivencia. A la única persona a la que tenía cierto respeto a enfrentarse era al hombre de la máscara plateada. Aquella persona erizaba los vellos de cualquiera con su presencia. Tenía una autoridad que hacía que todos allí lo siguieran y aceptaran sus órdenes sin poner la menor objeción. Incluso madre agachaba su cabeza de forma sumisa cuando conversaba con él. No era para menos, allí siempre se habían contado historias acerca de su crueldad con los trebejos y de la ferocidad con la que había castigado a algún trabajador que se saliera del tiesto. Historias de torturas de un amplio conocedor del cuerpo humano y de cómo producir dolor a otras personas. Algunos incluso aseguraban que cuando un trebejo se marchaba de allí agarrado a su mano para no volver, no era porque estuviera preparado para salir de aquel caserón, sino para llevarlo al otro mundo.

Comenzaba de nuevo a buscar entre los diferentes compartimentos cuando al final del pasillo vio a una persona vestida con el uniforme clásico de limpiadora y un pañuelo floreado que le recogía un cabello encrespado. Era una mujer de unos cincuenta años, de piel oscura y de complexión grande y robusta que la miraba con unos ojos profundos y cálidos que transmitían una mezcla de sabiduría y cansancio, como si hubieran visto más de lo que muchos podrían imaginar. Aquella mujer, agarrada a su fregona, señaló con la cabeza uno de los últimos boxes y salió de allí con su andar pausado pero firme.

Corrió hacia allí y descorrió la cortina con urgencia. Omar se encontraba dentro, aun adormilado y tumbado sobre la camilla. Le habían canalizado una vía venosa por la que estaban administrando algún tipo de medicación.

—¡Omar! ¡Omar! —trató de despertarlo zarandeándolo con brusquedad.

Este, sorprendido, se levantó de forma súbita y llevándose instintivamente la mano al abdomen por el dolor.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Vengo a por respuestas.

Omar tragó saliva, evitando mirarla directamente. Todo lo contrario que ella, cuyos ojos no parpadeaban. No había emoción, ni rabia, ni urgencia. Solo cálculo y deseo de saber.

—Solo… solo lo dije para evitar que continuaras tu trabajo. Para lograr sobrevivir a la pelea.

Ella inclinó la cabeza, valorando si no debería haberlo hecho.

—Sé que lo sabes —la voz de la mujer sonaba seca, precisa, como un bisturí—. Más te vale decirme que lo sabes —te aseguro que no es una amenaza.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Por qué te importa si ni siquiera es probable que salgamos…?

Ella lo interrumpió, sin cambiar el tono.

—No te equivoques. No siento nada por esa mujer que me parió. Sólo necesito saber por qué lo hizo. Saldré de aquí y la buscaré hasta descubrirlo.

—¿Y si no te gusta lo que descubres? ¿Qué harías?

No se había planteado todavía esa pregunta. Pero si no obtenía una respuesta aceptable para explicar por qué había tenido que pasar todos esos años de calamidades allí, se merecía sufrir una mínima parte de todo esto. Eso comenzaba a tenerlo claro. Tal vez eso fuera lo que necesitasen las madres de todos los que están allí.

—Tal vez tenga que matarla.

Omar abrió los ojos de par en par.

—¿Qué clase de hija eres tú?

Ella sonrió, por primera vez. Pero aquella sonrisa era una mueca vacía, sin rastro de emoción.

—¿Hija? Eso implicaría vínculos. Afecto —dijo la mujer mientras se acercaba más a él y continuaba clavándole la mirada—. Y yo no siento nada por ella. Pregúntate mejor qué clase de madre es ella. Qué clase de madre son todas las que nos han dejado aquí nada más parirnos.

—Está bien —asintió convencido—. Te lo diré. Tu madre…

De nuevo sonó el sonido metálico, que se escuchó mucho más fuerte y cercano e interrumpió la conversación. Una enfermera joven de uniforme verde entró con una bandeja con material de sutura.

La mujer se incorporó sin perder la compostura y caminó a toda prisa para tratar de alcanzar el pequeño habitáculo dónde se suponía que debía estar.

—Hora de suturar esa herida, reina —dijo la enfermera, que se encontraba a pocos pasos ya del box.

La mujer consiguió entrar justo cuando la enfermera descorría la cortina. El cuerpo obedeció como una máquina bien entrenada. Se dejó caer al suelo como una marioneta a la que acaban de cortar los hilos, y su cuerpo empezó a sacudirse con espasmos bruscos. Su cabeza golpeaba contra el suelo. Tenía los ojos en blanco y su boca comenzaba a expulsar saliva de forma constante.

—¡Oh, mierda! —exclamó la enfermera—. ¡Código azul! ¡Necesito ayuda aquí! —gritó mientras corría fuera de la sala, dejando la puerta entreabierta.

Ella se incorporó con agilidad. Sus ojos volvieron a ser los de antes: vacíos y calculadores. Volvió hacia donde estaba Omar.

—Ahora. Dímelo —su tono ahora sí era de urgencia.

Él la miró desconcertado.

—¿Estás loca?

—Puede que esté más cuerda que nunca.

Omar, atrapado, susurró con voz quebrada.

—Lo vi en la habitación de madre. Tenía un puto libro con todos nosotros, junto a otro con datos y anotaciones de todo tipo. Familias que habían adoptado y otras interesadas en hacerlo. No tuve mucho tiempo, pero sí el suficiente para ver tu página. Sé quién es tu madre y de dónde vienes.

—Continúa.

Omar le contó todo lo que había descubierto.

La mujer guardó silencio un segundo, memorizando los datos. Después se dio la vuelta, alisándose la ropa y comenzó a caminar de nuevo hacia su box.

Desde el pasillo se escuchaban pasos apresurados que se acercaban. La mujer se sentó sobre su camilla, esperando con los ojos cerrados. La enfermera regresó con el guardia de la puerta y otro asistente más. La mujer abrió los ojos lentamente, calculando cada gesto con precisión quirúrgica. Parpadeando con la mirada perdida como si despertara de una pesadilla y fingiendo estar desorientada.

—¿Qué… qué ha pasado?

—Tuviste una convulsión. Parecía febril. Podría estar relacionada con la herida que tienes en la cabeza… ¿Te duele? ¿Sientes mareo?

Ella se lleva la mano a la frente.

—No recuerdo… solo un zumbido y luego… oscuridad.

—Deberíamos hacerte una resonancia, y sacarte una muestra de sangre —habló por primera vez el asistente que había acompañado a la enfermera, sacando su móvil del bolsillo y, tras encender la linterna, comenzando a revisar las pupilas de la mujer.

Ella se deja hacer, inmóvil. Sin embargo, su cabeza procesaba a toda velocidad la información que acababa de recibir, como un ordenador que ha recibido una nueva actualización. Un nombre flotaba en su mente, y una idea comenzaba a rondarle la cabeza.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, el equipo madrugó para dar comienzo a un día que se preveía intenso. Apenas eran las 7:15 de la mañana y el cielo estaba gris, cubierto por una bruma tenue de cenizas en el aire suspendidas, como si fuese nieve muerta, como consecuencia de los restos del fragor de la noche de San Juan. Los primeros equipos de limpieza comenzaban a hacer su trabajo en la playa, donde quedaba la basura que algunos grupos habían abandonado allí y los restos de las hogueras apagadas. Ellos habían hecho noche en un hotel arriba, en el pueblo. Alejados del ruido de los que sí habían decidido completar el resto de la noche de farra.

El cristal de la entidad bancaria estaba empañado por la humedad. Los agentes de la brigada de homicidios esperaban junto a la puerta, todavía cerrada. Algunos aún bostezaban por las pocas horas de sueño, otros, como Jorge Blanco, ya llevaban el día tatuado en la frente. Esperando con impaciencia la apertura de la sucursal mientras masticaba chicle.

—¿Tú crees que en la cámara de ese cajero vamos a ver algo que no esté borroso o mal encuadrado? —preguntó Guerrero.

—Con suerte veremos una sombra. Un movimiento de entrada y salida de la casa. Algo que nos cuadre en nuestra historia —le respondió Santana.

—¿Y si no hay nada?

Antes de que el inspector le pudiera contestar, la puerta del banco se abrió con un chirrido y una empleada joven, con cara de no haber dormido, los hizo pasar. Dentro, todo estaba perfectamente pulcro y preparado para recibir a los primeros clientes de la mañana. Olía a fregasuelos y a café de máquina.

Santana se apoyó sobre el mostrador, mirando su reflejo en el cristal de seguridad que daba a la calle. Había pasado la noche en vela, repasando una y otra vez todo lo que conocían hasta ahora e intentando entender el ADN de Tamara Cortés en la mancha de sangre en su casa. Le asustaba la calma con la que actuaba la

asesina, y la precisión con la que estaba ejecutando cada paso de su plan. Tenía la extraña sensación de que era una persona que no disfrutaba con el crimen, sino que solo lo ejecutaba. Una mujer que no sentía el miedo de que la pudieran atrapar, ni el riesgo de volver a matar a pesar de que sabía que le seguían la pista. Y eso le hizo temer que Tamara Cortés pudiera ser la siguiente.

El técnico al que habían pedido la grabación del cajero se giró.

—Aquí están las imágenes que me habéis pedido. Pero solo se guardan las últimas 48 horas. La memoria es limitada y una vez que no tenemos incidencias, se borra de forma automática para dejar espacio a la grabación del día. ¿Queréis que lo extraiga todo?

—Todo —confirmó Santana.

Mientras descargaba el contenido. Afuera la ceniza seguía cayendo, casi imperceptible, como si el aire aún recordara que anoche se quemaron numerosas promesas en esas hogueras.

Santana continuaba pensativo.

—Esta mujer no mata por impulsos. Mata porque debe, sin que nadie la vea venir, y porque detrás de sus víctimas no deja cicatrices, sino silencios. Todo forma parte de un plan, de un propósito de vida…o de muerte en este caso —susurró.

Y por segunda vez, desde que le ocurriera con Caronte, tuvo la sensación de que el enemigo que tenían delante no era un simple asesino.

—Una mujer sin reflejo —sentenció mientras miraba el suyo propio en el cristal.

Una vez que se completó la descarga, el técnico los hizo pasar a una sala de visionado improvisada en la misma sucursal bancaria, de forma que pudieran disfrutar de intimidad a la vez que permitían a la sucursal comenzar su labor con normalidad. Se trataba de una oficina acristalada con persianas a medio cerrar y varios portátiles abiertos sobre una mesa de madera. La grabación comenzó a reproducirse fotograma a fotograma de forma lenta. Las miradas de los policías, al principio más decididas, iban perdiendo la intensidad por el cansancio y la ausencia de resultados. En ese

momento, la cámara de seguridad del cajero mostraba un plano abierto de la calle lateral, no era frontal, pero cubría parte de la acera frente a la hilera de casas bajas entre la que se encontraba la de Carol. Justo en ese momento, el foco de la cámara capta una figura que se mueve con dificultad.

Santana entrecerró los ojos.

—Espera. ¿Es Carol?

En la imagen, algo borrosa, aparecía una mujer robusta, con el pelo recogido y vestida con un pantalón vaquero y una bata oscura. Llevaba lo que parecía dos bolsas de basura grandes, una en cada mano. No parecía tener prisa, pero su paso era firme.

Guerrero se acercó a la pantalla, tratando de fijarse en los detalles.

—¿Qué hora es?

—Las 6 de la mañana de antes de ayer —respondió el técnico.

—Del día que nosotros llegamos. ¿Qué coño hace sacando basura a esa hora?

—¿Puedes reconocerla? —preguntó Santana.

Guerrero negó con la cabeza.

—Yo sí —intervino Blanco—. Esa bata negra. La vimos en la primera visita a su casa. Nos dijo que era su uniforme de trabajo.

—Veamos qué hace.

La imagen continúa y se ve a Carol bajar la calle. No mira hacia ningún lado. Simplemente camina con decisión hasta llegar a la altura de otra casa.

—¡Un momento! ¡Esa es la casa de Emma Luque! —exclamó Guerrero.

Carol se detiene brevemente frente al cubo de basura junto a la casa, pero no deposita las bolsas y sigue caminando hasta la entrada, introduce una llave y se pierde en el interior.

No parecía un gesto improvisado, sino el eco de una decisión meditada mucho antes. Cada movimiento transmitía la frialdad de quien sabía exactamente lo que debía hacer.

Un silencio absoluto se hizo en la oficina. El aire parecía pesar más que antes.

—Ahora sabemos por qué no había nada en su casa.

—¿No os parece que es mucha casualidad que hiciera todo esto justo cuando íbamos a por ella? —preguntó Jáuregui.

—Alguien debió avisarla como imaginábamos —afirmó Guerrero.

Aquella afirmación quedó ahí flotando en el ambiente. Cuando parecía que eso era todo y el técnico iba a cerrar la carpeta del video. Blanco frunció el ceño.

—Espera… hay algo más. Mira ahí, al fondo, la puerta.

La cámara, a pesar de su calidad mediocre y el ángulo inclinado, seguía encuadrando la fachada de la casa de Carol, que había permanecido cerrada desde que esta salió, se entreabrió muy despacio. Todos se pegaron de nuevo expectantes a la pantalla del portátil. Durante unos segundos, todo parece estático. Al poco, una figura masculina emergió de la oscuridad del interior de la vivienda.

Santana entrecerró los ojos, observando la pantalla.

—¿Quién cojones es ese? —preguntó Guerrero.

El hombre era alto y delgado, de movimientos suaves, casi felinos. Llevaba ropa oscura, sin detalles. A su alrededor parecía flotar una quietud antinatural, como si el mundo mismo contuviera la respiración a su paso. Pero lo que congeló el aire en el interior de la oficina fue su cara: una máscara plateada, lisa, sin expresión en el rostro.

—¿Está disfrazado?

Santana no respondió de inmediato. Se quedó observando la imagen, como si estudiara cada milímetro de aquella máscara inexpresiva, buscando un resquicio, una figura, algo humano.

—No —negó finalmente, con un tono frío—. No quiere ser visto.

La figura no corre. No mira a su alrededor. Cierra la puerta tras de sí con una calma escalofriante, cruza la acera y desaparece calle arriba, en dirección contraria a la que había seguido Carol.

El técnico rebobinó lentamente hasta detenerse en la imagen de la nueva figura. Al hacer zoom sobre su cara, el brillo metálico de la máscara reflejaba la calle. Era un rostro que no miraba, sino que acechaba.

—¿Quién eres? —susurró Santana.

—Se le ve seguro. Como si nos estuviera diciendo "estuve aquí, pero no vas a saber quién soy".

Santana se dejó caer sobre una silla, sin parpadear.

—Acabamos de ver la imagen de un monstruo, estoy seguro de ello.

◆ ◆ ◆

Dos horas más tarde. El cielo seguía encapotado. La ceniza ya no caía, pero todavía permanecía ese olor a humo en el ambiente. Tras informar de todo al comisario Gunea, que les confirmó que continuaban la búsqueda de Tamara Cortés.

El equipo de la brigada se detuvo frente a la casa de Emma Luque. La calle había sido acordonada para evitar que los vecinos curiosos interrumpieran su labor, y, de paso, evitar que se pudieran hacer filtraciones.

Santana llegó con la orden del juez en la mano, aunque no había nadie a quien enseñarla, pues Mamadou estaba en la cárcel y su propietaria, muerta. Aun así, siguieron el procedimiento como debía hacerse. El juez, escéptico y tajante, les había negado la entrada a la vivienda dos veces. Pero cuando le enviaron el fotograma del hombre enmascarado, no lo pudo negar una tercera vez y terminó cediendo. Entraron forzando la puerta, esta vez sin golpes ni dramatismos. El silencio al otro lado era denso, expectante. El olor a cerrado y a humedad los recibió con la solemnidad de una cripta. Avanzaron por el pasillo, todo parecía tal cual la recordaban, los objetos personales de Emma seguían allí: fotografías antiguas, una figura de cerámica rota sobre un aparador cubierto de polvo. Nada parecía estar fuera de lugar. Durante los siguientes veinte minutos revisaron los dos dormitorios y la cocina, que todavía tenía restos de comida en mal estado, examinaron el baño como si esperara que las baldosas le hablaran. Todo parecía normal.

—O nos está vacilando o llegamos tarde —dijo Jáuregui con frustración.

—O simplemente… es mejor que nosotros —le replicó Bayona.

—Hay algo asfixiante en la casa. No es el polvo, ni la falta de luz —les dijo Santana—. Las cosas están en su sitio, pero no tengo la sensación de que sea natural. Es como si alguien lo hubiera colocado todo así para construir una mentira perfecta.

Guerrero, que salía del último de los dormitorios, se detuvo junto a un aparador antiguo con dos cajones. No tenía cerradura así que lo abrió. Vacío. Solo polvo y un paquete de servilletas. La sargento se inclinó sobre el aparador, con impaciencia y resignada. Pero al apoyarse en la esquina del mueble notó un crujido leve en la parte trasera. No venía del cajón, sino de la parte inferior, como si algo cediera bajo su peso.

—Espera… —dijo en voz baja.

Guerrero se agachó. Pasó la mano por debajo del aparador y sus dedos toparon con algo frío y metálico. Contuvo la respiración. Durante un segundo, solo se escuchó el tic-tac de su reloj de pulsera. Entonces, con un gesto preciso, tanteó la pequeña placa encajada con torpeza en la madera.

—Aquí hay algo —murmuró.

Blanco, alerta, sacó del bolsillo una navaja multiusos y se la tendió sin decir palabra. Guerrero forzó el resorte. Un chasquido seco rompió el silencio.

Era un compartimento oculto, estrecho y sucio. Introdujo la mano y sacó del interior un viejo cuaderno plastificado que entregó a Santana.

Santana rasgó la envoltura de plástico con manos tensas. Cuando abrió el cuaderno, el aire pareció volverse más denso a su alrededor. Durante un instante, sus ojos recorrieron las páginas en silencio, como quien lee una sentencia inapelable. Después, sin decir nada, se dejó caer en la silla más cercana, con el rostro endurecido. Aquello no era un cuaderno cualquiera. Son hojas plastificadas, fichas, clasificaciones. Niños. Nombres. Fechas. Fotografías. Descripciones clínicas.

La mirada de Santana se paró en la página con la imagen de Omar Luque. También estaba allí el hijo de Katherine Rodríguez, en el que su ficha médica detallaba que sufría espectro alcohólico fetal. Santana recordó que su madre bebía a diario y que Valeria descubrió que padecía cirrosis hepática. Y el de Rocío Aguilera, que se llamaba Abel y en cuya ficha explicaba que había nacido sordo. Había otros muchos cuyos nombres desconocían por completo.

Santana contuvo el aliento un instante.

—Entre estos nombres tiene que estar el de nuestra asesina —dijo solemne.

Al llegar al final del cuaderno, en la penúltima página, doblada dentro de una funda, hallaron también el plano de un caserón.

—Finca "El Altozano" - Enix -—leyó—. Por fin.

Santana cerró el cuaderno con un chasquido seco y lo metió en la bolsa de pruebas. Durante un instante, sostuvo la mirada sobre el plano amarillento de "El Altozano". Luego se incorporó.

—Preparaos. Nos vamos a Enix —su voz era más fría que nunca, sabedor de que se avecinaba la caza final.

XXI

LOS HIJOS DEL OLVIDO

"A veces, el mayor dolor no lo causa un golpe, sino la ausencia de una caricia".

Más de una hora llevaban de coche cuando comenzaron a ascender la sierra de Almería en dirección a Enix. El Ford Kuga blanco de la brigada de homicidios serpenteaba por terreno montañoso entre colinas rojizas salpicadas de pinos bajos. La temperatura era tan alta que el asfalto les devolvía ese efecto óptico en forma de oasis.

—¿Sabéis que Enix fue un pueblo de Brujas? —preguntó Guerrero rompiendo el silencio denso que se había instaurado—. Lo vi en un vídeo de esos de rutas ocultas por Almería. Lo llaman "el pueblo de los susurros".

Santana, al volante, levantó una ceja sin mirarla.

—¿Vas a contar historias de fantasmas justo antes de entrar en un caserón donde probablemente ha habido tráfico de menores?

Guerrero se encogió de hombros.

—Tampoco vamos a una comunión, Julián. Prefiero pensar que me va a salir una vieja flotando en bata que un niño encadenado o el hombre de la máscara plateada. Eso sí me pone los pelos como escarpias.

Hubo unos segundos de silencio tenso, con todos pensando en esa frase y en lo que podrían encontrar allí. La carretera se volvió más estrecha, y los árboles se cerraban un poco más sobre el camino. Bayona observaba el paisaje con la mandíbula tensa.

—¿Y si no están vivos? —preguntó exponiendo sus dudas. Tal vez las de todos.

—¿Te refieres a los niños?

—Si. ¿Y si lo que encontramos es solo el eco de lo que fue?

—Esperemos que no. No me dio la impresión en esa cámara de grabación que Carol y ese individuo de la máscara plateada estuvieran ya inactivos.

—¿Y si nos están esperando?

—Mejor. Nos ahorraremos tener que buscarlos. Que tengan algo que perder por primera vez.

El silencio volvió a instaurarse. Esta vez cargado de una electricidad distinta, sabedores de que podrían tener que entrar en acción pronto. La finca "El Altozano" comenzó a aparecer al fondo como una silueta apagada, medio comida por la montaña. Aquel lugar parecía estar en medio de ninguna parte. A Santana le dio la impresión de que era un lugar ideal para desaparecer si no querías ser encontrado. Aquella casa solitaria tenía un aspecto viejo, pero seguía en pie, con los tejados agrietados y algunas ventanas tapiadas.

Santana frenó el coche a un lado del camino.

—¿Sabéis qué es lo peor? —preguntó Santana girándose en el asiento y mirando a todos.

—¿El qué?

—Que si esos críos crecieron ahí… sin un nombre real, sin un maldito abrazo… —hizo una pausa para que aquella frase calara en sus compañeros— entonces puede que no quieran ser encontrados.

Bajaron del coche a unos cien metros de la verja oxidada que daba entrada a la finca. El viento silbaba entre las piedras como si hablara solo. A su alrededor sólo había maleza, tierra seca y monte.

—Es como si alguien la hubiera diseñado mientras se bebía una botella de Whisky —dijo Guerrero mientras se acercaban a la verja.

Estaba entreabierta. El chirrido al empujarla era tan largo y agudo que parecía un lamento. Avanzaron por el camino de tierra de camino a la entrada. Jáuregui se acuclilló sobre el terreno:

—Alguien ha pasado por aquí hace poco —dijo señalando una marca de suela reciente en el barro seco.

Santana se agachó junto a él.

—Es una pisada pequeña, como de niño.

En realidad, era una serie de pisadas que no llevaban a ninguna parte. Varias pisadas y luego nada. Como si hubieran caminado y luego, de golpe, desaparecido, o se lo hubieran llevado en brazos.

Entraron al interior del caserón, que olía a humedad antigua. La madera crujía con cada paso. Había polvo, pero no demasiado, y unos pequeños rayos de luz se filtraban por algunas rendijas de las ventanas que había tapiadas. El silencio era total, pero a Santana le dio la sensación de que era un silencio extraño, de abandono repentino, como si algo se interrumpiera bruscamente.

—Esto no lleva vacío ni un mes —dijo mirando a su alrededor.

—Ni una semana diría yo —apuntó Guerrero.

Avanzaron despacio. Cada habitación parecía una cápsula: camas de hierro, colchones baratos, mesas de madera apolilladas. En una de ellas, un muñeco de trapo yacía en el suelo. Le faltaba un ojo, pero alguien había intentado remendárselo con hilo negro.

La siguiente puerta los llevó a un pasillo más angosto. Al fondo, la luz era distinta. Más fría. Al abrir la puerta les llegó un olor que, por desgracia ya conocían sobradamente. Una lámpara de quirófano colgaba del techo de una sala sin ventanas en cuyo interior había diferentes estancias separadas por cortinas roñosas.

—Es una enfermería —corroboró Santana.

—Y huele a sangre seca —dijo Guerrero mientras se adelantaba por mero instinto y descorría la cortina del primer espacio para pacientes que tenía delante. Entonces la vio.

El cuerpo estaba sobre la camilla, boca arriba y con el rostro vuelto al techo. Había salpicaduras de sangre por todos lados culminadas con una mancha más amplia formada en el suelo por las gotas que habían ido descendiendo de la camilla.

El grito ahogado de Guerrero hizo que todos corrieran hasta donde ella estaba.

Su pelo largo negro azabache suelto a la altura de los hombros, los ojos con la mirada perdida y su rabillo del ojo perfectamente delineado. Estaba desnuda y, Santana reconoció enseguida las bonitas curvas de ese cuerpo sin vida.

Se acercó hasta ella y buscó su pulso, por inercia, porque ya sabía que no lo encontraría. El resto ya era de sobra conocido por todos: rostro destrozado y desfigurado por los golpes, hinchado, irreconocible a simple vista.

—Tamara Cortés —anunció por si había alguna duda.

A Santana le costaba procesarlo.

¿Qué había ocurrido allí? ¿Se había vuelto todo en contra de la mujer que mandaba allí? ¿O simplemente era una pieza más que había cometido el mismo pecado que el resto?

En el fondo le daba pena, a pesar del desafortunado encuentro de aquel día, siempre era más difícil ver en ese estado a alguien con la que habías tratado hace apenas unos días. Para ser sinceros sentía algo de culpa. ¿Podría haber hecho él algo para evitar que acabara así?

Sin embargo, ahora está aquí.

Muerta

Y marcada, como las otras víctimas.

Sobre el suelo, junto a su mano, había una pieza de ajedrez: La torre.

Una hora más tarde, una vez que informaron al comisario Gunea, la enfermería se convirtió en un pequeño campamento improvisado de luces, maletines metálicos y gente de un lado a otro. El equipo científico trabajaba con la misma eficacia quirúrgica de siempre: los flashes de las cámaras iluminaban el rostro desfigurado de Tamara Cortés, las manos enguantadas en látex se movían con lentitud, levantando pruebas, embolsando objetos.

A un lado, el juez Valentín Romero observaba todo con gesto sombrío. Santana no había podido tener la oportunidad de conocerlo la ocasión anterior, aunque Guerrero le había contado que era un hombre seco y desabrido de voz arrastrada. Tras la presentación de rigor, el juez se sinceró:

—Otra jodida pieza… —comenzó a decir pasándose la mano por la calva—. Si hubiera autorizado la entrada cuando me lo pidieron… quizá estaría viva.

Santana lo observaba. Algo en su forma de decirlo, en su dramatismo contenido, le olía a teatro. Pero no dijo nada.

—No se haga mala sangre por eso, señoría. Tamara Cortés llevaba seguramente ya varios días muerta. Nuestra forense nos lo confirmará.

—¿Esta mujer no era de la pudiente familia Cortés de Almería? He conocido algún amigo empresario que hacía tratos con ellos.

—Esta mujer era amiga de cualquiera que tuviera poder.

—¿Sabéis que papel tenía en todo esto?

—Nuestra suposición es que era la que mandaba en esta trama. Al menos hasta que conocimos el hallazgo del hombre de la máscara plateada. Este giro de los acontecimientos nos hace pensar que además de una figura importante dentro del entramado, también debía disponer de un pasado que la hiciera objetivo de la asesina que buscamos. Su padre no nos quiso contar mucho cuando lo visitamos en la cárcel, probablemente tratando de protegerla. Volveremos a verlo. Ahora ya no va a tener más remedio que hablar y contarnos lo que sabe.

Una hora después, el levantamiento del cadáver había finalizado. El sudario que contenía el cuerpo de Tamara Cortés se cerró por completo y el equipo de la policía científica fue abandonando progresivamente la casa, dejando allí solos a la brigada de homicidios.

Aquel caserón ya no parecía una escena del crimen, sino más bien una cáscara vacía que volvía a estar en silencio. Salieron al exterior donde el sol ya comenzaba a esconderse detrás de la montaña.

—¿Y qué hay de Carol y los niños? ¿Y el personaje de la máscara? —preguntó Bayona—. Esperaba encontrar aquí cualquier cosa menos esto —continuó diciendo mientras caminaban hacia el coche.

Santana miró alrededor.

—Se nos han vuelto a escapar. Este ha sido su hogar todo este tiempo, y hemos vuelto a llegar tarde.

Blanco se detuvo de forma brusca y se giró para mirar hacia un enorme pino a la espalda del caserón. Algo había llamado su atención, así que se dirigió hacia allí sin esperar a sus compañeros. Allí había una roca enorme en la que había tallado, con torpeza, un símbolo. Era un Indalo. Aunque no estaba completo, le faltaba el arco, el brazo izquierdo era más largo que el derecho y estaba tallado de forma irregular.

—¿Cómo si lo hubiera tallado un niño? —susurró el cabo—. ¡Julián! ¡Venid!

Todos corrieron hasta donde se encontraba. Santana se acuclilló, observando la tierra junto a la roca. Los matorrales a la derecha de la roca estaban aplastados, como si alguien hubiera pasado por ahí muchas veces. Apartó unas ramas secas con las manos y una trampilla de madera podrida por el tiempo apareció ante ellos entre las raíces del gran pino.

Santana desenfundó sin hablar.

La trampilla tenía un candado, que ya había sido roto, así que empujaron hacia arriba y comenzó a ceder con un crujido de la madera. Al abrir les golpeó un olor a orina y a heces que le provocó una náusea. Al mirar hacia abajo apenas podían ver nada, la oscuridad era total, pero sí pudieron ver una escalerilla en un estado pésimo que llegaba hasta arriba.

—Esperad aquí —ordenó.

Santana encendió la linterna de su móvil y comenzó a descender por las escalerillas, que se quejaban con un chasquido a cada paso. Al llegar abajo, apuntó con el haz de luz y la pistola en alto hacia la oscuridad. Allí estaban.

—¡Mierda!

Había al menos una decena de niños, desnutridos y de miradas vacías. Y Carol, que sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas, esperaba inmóvil.

—No deberíais haber venido aquí —dijo tranquila, sin alzar la voz.

—Carolina Ruiz. Queda detenida por tráfico de menores. Tiene derecho a un abo…

—¡No la toquéis! —ordenó a gritos el que parecía el mayor de entre todos ellos.

Otro niño, de apenas seis años, lanzó un puñetazo contra Santana, que logró esquivarlo por muy poco. Eran niños, pero no parecían niños. Al menos no como deberían ser, y Santana sintió ese peligro allí abajo. Había algo más en sus ojos. Algo roto. Algo construido a la fuerza.

Al escuchar los gritos, Bayona y Jáuregui descienden por la trampilla a toda velocidad. Parecía que la madera se iba a romper en cualquier momento. Una vez abajo, Carol se deja esposar. Ni un gesto de resistencia, ni un temblor. Estaba tranquila, casi ausente. Los niños no.

El primero en volver a reaccionar fue el mayor, que después de que su cara se iluminara con las linternas de los dos recién llegados, pudieron ver que era de piel oscura. Estaba delgado, con el rostro lleno de arañazos y el pelo apelmazado. Su grito al embestir contra Bayona era tan feroz como inarticulado y primitivo.

—¡Omar! ¡No! —trató Carol de frenarlo.

Aquel movimiento cogió a Bayona por sorpresa. El puñetazo de Omar impactó directamente en el rostro de Bayona y ella cayó hacia atrás, golpeándose contra la pared a su espalda. Fue como encender una chispa: en cuestión de segundos, los demás niños se lanzaron como una jauría desatada, empujando, mordiendo, arañando, sin medir la fuerza ni la dirección, impulsados solo por el instinto de proteger a quien consideraban su madre. Uno de ellos llegó a morder a Jáuregui en el brazo, mientras la más pequeña, de apenas cuatro años, trataba desesperadamente de aflojar el cierre de las esposas de Carol.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Suéltala! ¡No la toquéis!

Carol no dice nada. No los detiene. Simplemente observa.

—¡Necesitamos refuerzos aquí! —grita Jáuregui, protegiéndose la cabeza con el antebrazo para evitar el impacto de una piedra.

Desde arriba, Blanco y Guerrero oyen el estruendo y no dudan en echarse escaleras abajo.

—¡Tranquilos! ¡Estamos aquí para ayudaros! —trató Santana de calmarlos.

Pero los niños no escuchaban razones. Estaban fuera de sí, gritando, empujando y arrinconándose como si estuvieran a punto de ser ejecutados. Finalmente, Guerrero lanzó un disparo al aire que salió por la abertura de la trampilla tratando de romper el caos.

El silencio se hizo total y el humo del arma de Guerrero quedó suspendido en el aire, como una niebla sucia. El efecto fue el deseado. La mayoría de los niños se encogieron y comenzaron a retroceder. La más pequeña, la que había tratado de quitar las esposas a Carol se había hecho pis encima.

Carol seguía observando y, por primera vez, dejó escapar una sonrisa amarga, rota, que parecía surgida del mismo lugar donde anidan los monstruos.

—Soy todo lo que tienen —dijo en voz baja, como si en esas palabras encontrara su justificación última—. No creeríais que iba a ser tan fácil alejarlos de mi lado.

—Tú los alejaste de sus madres cuando aún eran bebés.

—No —dijo sin alzar la voz—. Yo los estaba preparando. Ahí fuera no hay lugar para los débiles. El mundo real… ese mundo que tanto protegéis… es una trituradora. Una máquina que no pregunta, que no espera. Solo sobrevive quien sabe adaptarse, quien aprende a luchar desde el primer momento.

—¿Sabes lo que es ser un niño y no saber nada de tu madre? ¿Sabes lo que es que te dejen en un lugar como este y esperar, cada noche, que alguien vuelva a por ti? —preguntó contrariada Guerrero y alzando la voz. Todo este tema siempre conseguía que tocara un botón dentro de ella y sacara su vena maternal. A su mente siempre acudía la imagen de su hijo y todo lo que habían pasado juntos.

—Sus madres no los abandonaron por necesidad, aunque pueda parecerlo. Simplemente lo hicieron por codicia. Los descartaron. Como se tira comida podrida a la basura o un mueble viejo. Ninguno hubiera tenido una oportunidad fuera, hasta que llegué yo.

Carol dio unos pasos hasta quedar a apenas unos centímetros de distancia de la cara de Guerrero.

—Yo les di propósito y estructura. No los enseñé a querer… les enseñé a resistir. A no llorar, a no necesitar, a no esperar nada de nadie. Porque así es como se sobrevive. Solo los fuertes llegan lejos. Los demás… bueno… los demás terminan como Emma, Katherine, Rocío y Tamara…

Tras dejar flotando en el aire los nombres de las víctimas, Carolina Ruiz alzó levemente sus brazos esposados y ofreciéndoselos a Guerrero.

—Ya podemos irnos.

◆ ◆ ◆

Dejaron a Carol pasar toda la noche en la celda sin ser interrogada. Era un procedimiento habitual, un acto estratégico que permitía que el verdadero interrogatorio comenzara en la mente del propio detenido. Durante esas horas de soledad, el silencio se convertía en un juez más implacable que cualquiera de los del tribunal y, por supuesto, que cualquier agente de policía. En la penumbra de la celda, sin distracciones, sin agua ni comida, Carol tenía que enfrentarse al peso de sus decisiones, el miedo a las consecuencias y el desgaste de su propia conciencia. La noche actuaba como una herramienta para comenzar a agrietar esa coraza de frialdad que tenía, evocando en su mente cada recuerdo y haciendo crecer la duda en ella. O, al menos, eso esperaban.

A la mañana siguiente, Carol entró esposada, con la calma con la que alguien iría a una revisión médica. Sin remordimientos, sin miedo, con ese caminar lento que le caracterizaba y que hacía cambiar el peso de su robusto cuerpo de una pierna a otra. Solo en su rostro parecía percibirse una especie de cansancio orgulloso.

Se sentó en la silla que había preparada para ella sin esperar a que se lo dijeran. Sin hablar. Esperando.

Así que Santana decidió ir al grano. No era el momento de andarse con rodeos cuando otra mujer acababa de engrosar su poco honrosa colección de víctimas y, sobre todo, cuando estaban tan cerca del final.

—Queremos hablar del hombre de la máscara plateada. Sabemos que estuvo contigo en el caserón y que salió de tu casa cuando tú entraste en la casa de Emma. Tenemos la grabación.

Carol parpadeó una sola vez. Sin responder.

—También queremos saber quién es ella. La asesina. La que está acabando con todas esas madres. Sabemos que se crió allí, en ese caserón, entre tus brazos.

Ella sonrió, sin mostrar los dientes. Miró a Guerrero y luego a Santana.

—Ya tenéis lo que queríais: los niños.

—Lo que queremos es la verdad. Nos falta un poco solamente para tener la historia completa, y tú nos vas a ayudar.

Carol se inclinó hacia adelante y alzó levemente las manos, mostrando las esposas con la mirada fija en Santana.

—¿Por qué debería hacerlo? Ese es vuestro trabajo, y yo ya estoy jodida como puedes ver.

—Porque sería estúpido cargar tú sola con toda la culpa.

Ella no responde.

Guerrero pone encima de la mesa una carpeta, saca un folio con una fotografía impresa en ella y lo lanza sobre la mesa. Era el fotograma extraído del vídeo con la imagen del hombre de la máscara plateada saliendo de su casa.

—¿Quién es?

Carol observa la imagen detenidamente. Sus ojos se detienen en la máscara plateada y, por primera vez, su mandíbula se tensa en un gesto casi imperceptible.

—No deberíais enfrentaros a él —dijo al fin, sin emoción—. ¿Os da miedo vuestra asesina? —preguntó haciendo una pausa tétrica—. Él es mucho más peligroso.

—¿Por qué?

Ella volvió a sonreír. Parecía estar disfrutando del interrogatorio.

—Su infancia fue distinta. Más… silenciosa. No necesitó aislamiento, ni traumas evidentes. La ausencia de cariño puede ser una semilla mucho más corrosiva que cualquiera de las situaciones vividas por los niños allí dentro. No es necesario encerrar a un niño para destruirlo. Basta con no mirarlo. Con no dedicarle el amor que necesita.

Santana y Guerrero intercambiaron una mirada rápida.

—¿Estás diciendo que fue criado en una familia normal?

—Depende de lo que entiendas por "normal".

—Un padre que no estaba. Una madre que se cansó de fingir una vida que no quería. Solo necesitó el olvido.

—¿Y eso es suficiente?

Carol asiente con suavidad.

—El olvido es una forma de violencia. Hay niños que son golpeados y sobreviven. Y otros, que son ignorados hasta volverse invisibles. Él era uno de esos. El dolor por no tener el apego de sus progenitores le hizo interesarse por él, por cómo se procesa, cómo se aprende, cómo se guarda.

—¿Qué quiere decir eso?

Carol volvió a curvar sus labios en una sonrisa.

—Nunca tuvo un espejo donde mirarse. Así que esa máscara le permite explorar sin tener que hacerlo.

—¿Fue él quién mató a Rafael Arvelo?

Ella se deja caer hacia atrás en la silla.

—Tiene un talento… muy especial. Cuando lleva esa máscara, no lo hace para esconderse… lo hace para transformarse. Tiene el pulso frío. No tiembla. Mata como quien ejecuta una cirugía. Es preciso, lento. Y… — volvió a inclinarse hacia adelante, sin levantar la voz y con un tono que helaría la sangre a cualquiera—. Ha estado cerca de vosotros muchas veces.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Santana. Aquella afirmación hizo que se acordara de la conversación que tuvo en la cárcel con Serafín Cortés y que le dijo para despedirse: "Tal vez si descubres lo que buscas hubieras preferido no haberlo hecho nunca".

Aquella frase cayó en su cuerpo como un jarro de agua fría que le hizo sentirse mareado por momentos. Trataba de encontrar sentido a todo aquello, pero su mente tenía algún obstáculo que le impedía pensar con claridad.

—¿Tiene nombre? —trató de preguntar con la voz rota y un leve temblor en su mano.

Carol dejó pasar un segundo eterno antes de responder, disfrutando del efecto que causaba su silencio.

—No es mi monstruo. Es vuestro —sentenció, con una satisfacción helada en la voz.

XXII

EL PRIMER GOLPE INVISIBLE

La habitación estaba sumida en una penumbra densa, como el polvo suspendido en los finos haces de luz que se filtraban por la rendija de la persiana.

La mujer estaba sentada en el borde de la cama, las piernas colgando, inmóvil, pensativa. Por primera vez en todos estos años, aquella pequeña habitación, con sus paredes de yeso agrietadas y su colchón vencido, parecía más una celda que un dormitorio. Tenía entre las manos un botón que se había desprendido del uniforme de Omar durante la pelea y que se había guardado sin pensar. Un botón que ahora apretaba con fuerza contra la palma de su mano.

Lo que había oído aquella tarde de boca de Omar no dolía. Quemaba. Cada palabra se le había clavado en el pecho como astillas. No tenía un rostro, ni una voz, ni un perfume que recordar de su madre, pero aún así aquello había removido algo dentro de ella. Apenas había podido empezar a conciliar el sueño cuando una pesadilla la despertó. Aquello no era algo raro durante todos estos años, en realidad era algo que le ocurría con mucha frecuencia, la diferencia es que esa noche había soñado con ella: su madre era una sombra, una silueta que la dejaba allí en la noche y corría para ocultarse y perderse para siempre. Como si nunca hubiera existido.

Y, sin embargo, existía.

Esa era la condena.

Algunos niños dormían a esa hora de la noche. Otros lloraban en silencio. Ella no podía permitirse el lujo de llorar, jamás lo había hecho y no creía que su cuerpo fuera capaz de lograrlo. Madre le había enseñado desde pequeña que llorar la hacía débil, que la debilidad era un lujo que no se podía permitir en ese lugar, donde los sentimientos no tenían cabida.

Apretó el botón con más fuerza.

—Te encontraré —susurró. Su voz era un murmullo en la oscuridad, como una promesa hecha en el borde de un abismo, donde no había vuelta atrás—. Y cuando lo haga, haré que sientas cada minuto de vida que me regalaste. Cada noche que creía que moriría sin que a nadie le importara.

Entonces se levantó. Abrió la vieja caja metálica de debajo de su cama donde había guardado algunos recuerdos de su vida allí: algunos garabatos, dibujos rotos y una muñeca hecha con la ropa vieja que se le iba quedando pequeña. Dentro había también una libreta. Vacía. Aquella noche, escribió en ella por primera vez, un título en letras mayúsculas:

PROYECTO REY DE CRISTAL

Lo llamó así porque el cristal parece hermoso, sí. Pero bastaba un solo golpe para quebrarlo en mil pedazos. Y eso era lo que pensaba hacer con ese mundo lleno de mentiras de ese tipo de madres. Una por una. Empezando por la suya. La primera en caer: La Reina.

Se acercó al espejo, agrietado desde que lo golpeara el día anterior, y se miró durante largo rato.

Su cuerpo escondía ahora mismo un incendio, aunque su corazón estuviera apagado, y amenazaba con salir al exterior como un volcán que entra en erupción.

Esa noche, dormir iba a ser una quimera, así que con esos pensamientos en ebullición en su mente, salió de la habitación con los pies descalzos, el cabello suelto y los ojos tranquilos, como tantas otras veces, para ir hasta la cocina. Allí, abrió la nevera,se sirvió un vaso de leche y la comenzó a beber con el delicioso sabor a despedida cruzando por su cabeza.

—No deberías estar despierta a estas horas —dijo la voz de madre a su espalda—. ¿Otra noche de insomnio?

Ella no respondió de inmediato. Se acercó a la mesa y se sentó.

—Si. He tenido un sueño raro.

—¿Otra vez has soñado que varias personas te agarraban mientras otra intentaba sellarte algún tipo de marca en el pecho?

—No, esta vez no —contestó con calma.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó casi con el cariño con el que lo haría una madre.

—Mejor que nunca.

—Me alegra oír eso. Los trebejos te necesitan para salir de aquí y hacer algo bueno con sus vidas.

La mujer levantó la vista del vaso de leche y los fijó en los de madre.

—¿Y tú? Tampoco sales mucho.

—No tanto como debería —respondió con una risa breve– este sitio me necesita… o eso quiero pensar.

Ella apuró de un trago el vaso de leche y se puso de pie.

—Voy a intentar dormir un poco antes de que amanezca.

—Hazlo. Mañana algunos trebejos pasarán por la habitación del sol, y ya sabes que no me gusta repetir órdenes.

Aquella era una técnica habitual allí. Se trataba de una estancia cerrada con techos bajos de chapa metálica, que alcanzaba unas temperaturas muy altas en verano. Madre los encerraba allí por turnos, sin agua, diciéndoles que el verdadero enemigo no era el calor, sino su debilidad.

La mujer asintió con naturalidad mientras se marchaba por el pasillo. Como si no estuviera a punto de desaparecer. Su mente ya no estaba allí, sino que repasaba su plan de huída una vez más. No había prisa en sus pasos. Ni dramatismo

Carol se quedó sola, sin sospechar que aquella conversación casual sería la última.

XXIII

NO TODOS LOS BARROTES SON DE HIERRO

Después de la inquietante entrevista con Carol, el siguiente paso de la brigada de homicidios era evidente. Necesitaban volver a la cárcel de "El Acebuche" y hacer una visita a Serafín Cortés, el padre de Tamara.

La sala era la misma. Fría, desangelada, con ese olor metálico a polvo y desinfectante barato que impregnaba cada rincón de la prisión.

Pero el hombre al otro lado del cristal no era el mismo.

Serafín Cortés había envejecido en dos semanas lo que parecían años. Los ojos, hinchados y vidriosos, ya no tenían el brillo arrogante de la última visita.

—¿Qué queréis ahora? —preguntó con voz rota—. Ya os dije que no os contaría nada. ¿Tan desesperados estáis para volver?

Santana se quedó en silencio. Fue Guerrero quien tomó la palabra.

—Serafín… lo sentimos. Me temo que hoy no traemos buenas noticias. Es tu hija, Tamara…

—¿Qué le ha pasado a mi hija?

—La han asesinado. Por la misma persona que a nuestras víctimas anteriores…y de la misma forma. La hallamos en un caserón en Enix, golpeada y con una torre de ajedrez a su lado.

Serafín apretó los dientes. Su rostro se deformó en una mueca de dolor contenido. Las manos temblaron primero, la mandíbula a continuación. El resto del cuerpo después.

No hubo negación. Solo derrota.

Lágrimas silenciosas comenzaron a recorrer su mejilla mientras las palabras se le atascaban en la garganta.

—Maldita sea… —murmuró con un sonido apenas audible —. Maldito mundo. Era mi niña. Era… mi sangre.

Santana lo observaba con frialdad y en silencio. No por falta de compasión, sino porque su mente no dejaba de girar en espiral: la entrevista con Carol, la voz rota de los niños en el cobertizo, el hombre de la máscara plateada y el retumbar lejano en su mente de un nombre que se negaba a pronunciar en alto.

—Fue ella quien me metió aquí, ¿sabéis? Tamara. Mi propia hija. Ella me delató y me entregó para quedarse con todo.

—Estábamos bastante seguros de eso.

—Siempre fue lista…pero jodidamente ambiciosa. Ni siquiera haber encerrado a su padre y apoderarse de todas las empresas que había hecho crecer durante toda mi vida fue suficiente para ella. Fue entonces cuando vino lo de los niños.

—¿Tú lo sabías? —interrogó Santana con dureza– ¿Sabías lo que hacía?

Serafín lo miró con una mezcla de vergüenza y desesperación.

—Un padre siempre sabe esas cosas. La ambición era algo que había heredado de mí… en parte. Pero no pensé que llegaría a tanto. Entonces conoció a alguien y cruzó la línea roja.

—¿Quién es ese alguien? ¿Lo conoces?

Serafín parecía dudar. Cerró los ojos y tragó saliva.

—Su principal contacto era muy… particular. No era solo dinero lo que buscaba. Quería conocimiento, control y poder. Estudiaba el cuerpo como si fuera un mapa para desarmar el alma.

Serafín bajó la mirada, más abatido que nunca.

—Pero… no fue solo por él. Todo empezó antes. Tamara estaba prometida con un muchacho de otra familia gitana. Lo habían acordado desde que eran críos, y aquello era inamovible. Pero cometió el error de enamorarse de otra persona.

—¿De quién?

—De Sasha. Su guardaespaldas. Se quedó embarazada.

Guerrero entreabrió los labios, sorprendida.

—¿Y qué ocurrió?

—Si su futuro suegro se hubiese enterado… la habría matado sin pestañear, y con ella a toda la familia. Así de simple.

—¿Y qué hizo ella?

—Lo ocultó. Parió en silencio. Nadie lo supo. Y fue ella misma la que entregó al bebé… en ese maldito caserón.

Santana cerró los ojos un segundo, como si necesitara contener algo dentro.

—Aquel niño fue uno de los primeros trebejos —murmuró.

—Lo fue todo para ella y, al mismo tiempo, su mayor condena. Desde ese día cambió para siempre. Su mirada, su forma de hablar. Era como si algo dentro de ella se hubiera roto. Se volvió aún más dura, más fría, más inaccesible, y… como podéis ver —dijo señalándose— con muchos menos escrúpulos.

Guerrero musitó, con la voz llena de espanto:

—Por eso se convirtió en la torre.

Serafín asintió lentamente, mientras una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

—Se convirtió en aquello que más temía. Para protegerse, para sobrevivir. Y al hacerlo… dejó de ser mi hija.

Santana alzó la vista, helado.

—¿Cómo era la persona que conoció y que ayudó a que cruzara esa línea roja?

—No dejaba que lo vieran y nadie sabía su nombre. Pero Tamara lo llamaba… el médico. Decía que tenía una mente brillante, casi inhumana. Que hablaba poco y siempre llevaba una maldita máscara plateada. Cuando pregunté por qué la llevaba, Tamara se rio y me respondió que:

"Porque los animales, al menos, meten una dentellada o una cornada por un motivo mucho más noble y natural".

El inspector Santana se tensó. Una descarga de electricidad le atravesó el pecho y su respiración se volvió superficial.

Él conocía esa frase.

El silencio se hizo más denso. Guerrero miró a Santana, notando el color que había abandonado su rostro.

—¿Estás bien?

Él no respondió.

Esa frase

Esa maldita frase.

Guerrero notó cómo se tensaban los nudillos del inspector.

—Julián… —lo intentó la sargento de nuevo.

Pero Santana no podía responder. En lo más profundo de su pecho, donde ni siquiera la lógica podía entrar, ya sabía la verdad. Y la verdad dolía más que cualquier herida física.

◆ ◆ ◆

La luz blanca de la sala de autopsias caía como un velo quirúrgico sobre el cuerpo inmóvil de Tamara Cortés. Valeria Nieto se colocó las gafas de pasta roja sobre el puente de la nariz y se ajustó los guantes de látex con precisión milimétrica. Sus movimientos, suaves pero firmes, desprendían una autoridad tranquila.

—Vamos a ver, Tamara… qué secretos llevas bajo la piel. Soy muy buena escuchando secretos, ¿sabes?

A su lado, una grabadora encendida y su inseparable termo de café con pegatinas de gatitos vigilaban la escena. El ambiente era aséptico, clínico. Pero ella tenía una forma casi maternal de tratar a los muertos, como si cada cuerpo fuera un libro que merecía ser leído con respeto.

El bisturí avanzó con fluidez mientras comenzaba su meticuloso ritual y empezaba su dictado:

—Víctima femenina. Edad aproximada: 42 años. Contusiones craneales múltiples, patrón compatible con arma contundente de mango corto, probablemente martillo de carpintero. Presencia del símbolo celta de la maternidad grabado con técnica criogénica en la región intercostal izquierda. El mismo método que en las víctimas anteriores.

Siguió explorando hasta llegar a las uñas. Ahí se detuvo.

—Interesante…

Tomó una muestra con unas pinzas de disección y la colocó bajo el microscopio. Los ojos se agrandaron ligeramente detrás de los cristales de sus gafas.

—Una mezcla de resina sintética y anestésico local… —Valeria alzó una ceja—. Lidocaína —confirmó.

Valeria se quedó en silencio unos segundos. Luego volvió a grabar:

—Nuevo hallazgo: bajo las uñas de la víctima hay restos de una formulación anestésica poco común. Coincide con una mezcla usada en procedimientos de inhibición del dolor en contextos médicos. No estaba en las otras víctimas.

Una vez terminó de completar el resto de la autopsia se quitó sus guantes de látex y dio un largo trago a su café.

—Este cadáver me ha quitado el sueño y yo sin cafeína soy menos humana que ella.

◆ ◆ ◆

La noche era espesa, casi sólida. Aquella noche no había luna, como si también ella hubiera decidido ayudarla a hacer lo que estaba por suceder. Un viento suave removía la maleza que bordeaba los límites del caserón, y el graznido ocasional de un cuervo rompía el silencio como una advertencia.

Ella estaba lista. Cada movimiento había sido ensayado en su mente durante las últimas horas. Había logrado actuar con naturalidad y que no sospecharan de ella. Dejó su cama cuidadosamente abultada para simular que dormía y se acercó cuidadosamente al dormitorio de madre para comprobar que dormía. La contempló mientras la escuchaba emitir un ronquido plácido y profundo. El último pensamiento de la mujer era que a ella no le debía odio, sino más bien algo parecido a un afecto. Un afecto en ruinas, pero al fin y al cabo, un afecto. Cruzó el pasillo en penumbra, esquivando las losas que sabía que crujían a su paso, ventajas de haber pasado tantas horas en aquel caserón que conocía como la palma de su mano. Sabía el momento exacto en que cambiaban el turno de vigilante de forma que en cuanto llegó ese momento salió al exterior.

No miró atrás.

No hubo despedidas.

Y, por supuesto, no hubo lágrimas.

Atrás quedaban los pasillos de piedra, los gritos ahogados, las reglas de madre y el miedo permanente hasta que aprendió a controlarlo.

Atrás quedaba madre, con su mirada dura y sus normas de hierro.

Y atrás quedaban los otros trebejos, cada uno con numerosas heridas invisibles que los acompañarán el resto de sus vidas.

Cuando llegó al árbol junto al cobertizo que madre utilizaba para algunos de sus métodos, justo antes de saltar la valla que daba al exterior, tuvo una sensación extraña. Como si un aliento helado le recorriera la nunca.

Giró la cabeza lentamente.

Y entonces lo vio.

Allí estaba, entre la maleza y las sombras, inmóvil, Como una estatua cruel tallada en un metal antiguo, el hombre de la máscara plateada. Brillaba levemente a la luz trémula de un faro oxidado. No decía nada. No se movía. Solo observaba. Como un centinela del infierno.

Durante un segundo, por primera vez en muchos años, el miedo la paralizó. El recuerdo de lo que ese hombre hacía con los niños comenzó a atormentar su endurecida mente. Aunque eso también le sirvió para coger impulso.

Respiró hondo. Abrió la verja oxidada, la cruzó y echó a correr.

Corrió todo lo que pudo con el barro cubriéndole los tobillos hasta que el caserón fue solo un punto negro en la oscuridad del monte. Corrió sabiendo lo que había dejado atrás y comprendiendo que nunca volvería a ser la misma. Tenía la certeza, como siempre le había dicho madre, de que el mundo en el que estaba a punto de adentrarse era mucho más cruel que el que dejaba atrás. Terminaba el momento de buscar salvarse ella, para ir a salvar a otros.

Esa noche, mientras la niebla devoraba el monte y el sol aún no se atrevía a salir, se prometió que haría lo que fuera necesario para que su plan saliera bien.

Su proyecto.

El proyecto Rey de Cristal.

◆ ◆ ◆

Había entrado la madrugada cuando Santana se levantó de la cama, agotado por no haber podido pegar ojo. Miró su reloj, que

marcaban las 2 am y contrariado fue hasta el salón. Miró a través de la ventana. El mar apenas se distinguía en la oscuridad y las olas arrastraban su espuma como si también estuvieran cansadas. Se sentó en su sofá habitual junto a la ventana y se envolvió en una vieja manta cubierto de manchas y que olía a café.

Su pequeño apartamento apenas tenía muebles. Nunca los había necesitado. Junto a la ventana tenía un aparador que utilizaba para apoyar los expedientes de sus casos mientras los estudiaba desde esa butaca. Sobre él solo había un marco de fotos ladeado. Una foto de él, su ex mujer y Fernando, en una playa distinta, con sonrisas que ya no reconocía y que era lo único que había conservado de su fracasado matrimonio. Se incorporó en el sofá y la miró sin tocarla. Como si al enderezarla, reviviera algo que prefería dejar muerto. En su lugar, abrió el aparador y sacó una botella de whisky a la que apenas le faltaba un par de dedos y que jamás bebía. Se sirvió un vaso.

—He sido un maldito desastre —murmuró, como si alguien pudiera rebatirlo.

No sabía en qué momento perdió a Fernando. Quizás no lo tuvo nunca. Se creyó buen policía y se esforzó cada día en serlo. Pero nadie le dijo que mientras luchaba contra el crimen, perdía la guerra en casa. Tantas noches en vela, comidas frías en el coche, informes interminables… —dio un largo trago al vaso de whisky y se sirvió otro—. Pensaba que estaba haciendo lo correcto, que su hijo lo entendería algún día y, estaba seguro de ello cuando vino hasta su casa para pedirle quedarse a vivir con él. Pero los niños no entienden de ausencias. No entienden "luego", ni "papá está ocupado". No estuvo cuando él le necesito, no estuvo en sus partidos de fútbol, no estuvo en los cumpleaños, en definitiva, no estuvo en los momentos que realmente contaban. Ahora le venían las imágenes de lo que había vivido con él en las últimas semanas y que hacía que el puzle le encajara por completo: el regalo que le hizo del Indalo, la nula oposición a marcharse cuando se lo pidió y, aquella frase, aquella maldita frase que lo llevaba atormentando desde que Serafín la soltara por su boca.

Y ahora estaba aquí. Tragando un whisky barato que detestaba, pensando en si habría una forma de cambiar el pasado. No la había. Y tenía que empezar a pensar en cómo enfrentarlo.

Su móvil vibró sobre la mesa. Santana arrugó el entrecejo. Era Valeria.

—¿Sí? —contestó sin energía y con voz ronca, arrastrando el peso de sus demonios.

—Jefe —la voz de Valeria sonaba contenida, pero con esa energía aguda que usaba cuando descubría algo—. Siento las horas. Imaginaba que estarías despierto. He terminado la autopsia de Tamara Cortés.

Santana apretó la mandíbula, esperando el golpe.

—¿Y?

—El modus operandi es idéntico, como siempre: muchos golpes efusivamente imprecisos, ausencia de huellas, marca de criogenia… Pero he encontrado algo más.

—Dime.

—En el lecho ungueal de una de las uñas había restos de una sustancia poco común: lidocaína. Una cantidad pequeña cuya posición y dispersión me hace pensar que no fue usada como parte del modus operandi del asesinato.

—¿Entonces?

—No tiene marcas de punción. Así que creo que Tamara tuvo una disputa previa ese día. Intentó defenderse. Te lo explico de forma rápida: Durante un forcejeo violento, el contacto físico estrecho puede hacer que partículas o restos de unas sustancias, en este caso lidocaína, pasen a otra parte del cuerpo de su rival. Si su agresor llevaba la sustancia, por ejemplo, en restos de su ropa, y Tamara lo arañó o intentó agarrarlo de la camisa, es muy probable que quedaran restos microscópicos bajo sus uñas, como es el caso.

Santana intentaba escuchar con atención, sin embargo, su mente evocaba la imagen de su pequeño, el niño que solía esperarle en el portal con una mochila a la espalda y una sonrisa cansada. Una imagen que se superponía con la del hombre frío que ahora imaginaba: el estudiante brillante de medicina que había aprendido más sobre el dolor de lo que cualquier humano debería saber.

Se llevó la mano a la frente, frotándose las sienes, sintiendo el peso de cada error, de cada decisión.

—Julián —la voz de Valeria hizo que volviera al presente—. La lidocaína no está ahí por accidente. Es alguien que la maneja habitualmente.

Santana cerró los ojos. Sintió como todo terminaba encajando, dolorosamente. Esa pieza de su maldito puzle.

El inspector no dijo nada. Dio las gracias a Valeria, colgó el teléfono y lo dejó sobre el aparador, como si fuera un artefacto a punto de estallar. Se quedó allí, inmóvil, escuchando el lejano rumor del mar. Ya no podía seguir negándolo. Su hijo estaba implicado en la peor pesadilla de su vida.

Y a él le tocaba enfrentarlo.

◆ ◆ ◆

La sala de reuniones de la brigada olía a café y a papeles viejos. El equipo estaba sentado alrededor de la mesa con la luz gris de la mañana entrando a través de las persianas a medio bajar. Afuera, Almería amanecía encapotada, como si la ciudad también presintiera el peso que caía sobre ellos.

Santana se mantenía de pie, junto a la pizarra de corcho llena ya de fotografías, nombres y flechas. Nadie hablaba. Todos lo miraban, esperando algo que no sabían si querían oír.

Santana inspiró hondo. Se le notaban las ojeras profundas, el rostro tenso y las manos crispadas en los bolsillos de su chaqueta. Cuando habló, su voz era un hilo de acero a punto de quebrarse.

—Sé quién podría estar detrás de esa red de mafiosos… —dijo, mirándolos uno a uno—. No puedo afirmarlo aún con rotundidad, pero… todas las pistas apuntan en una dirección que me está matando aceptar.

Nadie se atrevió a interrumpirlo. Solo el zumbido de las luces fluorescentes parpadeando llenaba el silencio.

—No voy a compartirlo todavía. No hasta que tenga una prueba totalmente sólida —carraspeó, tragándose la amargura—. Pero necesitáis saber que quien está detrás… es alguien que, de una forma u otra, lleva sangre de nosotros.

Hubo un murmullo ahogado en la sala. Blanco, sentado en una esquina, bajó la mirada al suelo. Sus manos temblaban ligeramente.

Santana lo vio y arrugó el entrecejo, extrañado. Se quedó callado unos segundos, como si esperara algo. Y entonces, Blanco se puso en pie.

—Julián —dijo con un hilo de voz que se fue haciendo más firme– hay algo que no os he contado. No podía… hasta ahora.

Todos se giraron hacia él. Santana lo miró sorprendido por el giro de los acontecimientos. Blanco tragó saliva, apretando los puños.

—Cuando llegué al equipo, el comisario Gunea os hizo creer que fue por recomendación del intendente. Eso era una mentira a medias —hizo una pausa para dejar que aquello calara en sus compañeros—. Yo mismo lo pedí. Yo busqué venir aquí.

Santana frunció el ceño de forma más pronunciada.

—¿Por qué?

Blanco respiró hondo y sus ojos comenzaron a enrojecerse.

—Hace unos años, mi mujer fue asesinada. Brutalmente. La golpearon hasta casi no reconocerla. En su cuerpo, encontré algo que he llevado conmigo desde entonces —dijo mientras metía la mano en su bolsillo y sacaba una bolsita de pruebas—. Una pieza de ajedrez —su voz se quebró—. La reina.

Un estremecimiento recorrió la sala.

—Desde entonces he dedicado mi vida a encontrar al asesino. Todo lo que descubrí por mi cuenta me trajo hasta aquí, hasta esta maldita provincia.

Santana asintió lentamente, como si cada palabra confirmara un presentimiento que tenía desde hace mucho tiempo.

Blanco continuó hablando.

—Mi mujer y yo… cuando éramos jóvenes… —hizo una pausa dolorosa, buscando el valor para seguir—. Tuvimos una hija. Nos

dijeron que tenía una malformación congénita: situs inversus. Los órganos cambiados de lugar. Nos asustamos. No éramos lo suficientemente fuertes, no teníamos la información, ni la madurez para afrontarlo —los ojos se le llenaron de lágrimas —. La entregamos. A un programa que prometía buscarle un futuro mejor.

La vergüenza pesaba sobre cada palabra.

—Ahora sé que no era un futuro mejor. Era una condena — Blanco levantó la mirada, rota y determinada—. Estoy convencido. La asesina que buscamos… es mi hija.

El silencio fue brutal. Los compañeros apartaron la mirada, incómodos. Solo Santana se mantuvo firme, viéndolo con una mezcla de respeto y compasión.

—Vamos a encontrarla —dijo el inspector finalmente, su voz rasgándose—. Y haremos justicia. Para tu mujer. Para todos.

Durante unos segundos, nadie pudo moverse. Eran un puñado de náufragos en medio de una verdad demasiado grande para asimilarla.

La lluvia, que en ese mes en Almería era algo bastante improbable, comenzó a golpear tímidamente los cristales. Como si el cielo también llorara por ellos.

◆ ◆ ◆

Una vez concluida la reunión, todos comenzaron a trabajar en la planificación de aquel día. Santana recorría en silencio el pasillo de la comisaría. Apoyó la espalda contra una de las columnas con un vaso de café frío en la mano, mirando al suelo sin conseguir verlo. La conversación en la sala de reuniones seguía resonando en su mente, como una losa que no sabía cómo quitarse de encima.

Sintió unos pasos acercarse y, sin girarse, supo que era Jorge Blanco.

Durante un momento, ninguno de los dos habló.

—¿Te importa? —preguntó Jorge señalando el suelo a su lado.

Santana hizo un leve gesto de asentimiento.

—¿Sabes? —empezó a decir Jorge con voz áspera—. Cuando aceptamos entregarla… pensé que era lo mejor. Que alguien, en algún lugar, podría quererla más de lo que nosotros sabríamos hacerlo. Me convencí de eso —soltó una risa amarga—. ¡Qué jodidamente equivocado estaba!

Santana bajó la mirada. Removió el café frío en el vaso sin beberlo.

—No fuiste el único —su voz era casi un susurro—. Yo tampoco supe ser padre. Siempre había algo más urgente, algo más importante. Un informe, un cadáver, una pista… Fernando creció pensando que su padre era una sombra en la pared —Santana se frotó los ojos con fuerza—. Y su madre… no soportó esperar.

Blanco cerró los ojos, como si el dolor físico de escucharlo se estuviera haciendo insoportable.

—Pensamos que tendríamos tiempo —se pasó la mano por la cara apartándose una lágrima—. Tiempo para remediarlo. Para arreglarlo. Pero nunca hay tiempo. Solo excusas.

Un silencio espeso cayó entre ellos. Solo se oía la respiración pesada de los dos hombres.

—¿Qué haremos si son ellos? —preguntó Blanco finalmente, con la voz temblando—. ¿Qué haremos si, cuando los encontremos… vemos en sus ojos todo el odio que nosotros mismos sembramos?

Santana giró la cabeza lentamente con sus ojos oscuros clavados en los de su compañero.

—Haremos lo que debemos hacer —dijo, con una firmeza quebrada—. Porque aunque nos duela hasta lo más profundo, la justicia no distingue entre amor y vergüenza. No puede hacerlo.

Blanco asintió, tragándose las lágrimas que amenazaban con romperlo.

—Pero antes… —añadió Santana en voz baja—. Si tengo la oportunidad… si la vida me da ese respiro… intentaré pedirle perdón.

Blanco soltó una carcajada triste.

—Yo también.

Se quedaron así, uno de pie, el otro sentado en el suelo frío, bajo la luz del pasillo, compartiendo una culpa que solo ellos podían entender. Afuera, la lluvia seguía cayendo, indiferente a su dolor.

Una hora más tarde, la sala de reuniones hervía de nuevo con un nerviosismo contenido. Fuera, a través de las ventanas y, a pesar de la lluvia, se veían las furgonetas de las televisiones y los reporteros que no dejaban de agolparse en las inmediaciones. Las noticias corrían como la pólvora y estaban en todos los medios: "La asesina del ajedrez consigue una nueva víctima: la torre" y "La policía investiga una trama de tráfico de menores que podría implicar a altos cargos". Cada minuto que pasaba, la presión mediática aumentaba, exigiendo respuestas que aún no podían dar.

Santana, con el rostro demacrado y las manos en los bolsillos de la chaqueta, caminaba de un lado a otro frente al equipo reunido. La fatiga lo envolvía como un abrigo pesado, pero sus ojos comenzaban a brillar con una determinación feroz.

El comisario Gunea entró en la sala y el murmullo que había en ella se apagó de inmediato. Este se plantó junto a la mesa, donde un mapa de Almería, lleno de anotaciones apresuradas, dominaba la escena.

—Escuchad bien —empezó a decir con una voz cortante como una cuchilla—. La prensa está hambrienta. Y vamos a alimentarla… pero con lo que nosotros queramos.

Jáuregui, sentado en una de las sillas alrededor de la mesa de reuniones, levantó la vista con curiosidad.

—¿Información controlada?

—Exacto —confirmó Gunea—. Vamos a filtrar que Carol ha empezado a colaborar, que ha señalado a los cabecillas de la red, que va a tirar de la manta. Que tenemos nombres, direcciones. Todo lo que sea necesario para hacer que el hombre de la máscara plateada salga de su madriguera.

La estrategia era arriesgada. Una jugada desesperada, pero necesaria.

—¿Queremos que vengan a por ella?

—Justamente eso. Queremos obligarlo a actuar, forzarlo a cometer un error. Si ese hombre es como creemos, no va a quedarse de brazos cruzados. No querrá dejar cabos sueltos.

Todos asintieron con el peso de aquella idea calando hondo.

Entonces, Jorge Blanco se adelantó un paso. Su rostro, habitualmente contenido, reflejaba ahora una resolución inquebrantable.

—Yo también quiero ser parte del cebo —declaró, dejando a todos en silencio—. Mejor dicho… quiero ser el cebo.

Santana lo miró, frunciendo el ceño.

—Jorge, no es necesario…

—Sí, sí lo es —lo interrumpió, su voz firme, los nudillos blancos de apretar los puños no dejaba lugar a discusión alguna—. Mi hija es la asesina. Lo sé. Siempre lo he sabido. Todo esto… —hizo un gesto abarcando los informes y las fotos sobre la mesa—. Todo este horror… empezó con la muerte de su madre, y querrá que termine conmigo.

Nadie se atrevió a interrumpirlo.

—Para ella, soy el final del proyecto "Rey de Cristal". Si logramos que crea que puede rematar el círculo… vendrá a por mí. Y yo la estaré esperando.

Un silencio tenso se instaló en la sala. Valeria se quitaba nerviosa un mechón de pelo de la cara. Jáuregui se pasaba la mano por la nuca. Gunea, sin embargo, sonrió con una mueca de aceptación.

—Es arriesgado. Muy arriesgado. Pero puede funcionar.

—Funcionará —aseguró Blanco con una serenidad aterradora.

—Muy bien —concluyó Gunea mirando al equipo uno por uno. Entonces pondremos en marcha dos cebos. Uno físico y uno mediático. Filtraremos que Carol va a ser trasladada a otro centro, o incluso al juzgado. Y que Jorge ha contado algo que va a ser clave en la investigación.

—¿Y después? —preguntó Bayona.

Santana apretó la mandíbula.

—Después, los cazamos.

Todos se miraron, sabiendo que no habría vuelta atrás.

Fuera, en la calle, el murmullo de la prensa crecía, como un enjambre de abejas inquietas. Mientras, en algún lugar, el enemigo observaba, sopesaba… y, si todo salía como esperaban, pronto cometería el error que estaban ansiando.

Hoy, más que nunca, era una partida de ajedrez donde cada movimiento podría significar la vida… o la muerte.

Durante la siguiente hora, el equipo trabajaba perfilando cada detalle. Santana, más sombrío que nunca, tomó la iniciativa frente al gran panel de corcho donde ya había acumuladas una gran cantidad de fotos, nombres, flechas que se cruzaban de un lado a otro, horarios y rutas.

—El primer paso —dijo señalando el croquis—. Es filtrar la noticia. La prensa debe saber que Carol será trasladada mañana a primera hora al juzgado para declarar. Falso, claro. No moveremos a Carol de su celda.

—¿Podrían oler que es una trampa?

—No lo harán. Pondremos patrullas visibles, luces, movimiento… que parezca un traslado urgente por miedo a represalias.

Gunea, en pie junto a la ventana, interrumpió:

—Quiero prensa. Quiero cámaras. Quiero expectación. No esconderemos el movimiento, al contrario: haremos que parezca improvisado, desbordado… que crean que vamos contrareloj.

—Yo me moveré de forma separada, bajo "protección especial". Simularemos que he aceptado declarar en calidad de testigo protegido. Me llevarán en un coche camuflado. Aunque lo suficientemente mal camuflado como para que sepan como interceptarme antes de que hable —intervino Blanco.

—¿Y el escenario de la trampa? —preguntó Guerrero.

Santana señaló un punto del mapa: un tramo de carretera vieja, entre invernaderos, olvidado por el tráfico habitual.

—Aquí. Es una zona despoblada, de pocas salidas y buena cobertura para el equipo de intervención.

Después de esto se repartieron las funciones con precisión militar:

* Santana y Guerrero conducirían el vehículo de "traslado" de Carol.
* Jáuregui y Bayona irían con Blanco, haciéndose pasar por escoltas discretos.
* Valeria coordinaría la comunicación en remoto desde el centro de mando.
* Un grupo táctico al mando del comisario Gunea estará desplegado en los alrededores, oculto, preparado para saltar.

Una tensión eléctrica recorrió la sala.

—Debemos asumir —dijo Gunea— que van a venir a matar, no a negociar. Debemos estar preparados para un enfrentamiento directo —añadió, mirando alternativamente a Santana y Blanco.

Un silencio pesado cayó sobre el grupo. Cada uno sabía lo que eso significaba.

Gunea cerró la carpeta con un golpe seco.

—Mañana acabamos con esto —dijo—, o esto acaba con nosotros.

Desde la ventana se veía cómo las cámaras seguían rodando, los flashes no paraban de estallar. Afuera, el mundo seguía girando… pero ellos sabían que, en unas horas, todo podía cambiar para siempre.

La caza había comenzado.

◆ ◆ ◆

Esa tarde el equipo de la brigada se disolvió en pequeños núcleos de soledad. Cada uno, atrapado con sus propios demonios y preparándose mentalmente para lo iba a ocurrir en las próximas horas.

Santana se quedó solo en su pequeño apartamento frente al mar. Veía la televisión donde todos los canales daban las noticias recientemente filtradas por ellos mismos. No pudo dejar de pensar ni un segundo en su hijo: Fernando. Su único hijo y su mayor fracaso. Había salvado tantas vidas en todos estos años y, sin embargo, había sido incapaz de proteger la de su propio hijo.

Blanco pasó las horas sentado en su salón, el uniforme de faena preparado en el respaldo de una silla. Releía la carta que había encontrado hace años, una nota donde su mujer hablaba de su miedo, de su arrepentimiento tras abandonar a su hija recién nacida. Aquella decisión la había condenado. Su cobardía la había transformado en un monstruo. Y ahora, dispuesto a pagar su penitencia, era consciente de que tal vez esa noche su propia sangre trataría de matarlo. Sus manos, curtidas y firmes, temblaban ligeramente al pensar que sería el cebo. Sabía que ella vendría a por él y, aun así, no retrocedería.

Jáuregui dormitaba como cada noche junto a Rebecca. Lo mejor que le había ocurrido ese año. Era consciente de los riesgos que implicaba su profesión, solo esperaba que la suerte continuara siéndole favorable durante mucho tiempo y poder seguir disfrutando de la vida que tenía junto a ella.

Valeria, en su laboratorio, organizaba los informes y revisaba que no había ninguna duda a error en los análisis que había realizado. La lidocaína encontrada en el cadáver de Tamara podría ser la clave que hiciera que atraparan al hombre de la máscara plateada.

—¿Quién necesita superhéroes cuando tenemos analíticas de laboratorio? —masculló en voz baja una broma con su tono particular. El humor siempre había sido su escudo contra el dolor. Su forma de enfrentarse a la crudeza que a veces tenía su trabajo.

Guerrero, sin embargo, no podía quedarse quieta durante esas horas previas. Con su hijo en el pensamiento, aquel niño que cada día le enseñaba el verdadero valor del coraje, se acercó al centro de acogida improvisado donde habían llevado a los pequeños rescatados del caserón.

Allí, en una sala decorada apresuradamente con dibujos y juguetes donados, como si a esos niños les importara lo más mínimo ese tipo de cosas, encontró a un grupo de ellos. La mayoría permanecía en silencio, con los ojos muy abiertos, acurrucados en mantas demasiado grandes para su tamaño. Uno de ellos, un niño de pelo revuelto y mirada ausente, dibujaba con un lápiz sobre un folio. Guerrero se agachó a su altura.

—¿Qué dibujas, campeón?

El niño, sin levantar la cabeza, deslizó el papel hacia ella. Guerrero contuvo la respiración. Un símbolo que bien podría representar el proyecto "Rey de Cristal": Una corona de ajedrez rota en el que de la grieta emergían tres esquirlas de cristal afiladas. Debajo de ella, una lágrima de color negro invertida y el símbolo celta de la maternidad algo distorsionado.

Con el corazón palpitando con rapidez, un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—¿Dónde viste eso? —preguntó con la voz más cálida que pudo conseguir.

El niño se encogió de hombros, como si temiera haber dicho algo prohibido.

—¿Lo has inventado tú?

—Es un tatuaje… la mujer que vino a vernos a casa lo tenía.

—¿Dónde lo llevaba? Es muy bonito.

—Aquí —dijo levantándose la camiseta y señalando los alrededores de su pequeño ombligo.

Guerrero sintió que el mundo se desmoronaba un poco más. Acarició el cabello del niño con ternura.

—¿Sabes cómo se llama esa mujer?

El niño negó despacio.

—Gracias, pequeño. Has sido muy valiente.

Con el corazón todavía encogido, Guerrero salió de allí para informar al equipo.

Esa pista, esa marca en la piel, podría ser la clave para identificar a la asesina antes de su último ataque.

XXIV

LA VOZ DE LA ASESINA

La noche caía como una sábana pesada sobre la ciudad de León. Observaba desde la oscuridad en un rincón donde las farolas no alcanzaban a iluminar mi rostro.

Ella, mi madre, caminaba despreocupada. Ignorante.

Viva.

Aún.

Esperé.

Paciencia aprendida en años de oscuridad. Paciencia moldeada a golpes desde que era niña.

Mis dedos acariciaban el mango rugoso del martillo de carpintero que se había llevado del caserón en su huida y que guardaba dentro de la chaqueta. La madera estaba caliente por el roce de mis manos, la cabeza de acero, fría, como mi sangre.

No había odio en mí. No había amor.

Solo un propósito.

El proyecto "Rey de Cristal" había comenzado, y su primer paso era devolver a su propia madre al lugar al que debían pertenecer: la nada.

Mi madre vivía en un modesto edificio de ladrillos descoloridos. Volvía tarde del trabajo y, como en los días anteriores en que la había vigilado, sola.

La seguí sin prisas, midiendo cada paso, cada sombra. Encorvada bajo su abrigo raído. El mismo andar cansado de quien ya no espera nada de la vida. El reloj de la calle marcaba las once cuando la vi detenerse frente al portal de su casa, buscando las llaves en el bolso. Ahí supe que era el momento.

Me deslicé fuera de mi escondite. No oyó mis pasos.

Estaba a un paso de mí.

A un solo suspiro.

No dudé. No sentí. Solo actué.

Ella no sintió mi presencia hasta que el primer golpe quebró la noche.

El martillo se hundió en su cráneo con un sonido húmedo, sordo.

Una nota perfecta en la sinfonía de cristal que había imaginado durante años.

No grité.

Ella tampoco.

Cayó de rodillas, las llaves tintineando en el suelo, la vida escapándose en jirones por su boca abierta.

Me arrodillé junto a ella.

Miré sus ojos aún abiertos, suplicantes, sin saber qué estaba pasando.

No vi a una madre. No vi a un ser humano. Vi una pieza más en el tablero, una jugada necesaria.

Levanté el martillo una vez más. Y otra. Continué golpeándola hasta que su rostro quedó totalmente irreconocible. Con precisión quirúrgica, saqué de la mochila el dispositivo de criogenia que había conseguido adquirir los días anteriores. La placa metálica, grabada con el símbolo celta de la maternidad, brillaba bajo la luz mortecina. La presioné contra su pecho aún caliente y el vapor se alzó como un suspiro roto. La marca se selló en su piel. Mi firma. Mi declaración de guerra contra todas ellas.

Finalmente, cuando el cuerpo ya no era más que un muñeco roto en el suelo, saqué la pieza de ajedrez: una Reina de cristal blanco, casi translúcida, hermosa y perfectamente frágil y, con sumo cuidado, la deposité junto a su mano muerta como quien deja una flor en una tumba. Esa mano que debería haberme protegido durante su vida.

Me incorporé lentamente, limpiando el martillo contra el dobladillo de mi chaqueta. Desde una ventana cercana, escuché el llanto de un bebé. Un sonido lejano que parecía una señal de aprobación de lo que estaba haciendo.

– Esto lo hago por vosotros– susurré.

Me marché entonces, envuelta en la calma de quien ha cumplido su destino. Sabía que su padre no sospecharía nada. No aún. El dolor le cegaría demasiado como para ver los hilos que estaba tejiendo a su alrededor.

Mientras me alejaba, por primera vez en años, sonreí. Sonreí de satisfacción:

El proyecto Rey de cristal acababa de comenzar.

◆ ◆ ◆

La sirena de la patrulla rompía el silencio como un alarido de luto. La humedad de León se filtraba por las rendijas de los edificios, densa, cargada de olores viejos y calles mojadas. El frío mordía los huesos y oscurecía los pensamientos.

Me habían llamado.

Un crimen en la zona de "El Barrio Húmedo", decían. Su barrio. Una mujer. Sin identificación. Nada en aquel aviso me preparó para lo que estaba a

punto de ver.

Cuando llegué allí y reconocí mi casa, corrí esquivando a los vecinos que se arremolinaban en los descansillos. El agente que custodiaba la escena del crimen apartó la cinta para dejarme pasar. Vi en su mirada una sombra de compasión. Una advertencia muda.

Y entonces la vi.

Tirada en el suelo frío del portal.

Mi mujer.

Un grito silencioso me desgarró por dentro. Las piernas me fallaron. Me arrodillé a su lado, temblando, incapaz de comprender.

Su rostro estaba destrozado, irreconocible. Golpes y más golpes hasta borrar cualquier rastro de quien fue. Sus manos inertes. Su pecho marcado con algo…una quemadura extraña, un símbolo que no entendí en ese momento.

Y junto a ella…

Una pieza de ajedrez.

Una reina de cristal blanco.

Toqué su cabello ensangrentado, como si al hacerlo pudiera traerla de vuelta. Las lágrimas me nublaban la vista y caían sobre ella mezclándose con su sangre.

—¿Quién te hizo esto? —susurré, con la voz rota.

No hubo respuesta. Solo el silencio, espeso y absoluto.

Y en mi pecho, una promesa comenzó a forjarse como un hierro candente, como ese signo que habían grabado sobre su pecho.

Encontraría al culpable.

Aunque me costara la vida.

Aunque me consumiera en el intento.

A lo lejos, un trueno rugió. O quizá fue solo el eco de mi propio corazón rompiéndose.

Los días que siguieron a su muerte estuvieron llenos de dolor y vacío. El mundo giraba, indiferente, mientras yo me hundía en un abismo del que no sabía salir.

La investigación oficial pronto se estancó: "Un acto aleatorio de violencia"—dijeron.

Mentiras.

Mentiras para archivar el caso, para poder dormir tranquilos.

Pero yo no. Yo no podía.

Una noche, entre papeles esparcidos y café frío, mis ojos volvieron una y otra vez a esa pieza de ajedrez que encontraron junto a su cuerpo.

La Reina de Cristal.

¿Por qué dejar eso? ¿Por qué marcarla con un símbolo celta?

No era un crimen al azar.

Era un mensaje. Personal. Directo.

Mi vida se detuvo en aquel portal, pero mi propósito nació en esos días oscuros. Renuncié a cualquier resto de vida normal. Todo quedó atrás.

Solo me importaba encontrarla: La mano que blandió el martillo. La mente que planeó todo con un frío casi inhumano.

Durante las siguientes semanas, seguí cada pista, cada rumor, cada posible conexión. Descubrí lo que significaba el símbolo celta de la maternidad y entendí cuál pudo ser el motivo del asesino. La decisión que tomaron con su hija. Fue en ese tiempo que supe de Almería, del movimiento extraño de ciertos registros de nacimientos, de niños desaparecidos. No podía ser una coincidencia y, tal vez, si me acercaba a la raíz de ese grupo que aceptó a mi hija a cambio de dinero, me acercaría también al asesino que acabó con mi mujer.

Pedí el traslado.

No fue difícil: nadie discute mucho con un hombre desesperado que además tiene un expediente impecable y que acaba de perder a su mujer. Mi amistad con el intendente hizo la otra parte del trabajo.

Dejé León.

Dejé lo poco que quedaba de mi antigua vida.

Y me lancé a un nuevo horizonte, con la certeza, la fe ciega, de que el asesino me estaba esperando allí. O más bien, la asesina. Lo que quedaba de ella. Porque en el fondo de mi alma, lo supe desde el primer momento: no buscaba a una desconocida. Buscaba a alguien unido a mí por la sangre. Alguien que nunca debió existir en esas condiciones. Alguien a quien condenamos sin darle opción.

El monstruo que el abandono, la soledad y la rabia moldearon.

Mi hija.

◆ ◆ ◆

El sol apenas era una línea anaranjada en el horizonte cuando todo estaba preparado y la sirena de un barco lejano rompía el silencio de la mañana, como si aquel sonido pretendiera dar inicio al operativo. Los policías, apostados en sus posiciones, ajustaban los últimos detalles. Algunos apretaban el chaleco antibalas al pecho, otros se ajustaban las botas y apretaban los cordones. Santana, en cambio, comprobaba que su arma estuviera en perfectas condiciones de disparo. Aunque nunca había sido muy amante de ellas y siempre había tratado de utilizarla lo menos posible, aquella era una

situación que requería que estuviera en perfecto estado de revista y lista para actuar. Una vez cerró el tambor de la pistola, satisfecho, avanzó entre sus compañeros con la gravedad de un hombre que sabía que caminaba hacia su destino. El auricular que llevaba instalado crepitó en su oído con la voz seca del comisario Gunea:

—En marcha. No hay vuelta atrás.

Un silencio helado se instaló en el ambiente. Cada uno sabía su lugar como también sabían que, en cuestión de segundos, todo podía estallar.

El convoy era pequeño, discreto. Un coche camuflado delante, el vehículo de traslado en el centro y otro coche detrás. Blanco, esposado de manera simbólica, viajaba en el asiento trasero del coche central con todas las lunas oscurecidas. Su rostro endurecido era una mueca de pura determinación.

La carretera era vieja, llena de socavones y flanqueada por invernaderos, parecía el lugar perfecto. Pocos testigos. Pocas salidas. Ningún margen de error.

Santana conducía el primer coche con Guerrero a su lado, los ojos bien abiertos y en alerta, como un halcón que surcaba los cielos, atento a cada movimiento en la tierra.

Jáuregui y Bayona iban en el de retaguardia, con cada músculo de sus fornidos cuerpos en tensión y preparados para saltar.

Desde la distancia, en una pequeña base operativa improvisada, el comisario Gunea supervisaba todo a través del sistema de comunicaciones encriptadas al mando de Valeria Nieto.

El plan era sencillo.

Un parón programado por una falsa avería a mitad de la carretera, en un tramo olvidado. Una excusa perfecta para que el depredador se lanzara.

Santana lanzó una mirada rápida por el espejo retrovisor. Todo estaba según el plan.

A la altura pactada, el primer coche comenzó a hacer extraños, sacudidas y tirones del motor, tal y como habían ensayado mil veces. Santana y Guerrero intercambiaron una mirada y detuvieron el coche, bajando con gesto irritado como si aquel imprevisto trastocara todo el traslado y buscando el motivo del fallo

del coche. Santana caminó unos pasos hacia adelante simulando inspeccionar el capó. Todo según lo previsto y cogió su teléfono, alejándose unos metros de allí, buscando cobertura y simulando llamar por teléfono, seguida por Guerrero, que apartándose a un lado del camino hacía señales a los otros dos vehículos para avisar de la parada.

Hasta que algo salió terriblemente mal.

Un sonido sordo, apenas un latido.

Y entonces, el mundo estalló.

BOOM.

La explosión partió el amanecer en dos, una llamarada rugiendo hacia el cielo. La onda expansiva lanzó a Santana y a Guerrero por los aires como muñecos de trapo y el coche quedó reducido a un amasijo de fuego y metal.

—¡¡Joder!! —gritó Jáuregui desde el coche de retaguardia, mientras Valeria, escuchando desde el centro de mando móvil, soltaba un grito ahogado.

El caos estalló. Polvo, humo, fuego.

Jáuregui y Bayona saltaron del vehículo a la carrera, avanzando entre la niebla densa, buscando a tientas acercarse a sus compañeros caídos.

La confusión era total.

Y entonces, al borde de uno de los invernaderos, apareció la silueta. Deslizándose ágil entre la cortina de humo. Sigilosa y letal.

El hombre de la máscara plateada emergió por la retaguardia del convoy. Sin prisa. Con la determinación de un espectro seguro de la victoria. Se acercó al vehículo de traslado, que había permanecido intacto a la explosión, y que era el único coche que aún disponía de alguna persona en su interior. La persona que estaba buscando. Sacó una herramienta de su cinturón y forzó la puerta trasera de un tirón brutal abriéndola de par en par.

Pero… si el hombre que llevaba esa máscara no la hubiera llevado, el gesto que se hubiera visto era de auténtica sorpresa. Esperaba encontrar dentro a Carol y cerrar un cabo suelto. Pero dentro no estaba ella, sino el cabo Jorge Blanco.

No esposado, ni indefenso, sino que con los ojos encendidos de rabia. Si bien, ese hombre no era la persona que mató a su mujer, si era la persona que había hecho que su hija fuera la asesina que es hoy día.

Un instante de shock en Fernando.

Una duda. Suficiente para que Blanco saltara sobre él, lanzándose como un lobo a la garganta de su enemigo. Rodaron por el camino de tierra entre jadeos y golpes secos.

Desde el suelo, aturdido pero consciente, Santana alzó la vista justo a tiempo para ver la brutal refriega. Su hijo forcejeaba, pero Blanco, con la fuerza de quien ha esperado años para ese momento, no se rendía.

—¡Tú la hiciste ser así! ¡Acabaste con nuestras vidas, malnacido! —bramó Jorge, consiguiendo tumbar al hombre de la máscara plateada en el suelo, clavando su rodilla en el pecho y alzando el puño sobre su cabeza.

—¡Jorge, no! ¡Lo necesitamos vivo!

Blanco dudó. Un instante. Una maldita fracción de segundo.

Suficiente.

El hombre de la máscara giró el cuerpo con la agilidad de una serpiente y, de un codazo brutal en la sien, derribó a Blanco como si fuera un pelele, desplomándose inconsciente y con su cabeza golpeando el suelo con un sonido sordo.

Santana lo vio todo como un mal sueño. Su instinto fue correr para ayudarle, pero ya era tarde. Ese hombre se lanzó contra Santana con una violencia salvaje.

No hubo palabras.

No hubo amenazas.

Solo dos cuerpos chocando en medio del polvo, el humo y los gritos.

Fernando. Su hijo. Santana lo confirmó en cuanto vio los ojos tras la máscara: los mismos que había mirado de niño, los mismos que un día dejaron de buscar cariño para comenzar a buscar poder. El primer puñetazo le alcanzó en la mandíbula y él respondió con otro al estómago. La pelea fue cruda, sucia, sin técnicas ni reglas.

Era una guerra entre sangre. Sus compañeros hicieron amago de ir a ayudarle, pero Santana los vio por el rabillo del ojo:

—¡Quietos! —bramó—. Esto es algo entre él y yo.

Cada golpe que Santana lanzaba era una disculpa que nunca llegó y cada puñetazo que recibía era un reproche por todos los años de abandono.

—¡Fernando, hijo, tienes que parar! —le gritó entre jadeos.

Pero el hombre de la máscara plateada no respondió. No quedaba amor ni rencor, solo una furia fría e inexorable. Santana sintió el filo de un cuchillo rasgarle la chaqueta y entonces supo que no había ya esperanza para su hijo, que se había transformado en alguien que lo mataría sin pestañear si le diera la ocasión.

Rodaron por el suelo en un amasijo de brazos y piernas, hasta que, con un esfuerzo titánico, Santana logró darle la vuelta y subirse encima de él, pero el hombre tras la máscara estaba rabioso, tratando de zafarse bajo el peso del inspector, que lo mantenía aplastado contra la tierra del camino. Gruñía como un animal herido, pero Santana, con el rostro ensangrentado y los ojos inyectados en lágrimas, le sujetó con fuerza las muñecas.

Entonces, bajó la voz. Una voz que no era de policía, era de padre.

—Yo te fallé, Fernando —dijo mirándolo fijamente—. Pero recuerda esto… tú decides si quieres seguir siendo el error que otros cometieron.

Este, atrapado bajo su padre, sintió por primera vez en años algo diferente a la ira. Un atisbo minúsculo de duda.

Ese segundo de desconcierto fue suficiente.

Con un giro rápido. Santana le soltó un puñetazo que le cruzó la cara, aturdiéndolo.

La lucha había terminado, al menos por ahora.

Santana, con la respiración entrecortada, le arrancó la máscara y pudo ver la cara de su hijo. Y en esos ojos sin luz, volvió a confirmar que no había nada que pudiera salvar.

El resto del equipo corrió para esposarlo bajo el cielo anaranjado del amanecer que parecía llorar sangre. Blanco seguía inmóvil en el suelo y Bayona fue a comprobar que seguía vivo.

Santana se quedó de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos, mientras la tragedia, su tragedia, se cerraba como una trampa mortal e inmisericorde con el eco de sus últimas palabras suspendidas en el aire, como si de una sentencia inapelable se tratara.

Fernando apenas opuso resistencia cuando lo levantaron del suelo con las manos esposadas. Tenía la mirada perdida, fija en un punto invisible más allá de los invernaderos. Y esa maldita frase seguía retumbando en su cabeza como un disparo:

"Tú decides si quieres seguir siendo el error que otros cometieron".

Lo empujaron dentro del furgón y la puerta metálica se cerró tras él con un estruendo sordo. Fernando se dejó caer sobre el asiento con la frente apoyada en las esposas y, por primera vez, se sintió totalmente vacío.

—Tú decides —murmuró en voz baja.

Él había sido un niño olvidado, pero… ¿era esa excusa suficiente para todo lo que había hecho?

El furgón arrancó dejando atrás el camino y levantando una nube de polvo detrás de él, mientras dentro, en silencio absoluto. Fernando empezaba a enfrentarse a su peor enemigo: Él mismo.

Santana se quedó de pie en mitad de la carretera desierta mientras el furgón que se llevaba a Fernando se convertía en un punto cada vez más pequeño, devorado por la recta infinita de invernaderos.

No dijo nada. Solo cerró los ojos un instante, sintiendo cómo algo se rompía dentro de él definitivamente. Recordó su rostro de pequeño, cuando aún confiaba en el mundo, antes de que el tiempo y la soledad lo moldearan en aquel monstruo que ahora se alejaba esposado.

—Si hubieras sentido mi mano cuando más la necesitabas, no tendrías hoy que pelear contra todos… ni contra ti mismo —susurró—. Perdóname, hijo.

Guerrero se acercó, agarrando uno de sus brazos heridos con el que tenía sano. No hizo falta que dijeran nada, ya que ambos sabían que, aunque hubieran ganado aquella batalla, la guerra

contra sí mismos apenas acababa de empezar. Santana respiró hondo, tragándose las lágrimas.

Todavía quedaba trabajo por hacer.

Todavía quedaba alguien más suelto.

La peor de todos.

La Asesina del Ajedrez.

Y sabían que no tendría piedad.

XXV

EL PESO DEL DEBER

Hay pocas pruebas más crueles para un policía que enfrentarse a un criminal cara a cara. Pero…hay una que desgarra aún más allá del deber y del uniforme: descubrir que ese criminal que buscas lleva tu propia sangre. No hay academia ni entrenamiento que te prepare para el choque entre la ley que juraste proteger y el amor que no puedes arrancarte del pecho. En ese instante, Santana estaba justo en ese punto: un abismo de culpa, vergüenza y lealtad rota.

¿Cómo ponerle esposas a quien viste nacer y crecer en tu propia casa?

¿Cómo mandar a prisión a quien ayudaste a aprender a comer, a ir al baño solo o a caminar?

La ley exigía firmeza y Santana, roto, en ese momento no sabía si tendría la entereza para pasar por ese duelo. Por otro lado, su compañero, Jorge Blanco había sido ingresado en observación de urgencias del Hospital de Poniente en El Ejido, a la espera de realizar pruebas para comprobar que ese golpe en la cabeza no derivaría en algo mucho más importante. Así que esto también se lo debía a él, a su compañero.

Santana se detuvo en el umbral de la sala de interrogatorios. A través del cristal opaco vio a Fernando sentado, cabizbajo y con las muñecas esposadas a la mesa. Daba la impresión de ser un hombre acabado, pero Santana sabía que eso era solo una ilusión y que dentro de él todavía bullía algo oscuro.

Guerrero se acercó por su espalda y le puso la mano en el hombro.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó en voz baja.

Santana asintió en silencio.

—Quiero hacer esto a solas. Sin grabadoras. Sin testigos.

Guerrero lo miró durante un largo segundo, con la duda dibujada en el rostro y valorando el riesgo que supondría entrar en esa sala solo con un peligroso criminal y sin ningún elemento audiovisual como soporte, por mucho que fuera su hijo. Luego comprendió que no habría nada que pudiera hacer cambiar a Santana de opinión así que asintió, en silencio, y dio el aviso a Valeria para que apagara las cámaras de la sala.

Cuando Santana entró, el sonido de la puerta cerrándose tras de sí resonó como un disparo en un espacio cerrado. Fernando levantó la vista hasta su padre con los ojos oscuros y heridos de un animal atrapado. Santana caminó hasta él y sin mediar palabra, comenzó a quitar las esposas de su detenido.

—No quiero que esto sea un interrogatorio —dijo tirando las esposas ya liberadas sobre la mesa—. Quiero hablar contigo de hombre a hombre. De padre a hijo.

Durante un largo rato, ninguno habló. Eran dos vidas rotas enfrentándose con la mirada en silencio.

Finalmente, Fernando rompió el mutismo:

—¿Para qué? Ya sabes lo que he hecho y lo que soy.

Santana apoyó los codos sobre la mesa, inclinando su cuerpo hacia adelante.

—Sé en lo que te has convertido —dijo— pero también sé lo que un día fuiste. Necesito entender… cómo llegamos hasta aquí.

Fernando soltó una risa breve y amarga.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿O solo quieres más motivos para culparte?

—Dímelo —le pidió.

Fernando alargó la mano y comenzó a juguetear con las esposas sobre la mesa, introduciendo el dedo índice por la abertura y haciendo que se moviera en círculos. Luego, empezó a hablar:

—Cuando entré en este mundo… era un crío asustado. Un crío que no tenía nada: ni amor, ni familia, ni futuro. Solo tenía una vida que no soportaba vivir. Pero… ellos supieron verlo. Me ofrecieron algo que tú nunca supiste darme: un propósito.

Santana bajó la mirada, golpeado por la crudeza de aquellas palabras.

—Conocer a Tamara cambió mi vida. Primero fueron encargos pequeños, luego cosas peores. Aprendí rápido que el miedo era el mejor idioma para que mi poder creciera y pronto estuve preparado para ocupar su lugar, para ser la punta de la pirámide que era nuestra organización. Creía firmemente en lo que hacíamos. Fortalecer a esos niños para el mundo real.

Los labios de Fernando se curvaron en una mueca orgullosa.

—Creé mi propio imperio de dolor. Seleccionaba a los niños y decidía sus destinos, o más bien los decidían ellos mismo: solo los fuertes conseguirían tener una nueva oportunidad. Algunos encontraban casas y otros…no tenían tanta suerte. Dependía de ellos la supervivencia.

—¿Y Carol?

—Carol los preparaba. Era buena en eso… demasiado buena.

Hubo un silencio tenso. Santana notaba cómo la verdad se iba clavando bajo su piel como agujas.

—¿Y cómo os asegurasteis de que no os siguiéramos los pasos en todo este tiempo?

—Eso fue lo más difícil. Siempre os metíais donde no debíais… Era cuestión de tiempo que acabarais juntando las piezas. Así que pusimos en nómina al nuevo juez. Un tipo ambicioso que no tuvo muchos escrúpulos en aceptar e intentar rechazar todo lo que pedíais sin levantar sospechas. Un pequeño empujón económico fue suficiente para que desviara la atención de nosotros y os centrarais en la asesina.

—Y cuando supe que ibais a por Tamara, que os estabais acercando demasiado a ella… y, por tanto, a mí —continuó Fernando, bajando la voz—, decidí que era el momento de actuar.

—¿Qué hiciste?

—Le facilité las cosas a la asesina. No sabía exactamente cuándo ni cómo ocurriría, pero esa misma noche, la noche que tú saliste de su casa, supe que Tamara estaba sentenciada.

— ¿Y en esa disputa fue cuando usaste la lidocaína?

—¿La lidocaína? —repitió Fernando, suspirando—. No llegué a usarla. Quería inyectársela, dejarla fuera de combate para que no pudiera defenderse… pero se dio cuenta y se enfrentó a mí. Durante la pelea, el vial se rompió y el líquido me empapó la camisa. Supongo que cuando me arañó, parte de esa mierda se quedó bajo sus uñas.

Santana no respondió al instante. Su mirada estaba fija en las manos de su hijo, las mismas que un día sostuvo para enseñarle a escribir, a atarse los cordones… y que ahora escondían tanta oscuridad.

—Ni siquiera entonces fuiste capaz de parar… —susurró finalmente, más para sí mismo que para Fernando.

— Ese fue mi único error —dijo, sin rastro de emoción—. Y el vuestro fue pensar que aún podía dudar. Que aún había algo dentro de mí que se arrepentía.

Santana apretó los puños sobre la mesa.

—¿Quién es ella? —susurró—. ¿Quién es la asesina a la que ayudaste?

Fernando lo miró durante largo rato, y en su mirada había algo que Santana no pudo descifrar: ¿Orgullo? ¿Miedo? ¿Resignación?

—Ella… —empezó a decir, dejando que la palabra flotara en el aire—. Ella es la mejor creación de aquel caserón. La reina. La más perfecta. La más letal —se inclinó hacia delante recortando la distancia con su padre, casi en confidencia—. No se detendrá ante nada ni ante nadie. Está a solo un paso de completar su proyecto —volvió a hacer una pausa y su rostro se ensombreció— y créeme, lo conseguirá, y cuando lo haga… no quedará nada.

Santana tragó saliva, sintiendo un frío helado recorriéndole la espina dorsal.

Fernando se recostó en la silla, cansado, como si liberar esas palabras le hubiera arrancado la poca energía que le quedaba. Había dado la conversación por terminada, pero Santana sabía que la verdadera batalla… apenas acababa de comenzar.

Santana salió de la sala sintiendo que cargaba con el peso de mil años sobre sus hombros. Se apoyó unos segundos en la pared de la sala contigua, cerrando los ojos y buscando algo del aire que parecía no querer entrar en sus pulmones.

El comisario Gunea, sentado en una silla, se irguió al verlo salir.

—¿Y bien? —preguntó en voz baja, como si temiera conocer lo que podría haber ocurrido dentro.

Santana negó despacio con la cabeza.

—No ha dado el nombre. Pero nos ha dejado algo claro: ella está lista para volver a actuar, así que no nos queda mucho tiempo.

Gunea apretó los labios.

—Entonces, hay que encontrarla antes de que sea tarde.

Santana asintió y, sin más palabras, caminaron juntos hacia la sala de reuniones, donde los rostros tensos de sus compañeros los esperaban con las miradas cargadas de preguntas sin respuestas. La primera en levantarse fue Guerrero.

—¿Has conseguido algo?

—Una certeza —respondió Santana con la voz ronca y endurecida por el dolor—. Estamos a punto de vernos las caras con la fase final del proyecto "Rey de Cristal". Y nuestra asesina…no va a tener piedad.

—¿Cómo procedemos?

—A partir de ahora —dijo— no hay margen para errores. Tenemos que anticiparnos a su pensamiento, imaginar cual puede ser su último movimiento en esta maldita partida de ajedrez o, lo que quiere decir lo mismo, su última víctima. Vamos a reforzar la vigilancia en toda la ciudad, no quiero que nadie dé un paso en toda Almería sin que pueda estar bajo la lupa de una de nuestras cámaras.

Todos asintieron.

Cada uno de vosotros sabe lo que está en juego. No es un caso cualquiera, es un caso que nos afecta personalmente. Así que esta vez no se trata únicamente de justicia con nuestras víctimas, es algo más grande. Es evitar que el mal que un día dejamos crecer se

extienda como si de un cáncer se tratara. Hay que impedir que esa mujer nos de ese "Jaque Mate" que tanto nos ha vendido que haría.

Todos sabían que estaban a las puertas del final. Y que el final… tal y como ocurría en ese caserón… no iba a perdonar a los débiles.

Una hora después, el edificio de la brigada estaba envuelto ya en una vorágine de teléfonos, tecleos y conversaciones apagadas organizando todo. La tensión seguía flotando en el ambiente, pero ahora era más ese tipo de calma que precedía a la tempestad y a los grandes desastres.

Jáuregui salió de una de las salas con una hoja con un mapa de Almería y los puntos donde iban a colocar las diferentes cámaras de seguridad y vio a Rebecca que acababa de entrar en el edificio. No pudo evitar sonreír. Ella, siempre tan atractiva, aunque esta vez solo llevara un vaquero y una camiseta sencilla. Tenía una sonrisa tan dulce, tan comprensiva, que el cansancio que pudiera sentir se aliviaba al segundo.

—Rebecca —dijo acercándose a ella—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a traer café y dulces de "La cocina de la abuela". He pensado que con todo este trajín ibais a necesitarlo.

Jáuregui sonrió satisfecho. Se acercó más a ella y le dio un beso en los labios.

—Gracias.

En ese momento, Santana salió de otra habitación con el móvil en la oreja y cara de preocupación.

—Tenemos malas noticias —les dijo en cuanto colgó—. Jorge está evolucionando mal. Me ha llamado el médico que lo lleva en el área de observación de Urgencias. Aitor, ¿podrías acercarte al Hospital de Poniente? El médico no quiere dar toda la información por teléfono y ha pedido que uno de nosotros vaya allí para recibirla.

—Claro. Me iré enseguida y te llamaré en cuanto tenga novedades.

—¿Necesitas que vaya contigo? —preguntó Rebecca compartiendo la preocupación.

—Sí, por favor —dijo feliz de poder pasar algo de tiempo con ella.

Bayona, desde la otra punta de la sala, observaba la escena resignada. A pesar de la disculpa por su comportamiento y de su promesa de dejarlos hacer su vida, seguía sintiendo en algún lugar dentro de ella ese resquemor al ver a esa mujer que había llegado a sus vidas para llevarse a la persona que quería. Pero no podía culpar a Aitor, era tan perfecta…tan jodidamente perfecta.

—Bien —aceptó Santana—. Hablamos en un rato.

XXVI

TODAS LAS PIEZAS EN LA MISMA CAJA

El hospital de Poniente, en el corazón de El Ejido, se erguía como un bloque blanco y aséptico bajo el sol implacable del mes de mayo. La luz golpeaba contra sus fachadas de hormigón y cristal, arrancando destellos que cegaban a los transeúntes que cruzaban la explanada de acceso. La tarde era pesada, cargada de un calor sofocante que dificultaba la respiración y que filtraba las partículas de polvo en suspensión en el aire haciendo vibrar el horizonte más allá del centro comercial semivacío que tenía delante.

El hospital estaba envuelto en esa calma antinatural de los lugares donde la vida y la muerte bailan demasiado cerca. Rebecca y Jáuregui entraron al edificio por la puerta principal. Dentro, el zumbido constante de la climatización apenas conseguía atenuar el murmullo de los pasillos largos y casi desiertos. Los ecos de pasos apresurados, camillas de ruedas empujadas por celadores y conversaciones casuales se perdían entre las paredes pintadas de un blanco desvaído por el tiempo.

Jáuregui y Rebecca preguntaron en el mostrador principal a la entrada por Urgencias, y se dirigieron hasta allí por los pasillos estériles entre figuras de batas verdes, blancas y azules que parecían ajenas al drama latente que siempre se respiraba entre aquellas paredes. Al pasar por urgencias, la tensión era distinta, más densa, más pegajosa. Así como la cantidad de gente que se aglomeraba para ser atendida había crecido exponencialmente con respecto a lo que habían podido ver en el resto del hospital. Un guardia de seguridad, con el uniforme sudado a la altura de las

axilas, vigilaba la entrada acompañada de una celadora de uniforme blanco que guiaba a los pacientes a sus lugares de espera correspondientes antes de entrar a la sala de triaje. El olor a alcohol característico no lograba tapar del todo un rastro más turbio, algo casi imperceptible, como era la sensación de que la muerte andaba rondando por aquellos rincones.

El corazón de Jáuregui latía con fuerza cuando en el mostrador de admisión preguntaron por el paciente: Jorge Blanco.

Fuera, un grupo de personas de etnia gitana se arremolinaban a voces mascando su ansiedad por algún familiar ingresado mientras el viento arrastraba bolsas de plástico y hojas secas.

—El paciente que buscan no está aquí —dijo una voz amable al otro lado de la cristalera—. Lo han trasladado a UCI hace un rato.

En la comisaría, mientras tanto, Bayona estaba sentada en el escritorio de su pequeño despacho, pero no veía los informes que tenía delante ni las fotos de la operación fallida. Veía… otra cosa. Y esa visión vino como una punzada en el estómago, un estremecimiento sordo que la dejó pensativa y una voz interna que no paraba de susurrarle: Algo no encaja. Algo va mal.

Intentó razonar y lo intentó con todas sus fuerzas. Habían capturado a Carol, a Fernando y tenían todo el operativo bajo control.

¿Qué motivo tenía para sentirse así?

Y, sin embargo, no podía evitar sentirlo. Sabía que no era paranoia ni cansancio. Era un instinto. El mismo que la había salvado tantas veces en operaciones donde una sola duda podía costarle la vida, como esa certeza sin pruebas de que algo estaba torcido aunque el mundo pareciera en orden. Y creía saber por qué.

Tenía esa sensación desde que Rebecca había entrado en sus vidas, algo que había percibido en su cara durante aquella pequeña conversación en la playa: gestos forzados, silencios incómodos, miradas huidizas. Ella lo había achacado a los celos, pero ahora, en medio de aquel torbellino de emociones, algún cable en el interior de su cabeza quería conectar esos hechos.

Recordó el dibujo del niño en el centro de menores: los fragmentos de cristal, la corona rota y…recordó la historia de los órganos invertidos.

¿La lágrima negra no estaba invertida en el dibujo?

Se puso en pie de golpe, volcando la silla sin querer. Valeria la vio salir de su despacho, pero ella ya había agarrado las llaves de uno de los coches de la brigada y había salido corriendo por la puerta.

Sabía a dónde debía ir. Sabía que era su deber y sabía que… si llegaba tarde, no podría perdonarlo jamás.

Mientras corría hacia el coche, una única idea le taladraba la mente:

"No todo ha terminado. Todavía no".

En la puerta de la UCI, un agente uniformado guardaba la entrada. Mientras Jáuregui se identificaba, una intensivista joven se acercó a ellos con el fonendo colgado del cuello:

—¿Son ustedes los compañeros de Jorge Blanco? —preguntó con el rostro decidido del que está acostumbrado a dar malas noticias.

Jáuregui asintió.

—Cuando mis compañeros de Urgencias lo valoraron, presentaba un hematoma subdural de tamaño considerable en el TAC. En un primer momento estaba consciente, aunque algo desorientado, pero su nivel de consciencia comenzó a deteriorarse progresivamente. Esto nos indicó que la presión intracraneal estaba aumentando, probablemente por el sangrado y la inflamación en el cerebro. Ante este riesgo, hemos tenido que actuar de manera inmediata y decidimos trasladarlo a nuestra unidad. Lo hemos intubado, tenemos sus constantes vitales monitorizadas minuto a minuto y estamos a la espera de ver cómo evoluciona.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Rebecca.

—Tenemos que estar listos para cualquier escenario. Por nuestra parte, haremos todo lo que esté en nuestras manos para que salga adelante.

—¿Crees que podríamos verlo? Sería solo un par de minutos.

—Por mi parte no hay inconveniente, pero tenéis que estar preparados para verlo en ese estado.

Después de estas palabras, y tras ver a Jáuregui asentir con la cabeza, el agente de la puerta no dudó en apartarse para dejarlos pasar. Dentro, el cabo Jorge Blanco yacía inmóvil, intubado, frágil y cubierto por un montón de sistemas, bombas de perfusión y cables de todo tipo.

Jáuregui suspiró profundamente, y mientras Rebecca se acercaba acariciando con ternura su mejilla, él no pudo evitar pensar en lo cruel que era todo aquello. El precio que debían pagar por su profesión, a veces, era demasiado alto.

El coche devoraba el asfalto mientras Bayona apretaba el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El motor rugía con furia, pero en su cabeza el estruendo era otro:

"¿Y si llego tarde?" —se preguntaba una y otra vez.

"¿Y si esta vez no consigo salvarlos?"

No era la primera vez que sentía miedo, pero este era distinto porque no era por su vida, era por ellos: por Aitor y por Jorge, por todo lo que aún podía romperse si no se daba prisa.

Las calles pasaban a su lado borrosas. Aun así, pisó el acelerador un poco más.

—No me equivoqué. No puede ser casualidad ni una simple intuición —murmuraba en voz baja.

Rebecca, esa mujer que había encajado a la perfección en la vida de un Aitor que había estado demasiado ciego como para ver esas señales.

El hospital apareció ante ella en una curva rápida. Frenó en seco, sin importarle el ruido chirriante de los neumáticos, sin importarle nada más que llegar a tiempo y dejando el coche mal aparcado en un espacio habilitado para los taxis.

Saltó del coche aún en marcha y corrió hacia la entrada. No iba a permitir que la tragedia volviera a vencer. No esta vez.

Jáuregui hablaba al cuerpo inmóvil de Blanco en voz baja, explicándole todo lo que había acontecido en las últimas horas como

si su compañero pudiera oírle.

—Estamos cerca, compañero —susurró—. Cogeremos a la asesina de tu mujer.

Había algo inquietante en el aire, algo que no podía identificar. Tal vez fueran los nervios por ver a su compañero en una situación así. Buscó los ojos de Rebecca, tratando de encontrar en ellos la fuerza que necesitaba para afrontar un momento así. Sin embargo, la mirada de Rebecca, que antes había sido cálida, ahora parecía más distante. ¿Estaba todo bien con ella? No era el momento de pensar en esas cosas.

De pronto, el monitor de constantes comenzó a sonar con algún tipo de alarma y la frecuencia cardíaca de Blanco comenzó a descender rápidamente.

Y entonces ocurrió.

Rebecca, con una calma inhumana, sacó un martillo de carpintero aprovechando que Jáuregui giraba la cabeza para comprobar el monitor. El gesto fue tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar antes de que un golpe certero en la sien lo dejara tambaleándose. Su visión se nubló al instante. El dolor fue brutal, pero no tuvo ni un segundo para procesarlo porque el siguiente golpe, en el estómago, lo dobló sobre sí mismo. Cada respiración le quemaba los pulmones y, finalmente, el último golpe lo derrumbó completamente, llevándolo al suelo. Jadeaba, incapaz de comprender del todo que estaba pasando, hasta que sus ojos, nublados por el dolor, se posaron en el martillo de carpintero en las manos de Rebecca, manchado con su propia sangre. Cayó hacia atrás, en parte por el dolor de los golpes, en parte por algo más profundo, más desgarrador: ver con sus propios ojos que la mujer en la que había confiado, la que había creído conocer, era la misma persona que tanto tiempo habían estado buscando.

Bayona subió las escaleras de dos en dos, ignorando el ascensor, ignorando el dolor en sus piernas y el ardor en el pecho. Cada peldaño era un paso más contra el tiempo que parecía desmoronarse a su alrededor. El hospital le pareció un laberinto de

pasillos interminables, el eco de sus propios pasos parecía perseguirla y el eco de su propia conciencia, también.

"Aguanta. Aguanta, maldita sea". Se repetía una y otra vez.

Una enfermera le gritó algo al verla correr, pero Bayona no escuchó. Solo escuchaba su respiración entrecortada y su corazón martilleando en las sienes.

Ya podía ver el final del pasillo. La puerta estaba custodiada por un guardia, aunque este charlaba animadamente con otra enfermera varios metros fuera del lugar en que debía estar.

Un nudo se cerró en su garganta.

Metió la mano en la funda de su pistola y la fría sensación del arma le devolvió un ápice de control. Empujó la puerta y lo que vio la dejó helada por un momento antes de gritar:

—¡Rebecca! ¡Alto!

Ella esgrimía en alto el martillo de carpintero dispuesta a asestar el golpe de gracia al hombre que yacía en la cama: su padre. Los brazos en alto de Rebecca habían dejado su camiseta deslizarse hacia arriba, dejando su torso al descubierto, justo a la altura del ombligo.

Fue entonces cuando lo vio.

Un tatuaje, oscuro y nítido, marcaba su piel como una herida abierta: la lágrima negra invertida, la corona rota, los fragmentos de cristal. El mismo dibujo que aquel niño asustado había trazado en el centro de acogida con la inocencia de quien apenas comprende que ve, pero lo recuerda para siempre.

Ya no había ninguna duda posible.

La pieza que faltaba en el puzle acababa de revelarse ante ellos, brutal y definitiva.

Con la espalda pegada a la pared, retorcido en una postura fetal y sangrando por la cabeza, pudo ver a Jáuregui. Estaba vivo.

Por un instante, el tiempo se detuvo. Rebecca, martillo en mano, a centímetros de culminar su obra. Bayona, pistola en posición de disparo, jadeando por la carrera y la adrenalina con los ojos fijos en ella. Sus miradas se cruzaron un momento. Los ojos de Rebecca no mostraban miedo, ni remordimiento. Solo una mirada despiadada, una serenidad aterradora.

—No tienes por qué hacerlo —susurró Bayona, casi sin reconocer su propia voz.

Rebecca ladeó la cabeza, como un depredador curioso ante la súplica de su presa. Esbozó una sonrisa mínima, casi un gesto de lástima.

—Ya está hecho.

Y en ese gesto, Bayona supo que no había redención posible. Jáuregui percibió en los ojos de su compañera esa determinación infranqueable.

—¡Eva, no! ¡No dispares! Por favor.

Ese instante de duda, esa chispa de humanidad, fue suficiente. Rebecca, veloz como un animal acorralado, descargó el martillo contra la cabeza de Blanco con una violencia aterradora. El sonido del cráneo partiéndose resonó como un eco helado en toda la sala. La sangre salpicó las sábanas blancas.

Bayona, superada por la rabia y el dolor, disparó sin pensarlo dos veces. Un único disparo certero en la cabeza. Rebecca cayó de espaldas al suelo con el martillo rodando de su mano inerte. De su bolsillo, al desplomarse, resbaló un pequeño objeto: una pieza de ajedrez blanca, translúcida, rota en su base.

El rey de cristal.

Durante unos segundos interminables, solo se escucharon las alarmas médicas de los monitores, el pitido incesante marcando el final de la vida de Jorge Blanco. Bayona bajó lentamente su arma, le temblaban las manos y tenía los ojos enrojecidos. Jáuregui intentó incorporarse, arrastrando su cuerpo hacia el de su compañero, pero ya era tarde.

La asesina había culminado su proyecto.

Y el tablero de su macabra partida de ajedrez había quedado finalmente vacío.

Y mientras los ecos de la tragedia aún flotaban en el aire, allá afuera, más allá de la ventana de la habitación, el sol empezaba a despuntar en el horizonte, como si la vida, indiferente a su sufrimiento, siguiera su curso, implacable.

La partida había terminado.

Santana llegó un poco más tarde con el resto del equipo. Sostenía el pequeño rey de cristal en su mano mientras observaba la escena en un silencio absoluto y entonces, lo comprendió todo:

—En el fondo, no importa el poder, la sangre derramada, la gloria o el olvido. No importa que lo hagamos mal en esta vida o que seamos la mejor persona posible. Al final de la partida, todas las piezas, sin excepción, descansan en la misma caja.

Y un último pensamiento recorrió su mente:

"A veces, en las partidas más oscuras, no gana quien mueve mejor sus piezas, sino quien es capaz de seguir creyendo en la luz cuando todo parece perdido"

EPÍLOGO

Pasaron varios días desde aquella mañana en que el tablero quedó vacío.

El Hospital de Poniente había quedado en silencio, pero ya no por esperanza. El box 4 de la UCI se cerró para siempre el mismo día en que Jorge Blanco exhaló su último aliento.

No hubo palabras heroicas ni despedidas dramáticas. Solo el sonido constante del monitor que, de pronto, se convirtió en un pitido agudo, definitivo.

Murió luchando. Como siempre.

Y aunque a Santana, a Bayona, a Jáuregui y a Guerrero les hubiera gustado pensar que a veces los buenos ganan, aquella pérdida les recordó que el mundo real no siempre juega limpio.

En comisaría, la ausencia de su compañero pesaba más que los papeles archivados o las medallas recién concedidas colgando de la pared del despacho. Los policías miraban de reojo al pasar por el despacho vacío de su compañero, como buscando que todo fuera una pesadilla y pudieran encontrar a Blanco, con su característico bigote y su carácter introvertido detrás de la mesa.

El caso Rey de Cristal ha dejado marcas en todos. Restos invisibles en sus cuerpos de una caza desesperada contra un enemigo implacable.

Guerrero pensó en solicitar el traslado, sí. Incluso redactó la carta. Pero cuando llegó el momento de entregarla, la rompió en dos. No era cobardía ni resignación: era lealtad. A su gente. A su historia. A todo lo que habían perdido y ganado juntos. Sabía que, si se marchaba, no solo dejaría atrás una brigada, dejaría atrás una familia. Y, por supuesto, a Jorge. No podía abandonar el campo de batalla donde él había caído.

Santana, por su parte, sigue adelante, pero con una mirada distinta. Más consciente de que el mal a veces no viene en forma de monstruos, sino en la indiferencia de una sociedad que prefiere mirar a otro lado.

Sigue luchando. No porque crea que puede vencer siempre, sino porque sabe que rendirse sería una traición a los que ya no pueden seguir peleando.

De Fernando apenas se habla. Su condena avanza en silencio entre los muros de la prisión, olvidado por todos menos por Santana, que a veces, en noches de insomnio, se vuelve a preguntar si habría podido hacer algo diferente.

Sabe que no hay respuesta. Ha aprendido que algunos dolores no se curan. Se integran. Se aceptan como cicatrices que no definen quién eres, pero sí lo que has superado.

Sobre Rebecca y el proyecto Rey de Cristal quedó un expediente cerrado. Sellado. Archivado bajo el título: Casos que cambiaron la historia de la brigada de homicidios de Almería., y que permanecerá como una advertencia silenciosa. Un recordatorio de que el abandono, el olvido y la indiferencia son armas mucho más letales que cualquier pistola.

Bayona, Jáuregui, Guerrero, Valeria, Santana… todos ellos saben que esa partida les costó más que cualquier caso anterior. Pero también aprendieron algo más valioso: No dejar que el mal sea lo último que se recuerde.

Y aunque algunos tableros se queden vacíos, la vida sigue reclamando su lugar. Con cicatrices. Con ausencias. Pero también con la promesa, aunque sea silenciosa, de seguir luchando.

Siempre.

◆ ◆ ◆

La brisa del mar golpeaba suave contra la playa desierta de El Zapillo. Era una tarde nublada, el cielo cubierto de nubes bajas que parecían casi tocar el agua. El aire olía a sal…y a melancolía.

Santana estaba allí, de pie en la orilla, con las botas semienterradas en la arena húmeda. Llevaba su pantalón vaquero y camisa blanca habitual de trabajo. En la mano, sostenía algo pequeño: una pieza de ajedrez blanca, rota en la base.

El Rey de Cristal.

La observó en silencio unos segundos girándolo entre los dedos, dejando que la memoria de todo lo que habían perdido pesara sobre él.

Cerró la mano con fuerza en torno a la pieza.

Detrás, muy lejos, vio aparecer tres figuras caminando despacio por la playa: eran Bayona, Jáuregui y Guerrero.

Jáuregui caminaba con la cabeza baja, las manos hundidas en los bolsillos. Desde aquella noche, cargaba con una culpa silenciosa: no haber visto la verdad en los ojos de Rebecca, no haber entendido que dormía junto a la asesina que tanto buscaban. Cada sonrisa, cada gesto de cariño, cada palabra susurrada en la oscuridad ahora eran puñales clavados en su memoria. Y no parecía que hubiera redención para esa ceguera.

Ninguno dijo nada. No hacía falta.

Cuando llegaron hasta él, Santana lanzó la pieza al mar. El agua se la tragó enseguida, llevándosela como un recuerdo que el tiempo debería comenzar a borrar.

Antes de girarse, cerró los ojos un instante. Y en su mente, vio la imagen de Jorge Blanco: serio, leal, incansable, a veces arisco, pero siempre el primero en saltar al peligro sin pedir nada a cambio.

Un hermano de armas. Un guardián de los suyos. Uno de los mejores. Y ahora, uno de los caídos.

Respiró hondo, como quien guarda en su interior un juramento eterno, y abrió los ojos.

Se giró hacia sus compañeros. Una leve inclinación de cabeza bastó para que todos entendieran.

Seguían en pie.

Seguirían luchando.

Por los que se fueron.
Por los que no pudieron salvar.
Por ellos mismos.

El grupo se alejó caminando en silencio por la playa, mientras el sol, tímidamente, rompía entre las nubes grises.

FIN